



Círculo Rojo

El Espíritu de la Fuga

El Espíritu de la Fuga



Pedro García Olivo



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: febrero 2022

Depósito legal: AL 244-2022

ISBN: 978-84-1128-527-8

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Pedro García Olivo

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

“A los que dicen que huir no es valeroso, responde:
¿Quién no es fuga?
El valor radica, más bien, en aceptar el huir antes que vivir
quieta e hipócritamente en falsos refugios.
Es posible que yo huya,
pero a lo largo de toda mi huida
busco un arma”.

Gilles Deleuze

Índice

<i>Fragmento primero</i>	
<i>La línea</i>	13
0) <i>Hasta la noche estrellada en que, bajo la paz de la luna, se desplome el puente como se yergue un ciprés ...</i>	15
NOTA NÚM. 1: ¿UN LIBRO ESCRITO “ <i>A DOS MANOS</i> ”?.....	17
1) <i>Y, de igual modo que un célebre condenado francés se permitió apuntar a su verdugo: “Habría querido ser rico para poder ser bueno”, Pana, nuestro amigo, con el lenguaje atroz de sus asaltos y de sus vómitos no hacía más que repetir, una y otra vez, algo todavía más simple: “Mi dolor mata”.....</i>	23
NOTA NÚM. 2: UNA “PRÉDICA” ENORME, UN “SERMÓN” DESCOMUNAL.....	35
2) <i>La rosa, los círculos, el rruiseñor.....</i>	41
NOTA NÚM. 3: EN TORNO A LA «SEXUALIDAD POÉTICA»	46
3) <i>Después de la Batalla, perdida por todos, empezaba otra lucha, más sórdida, nefanda y ruin como toda “posguerra”</i>	57
4) <i>Oscura bodega turbulenta</i>	63
5) <i>El corazón del Peligro</i>	69
NOTA NÚM. 4: LA FUGA, EL ÍDOLO MÁS CRUEL.....	73

6) <i>En el muro de su indoblegable voluntad de caos anhelaba producir una fisura, una grieta cómplice del sol que asaetara repentinamente de luz el pozo umbrío de sus móviles</i>	83
7) <i>Oficio olvidado de erizar pieles de mujer</i>	87
8) <i>En las comarcas donde hasta el mismo Sueño se duerme —y sueña entonces con no salir nunca de esa paz sepulcral—</i>	93
NOTA NÚM. 5: ¿QUÉ ES “EL ESPÍRITU...”, APARTE DE UN CUARTO TRASTERO?	103
<i>Fragmento segundo</i>	
<i>Las fugas</i>	107
9) <i>El Reto</i>	109
NOTA NÚM. 6: ANSIA DE SEPULCRO, VOLUNTAD DE TÉRMINO, HORA DEL SUICIDIO ANTIGUO	123
10) <i>Prisión de las cosas cotidianas, de los mundos razonables y de los comportamientos ordenados</i>	135
NOTA NÚM. 7: ¿ENFRENTARSE AL FUTURO COMO EL ESCULTOR A LA ROCA, PROCURANDO HACER ‘ARTE’ CON LOS DÍAS?	152
11) <i>Las costas del infortunio</i>	163
NOTA NÚM. 8: CONGLOMERADO AMORFO DE ELEMENTOS DISTINTOS Y HASTA DISONANTES, ALGO MENOS QUE UN «CAJÓN DE SASTRE»... ..	187
<i>Fragmento tercero</i>	
<i>Insistencias</i>	193
12) <i>Cruelles y paradójicos tal el puñal que usaban los guerreros del Medioevo para dar el golpe de gracia al enemigo caído —un puñal llamado “misericordia”—</i>	195

13) “Borozók”	201
NOTA NÚM. 9: DECIR “NO” TAMBIÉN A LO MÁS COMÚN, A LO MÁS EXTENDIDO, A LO MENOS EVITABLE —EL TRABAJO—	209
14) <i>Frío observador de los mundos váguidos</i>	217
NOTA NÚM. 10: ¡LA ESCRITURA COMO “MOTOR” DE LA EXISTENCIA!.....	228
15) <i>Me había dejado arrastrar por las aguas del socialismo declinante como un barco de papel arrojado al río por un niño desavisado —yo era ese niño, el barco y la mirada llena de horror que ve cómo se aleja para siempre el nimio objeto de su alegría—</i>	235
NOTA NÚM. 11: LOCURA EXCEPCIONAL Y ORDINARIA LOCURA EN LA VIDA DE ARAYA	255
<i>Fragmento cuarto</i>	
<i>Pérdida</i>	263
16) <i>¿A dónde van los perros?</i>	265
NOTA NÚM. 12: LA SOLEDAD SECRETA	271
17) <i>La Barricada</i>	279
NOTA NÚM. 13: ANTI-PROFESOR	288
18) <i>El cebo y la presa de una inmundada trampa de ratas: un pedazo de queso podrido sobre una página impregnada de pegamento, y la alimaña que, siendo fiel a su instinto, a lo que siempre ha sido, perece adherida al papel</i>	293
NOTA NÚM. 14: DESESPERACIÓN, LUCHA Y LIBERTAD.....	301

Fragmento primero
La línea

0)

Hasta la noche estrellada en que, bajo la paz de la luna, se desplome el puente como se yergue un ciprés

“Yo, Antonin Artaud, que tengo cojones en el coño, os los puedo decir: con copular no basta”. He aquí una frase condenada a perseguirme a través de los años, destinada a acompañarme (si es verdad que la persecución no se conjura más que como compañía) de país en país, de lenguaje en lenguaje, de costumbre en costumbre, como de misterio en misterio e incluso de caída en caída, hasta el desmayo inconcebible de la voluntad de saber. Y, junto a ella, el recuerdo de lo que un día llegó a escribir el viejo, muy viejo, Van Gogh: “Queda siempre la sospecha de no encontrarse en la verdadera vida, y el pensar que más valdría trabajar en la carne misma que en el yeso o en el lienzo”.

Sensualidad y creación: las dos riberas de un único río, profundo como el horror; las dos orillas de una poderosa corriente que apenas sabemos nombrar y mucho menos describir. Y, de una costa a otra, como el abrazo impensable de las playas, un puente precario desde el que siempre es posible arrojarse de cabeza. Toda la vida corriendo de un extremo a otro, sintiendo en cada margen la nostalgia de la opuesta y hasta su necesidad. Y, de vez en cuando, tentando lo prohibido, detenerse en medio del puente, pensar que desde allí se participa del auxilio de las dos riberas y que se está más cerca del enigma de las aguas. Sentir entonces que la

posesión de los dos extremos en nada se distingue de su pérdida; y que cuando se apacigua la guerra de las pasiones queda en el aire no sé qué extraño olor a muerte, una muy temible invitación a la renuncia y a la asfixia... Volver a correr de nuevo, de orilla a orilla, sin descanso ni esperanza, hasta la noche estrellada en que, bajo la paz de la luna, se desplome el puente como se yergue un ciprés y, en la misma caída, se reconcilien —de una vez y para nunca— todos los contrarios. Creación y sensualidad.

*

NOTA NÚM. 1: ¿UN LIBRO ESCRITO “A DOS MANOS”?

Quien toma en este momento la palabra no es (circunstancia que debe quedar clara) el autor del libro: me llamo Ernesto Figueroa y redacto estas notas diría que “por encargo”. Como sabréis, Víctor Araya, el hombre que concibió hace años *El espíritu de la fuga*, dotándolo de ese curioso “capítulo 0” que acabáis de leer, mi muy recordado y querido amigo, ha desaparecido. Lo había anunciado en más de una composición (“Al final me iré, desapareceré entre vosotros, como todos mis personajes”, señaló, *verbi gratia*, en *El cuento del Peligro*); pero, en verdad, cuantos de un modo u otro configurábamos su círculo de afinidad y de afecto —sus “compañeros”, cabría suponer— tendíamos a no tomárselo muy en serio. Víctor era, o es, de esa clase de hombres que, si bien nunca bromean, por alguna inefable razón apenas consiguen que demos crédito a sus palabras. Todo lo suyo (los avatares de su existencia, sus opiniones, su carácter...) linda con el disparate; *sabe*, por así expresarlo, a locura... Y él era plenamente consciente de ello, como corrobora el siguiente pasaje de *La carta extraviada*:

Entre la razón y la locura hay un tabique muy fino. Nunca me importó estar de un lado o de otro. A menudo, me he sentido exiliado de ambos mundos. Pertenezco al reino de los que, sin estar locos, no pudieron ser cuerdos.

Pero lo cierto es que *ha desaparecido*; y no sabemos discernir muy bien el significado de esa terrible locución. ¿Se refiere meramente a que, sin previo aviso, ha emprendido un viaje, un periplo dilatado e insolente pero redimible por la penitencia del retorno? ¿Insinúa, a su manera, que se ha ocultado, que se ha escondido del mundo o que *nos ha escondido de su mundo*? ¿O, por el contrario, arrostra una sugerencia de muerte, una indicación de asesinato o suicidio? Yo albergo la sospecha de que Víctor no se

ha quitado la vida —el suicidio se me antoja un acto demasiado inapelable, demasiado ‘cartesiano’, para su gusto: él amaba (prefero escribir “ama”) lo Indeterminado—. Casi me temo que mi amigo ha decidido *renacer* en el enigma de alguna tierra nueva, tentar lo impredecible de una existencia segunda. Y, para mudar desaforado la piel, para *deshacerse* y devenir “otro”, ha arrojado alegremente por la borda —lo cual constituía para él casi un hábito— todo cuanto percibía como *lastre*, todo lo que consideraba secundario, superfluo, ‘accesorio’: su mujer, su hijo, su trabajo, sus amigos...

Semanas antes de “desaparecer”, Víctor me remitió este libro, *El espíritu de la fuga*, que yo ya había leído tiempo atrás y que le había ‘comentado’ por carta, explicitando las razones por las que, en conjunto, no me atraía. Mi amigo sabía, pues, que yo no le encontraba a su obra el menor sentido y que no lograba hacerme con el criterio de su valor. Y esta contingencia (mi dificultad para terminar de creer en él como escritor) motivó, con toda probabilidad, que se decantara por mí, precisamente por mí, para el papel de su albacea literario. Y es que a Víctor le desagradaba “gustar”: manteniendo un concepto negativo de la mayor parte de las cosas de este siglo, le parecía ‘intolerable’ que cupiera la felonía de hablar o pensar bien de él. Se representaba a sí mismo como un aspirante a maestro en el arte difícil de *no persuadir a nadie*, de *no convencer de nada*, de no granjearse simpatías instantáneas, de no suscitar admiración. No es banal que, para su primera publicación, un trabajo brutalmente autobiográfico, eligiera, en referencia a su persona, el siguiente título: *Un trozo de hueco*.

Junto al libro, me envió unas cuartillas (de esas que emborronaba por los montes, mientras conducía el ganado) con una peculiar “petición”: que me hiciera cargo de esta novela; que la *astillara* con una serie de ‘notas’ en las que habría de verter mis opiniones, a modo de comentarios, siempre siendo sincero, sin escamotearle ninguna crítica; y que, finalmente, procurara edi-

tarla en España, ya que él, por estar a punto de inaugurar “*una misteriosa odisea interior*” (transcribo sus palabras), se vería por siempre imposibilitado de hacerlo.

Y aquí me tenéis, componiendo esta primera nota, un tanto ‘introdutoria’, con toda la torpeza de un individuo que nunca ha sentido la pasión de la escritura y solo puede aspirar a expresarse claramente, ojalá que con no muchas incorrecciones. Pido por ello disculpas al lector, que deberá soportar estos molestos “paréntesis”, redactados, para más inri, con un estilo no sé si rudimentario o abominable. Pero así lo ha demandado Víctor Araya; y yo he estimado que, como viejo amigo suyo, cómplice en tantas cosas, debía acceder sin más a sus deseos...

¿Cómo voy a organizar estas “intervenciones”? ¿Sobre qué asuntos gravitará mi discurso? Por un lado, pretendo atenerme escrupulosamente a la voluntad expresa de Víctor; y, en efecto, le voy a *astillar* el texto con un conjunto de observaciones en torno a la naturaleza, contenido, implicaciones y estructura de su obra —un ramillete de “críticas”, de “reconvenciones”, pues, como ya he dicho, siento una enorme desafección hacia *El espíritu...*—. Pero, por otro, y acaso movido por una necesidad interior, por una exigencia íntima, aprovecharé esta circunstancia de tener que escribir para bucear un poco en la producción de Araya, para rastrear en su universo narrativo, buscando alguna pista, algún indicio, de las razones y del sentido de su “desaparición”. Quiero convencerme *ante vosotros* de que no está muerto. Resulta que este escritor (igual que he puesto “escritor” hubiera podido apuntar “ganadero”, o “profesor”, o “delincuente”...), estrafalario en mi opinión, harto despiadado como persona, un tanto cruel, ha sido para mí, al mismo tiempo, durante un período complicado de mi vida, y a pesar de todo, *casi como un hermano*. Quienes hemos llegado a apreciarle (cosa nada fácil, pues su compañía, pinchosa y desapacible, pocas veces la preferíamos a su ausencia) nos negaremos siempre a contemplar la hipótesis del suicidio.

Estaba demasiado loco para matarse... Un hombre que renuncia a la condición de funcionario, y abandona su plaza de profesor para ganarse la vida como *cabrero* en una aldea deshabitada de alta montaña; que, ya antes, había *desertado* de su país, afincándose por varios años en la Hungría del socialismo tardío, donde reivindicó el delirante estatuto de “refugiado existencial” (perseguido *de manera difusa pero implacable*, alegaba, por los modos de vida y las disposiciones de conciencia del Capitalismo); que, así como huyó muy joven de la morada de sus padres, se fue después, siempre de forma sorpresiva, intempestivamente, de la casa que compartía con esta o aquella mujer, su amiga, su compañera o su esposa; un hombre tan habituado a las rupturas, a las separaciones que desgarran, a los cambios expeditivos de rumbo, no tiene necesidad de quitarse la vida para ‘escapar’ de nada —sabe escapar *de verdad*, se atreve a huir, sueña con *volver a nacer* en otra parte...—. Recuerdo, a propósito, un párrafo de su libro *El irresponsable*, en el que se condensa, además, toda esa *mítica de la Fuga* que Araya construyó y demolió muy temprano, casi por un mismo movimiento reflexivo, y que pugnó después, de vuelta ya de toda complacencia, por rehabilitar; *idolatría de la Huida* que cultivó apasionadamente durante algunos lustros, mientras el romanticismo de su juventud atizaba su voluntad de lucha, y que todavía restauró, aunque esta vez desarmado de pasión —como por un mero dictado de la nostalgia—, en los años de la madurez insuperable:

El Esquizo huye. Huye de cada figura para caer en todas las demás, para acabar con todas las demás. *Es lo que destruye al destruirse, y evita los lugares de complicidad al instalarse en ellos solo por un momento y partir de nuevo hacia ninguna parte. Al borde siempre de cualquier cosa, huye de sí mismo tanto como de los otros: por eso, no se tira de los cabellos, no se queja, desconfía de los que sufren y se*

entretiene en los desniveles de la risa. *A los que dicen que huir no es valeroso, responde: ¿Quién no es fuga? El valor radica más bien en aceptar el huir antes que vivir quieta e hipócritamente en falsos refugios. Es posible que yo huya, pero a lo largo de toda mi huida busco un arma.*

Se trata, en realidad, de un fragmento “robado” (de una *cita* clandestina), práctica corriente en los trabajos de Víctor: solía decir que todos los libros eran cadáveres a la intemperie, y que, a él, como escritor desaprensivo, le encantaba “carroñearlos”.

¿Hay que ser, ciertamente, capaz de la crueldad, hay que tener un hueco en el lugar del corazón, para concluir que también la mujer que te ama y el hijo que te necesita constituyen *un falso refugio*, el escenario de una vida *quieta e hipócrita*, y, en consecuencia, emprender la huida como quien *busca un arma*? Si Araya vive —casi me lo temo—, se ha debido permitir esa impiedad... Por abandonar sin explicaciones a sus seres queridos nos lleva a pensar que es un desierto lo que ha estado progresando estos años bajo su pecho, o que no son humanos los latidos de su corazón. ¿O le asiste una razón? ¿O ha tenido que sacrificarlo todo para salvarse? ¿O se consume hoy mismo en una mazmorra del dolor? ¿O camina de nuevo del brazo de la locura? Quiero husmear en las cosas de Araya para ver si estas preguntas hallan todavía respuestas. Mis “notas” serán como una crónica de esa búsqueda... ¿Qué es lo que he tenido por amigo, podría decir por hermano, durante tanto tiempo? ¿Un monstruo? ¿Un enfermo? ¿Una víctima? ¿Un fugitivo?

Os dejo ya con la novela de Víctor, ambientada en aquella Budapest del socialismo real que tanto amamos y tanto odiamos. Dado su carácter “autobiográfico” (este es uno de los rasgos de la escritura de mi amigo: el poco lugar que deja para la imaginación), y puesto que en esta ciudad y en aquel tiempo nos conocimos, yo, Ernesto Figueroa, profesor universitario, exiliado

chileno, militante comunista, aparezco de vez en cuando por sus páginas, si bien con un nombre falso —el de Juan Contreras—. Víctor se esconde también, como acostumbra, bajo un pseudónimo, el de Pedro García Olivo, nombre y apellidos con los que firma todas sus obras. Extrañamente, los demás personajes de la novela, seres de carne y hueso con los que me codeaba frecuentemente por las calles y tugurios de esta ciudad, a uno y otro lado del Danubio, conservan su verdadera identidad.

He aquí, en fin, la obra de un hombre atormentado, de un espíritu anárquico —un evadido de la Razón que jamás supo librarse de sus propios demonios, de sus propios fantasmas, y que, quizás por eso, a nadie hizo más daño que a aquellos que de verdad aprendimos a estimarle—.

¿He aquí, y en virtud de estas periódicas intervenciones mías, “un libro *escrito a dos manos*”?

1)

Y, de igual modo que un célebre condenado francés se permitió apuntar a su verdugo: “Habría querido ser rico para poder ser bueno”, Pana, nuestro amigo, con el lenguaje atroz de sus asaltos y de sus vómitos no hacía más que repetir, una y otra vez, algo todavía más simple: “Mi dolor mata”.

Para la tarde que daba término a mis primeros tres meses de estancia en Budapest, abocándome a un corto período de trabajo en España, los latinos habían preparado una Fiesta de Despedida. Se corrió la voz tal se extiende el pánico, y los náufragos de la fuga impracticable se aferraron a la promesa del alcohol como a los mástiles de sus navíos deshechos. Temía aquella reunión. Las escenas de desesperación creciente que habían emponzoñado las últimas fiestas universitarias sugerían un malestar indecible y casi una sed de tormenta en el corazón de más de un latino...

Miguel, el mexicano, se me representaba como un polvorín andante, resuelto a buscar sin tregua la liberación de la chispa y del incendio. En la madrugada del sábado anterior, irrumpió borracho en un cuarto de húngaras y empezó a desnudarse ofensivamente, hasta que, ante la sorpresa de las muchachas horrorizadas, se desplomó como una ilusión endeble, no dejando de su propósito más rastro que unos calzoncillos a medio bajar y unos pantalones enredados en los tobillos. Y días después, quizás aún embriagado,

insultó públicamente, en un partido de fútbol, al equipo palestino —que esperó, no obstante, a la conclusión del encuentro para lanzarse sobre él y apalearlo brutalmente...—. Los latinos no reaccionaron en aquella ocasión (y apenas hablaron de *vengar* el ultraje), porque sabían que Miguel se había ‘ganado’ la paliza. Y el oscuro mexicano, en sus momentos sobrios, se afanaba en esconderse de todo el mundo, avergonzado y hasta desconcertado por su propio comportamiento. Creo que, como no se reconocía, sentía terror de sí mismo y luchaba por reencontrar una serenidad, no sabía cuándo ni por qué, peligrosamente extraviada. Pero era esa una guerra que tenía perdida de antemano, pues, siendo él, simultáneamente, los dos antagonistas y el escenario mismo de la batalla, de ningún modo podía evitar sufrir en su propia piel la devastación de un conflicto tan arrasador; y el temible animal de los abismos que finalmente imponía, sobre los restos de su espíritu escindido y los campos sembrados de sal de su cuerpo maltratado, la más cruel de las tiranías, parecía nutrirse precisamente, como se alimentan las ramblas del encarnizamiento del hielo en la roca, de los despojos de aquella interminable contienda.

El Panameño se prodigaba cada vez más en sus impúdicos *asaltos* (vacía, sin piedad, las neveras colectivas de los empobrecidos estudiantes húngaros); y, durante los últimos días, se le había visto vomitar varias veces, en diferentes aposentos, sin salir nunca de la misma —eterna— borrachera. Víctima culpable, como tantos otros, diríase empeñado en demostrar, a quien quisiera seguir de cerca su agonía, que, aún más que la pobreza, el dolor corrompe, degrada, inmoraliza. Y, de igual modo que un célebre asesino francés se permitió apuntar a su verdugo: “*Hubiera querido ser rico para poder ser bueno*”, Pana, nuestro amigo, con el lenguaje atroz de sus asaltos y de sus vómitos, no hacía más que repetir, una y otra vez, algo todavía más simple: “*Mi dolor mata*”.

También Bety, la húngaro-cubana, andaba nerviosa, harta de visitar *La Vaca* —como llamábamos a la bodega o sala de ter-

tulias turbulentas en que se había convertido mi habitación— en demanda de una copulación que, sin duda por el exceso de sus grasas, los hombres de momento le negaban. Y, al rehusar su insistente ofrecimiento, contrariaban (solo superficialmente) la opinión añeja de su propio refranero, que, para estos casos, solía decir: *“En tiempos de guerra, cualquier hoyo es trinchera”* o, incluso, *“Para limpiar la cuadra, no hay escoba que no valga”*.

Y, como después descubrí, peor era todavía el estado de otros latinos, desmoralizados por el final desastroso del curso (que podía significar su expulsión del país o, en otras palabras, el enclausramiento indefinido en la lobretez del Tercer Mundo) y empujados a un callejón sin salida por el círculo vicioso de la segregación y la auto-marginación...

Por aquellas fechas, en las que mi relación con Boglarka tendía a normalizarse, de ninguna manera me interesaba visitar dramas ajenos, complicándome la existencia con problemas irresolubles. Tenía bastante con mantenerme permanentemente alerta en ese mundo de la amistad instrumental —o del lenocinio inadvertido, como se prefiera— y de la difícil comunicación. Conocía las historias de las húngaras que se habían valido de la ingenuidad de los occidentales para, en nombre del amor y hasta del matrimonio, con una frialdad de nieve en la inteligencia, arrancarles un simple billete de avión, la esperanza de viajar al extranjero o unas cuantas veladas en los restaurantes de lujo de la ciudad... Había tratado personalmente a una joven que no dudó en casarse con un francés, después de representar toda la comedia del amor eterno y de la fidelidad, para alcanzar de ese modo el litoral atlántico y embarcarse clandestinamente rumbo a Sudamérica, abandonando en dicho instante al hombre que le sirviera de mero medio de transporte. Y era amigo de un chileno exiliado que perdió a la húngara madre de sus hijos el día en que esta aterrizó en el aeropuerto de Santiago: allí mismo, un húngaro esperaba, ebrio de emoción, a la mujer que, para reunirse con él, fue capaz de

sostener, durante cinco años y con otro hombre, toda la mascarada burguesa del amor conyugal y de la maternidad responsable.

Por otro lado, sobraba con caminar por la *Váci u.* para cruzarse con un trío demasiado significativo: el árabe acomodado por el poder de sus dólares, arrogante y repelente; su perro de raza, estúpidamente majestuoso, como reflejo del porte de su amo; y, completando la “bella” estampa, una húngara soberbia, provocativamente ataviada como corresponde a un objeto sexual de lujo que se exhibe para suscitar admiración y envidia. Si el árabe retumbante veía en ella, como solía confesar, una especie de prostituta barata, en régimen de dedicación exclusiva, que se entregaba por completo y cobraba únicamente, y casi con timidez, en invitaciones a cenar, paseos en autos de importación o medias de marca (un bien de consumo, pues, fabricado en serie y, por tanto, inmediatamente sustituible); para la húngara, su exótico amante representaba la eventualidad de penetrar, aunque solo fuera por una temporada, en la magia de los mundos inalcanzables, rebosantes de caros placeres y sofisticadas emociones. Sin embargo, por debajo de ese *acuerdo tácito* (a veces opaco, innombrable siempre) corrían, como monedas comunes, devaluadas pero imprescindibles, sancionando la transacción y enmascarando el intercambio, todos los discursos del Amor, todas las poses de la Ternura, todos los gestos de la Pasión...

Por supuesto, no me preocupaba la valoración ‘moral’ de tales comportamientos, que, como es sabido, tenían mucho que ver con las condiciones materiales de vida de la población húngara y con la relajación progresiva de las inhibiciones sexuales; pero me obsesionaba la idea de que *también yo* pudiera estar siendo utilizado bajamente, de forma casi alimenticia.

Experimentaba, pues, una sensación que solo consigo definir como “miedo a la amistad”, bajo todos sus modos y, especialmente, en el caso sublimado del amor. Un viejo profesor de la Facultad me lo advirtió: “No te eches muchos amigos, porque,

si lo haces, vas a tener que alquilar un ómnibus para llevártelos a España”. Y este profesor me acompañó, en más de un viaje, hasta mi ciudad natal, esa Murcia sureña, destartalada e incluso fea, ilustrando así su propia —augural— advertencia...

El hecho, aparentemente extravagante, de que me hubiera instalado en Budapest para no tener que trabajar (es decir, para procurar escribir) determinaba que tanto la comunidad latina como la húngara viera en mí algo parecido a un potentado. Y ello no solo me abría, de par en par, las puertas de la amistad: con mayor facilidad, aún, despejaba las sendas, a menudo fragosas, del corazón y de la sexualidad.

Por todo esto, mi relación con Boglarka tomaba el aspecto de un experimento, como se me antojaba un observatorio la habitación que con ella compartía —enfrente mismo de *La Vaca*, mi cuarto asignado—. Deseaba descubrir en qué medida el componente ‘funcional’ de la relación con el extranjero trastornaba la naturaleza de la amistad y la hundía en el légamo del más descarnado parasitismo. Cabía la posibilidad de que la vinculación amical no apareciera, en esta parte del globo, solo como esa *mentira piadosa* que de ella ha hecho la pequeña burguesía de Occidente, sino que revistiera, además —por el juego de las carencias y de las opresiones—, la forma de una terrible y ambagiosa amenaza, de un peligro inconmensurable, desconocido, inaudito. Mucho más que un legado histórico: una *venganza*...

“Mientras vivas en esta tierra, cuídate de nosotros, *tus compañeros*, aún más que de tus enemigos —ya que mejor que nosotros nadie conoce tus flaquezas, y de tus flaquezas destilamos, como amigos y ante tus ojos, el licor que alivia nuestras penas—. Y ponte a salvo del *afecto* de quienes frecuentamos tus cosas, pues la vida nos ha enseñado a amar solo aquello que todavía se presta al saqueo y, en nuestra voracidad, somos capaces de exprimir hasta lo indecible esa generosidad tuya tan incauta (arrojándote después, como juguete roto y sin encanto, al esterquero más

próximo). Protégete de nuestra *ternura*, y hasta del *buen corazón* que supones nos anima, si quieres guardar tus dones para compartirlos con quienes nada esperan ya de ti; y huye de nosotros, los pobres y los atormentados, pues, como alimenta el mendigo sus propios piojos, así encarroñamos de pesadumbre nuestro espíritu vengativo, y, conservando el poder de contagiarte, ni siquiera somos libres de evitar tu explotación”: este era el mensaje que mi imaginación creía leer, día tras día, en los ojos de mis compañeros, en sus silencios y hasta en sus sonrisas.

Por eso “temía” aquella Fiesta, y procuraba buscar excusas para evadirme por alguna rendija. Mas la comunidad latina parecía exigirme la presencia, no tanto en nombre de la amistad como de la solidaridad con los desesperados. Mi *Despedida* sería solo un pretexto para el escape y la descarga, pero necesitaban que yo (consciente o no, esto no importaba) sostuviera la Farsa. Y, de alguna manera, sabían que era mi obligación esforzarme por estar a la altura de aquella mentira... Cuando se entra profundamente en un mundo, y en él se arraiga, comienza a compartirse también un código inarticulado, vago y concreto a la vez, que sería suicida transgredir y de cuya inviolabilidad depende la seguridad del grupo. Ese código me decía, con todo el patetismo y la visceralidad de su mandato, que, aquella noche, debía aceptar, por mi bien y por el de los demás, la extraña condición de *recluso* de mi propia Fiesta.

Pasé toda la tarde con Boglarka, en mi puesto de anfitrión forzado y sustentador reticente de *La Vaca*, abrigando la secreta esperanza de que la Fiesta, iniciada muy temprano, casi al filo del mediodía, concluyera antes de la madrugada. Pero no fueron muchos los que simplemente entraron y salieron, bebiendo algún trago de vino y dejando pequeños obsequios como muestra de afecto —en realidad, solo un grupo de cuatro o cinco mujeres, tal vez asustadas por el ambiente que se estaba creando, ambiguo e irrespirable: un ambiente absurdamente *duro* de alcohol sin lí-

mite, grávido de propósitos inconfesados y sugeridor de un final horrible, como se percibía sobre todo en la hondura de los silencios y en la oblicuidad de las miradas—. La húngara me besaba sin cesar, ya que, no entendiendo nada de las conversaciones entrecortadas, intuía que ese era su papel en la Reunión. Y yo bebía nerviosamente; ni poco, para poder moverme entre aquellas gentes inquietas con su misma “tensión” y sin ninguna cobardía; ni demasiado (porque sabía que, a fin de evitar la crisis total, debía retener un punto de lucidez, y me convenía controlar de alguna forma la situación si deseaba asegurar un rato de intimidad con Bogui).

Había llegado esa mañana, procedente de Varsovia, según decía, un peruano de mediana edad, sin más carta de presentación que un pequeño cargamento de vodka. Nadie sabía, con exactitud, qué le había traído a Budapest; pero, como se mostraba extraordinariamente generoso a la hora de compartir el licor, inmediatamente se le abrieron las puertas de nuestro círculo. Conforme se embriagaba, repetía una y otra vez, risueño tal un infeliz, que él, “porque no comía mierda”, viajaba siempre en su propio automóvil; y hacía sonar, como si, cara al enemigo y en el preámbulo de algún opaco combate, ondeara al viento su bandera, el triste cascabel de un manajo de llaves. Y una griega calva, célebre en el Colegio por llorar entre gritos desgarradores al hacer el amor, mujer ruidosa de todos y de nadie, a la deriva lúbrica casi desde siempre, se presentó, puntual, con un par de botellas de coñac yugoslavo. La acompañaba su novio de antes de la caída del cabello, un anarquista enfermo de literatura política, recién llegado de Grecia y, consecuentemente, todavía un tanto desconcertado por aquella carnavalesca vida estudiantil, difícil y monótona en su vacía espectacularidad... Pana, que se había encargado de anunciar la velada y de reunir el alcohol, correteaba medio borracho por la habitación; y Miguel, en plena recuperación de su último acceso de oscuridad, disponible por tanto para

un nuevo estallido, descansaba a mi lado, con toda la impenetrable seriedad de los ídolos aztecas reflejada en su semblante, no sé si agónico o devastado. Con nosotros desde la hora del almuerzo, Bety, melancólica, bebía en silencio. Y Trevor, mi mejor amigo, también andino, desertor del narcotráfico y, pese a todo, más íntegro que los demás, abrazado por su compañera checa, completaba el núcleo básico de la Fiesta. De su capacidad para *apaciguar* a los latinos, sobre quienes ostentaba una indiscutible autoridad moral, dependía el desenlace de la Despedida. Sin embargo, el diablo que, en sus palabras, “llevaba dentro” parecía ese día haber tomado las riendas de su voluntad y asomaba amenazante en el raro brillo de sus ojos, ávidos de exceso si no de caos.

En torno a estos personajes pronto se congregó una marabunta de pequeños bebedores, charlatanes y bailarines, que, acomodándose animadamente por los rincones, hicieron subir la temperatura de la reunión. No hacía falta que yo los conociera: el simple dato de su *condición latina* les daba pleno derecho a invadir mi habitación. No estaban allí contra mi voluntad, pero sí al margen de ella. Obedecían a la lógica de las Fiestas Latinas, y al código del reducido gueto que constituían, más que a la formalidad de una invitación o al accidente de una previa presentación. Y esa lógica de *sus* fiestas me obligaba a embriagarlos primero, como agradeciendo su visita, y a ponerme después a cubierto de su peculiar desatino, conocedor de los riesgos que corría... Monstruos en potencia (la mayor parte de ellos), acampaban en mi cuarto con toda la desfachatez de las aves de rapiña; y daba la impresión de que se contemplaban los unos a los otros con el mórbido interés de los buitres vigilándose ante un cadáver inmenso y apenas putrefacto. La necesidad los hacía despiadados; y, porque habían sufrido, no sentían más que desprecio por las víctimas de sus desmanes...

Enseguida se inundó la sala de esos ritmos latinos que, a un tiempo, tanto me interesaban y repelían: compases mecánicos

bajo cuya sensualidad, más bien obscena y casi nunca envolvente, la música se traicionaba como arte y devenía componenda propiciatoria de un moderno ritual de apareamiento. Y así como, según algunas interpretaciones, el hombre primitivo se representaba, en sus pinturas, dando muerte mil veces al animal que, tal vez al día siguiente, esperaba cazar, del mismo modo los latinos escenificaban en sus bailes, ignoro si excitantes, las innumerables variantes del acto de la fornicación, con la cavernosa esperanza de hechizar o cautivar al acompañante y, ocluidas sus mentes en el encantamiento de la danza, ingravidas y hasta irresponsables, hacer posible a continuación la cópula que tanto ansiaban. Pero fallaba la magia...

Apagadas las luces, yo tenía que proteger a Boglarka del asedio de mis mejores amigos, quienes, al primer embate del alcohol —revolcándose en las arenas infectas de una procacidad orgullosa, satisfecha de sí misma, y haciendo de esa desvergüenza soberana casi una segunda piel—, tendían a desear sobre todo a las mujeres de sus conocidos. Un peruano chiquito, de enervantes ojos negros (ojos cargados de tragedia), intentó besar repentinamente a mi compañera. Y creo que, ante su sorpresa y la mía, lo consiguió. Trevor, mi camarada, la sacó varias veces a bailar, con el firme propósito de —como solía decir— *“pedirle el culo”*, desatando sobre su cuerpo la inclemente pasión táctil de sus manos y ofendiéndola, además, con el descaro de su grosera gesticulación. Bogui escapaba como podía de la enredadera de sus brazos y buscaba, azogada, mi auxilio. Y yo me veía forzado a contemporizar, estudiando la manera de no dejarme impresionar por tanta perfidia y despedirme de aquella desatraillada jauría, agredido, pero no retado, a la primera oportunidad. No me quedaba más opción: si me sofocaba, caería sobre mí, fría como un fusilamiento, la befa de mis invitados, y si, indignado, me enfrentaba a mis amigos, perdería entonces su apoyo y me expondría sin aliados al eventual deterioro de la situación. Sabía que, en estos casos,

se accedía primero a la apariencia del infierno y solo más tarde al infierno verdadero; o, dicho de otro modo, que más allá de aquel averno aguardaba todavía un horror de orden superior, inconfiscado, más temible que lo temible, un horror que era casi parte de tales fiestas y de su estremecido subsuelo. Por eso me convenía mantener la calma, fingir cierta invulnerabilidad en aquel universo crapuloso de marionetas decadentes y tragicómicas.

El peruano chico atacó después a la griega; y, como esta, presa de algún anhelo enfermizo, no se le resistió, empezó a besarla devoradoramente, a un metro escaso de su novio (quien, clavando en mí sus ensombrecidos ojos, y para disimular su dolor, quiso y no pudo contarme algo acerca de su país). Un anarquista como él, que tanto hablaba de no confundir el amor con la propiedad, no podía permitir que los celos, infamantes como una boda por la Iglesia, conspirando con su substrato irracional aún no dominado, coartaran la libertad de su compañera. Sin embargo, sufría visiblemente —ante la indiferencia de todos y, en especial, de su mujer...—.

El hombre de las llaves y del vodka yacía en el suelo, cara a la pared, retorciéndose entre espantosas convulsiones, como un toro en trance de descabello. Se diría que vomitaba cieno... A borbotones fluía de su boca una sustancia oscura, densa y maloliente, que, al esparcirse por la habitación, reunía en un mismo charco los pies, cada vez menos ligeros, de los extasiados bailarines. Víctimas de algún abandono radical, aquellos imperturbables danzantes parecían vivir colgados de su música repetitiva, como penden, sin sentido, de un olvidado tendedero, las ropas secas desde siempre, abrasadas por el sol enloquecido de las siestas y hechas jirones por la furia de los vientos nocturnos:

“Cosecha de mujeres, nunca se acaba;
cosecha de mujeres...”.

No fue fácil recostar (y mantener) en la cama a la primera *baja* de la Fiesta, quien, como si albergara un pantano en su abultado vientre, amenazaba ya con encenagar por completo la sala. Al menor descuido de sus vigilantes, recuperaba la verticalidad, alcanzaba a dar unos pocos pasos en cualquier dirección y zozobraba nuevamente... Entre caída y caída, se comportaba como si el alcohol, simplificándole la realidad y proporcionándole una percepción más profunda de los móviles y de las situaciones, verdadera en su atrocidad, le hiciera no ver, a su alrededor, más que agujeros, cuerpos horadados a conciencia para el placer de su miembro —extrañamente empinado como aquellos capitanes de novela que se erguían sobre la proa de su nave, escrutando no se sabe qué en el horizonte mientras la tripulación delira y la popa se hunde—. Por eso, se aferraba a cualquier cavidad, orificio de mujer, de hombre o incluso de objeto, persuadido de que aquella Reunión no tenía otro fin que la descarga seminal. Y, antes de quedarse dormido, como todos ansiábamos, se atrevió aún a pedir, con gestos ostensibles y en primer lugar a sus compatriotas, que se apiadaran de él y lo socorrieran con una felación.

Cuando el alcohol cegó por completo a Trevor, volvió a dar rienda suelta a su propensión orgiástica; y, con los pantalones por las rodillas, se entretuvo en buscar el culo de los bailarines, simulando aparatosas penetraciones. Sofía, la checa que lo mantenía a flote en aquella laguna insalubre de la eterna vida estudiantil —siempre sucias, las aguas; y, además, desesperantemente quietas—, tuvo que movilizarse, sonriendo tristemente, para (con una expresión de ingenuidad sin límite o excepcional y camuflada astucia) separarlo de los cuerpos a los que se enroscaba y sacarlo del cuarto antes de que perdiera irremisiblemente la cabeza. Algo habló con él, en el pasillo. Y en seguida reapareció mi amigo, con otro gesto, devuelto al mundo de lo razonable, anunciando, como un criminal arrepentido, que estaba muy cansado y se retiraba a dormir. Era mi oportunidad... Sin Trevor, la comunidad

latina apenas me importaba —y mi marcha ya no sería considerada tan ofensiva—. En medio del desquiciamiento colectivo, casi a hurtadillas, conseguí salir con Bogui de la habitación y, tras recibir los inconsistentes reproches de Miguel y de Pana, atravesar apresuradamente el corredor para encerrarme, como quien salva de milagro la vida, en el cuarto de enfrente.

Puesto que transcurrían mis últimas horas en Budapest, y aunque planeaba regresar al cabo de un par de meses, Boglarka deseaba que le aclarase si nuestra relación concluía esa noche o, por ser de otra naturaleza, entraba solo en un paréntesis forzado y debía conocer ahora la supuesta angustia de la espera amorosa y el juego clásico de la correspondencia pasional. Yo tampoco sabía con precisión qué significaba para ella; así que, como peculiar forma de despedida, y antes de hacer el amor por última vez, agarramos un par de lápices y procuramos dibujar, de alguna manera, el sentido de nuestro vínculo —pues, no hablando ella español y desconociendo yo el húngaro, solo nos entendíamos a través de aquellos dibujos, a los que agregábamos algunas pocas palabras en inglés—.

*

NOTA NÚM. 2: UNA “PRÉDICA” ENORME, UN “SERMÓN” DESCOMUNAL

¿Y esto es “literatura”? ¿Y es esto una “novela”? A mí la figura del escritor “omnisciente”, sin caerme simpática, tampoco me produce una fobia especial. He leído magníficas novelas de autores omniscientes. Pero Víctor Araya se me aparece como *el colmo de la omnisciencia*. Para su caso, quizás cabría hablar de “omniscipencia”. Todo lo sabe, en relación con su obra y con lo que hay alrededor de su obra; y todo lo *explica*, todo lo *expone*, como si estuviera dando una de esas “clases” que tanto odiaba. Se presenta, desde el principio, tal si detentara el poder de desvelar toda la verdad (la verdad histórica, la verdad sociológica, la verdad psicológica, la verdad filosófica incluso); tal si la perspicacia de su mirada resolviera todos los enigmas, aclarase todos los misterios, disolviera todas las complejidades —el alma de los hombres, la lógica de las sociedades, las leyes de la historia...—. Su obra es como una *conferencia*, como una de aquellas *charlas-debate* que, repeliéndole en lo más íntimo, tan bien se le daban.

Puesto que conoce la verdad entera, se dispone a “revelárnosla” sin más, ahorrándose todo ‘rodeo’, toda estrategia narrativa. Por eso, en *El espíritu...* apenas hay diálogos: ¿para qué poner en boca de los personajes lo que el autor puede decirnos *directamente*?, ¿para qué *perder el tiempo* diseñando una conversación, un coloquio? Y tampoco abundan las descripciones, ya que estas no añaden nada *sustancial*, nada *significativo*. Sin diálogos, sin descripciones (de ambientes, estancias o personajes), el discurso de Araya va frontalmente a lo esencial, a la “clave” de la situación, a la “raíz” del problema. Y, siempre en primera persona, tal una *voz en off* que no deja oír las voces de los personajes, nos *descubre* aquella Verdad, nos *explica* el porqué de todos los comportamientos, la causa de todos los fenómenos. *El espíritu... adquiere, así, el aspecto de una ‘predica’ enorme, incesante e insistente; de un ‘sermón’*

descomunal; de una tediosa 'clase magistral'. Y no sé cómo a Víctor Araya, que gustaba de definirse como un “anti-predicador”, un “inmoralista”, un “contra-profesor”, esta circunstancia no se le hizo dolorosamente consciente.

En mis cartas, yo he procurado *indicarle* todo esto disimuladamente, para manifestarle mi opinión sin herir su infinito orgullo. Pero, o bien me he excedido en el disimulo, o bien no ha sabido leer mis silencios, mis implicaciones, el *querer decir* que siempre late detrás de *lo efectivamente dicho*. Le alababa, casi rozando la adulación, la “profundidad” de sus *descubrimientos*, la “finura” de sus *observaciones*, el “interés” de sus *análisis*, etc.; y, acto seguido, le sugería que quizás esos descubrimientos, esas observaciones, esos análisis, hubieran debido “*mostrarse*” a través del desenvolvimiento de los personajes, por medio del desarrollo de la acción, y no simplemente “*ser enunciados*”. Le proponía que convirtiera en “literatura” todo aquel conjunto de certidumbres más o menos “científicas”; que compusiera de verdad una “novela”, y no una especie de “ensayo” novelado; que “explicara” menos y “describiera” más, etc. Procuraba hacerle ver que convenía conceder al lector un margen mayor de protagonismo (dejar que extrajera por su cuenta las conclusiones, que elaborara su propia interpretación del texto...), y no concebirlo solo al modo de un receptor pasivo y semi-ignorante que por fin va a ser *ilustrado*. Casi de forma cariñosa, le animaba a “enterrar” de una vez ese *profesor*, ese *doctor*, ese *investigador*, en que se había convertido y que ya no quería seguir siendo, y sentara así las bases para constituirse como verdadero *escritor*, como *literato*; le animaba a romper radicalmente con los modos textuales propios de la Ciencia, o de la Filosofía, para avanzar por la vía de una práctica genuinamente *literaria*, etc.

Y él me salía con que “*la escritura es unitaria*”, con que “*solo hay una escritura*” (citaba, a este respecto, si no recuerdo mal, a Roland Barthes); con el “interés político” de una *interferencia* entre

los dominios separados del Arte y de la Ciencia; con la necesidad de “violar” los registros especializados (literario, científico, filosófico, político...), disolviéndolos y mezclándolos, fundiéndolos en un tipo de “*escritura teórica*” que ya no sería ni ciencia, ni filosofía, ni literatura, ni la mera suma de todo ello —y me recordaba, para este punto, a Jacques Derrida—. Me salía con la “obsolescencia” del *concepto clásico* de ‘novela’ y de ‘literatura’ que, en su opinión, servía de fundamento a todas mis críticas; con la “mentira” de la no-omnisciencia (todo autor, en tanto conocedor de los detalles de su obra, es, por definición, ‘omnisciente’, y poco se gana jugando a ocultar esa verdad bajo un aparato formal más o menos sofisticado —alegaba); con que su producción era, efectivamente, “literatura”, solo que “*de otra clase*”; etc.—.

Yo no he podido leer a los autores en que Víctor parece “escudarse” (los ya mencionados Barthes y Derrida, junto a Deleuze, Bataille, Artaud y tantos otros), pues las burocracias socialistas de esta Hungría que, a su vez, me ha servido de “escudo” contra Pinochet, mostraron escaso interés en traducir sus obras; pero me baso, creo, en un criterio *compatible* de lector experimentado, y tiendo a ver en todas esas teorías esgrimidas por mi amigo solo una ‘moda’ filosófica, una suerte de ‘ambiente’ intelectual, circunstancial y pasajero. Constituyendo, como considero, meras *evasivas*, no afectan en lo más mínimo a la “esencia” de mi crítica: *la incongruencia en que incurre un hombre como Víctor Araya, detestador de todo “elitismo” intelectual, de toda pretendida “aristocracia del saber”, de todas las figuras del “despotismo” científico o moral (profesores, educadores, especialistas, expertos, etc.), al asumir, en su obra, la posición, no menos ‘clásica’, del escritor que, desde su intimidad privilegiada con la Verdad, o con un conjunto determinado de verdades, se apresta a “informar” inmediatamente al lector, a hacerle partícipe de los frutos de su “clarividencia”*. Esto es lo que está en la base de mis imputaciones y lo que, tal vez, disimulé demasiado en mi correspondencia. Y fundamentalmente por esto no me gusta

la obra de mi amigo, de lectura (por su ausencia casi total de diálogos y de descripciones, por su afán ‘teorizador’, por su falta de ritmo...) en absoluto “agradecida”.

Y lo más curioso es que a Víctor *tampoco* debió gustarle. Esa es la conclusión a la que llego después de ojear *Desesperar*, el esbozo de un trabajo inacabado, su último proyecto, que hubo de abandonar en las vísperas de su *desaparición*. *Desesperar* habría sido, en parte, una desublimación de la escritura misma, una pérdida de fe en la literatura, una descalificación del oficio de escritor. Terminaré esta nota mostrando algún pasaje de dicho borrador, en el que se contraponen llamativamente el estereotipo del “intelectual” contemporáneo con la figura del “pastor” antiguo. Quiero, ahora, resaltar un detalle, un rasgo de la personalidad de Víctor Araya que quizás haya desempeñado algún papel, haya tenido alguna influencia, en su decisión de “desaparecer”: Araya se instala siempre en la negación de su condición, en el rechazo de su propia identidad. Negación de la educación, de la pedagogía, de la docencia, mientras ejercía de profesor; negación de la investigación historiográfica y de la ciencia histórica a través de la Tesis que lo convirtió en doctor en Historia; negación de la mítica de la Fuga al tiempo que se erigía en fugitivo; negación de la escritura, escribiendo... Precisamente como “*negación de la escritura*”, hay un párrafo de *Desesperar* que funciona particularmente bien ‘contra’ *El espíritu*... Es este:

Navíos Sin Destino

Hay otra cosa que me irrita de los escritores y, sobre todo, no soporto de mí mismo cuando escribo: el aire de suficiencia, la pose de sabiduría que acompaña a este ejercicio inútil del monólogo sobre el papel. Parece como si el hecho de que nadie pueda rebatirnos mientras escribimos engendre la ilusión de que nos hallamos realmente cerca de la Verdad, o de que nos distingue del común de las gentes cierta especie de talento, determinada agudeza de la mirada, al-

guna clase de brillo cuanto menos... Esa ilusión despliega a su vez las velas de los navíos sin destino de la egolatría, la presunción, el narcisismo. ¡Menudo tufo a vanagloria, el de cualquier escritor! ¡Cómo apesto!

Y más adelante, en el capítulo 78, Araya aboga por una “*escritura desesperada*” que se me antoja la antípoda exacta del concepto de literatura a que se había atenido hasta entonces. ¿Quería *fugarse* de su propia obra? ¿Pretendía autodestruirse *también* como escritor? ¿Se hallaba al fin en plena *odisea interior*? He aquí el texto:

Bajarle Los Humos A La Literatura

No debo de tener mucho que decir, ya que insisto una y otra vez en los mismos asuntos. Y acabo, al final, escribiendo lo mismo. La escritura desesperada se caracteriza por una absoluta pérdida de fe en sí misma. En este sentido, y por oposición a la escritura dominante —discurso satisfecho de sí, pagado de sí, inebriado de amor propio—, puede concebirse como *no-escritura*. Ya no se presenta como llave de la verdad; ventana abierta a lo desconocido, a lo misterioso; instancia de revelación de la esencia de las cosas y de los hombres, exploradora, inquisitiva, indagante; luz que se arroja sobre alguna penumbra, sobre alguna oscuridad; mirada que escruta, que investiga, que descubre. Tampoco sitúa a su autor en un pedestal de talento, en una tarima del saber, en una cumbre de inteligencia o, al menos, de imaginación; administrador de la belleza, ‘artífice’ del deleite de la lectura, encantador de serpientes, brujo, hechicero, mago, narciso imperdonable. Desublimada, la escritura ya no espera nada de sí misma, y no tiene por qué hablar bien de su forjador. El escritor desesperado, consciente de su patetismo, de su flojera, hace lo que puede con los medios de que dispone, y no pretende grandes cosas. Nada

tiene que enseñar a nadie, nada que hacer por nadie. Ni alumbra verdades, ni reparte placeres. Tampoco se ama a sí mismo a través del supuesto valor de lo que escribe. De hecho, la cuestión del valor le interesa aún menos que las expectativas penosas de los lectores. Escribe por debilidad, por flaqueza, por no ser capaz de callar, acaso por alguna tara, alguna grave deficiencia de su carácter, por enfermedad, por propia miseria espiritual, por no tener nada mejor ni peor que hacer, por vicio, por estupidez, por cobardía. Y su escritura, que muy poco cuenta para él mismo, nada debe valer para el lector.

Como una piedra arrojada por una mano cualquiera, ahí están mis obras, perfectamente inútiles. Como un hombrecillo que trabaja para alimentar a su familia, y un día morirá y se acabará el hombrecillo, aunque no el trabajo ni la familia, aquí estoy yo, absolutamente irrelevante. Desesperado y feliz, sin nada que aportar a nadie, como un pastor en medio del monte contemplando a sus ovejas; irrelevante e inútil, seguro de que no está en mi poder haceros daño, a salvo de influir sobre lectores aún más débiles que yo, incapaz de convencerlos de nada, inservible, accidental como la circunstancia de haber nacido; vacío, ligero, hueco, hoja que arrastra el viento, con muy pocas mentiras a las que aferrarme, viviendo por instinto como los animales; *hostil, odiador, enemigo*.

2)

La rosa, los círculos, el ruiseñor...

No le costó mucho a Bogui dar con la representación gráfica de sus sentimientos. Dibujó un círculo enorme que contenía otros tres más pequeños, concéntricos, de radio progresivamente menor; y remarcó con una cruz el centro común de las cuatro circunferencias. Alrededor de aquellos círculos concéntricos trazó una serie de “equis”, en aparente desorden, unas cerca de la circunferencia externa, otras lejos, unas pequeñas, otras grandes. Pude entender que las circunferencias se referían a las personas que contaban sentimentalmente en su vida; y que cuanto menor fuera su radio, cuanto más cerca se hallaran del centro común de todas ellas —aquella crucecita que representaba su corazón—, mayor era el afecto que les profesaba. A mí me reservaba el honor de identificarme con el círculo más pequeño; es decir, el más próximo a su corazón. De los cuatro hombres a los que de alguna manera amaba, yo era, pues, el más querido. Me explicó que, de los tres restantes, dos vivían en su pueblo; y el tercero estudiaba en Canadá. Hacía años que no veía a este último, pero se mandaban cartas casi mensualmente. Y, cada dos o tres semanas, salía, un sábado o un domingo, con uno de los chicos de su pueblo (especie de novio oficial, reconocido por la familia). Al otro —su vecino— lo amaba casi desde la infancia; y habían intentado más de una vez convertirse en pareja estable, fracasando siempre. Ahora el chico salía con otra mujer, pero ya le había hablado de que po-

dían *intentarlo de nuevo* en un futuro inminente. Me contó también que, al margen de estas personas, a las que sin duda quería (eso sí, desigualmente), existía una infinidad de hombres, representados por las “equis”, con los que había tenido, tenía o podía tener relaciones exclusivamente sexuales, sin ningún componente sentimental, contactos puramente físicos que no dejaban marca en el corazón porque eran de un orden diferente al del afecto. Las “equis” más grandes correspondían a sus mejores amantes, con quienes el placer era más hondo y el instante inolvidable; y las pequeñas a los que no dominaban tan bien ese difícil arte de procurarle la más concreta de las felicidades. Las más alejadas de las circunferencias, independientemente de su tamaño (considerable, en ocasiones), se hacían cargo de los hombres que, al margen de su mayor o menor maestría sexual, por no resultarles simpáticos o sugerentes, apenas despertaban su interés. Y las “equis” más próximas a los círculos, que podían ser muy pequeñas, aludían a los amantes, a veces mediocres, si no decepcionantes, que, pese a ello, se convertían en objetos privilegiados de su deseo, tal vez por algún rasgo de su carácter, enigmático o encantador.

Mi dibujo fue más sencillo. Quise representar un ruiseñor y una rosa, esta en un jardín ya verdeante y aquel surcando el cielo sin convicción, herido de soledad y de nostalgia. Y me dispuse a relatarle una nueva versión del cuento clásico en el que el ruiseñor se enamora, sin remedio y contra su condición, de la rosa —quieta, ajena, extraña y hasta infame—. Le hice saber que había en España una mujer a la que amaba por encima de todas las demás; una mujer que, de algún modo, *pertenecía* a otro hombre, su novio desde hacía ya casi una década, con quien pensaba contraer prontamente matrimonio. Nuestra relación no había cumplido aún un año y, aunque estaba hecha de silencio y de peligro, era indiscutible que ya nos queríamos. Yo era su amante secreto, la arista indecorosa del típico triángulo burgués. Nos veíamos de forma clandestina, cada vez que nos era posible (todos los fines de

semana, mientras permanecí en mi país, pues su novio, que vivía en Barcelona, solo se reunía con ella en Navidad y verano). Sin embargo, por mis viajes y por mi fuga, durante largos períodos de tiempo —semanas, meses enteros— la vida nos separaba dolorosamente. Entonces nos escribíamos... Y esas cartas rebosantes de esperanza que, de ordinario, caen sobre los amores quebrados, estertóreos, como el agua sobre las flores del jarrón (para evitar que se marchiten y disimular su muerte), en nuestro caso mantenían milagrosamente encendida la llama de la pasión que nos animaba...

Decía el cuento que un ruiseñor se enamoró de una rosa, y fue correspondido. Pero, como su vida era la de los pájaros, no podía permanecer junto a ella. Tampoco la rosa podía partir tras él, pues moriría nada más perder el contacto con la tierra. La rosa era bella, como lo son todas las rosas, por aquietarse, por no moverse; y su felicidad estribaba en no dejar nunca de constituir la alegría de los campos, uniéndose a otras plantas, a otras flores, como si dibujara una sonrisa en los labios de la naturaleza, para formar el más vistoso de los jardines. Y el ruiseñor, que era hermoso por levantar el vuelo, por partir incesantemente en cualquier dirección, garabateando el lienzo de los cielos con la gracia inocente de un niño pintor que, sin comprender aún el arte, ya sabe lo que es disponer antojadizamente de un espacio, hallaba su felicidad cuando, por los aires, cómplices de su volar caprichoso, otros pájaros, diversos, cambiantes, a veces desconocidos, lo acompañaban juguetonamente.

Pero desde que un día el ruiseñor, cansado de perseguir inalcanzables horizontes, reparó en la majestuosa serenidad de aquella rosa, y la rosa, un poco harta de adornar siempre el mismo rincón, advirtió el subyugante dinamismo de aquel ruiseñor, desde ese día y por el embrujo de un enamoramiento insensato, ninguno de los dos volvió a ser feliz según las leyes de la naturaleza y como correspondía al alma de su peculiar especie.

A menudo, cuando se desataban las tormentas, la rosa sentía que, como por un desiderátum de los vientos, estaba a punto de volar; y se embriagaba de dicha pensando que le sería concedido seguir a su amante. Y, esas mismas jornadas, brumosas como la esperanza, el ruiseñor, buscando refugio en los bosques y en los jardines para protegerse de las lluvias inclementes, soñaba que, como un esclavo de los temporales, también él podría alcanzar la dicha arraigando, junto a su rosa, en el abrigo de la naturaleza. Mas se engañaban los dos, pues, al amainar el viento, apenas escampaba, la rosa regresaba servil a la tiranía de su tallo y el ruiseñor se entregaba sin remedio a la pasión fugitiva de sus alas; y, desolados por el mismo infortunio, recuperaban la belleza incompatible de lo fijo y de lo móvil...

Sin embargo, aunque el ruiseñor no podía permanecer junto a su rosa y la rosa no podía partir tras el ruiseñor, aquella relación se hizo perpetua, porque, habituándose los dos a vivir en la espera (una espera que era la verdad misma de su amor), *el ruiseñor siempre regresaba a la rosa*. Y, en cada reencuentro, con la tierna caricia de su canto, melodioso ya solo en aquellos momentos, el incansable vagabundo parecía devolver el vigor a la sabia cautiva de la tierra. Y se diría que la rosa, tan sosegada, apaciguaba enseñuida la inquietud de su espíritu peregrino y, con el resplandor de sus pétalos radiantes, tornaba más rojo, y menos pardo, su sufrido plumaje de eterno prisionero de los cielos.

Ignoro hasta qué punto Boglarka comprendió el sentido de mi relato. Pero, al menos, debió percibir que, por opacas y furtivas razones, aquel vínculo, reconfortante y cruel a un tiempo, como el opio de los románticos o el hogar de los apátridas, era para mí mucho más importante que cualquier proyecto, puramente contingente, de vida en común...

Me aseguró que, a mi regreso, sería de nuevo mi mujer, mi compañera, como lo había sido, como lo estaba siendo —pues, ciertamente, compartíamos desde hacía un mes el mismo cuarto y juntos

padecíamos el azote de las horas en aquel tumultuoso Colegio de la capital húngara—. No conseguía ver en mi amante española un peligro real (inmediato) para nuestra relación; y reconocía que, al mudarme a su alcoba, había dado término también a mi experiencia de la vida libertina, renegando de la oscura avidez que me había convertido no sé si en depredador sexual o en carnuza erótica permanentemente disponible —aquel vertiginoso pasar de mujer en mujer, de sudor en sudor, como de desierto en desierto o de herida en herida, sin descubrir nunca las reglas del juego en el que, arriesgando la razón, empezaba a perder el alma—.

Y yo, emocionado por su coraje y orgulloso de que me concediera un lugar tan destacado en la complicada geometría circular de su afectividad, quise creer, con todas mis fuerzas, en su sinceridad, y acallar así las voces torturantes de mi sempiterna duda... Quise creer, mientras nos disponíamos a hacer el amor por última vez, que de verdad me estimaba; convencerme de que, por tanto, no había motivo para retroceder espantado ante los sentimientos que, con su dulzura, había sembrado en mi corazón y que yo notaba germinar día tras día. Pero fracasé en el empeño... Hasta el postrer momento, e incluso en la cima de la relación erótica, Boglarka sorprendió en mis ojos la mirada, si no de la desconfianza, sí del desconcierto; y supo siempre, como me confesó más tarde en una carta estremecedora, que o bien había temido amarla desde el principio, o bien la había amado exclusivamente en el temor.

*

NOTA NÚM. 3: EN TORNO A LA «SEXUALIDAD POÉTICA»

Víctor Araya ha sido siempre un gran “amante del amor”, pero no en el sentido del conocido film francés. El “amor” que a él le interesaba no era de la especie más común. Buscaba, normalmente, “*relaciones sin figura*”, por utilizar su expresión: experiencias afectivas que no reprodujeran los modelos dados —el modelo “familiar”, el modelo “triangular”, el de la promiscuidad libertina, etc.—. Relaciones y experiencias que no encajaran en los estereotipos que usamos para clasificar (y domesticar) los vínculos del corazón y del deseo. “Amores” insólitos, difíciles de racionalizar, de algún modo *poéticos*, en cierta medida *creativos*: su relación con Boglarka, por ejemplo, basada en el desconocimiento, en la imposibilidad de la comunicación, en el misterio, en la desconfianza y hasta en el miedo; su relación con la muchacha española, fundada sobre una absoluta incompatibilidad de caracteres y sobre la inviabilidad de la vida en común; etc.

El Víctor que yo conocí en Budapest lo tenía *todo* contra la familia y contra la pareja; era, aún, el hombre que se reconocía en las páginas de *Un trozo de hueco*. En aquella novela, de forma muy directa, con una desusada sencillez, había hablado de “la felicidad mortal de la pareja” y de “la paz devastadora de las familias”:

R. empezó a hablarme casi del suicidio. Había perdido por completo la serenidad, y se estremecía asolada por alguna herida demasiado profunda. Lloraba con ahogado estrépito, convulsivamente. Y a mí se me puso dura.

Estaba sola. Todo el día sola. Días enteros sin el consuelo de una conversación. Y no había elegido esa soledad. Me vi forzado a abandonarla después de una larga siesta: decidí, al despegar los párpados, que ya no soportaba la vida de pareja —y la desperté, para hacérselo saber inmediatamente—. Me odió por eso, durante un tiempo. Pero

ayer, cuando pensó casi en el suicidio, no tuvo más remedio que recurrir a mí. Supe desplegar los gestos oportunos. Pronuncié las palabras apropiadas. Lloré también falsamente, como exigía la situación. E hicimos el amor una vez más. Como fue extremadamente fácil, no gocé demasiado. Pero tampoco me sentí mal al día siguiente. Ni rastro de depravación en mi comportamiento: yo también sufría.

R. me buscó para aliviar su ansiedad. Y a mí se me puso dura porque rápidamente entreví la posibilidad de descargar mi dolor sobre su cuerpo. Nos sentó bien el remedio: nada mejor podíamos hacer el uno por el otro. Y sin la representación preambular (ella exageraba, yo mentía) difícilmente habríamos alcanzado la sinceridad de fondo que nos llevó a compartir la noche. Pronto hará un año que la arrojé al fuego de la melancolía para liberarme de su vigilancia y salvar mi sensibilidad de *la más oscura de las amenazas*: la felicidad mortal de la pareja.

De un tiempo a esta parte, las mujeres ven en mí algo así como un psicólogo consolador, un emancipador sexual y un extravagante trofeo de caza. Solo se me acercan para abrumarme con sus sufrimientos, superar viejos prejuicios (molestas inhibiciones) y exhibirme algún día como la más rara de sus conquistas. En el fondo, me gusta que sea así. Sé escuchar y aprendo del dolor ajeno. No sé follar, pero con solo intentarlo *libero*. Y no me importa alimentar la vanidad fácil de los perros de presa, porque me sigue pareciendo infinitamente menos nocivo el infierno sin máscara de la depredación sexual que la paz devastadora de las familias.

Solo entablaba relaciones sentimentales, por aquel entonces, con las mujeres *de los otros*, pero bajo la condición de que esos

“otros” tuvieran, más pronto que tarde, conocimiento de la intrusión; y prefería abiertamente las experiencias “silenciosas”, refractarias a la palabra, opacas a la interpretación racional. En lo primero proyectaba, sin duda, un escrúpulo político-ideológico (el miedo a “poseer” o “ser poseído”, a perder su libertad o secuestrar la del otro), alimentado, en parte, por aquella literatura de la *liberación sexual* y del *antifamiliarismo* que durante algunos años estuvo tan en boga entre la juventud disconforme. Para lo segundo, en cambio, se nutría de sospechas propias, de criterios personales, dejando traslucir su inveterada animadversión al lenguaje. He encontrado, en *Un trozo...*, dos pasajes elocuentes:

Están de más las palabras. Hablamos para administrar el engaño. Lo que en último término ha de contar, acaecerá en silencio. Por favor, no me descubras tu pasado. No me confíes tus secretos. Guarda para otros la descripción de tus proyectos. No me interesan tus opiniones. ¿De qué nos servirá saber lo que pensamos de cada cosa? Dejemos que nuestras ideas nos torturen a solas, y callemos para que lo físico concierte una tregua con la Razón.

No toleraré que el lenguaje me detenga. No consientas que te paralice de nuevo la vorágine de la comunicación. Prefiero el calor del silencio a la mentira de la introspección... No te castigues la vista intentando sorprender un pedazo de verdad bajo el estruendo de mis máscaras. Apaga la luz y borra mi rostro de tu memoria. No podrás desnudarte, por mucho que te empeñes. Confórmate con esconder bajo las sábanas la perversidad de ese último disfraz que se confunde con tu desnudez, y deja que te acaricie por debajo de la piel hasta que resplandezca por fin la sinceridad absoluta del deseo. Las cosas se nos escapan demasiado pronto porque las enredamos en la fatalidad del discurso. Lo verdaderamente serio se juega más allá del punto ante el que se rinden las palabras. No es posible aclarar lo que anida

en el corazón de la medianoche —parece cada amanecer ante los primeros rayos del sol inquisidor—.

No me preguntes qué siento por ti. Podemos prescindir de toda excusa, de todo motivo, de toda prueba. No me distraigas con la retórica del amor. Yo tampoco te abrumaré con el discurso de la guerra. Entramos en un tiempo en el que nuestros cuerpos se buscan para anudarse. Eso es todo.

Con An. me entrego por fin al silencio de los hombres futuros. Casi sin pretenderlo, mantenemos nuestra relación a salvo de las palabras, a cubierto de toda interpretación, lejos de cualquier pensamiento. Viene para hacer el amor. Compartimos el tiempo mientras hacemos el amor, y hasta que ya no es posible seguir haciéndolo. Entonces, se va. Como casi no hablamos, ningún problema nos enfrenta. Solo nos ata el placer. Pero por debajo de nuestro silencio ha tomado cuerpo un lenguaje extremadamente sencillo; y, de tanto entendernos sin palabras, un afecto profundo, más que grave, ha organizado a la sombra del deseo un nuevo campo de dependencia. Es el afecto de los enfermos que, atenazados por el dolor común, comparten un mismo y único remedio. O la dependencia de los extraños que disfrutaban juntos de la misma aventura y se exponen, pecho con espalda, a los mismos peligros.

Así era el Víctor Araya que yo traté y que tuvo ocasión en Budapest, debido a su desconocimiento del húngaro, de *insistir* en esa afectividad ‘callada’, particularmente no-lógica, no-comunicativa, no-racional, siempre en torno a mujeres que amaban a otros hombres, con novio o casadas, siempre *desestabilizando* algo, atentando —como había escrito— contra “la pretensión de eternidad del número dos”:

Escribo estas líneas hoy domingo, mientras espero la visita de An. Hace dos días que le propuse compartir la oquedad de una noche. Lleva ocho años encerrada en la sexualidad de su novio; y no puede dejar de sentir la atracción de lo desconocido, la seducción del abismo. Desde que abandoné a R., ese ha sido también el caso de todas las mujeres que se me han acercado o a las que me he acercado. Siempre, *mujeres de otros*. Siempre mujeres vinculadas a otros hombres por cadenas de años que no sentían como cadenas. En todos los casos, yo era el principio del fin de la relación "exclusiva", el intruso que destruía la pretensión de eternidad del número dos sin aparecer por ello como el amante clásico del triángulo burgués (...).

Prefiero las mujeres de otros porque no atan, y mientras sepan servirse de mí como de una medicina o de un remedio —es decir, mientras no me empujen a atarlas—. Pero exijo, sin excepciones, la transparencia de la relación: que el otro permanezca al tanto del movimiento de la experiencia, y reaccione como sea capaz de reaccionar. Que asuma el papel del propietario amenazado, o el del padre indulgente, aunque molesto, o el del amo cínico que nada teme de la rebeldía del esclavo porque en el fondo sabe que también pertenece a la lógica de la servidumbre el momento de la revuelta sin consecuencias. Pero que reaccione... Y que dependa de la 'calidad' de su mujer el destino del triángulo. No me importa consolidar una relación de propiedad si la mujer tentada tiene alma de esclava y ha aprendido a disfrutar de su propia humillación. Pero sé también reconocer la voluntad de independencia en su estadio de letargo, en el proceso de su forja, y gozo al implicarme afectivamente en tales coyunturas de emancipación. Me sucedió con F., y la amé como un cómplice. Noto que algo se está despertando también en el interior de An. Su equivocidad tiene menos que ver con la travesura del esclavo que con la forja del futu-

ro liberto. Se siente atraída por mí porque quisiera ser como me ve —y me ve como un hombre libre—. Ya sabéis que no me dejo ver de otra forma, y que he adquirido cierta maestría en el arte de esconder las muletas.

Pero no es ya este el Víctor que ha “desaparecido”. En *Desesperar*, su último e inacabado proyecto, lo vemos, para nuestro desconcierto, casado y con un hijo; lo vemos en la figura, en el modelo (padre y esposo), en el lenguaje. Lo descubrimos, además, infeliz, irritado, lleno de amargura; y padeciendo, en efecto, una cancelación de su libertad. Ya no hay *poesía*, ya no hay *creación* en su afectividad. Su escritura empieza a ser una “*escritura de la mala conciencia*”:

Pretensión Suya

Si sigue así, mañana mismo la abandono. Que se quede con el niño, ya puestos; pero que no me agreda más. Debería haber desistido de corregirme. No tolero que se incursione por mi campo privado de libertad... Nada me hace más daño que esa pretensión suya de sujetarme, de transformarme...

Esa Loca Mentirosa Que Llamamos “Corazón”

Antes pensaba que una novela —una novela mía, por lo menos— debía partir siempre de una cuestión trascendente. Y que le incumbía desarrollarla de un modo riguroso. Carecía de importancia el final. Ahora observo que mis trabajos, en rigor, comienzan de cualquier modo y concluyen cuando quieren. De la trascendencia les queda solo un re-

gusto, un toque de empalago. Así que han dejado de valer la pena.

Que se quede, ella, con la casa, con la furgoneta, con los ahorros... Que se quede con el bebé. Que se quede, incluso, con el hatajo de cabras. Y que lo ponga en venta. A mí me basta con las latas de paté de oferta que envejecen en la despensa, y un poco de camino por delante... Como cuando era joven, y no sabía —no podía— vivir estúpidamente: camino y picadura de hígado de cerdo. A veces, también, alguna docena de huevos duros y cuatro o cinco botellas de vino barato. Lo primero que se acababa era el vino...

Siempre que en mi vida he roto con un modo de existencia, me he desatado asimismo de la mujer que en él me recluía. Es decir, me rompía yo por completo, desde la economía hasta la sensualidad y pasando por esa loca mentirosa que llamamos «corazón».

Se Quieren Las Alas Rotas, Cortadas; Se Quiere La Celda, Echado El Candado

No me iré. Seguiré con ella, cuidando de nuestro hijo, hasta que el tiempo, si no la muerte, nos desgarré. Nos parta en dos. O en tres.... Hasta que un porvenir convulso, inimaginable hoy, separándonos brutalmente, nos devuelva a la indefensión de vivir en uno mismo. Acaso dulce dolorosa inútil indefensión... Si no espero nada de la pareja, tampoco lo espero de la soledad. Por otro lado, aunque ella lo pretenda, no logrará "corregirme": ningún ser detenta, ni en lo más remoto, ese poder sobre mí...

Cuando una persona se deja afectar por otra, es en realidad su voluntad —el habla de sus deseos— la que ha decidido sucumbir al influjo. Quiere esa servidumbre. Se somete

libremente. Si yo cambio, no lo hago por las gentes que tengo a mi alrededor: más bien, me procuré ese determinado círculo de allegados y conocidos para impulsarme a cambiar. Las mujeres no atan a los hombres; a fin de no volar, los hombres se cortan las alas con el estilete de sus mujeres. Temiendo sentirse libres, las mujeres buscan la mano cruel, diligente, de sus compañeros para echar el candado de la celda que, en secreto, ansían. Anhelando la seguridad de la prisión, amamos al carcelero. Se quieren las alas rotas, cortadas; se quiere la celda, echado el candado. El Otro nada puede si ese deseo de no volar, deseo de renunciar a la libertad fugitiva, no ha hecho ya mella en la supuesta víctima de la dominación.

Así que seguiré aquí, con ella, viendo de qué torpe manera intenta en vano transformarme; o notando cómo en parte me reforma, pacientemente, día tras día, cuando, sin que lo sepa, esté siendo ese por momentos mi deseo, nula mi resistencia. Para continuar *siendo el mismo*, y endurecerme ante las tentativas homogeneizadoras del exterior, o para *ser otro*, mudar la piel y acaso el corazón, ella constituirá mi instrumento. No me pegaré a su sombra. Pero tampoco huiré. No la espantaré. Como una sirvienta que obedece por propio interés, que come sobras y roba de la cartera del amo, aún le cabe andar a mi paso, arrastrando a su hijo...

¿Cómo se explica esa mutación? ¿Qué ha ocurrido? Yo sé que esta mujer que ahora pretende “corregirlo”, “transformarlo” (arrancarlo del pastoreo, de la soledad, de la vida en la montaña, de la pobreza; y devolverlo a la enseñanza, a la comunidad, a la opulencia, cabe suponer) es, precisamente, aquella “muchacha española” de *El espíritu de la fuga* y la “An.” de *Un trozo de hueco*, una “mujer de otro” que, al final, acabó siendo “suya”. Por ella, Víctor cae en las redes de dos de sus más temidos demonios: la *continuidad* y la *repetición*. Y, en los últimos pasajes de *Un trozo...*,

Araya era perfectamente consciente del “peligro” a que se exponía, de la amenaza que se cernía sobre su vida —un peligro y una amenaza que terminaron haciendo presa en él—:

Debo endurecerme además en otro sentido: ya está bien de angustiarse por la suspensión de la continuidad... No basta con aceptar el término de las cosas. De nada sirve reconocer la temporalidad de todo proyecto, de toda ilusión, de todo dolor y todo remedio, si luego se sufre por la desaparición de lo conocido. Solo la repetición debería aterrorizarnos. Lo que se repite pierde rápidamente el interés que lo suscitó, y pretende sobornarnos con la seguridad de la posesión. La normalización de una relación es ya *otra* relación y, por supuesto, ignora la emoción de lo desconocido. La continuidad no solo amenaza con sumirnos en el hastío. Prepara también una reducción del horizonte del deseo, una pacificación general de los instintos y una emergencia compensatoria de la pulsión de propiedad. Si debo creer en mis palabras, el ocaso de las cosas presagia el despunte de una nueva voluntad —y de una nueva pasión—. *Primero fueron las ruinas, y luego el palacio. Primero las cenizas, y luego la hoguera. El principio está siempre al final, pero no es su contrario. Tanto uno como otro se oponen a la repetición —y la repetición es el vacío—.* No hay más muerte que la de lo que ya fue, está siendo y será —por tiempo indefinido— del mismo modo. No morimos al concluir, sino al permanecer. Y ya está bien de angustiarse por conservar la vida (suspender la continuidad). Debo endurecerme para aprender a terminar. No se trata de concluir, sino de saber concluir: percibir claramente todo lo que está en juego y, por tanto, desear el fin.

Como podéis imaginar, escribo esta página para soportar mejor la eventualidad de un deterioro de mi relación con An. Hoy es por fin el domingo de nuestra cuarta cita y siento,

a propósito, el resurgimiento de antiguos temores. Me continúa asustando la posibilidad de sucumbir, de nuevo, ante algo demasiado parecido a la vieja dependencia: depender de una mujer, o de su cuerpo, para descargar periódicamente mi ansiedad y recuperar por momentos la estabilidad del propietario. Aunque no me importa reconocer que solo el deseo me vincula a An., he de añadir enseguida que me sorprende tanto la fortaleza de ese lazo como la profundidad de los secretos que anuda. Existe en la sexualidad segura, estable, normalizada, un peligro inmediato: la invitación a la continuidad como invitación a la posesión. Y si bien conozco las razones por las que debería resistirme a tal proceso, me inquieta pensar que no es posible la resistencia sin dolor —como tampoco me sería posible abandonarme, sin dolor, a la estabilidad y a la repetición—.

Ante mí solo se abren dos caminos. Nada me irá mejor después de la elección, pero sé también que todo empeorará si detengo mis pasos frente a la encrucijada y espero a que el cansancio borre o confunda las pistas. Cambiar la dirección de los pasos es un privilegio de los caminantes perpetuos, y solo para estos vagabundos de la voluntad han sido inventadas las encrucijadas. De alguna forma, dependen de ellas para exponerse a elegir y soñar de ese modo que son dueños de su destino. Es probable que se engañen ante cada nuevo cruce de caminos. Pero les quedará siempre el valor de arriesgarse a descubrir su verdad en el peligro de cualquier viraje.

Probablemente se equivocó de camino, probablemente ha descubierto su “verdad” en el peligro de no sé qué otro viraje; y ha decidido obrar en consecuencia. A esto quería llegar: me parece que la *desaparición* de Víctor no es independiente de un deseo de escapar del ‘modelo’, de dar marcha atrás, de recuperar la libertad de corazón y de cuerpo, de volver a insuflar poesía y creatividad a

su vida afectiva. Ya se lo advertí en Budapest: “Naciste para la libertad; y donde la libertad no es posible, no te es posible la vida”. Y me temo que la libertad no es practicable *al interior* de la familia burguesa, por lo que, como padre y esposo, Víctor Araya no podía vivir. En lugar de suicidarse, sostengo, Víctor ha querido evadirse de la muerte —“la muerte vulgar del hogar minúsculo: hogar del padre y del hijo, del empleado y del hijo, del esposo y del hijo”, como él mismo escribió en *El Irresponsable*—.

3)

*Después de la Batalla, perdida por todos,
empezaba otra lucha, más sórdida, nefanda y ruin
como toda “posguerra”*

Se me acababa el tiempo. Faltaban apenas tres horas para que saliera mi tren, y todavía no había preparado las maletas. Había resuelto levantarme a las cuatro, reunir mis cosas y, sobre las cinco, llamar a Trevor para que me acompañara —como había prometido— a la Terminal. Ya eran más de las tres, y me daba miedo quedarme dormido y perder la combinación. Bogui había caído rendida, presa del cansancio, en las mallas de un sueño tan profundo como la noche... Mientras tanto, en *La Vaca* continuaba la Fiesta, incontrolable como una avalancha, segura ya de no extinguirse más que al borde mismo del Caos —o en su seno misterioso—. Oí correr a una húngara por el pasillo, gritando como una posesa, tal vez perseguida por algún latino hambriento de sexo. Y, como banda sonora de la inminente violación (que, al día siguiente, sería considerada, incluso por la chica, como una simple escaramuza erótica), podía escucharse la más desgarradora de las *rancheras*, coreada a pleno pulmón por la comparsa de los desesperados —que la impregnaban de un raro aliento trágico, entre siniestro y conmovedor, como la sonrisa de un asesino ante el cadáver de su víctima, reconfortado por el *trabajo* bien hecho y ya casi henchido de un vago y oscuro pesar de inocente incomprendido, más una acusación que un remordimiento—:

“¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! canta y no llores,
porque cantando se alegran, cielito lindo,
los corazones...
¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! canta y no llores...”.

Sobre las cuatro y cuarto desperté a mi compañera: “Enseguida vuelvo. Tengo que preparar el equipaje. Espérame aquí. Y echa la llave a la puerta”.

Me sobrecogió, nada más atravesar el umbral de *La Vaca*, el abrumador espectáculo de seis o siete borrachos tambaleantes, vagando de un lado para otro como deambulaban sin rumbo fijo los apestados del Medioevo y, al igual que estos, deshaciéndose en sollozos y alaridos. Intentaban seguir todavía el ritmo de la música, pero la dudosa sensualidad de los primeros bailes había dejado paso a una grotesca contorsión de músculos desobedientes. Y me alarmó que las mujeres, conscientes de la emboscada que se les tendía, hubieran sabido escapar para ponerse a salvo de la temible presagiada catarsis, a excepción de una Bety gemiqueante pero cómoda en su papel de única presa, objeto mayestático de la encerrona: el lugar de las bocanadas de esperma sería ocupado (en su discurrir por las pieles erizadas, ya no de placer, sino de terror) por el flujo de la sangre, a veces hilillo, a veces torrente. No me molesté en proponer que se diera conclusión a “mi” Despedida. En realidad, nunca hubo *Despedida* en aquel cuarto; y, ahora, ni siquiera había *Fiesta*: era ya otro el sentido de la Velada.

Después de la Batalla, perdida por todos, empezaba otra lucha, nefanda y ruin como toda “posguerra”. Rebasado el Peligro, nos encontrábamos por fin al otro lado del Horror, en la inexplorada Región, sin nombre ni geografía, donde el Mal pierde su épica y hasta su desconcertante grandeza. Más allá del bien y del mal, de la razón y de la locura, de la luz y de las tinieblas..., donde, fecundado lo Imposible por lo Posible, se concibe el monstruo de lo Indeseable, la Reunión entraba en su fase crítica.

Quienes conservaban aún un motivo para vivir, algo que salvar (aunque solo fuera una mentira), no estaban ya allí. Los *sanos*, esos seres que encuentran en sí mismos el remedio de sus males, ni siquiera habían asistido; y de los enfermos —hordas quejumbrosas que solían hacer de su dolencia una errática forma de vida, desencantada y autodestructiva— solo quedaban los incurables. Instalados en la lóbrega mansión de un abatimiento perpetuo, los últimos *resistentes* de la Fiesta se me aparecían como ‘cuerpos’ absolutamente disponibles, inmensas dianas para los dardos de la ira ajena y animales de tiro de las penas comunes. Marionetas del instante, permanecían allí para padecer el ensañamiento de los demás —permitir que, en sus huesos doloridos, se vengaran todas las ofensas, todos los ultrajes—. Y sobre sus tragedias (rendiciones que eran más que derrotas) gravitaban, como cuervos sin sustento, los difusos aliados de su voluntad de muerte: suicidas frustrados, adictos a la Riña, que se ejercitaban en la agresión para matarse dos veces y de otra forma —morir en vida, un poco con cada una de sus víctimas, y vivir la vida como hundimiento irreversible en el pozo de su propia ignominia—. Estos como aquellos buscaban, sin darse cuenta, en el ocaso de sus fiestas, algo más y algo menos que la muerte: *buscaban al verdugo*.

Manteniéndose en pie a duras penas, el peruano de Varsovia, aún medio dormido y todavía borracho, soportaba estoicamente las provocaciones de su compatriota chico, que no cesaba de retarle. Quise mediar en la discusión, convencerlos de que no tenía sentido llegar a las manos, pero Bety, mientras Miguel le estrujaba los senos, me aconsejó que callara y dejara *que se sacaran la mierda*. Le hice caso porque ella pertenecía más que yo a ese mundo de la violencia a flor de piel —y el peruano chico me había mirado de manera demasiado feroz...—.

Canturreando como un autómatas, fue Pana quien intentó evitar el enfrentamiento. Y recibió, como premio, inesperadamente, un puñetazo en pleno rostro. Sus gafas se hicieron añicos contra

las cejas, y empezó a llorar temiendo que algunos cristales le hubieran entrado en los ojos. Abandonando su rudo trabajo, con cierto aire de rutina y como si afrontara por enésima vez un molesto contratiempo, Miguel se levantó para ayudarlo. Le enjuagó la cara, bañada en sangre. Y procuró extraerle, a punta de navaja, los vidrios que se le habían incrustado en las mejillas. Ebrio como estaba, terminó de destrozarle los pómulos. No sé quién causó finalmente más daño a la fisonomía del desafortunado Pana, si su enloquecido agresor o aquel decidido cirujano de urgencia blandiendo el acero sobre su rostro como se desliza la pluma sobre el papel...

Todo lo que alegó el peruano chico antes de reaccionar tan salvajemente fue: “Y tú cállate, panameño de mierda”. Más tarde supe que el agresor acostumbraba a cerrar así el capítulo de sus borracheras, y que casi cada semana atacaba de ese modo, sin ninguna razón, a uno u otro de sus allegados. Se decía de él que “aunque era buena gente, se le cruzaban los cables cuando bebía”. Además, su mejor amigo, un etíope retraído y taciturno, se consumía desde el año pasado en las cárceles de Hungría, acusado de haber violado a una anciana en los soportales de la *Móricz Zs. Körtér*. Y él, condenado desde entonces a la soledad, no veía la forma de sobreponerse a la desgracia.

Como él mismo solía contar, nadie creyó a la viejita cuando, con esa acre serenidad de mujer endurecida por la vida, entró en el *söröző* de la *Móricz* y rogó al camarero que avisara a la Policía “porque acababa de ser violada”... La tomaron, en ese momento, por una vieja loca y más de un empedernido bebedor de cerveza estalló allí mismo en carcajadas. Pero la anciana se levantó enérgicamente las enaguas y dejó ver, a los divertidos incrédulos, sus bragas negras de algodón anegadas en sangre y esperma. La Policía detuvo, esa misma noche, al etíope; y él, que apenas podía dar crédito a lo sucedido, perdió —para el resto de sus días— a su más querido amigo, su camarada espiritual y casi su bastón

de apoyo en aquella selva húngara del desarraigo y la penuria estudiantil.

Un *tico* del que se comentaba que andaba buscando la muerte (veterano del famoso “escuadrón suicida” de Costa Rica, tan eficaz en el trance de quitarse voluntariamente la vida), llegado a la Fiesta a altas horas de la madrugada, intentó *tranquilizar*, torpemente y casi de mala manera, al pequeño peruano; y solo consiguió enzarzarlo en una nueva contienda. Salieron al pasillo y comenzaron a golpearse brutalmente. Rodaron por los suelos, destrozaron el teléfono del corredor y salpicaron de sangre las paredes. Nadie quiso intervenir, esta vez. Peleaba mejor el peruano, devorado por sus propios nervios (rotos, más que destemplados) y como si deseara llegar inmediatamente a algún fin: morir o matar.

Después me persuadieron de que el costarricense se había merecido la paliza. Desde su llegada, no se había dedicado más que a desarmar, con la paciencia de un mecánico perverso, objeto por objeto, la mayor parte del mobiliario de *La Vaca*; y, lo que ninguno de nosotros pudo perdonarle jamás, alimentando con una mórbida frialdad su lúgubre pasión destructiva, insultantemente, se había atrevido a arrancar e incendiar los pósteres que decoraban la puerta de la habitación.

*

4)

Oscura bodega turbulenta

Aquellas cartulinas, pintadas por Nelson, el muy parsimonioso dibujante cubano, uno de los corazones más nobles de la comunidad latina, nos retrotraían a los tiempos dorados de *La Vaca* —cuando mi cuarto servía de escenario a las más animadas reuniones y, por el calor de las tertulias que allí tenían lugar, se había hecho entrañable a un cierto número de estudiantes y trabajadores de los cinco continentes—. Por aquellos días, solíamos organizar proyecciones de diapositivas e incluso pequeñas muestras de fotografía; y el vino, que de ninguna manera protagonizaba los encuentros, contribuía siempre, consumido con moderación, a relajar el ambiente y amenizar las veladas. Trevor, Miguel y yo constituíamos el eje fundamental de *La Vaca*; y en torno a nosotros se congregaba aquella interesante camarilla interracial, sin otro propósito que cambiar impresiones y pasar un rato agradable en el más encantador rincón del Colegio.

Miguel atravesaba una buena época y, calmados sus nervios, se encargaba meticulosamente de organizar las proyecciones. A Trevor incumbía reunir los medios con que abastecer la “bodega” (para lo que, de acuerdo con el sistema sudamericano que daba nombre a la habitación, debía jornada tras jornada recoger la aportación voluntaria de los concurrentes, es decir “*hacer la vaca*”) y, de alguna forma, seleccionar a los invitados —dada su capacidad de liderazgo y el carisma que conservaba entre los de-

más estudiantes—. Y yo aparecía, quizás, como el componente exótico de la tríada: un español que había renunciado a la docencia en su país para instalarse provisionalmente en Budapest (con la falsa excusa de realizar no se sabía qué investigación), desertor del trabajo, de la familia, de la propiedad y hasta de la patria... Pieza casi decorativa, aportaba únicamente mi propensión a contar historias.

Pero era Nelson, sin duda, el “alma” del montaje. Se había ocupado, con todo el esmero del mundo, de decorar las paredes, diseñar a conciencia los rótulos y convertir la puerta de la habitación en el más original *reclamo* de la Residencia. Había revestido aquel insulso pedazo de madera con llamativos paneles multicolores; y, como principal curiosidad del dibujo, se podía observar la excelente caricatura de los tres promotores de la idea (Trevor caracterizado como un indio parlanchín y mujeriego; Miguel, rodeado de botellas, fingiendo que estudiaba; y yo, postrado en la cama, con unos calzoncillos por bandera, sometido a incesantes transfusiones de *Egri Bikavér* y con una inscripción en la cabeza que decía: “¿Investigador Huésped?”).

Sabíamos que Nelson había dedicado horas, días enteros, a aquella puerta. Le gustaba pintar; y cada uno de sus dibujos era sentido por él como verdadera “obra”, donada o regalada a los amigos, pero profundamente estudiada en su concepción e incluso en sus detalles. Por eso, sus paneles adquirían para nosotros un valor extraordinario; y en el aprecio que profesábamos a aquellos dibujos se proyectaba en gran medida el afecto que nos unía a su autor. Aquel muchachillo delgado y alto, de apenas veinte años, poco hablador, pero muy leal a sus amigos, famoso en el Colegio por el deseo que suscitaba en las mujeres (bien parecido, nadie bailaba mejor que él y se comentaba que no tenía límite como amante), y vinculado sentimentalmente a una de las pocas húngaras sobre la que no recaía sospecha de parasitismo, se había hecho querer por todos sin proponérselo; y su mera compañía,

siempre tan apacible, silenciosa pero reconfortante, era codiciada por nosotros como garantía de bienestar y de una rara dicha, humilde y cotidiana. De su mano, *La Vaca* funcionó como escenario casi idílico de la buena camaradería, la conversación amena y la mutua asistencia estudiantil. Los *días tinteros*, encapotados, amenazantes de lluvia, demasiado ventosos para salir, encargábamos al vino que diera muerte, dulce y rápidamente, a aquellas horas sin brillo —grises de helor y hasta de hastío—. Y los *días cerveceros*, excesivamente límpidos, casi tórridos, arredrados por un sol plomizo, depositábamos nuestras esperanzas en el auxilio de la refrescante cerveza checa...

Pero desde la fecha en que Nelson tuvo que recluirse en el estudio, por la proximidad de unos exámenes que, al no superar, serían la causa de su, tan injusta, expulsión del país, y conforme los “desesperados” empezaron a rondar mi cuarto, encandilados por la luminaria siniestra del alcohol, se fue alterando alarmanamente el inicial carácter de *La Vaca*... La puerta permanecía en su sitio, con la misma decoración, pero, a sus espaldas, y como si se conspirara contra ella, cambiaba el sentido de los encuentros; y lo que antes funcionaba como hechizante refugio de la tertulia degeneró en tugurio, oscura taberna turbulenta.

No es fácil explicar *qué* aconteció realmente —por qué se corrompieron de ese modo, como cadáveres a la intemperie, los frutos de nuestro trabajo—. Trevor hablaba de las secuelas de la Primavera, y de la “inquietud enfermiza” de los nuevos visitantes. Por otro lado, también yo advertía cierta derivación en mi conducta, un muy singular desplazamiento en el punto de mira de mi Deseo. A medida que transcurría mi segundo mes de estancia en Budapest, empezaba a serme grata la idea de vincularme a una mujer. No sé si se trataba de un imperativo sexual o de una necesidad de compañía. Pero dejó de satisfacerme la espectral calma de aquel ambiente, reposado a la manera de un cementerio, enervantemente monótono como la vida de un condenado en la

insulsa y dolorosa Paz de su presidio. Probablemente, ocurrió lo mismo con Miguel e incluso con Trevor...

Me propuse, en fin, romper el sosiego de mis días, yermos como eriales, y, enamorándome *a la fuerza*, convivir con una mujer. Mas tropecé con la barrera del lenguaje... Superé tal dificultad bruscamente, de un modo vil; y todavía hoy se resiente mi espíritu de la fase de promiscuidad que siguió a aquella determinación. En cualquier caso, en la medida en que los *Ídola* del erotismo, insurreccionados y victoriosos, se apoderaron de nuestras voluntades, y la búsqueda de la mujer (¿anhelo de tempestades?) gobernó nuestras jornadas, nosotros mismos, la tríada fundadora, contribuimos a modificar la naturaleza de *La Vaca* —que poco a poco tomó el aspecto, primero, de una pista de baile, a la vez que bodega, y, más tarde, sin dejar de ser lo uno y lo otro, casi de un *suicidadero*—.

Pero la puerta seguía en su sitio; y el gesto del costarricense, ensañándose con ella, despedazando gélida y metódicamente sus paneles, con la serenidad de un carnicero avezado en la repelente técnica del descuartizamiento, nos sentó como una humillante vejación, un atentado profundo, radical, contra una de las obras más hermosas de nuestro pasado (ahora nostálgicamente recordada) e incluso contra una retallecida parte de nosotros mismos —pues, curiosamente, nuestro espíritu, en su sed de cielos despejados, simpatizaba de nuevo más con el sentido original de *La Vaca* que con la índole de su posterior degeneración, voluptuosa como un arrojarse alegremente al vacío...—. En otro lugar lo había escrito: “*La hoja de este cuchillo tiene dos caras; solo una de ellas está afilada, pero se muere bajo el efecto de las dos...*”.

La Vaca conservaba su razón de ser solo mientras asegurara una tregua (o un escondrijo) a los extenuados combatientes de la enigmática conflagración húngara, y a condición de que no se esperase nada más de ella. En sus primeros tiempos, efectivamente sirvió de “refugio”; y los estudiantes, que, encuadrados de

tres en tres en las minúsculas habitaciones de sus colegios, habían perdido la costumbre no solo de defender su derecho a la soledad (proscrita en esas residencias), sino también de disfrutar de la verdadera compañía —aquella que deriva de una afinidad electiva, y no de un acto de planificación burocrática—, hallaban en mi cuarto un insólito espacio intermedio, donde se podía permanecer tranquilamente a solas con uno mismo o confrontar puntos de vista con los más respetuosos interlocutores, libremente y por el mero placer de conversar. Un “armisticio”, pues...

Pero, en los días aciagos de su decadencia, se acudía a *La Vaca* para acabar de una vez con aquella inaguantable opresión de la secreta y opaca contienda, enjuagando en licor el amargo presentimiento de una derrota casi prometida, sin nada al otro lado (salvo el castigo) ni tampoco más acá (únicamente la soledad clandestina, en medio de locuaces desconocidos y agonizantes de incógnito). Como la pretensión de dar término en un instante a ese agreste malestar de la ruidosa incomunicación y de la ausencia de futuro era infundada, en *La Vaca* reventaban día tras día los corazones, se abrían una y otra vez las venas, y se retornaba, con las heridas sin cicatrizar, desangrados los órganos, a la certidumbre ordinaria del silencio que no cesa y del fracaso inevitable.

Con su desafiante acción, el malhadado *tico*, tal vez sin pretenderlo, había sancionado el doble hundimiento de aquel extravagante y aparatoso engendro. Bajo todas sus formas, como pabellón de reposo o recinto de los suicidios..., moría *La Vaca*. Y, aunque no soportábamos que el más desaprensivo de los *embarcados* (un hombre sin destino, anclado en la alta mar de su falta de coraje para matarse, en el decir de los hispanos) nos lo hiciera ver con tanta crueldad, tan plásticamente, ya era en verdad hora de desvestir la puerta y devolver mi cuarto a su prosaica apariencia de celda de hospital. Murió aquel día *La Vaca*, casi en el mismo instante en que las llamas se hacían cargo de la *obra* de Nelson. Nada quedó de su alma desgarrada, de su candorosa voluntad de

salud y de su tétrica e inefable trastienda. Nada, salvo la memoria —y la Amonestación...—. Como represalia, las autoridades del Colegio redistribuyeron despiadadamente a los “alborotadores”: en lo sucesivo, en cada habitación, el latino sería flanqueado por dos húngaros de los cursos superiores —con el objeto de que este, solo y cercado, en perpetua minoría, agostándose como un cardo bajo el sol absoluto del estío, depusiera definitivamente las armas de su trágica diversión—.

*

5)
El corazón del Peligro

Hubo un momento, persiguiendo el reloj las cuatro y media de la madrugada, en que pude observar, mientras arrojaba mi ropa, desmañadamente, al fondo de la mochila, cómo Miguel se abalanzaba sobre Bety y la convertía en pasto de sus manos, ante la mirada estúpida del peruano de Varsovia, de nuevo tendido en el suelo, vomitando algo más negro que el poso de su alma y casi pisoteado por los dos enfebrecidos contendientes —que, allí mismo, se atizaban sin descanso, en busca ya del filo de las navajas—.

Salí inmediatamente de mi cuarto para advertir a Boguì que no abandonara su habitación por ningún motivo y que, echada a doble vuelta la llave, se vistiera con prontitud si deseaba acompañarme a la estación. Pero ella me desobedeció, como de costumbre, movida por esa curiosidad un tanto necia que la exponía a los más gratuitos peligros —y que en el pasado la expuso a mí, ignoro ya si también un peligro, como si su intrepidez le reservara la dicha de erigirla en víctima—. Y yo tuve, al mismo tiempo, que protegerla de mis amigos, terminar de empaquetar las cosas, cambiarme de ropa y ver la forma de asearme un poco... Sin embargo, mientras las tareas inaplazables se me amontonaban —pues el tren no me iba a esperar— y el cuerpo parecía no dar abasto, mi cabeza andaba en otra parte. Vigilaba, hacía su trabajo, afrontaba valerosamente los riesgos y, simultáneamente, se entregaba a una especie de meditación recapitulatoria: “¿Cómo

me sentía ante aquel espectáculo? ¿En qué medida me afectaba el drama de *Budaörsi Kollégium* o lo que estuviera allí de algún modo en juego?”. Y aún alcancé, en tales circunstancias, algunas conclusiones provisionarias, dignas de ser recordadas.

Incrustado en el corazón del Peligro: así me sentía en Budapest, rodeado de seres estafalarios y arrojado al laberinto de aquella ciudad por un cúmulo no menos desconcertante de azarosas vicisitudes. Nada puedo decir del corazón del Peligro que no haya presentido cualquiera en el reflujó de sus más inquietantes decisiones... Por el corazón del Peligro jamás asoma el dolor, que tiene más que ver con la añoranza del Peligro o con el deseo del Peligro. Tampoco hay espacio, entre los pliegues del Peligro, para el temor —un lujo o una pose para la conciencia alarmada y vigilante—. Ni se conocen, por aquellos confines, las secuelas de la fe, la duda, la esperanza o la desesperación. Por el corazón del Peligro, los hombres se mueven con el semblante fatalmente sereno de los moribundos y hasta con su sabia última sonrisa.

Hasta tal punto me veía en peligro, que no podía “compartir” la angustia de mis semejantes. Y aunque creía comprender las razones de mi nueva insensibilidad, no por ello dejaba de desorientarme la experiencia de un indiferentismo tan contumaz. Mi perplejidad ante aquella empecatada insolidaridad con los atormentados de la pequeña fuga húngara no tuvo más remedio que salpicar las páginas del Diario que más tarde, ya en España, y con otra disposición anímica, releería en busca de algún pretexto para dejar de huir o huir de otra forma:

“¿Me he arrancado de cuajo el corazón y en su reemplazo no han acudido más que unos ojos indiferentes y fríos? ¿O he conquistado, por fin, una especie nada espectacular de felicidad aún posible? ¿He pasado a cuchillo la raíz de todas las formas de lucha o la nueva lucha es así de sorda, así de invisible, cifrada, incruenta, profunda? Y si lucho, si estoy luchando, ¿dónde está el enemigo, la amenaza, dónde la sangre?”

Por aquellas jornadas, podía ya responder con la sequedad irascible de toda verdad vieja y breve: “me había incrustado en el corazón del Peligro”.

La *pequeña fuga húngara* de los estudiantes de *Budaörsi Kollégium* abocaba frecuentemente al suicidio o a la locura. Procedían de todos los mundos convulsos del planeta y se enfrentaban, cada día, a la carencia de futuro y a la crueldad de un presente acaso disfrazado de absurdo para no reconocerse inicuo. Expelidos cinco o seis años al bienestar del país más próspero del área socialista, sabían demasiado bien que habían sido agraciados con un ‘retiro’ ambiguo y hasta envenenado —tras el descanso no les esperaba el antiguo e incierto padecer, sino la desolación más inconcebible—. Se aferraban entonces al instante, y el instante los mataba.

Como asimilando el sentido de su tragedia, estos universitarios añosos, serondos más que maduros, que en su mayor parte frisaban ya la tercera década de sus vidas, comentaban las *caídas* de sus compañeros de evasión menos endurecidos sin permitir que la compasión o la lástima pervirtiera el acento inflexible, estoico, de su discurso resignante. Eran más que habituales las referencias a los laosianos enloquecidos por el tránsito de los mundos y entregados a las más sorprendidas formas de automutilación, las alusiones a los costarricenses que no perdían la esperanza de quitarse la vida al menor descuido de sus protectores (el “escuadrón suicida”, como se les llamaba: en un año, cuatro de seis habían optado por la muerte voluntaria, y uno de los dos restantes, víctima en aquellos momentos del sadismo del peruano chico, se debatía visiblemente en la duda). Se hablaba también, con una torva avidez que impresionaba a los recién llegados, de los nicaragüenses, todavía armados, que soportaban cada noche la tortura de pesadillas demasiado semejantes —en las que se veían morir— y que, para llenar la oquedad de esas tardes insoportablemente largas, apenas conocían otro tema de conversación que las monstruosidades de la guerra total; de los peruanos de la Sierra

que preferían la vía más estética de la autodestrucción progresiva y consumían sus cuerpos —perdida la razón— en el teatro fácil pero demoledor del alcohol y las mujeres; de los incomprensibles africanos detenidos por violación de ancianas —que, por ahora, se pudrían lentamente en las cárceles húngaras, y a los que el destino no reservaba otra cosa, para después del suplicio, que el regreso, marcado por la infamia, al horror de sus países—.

Desde el primer momento, me pareció interesante hasta la quemazón aquella guerra casi metafísica contra la máxima levedad de las cosas y contra el desquiciamiento inmotivado de las leyes del tiempo y de los mundos. Como sabía que estos estudiantes estaban aquí por su voluntad (y que no se arrepentían en absoluto de su decisión), pronto advertí que a todos los animaba el mismo espíritu, tormentoso e intratable, de la Fuga —y que, por esa razón, compartía con ellos un cierto fondo ignoto, abisal, irreducible a la lógica de todos nuestros lenguajes—. Pero no podía compartir su angustia... Siempre me reconocí enteramente a salvo de cualquier sentimiento de conmiseración o solidaridad. Cuando ingresamos en el corazón del Peligro, el *otro* se convierte en un mero documento y una especie de egoísmo primitivo tiende a protegernos de la aflicción por su desgracia como si en ello nos fuera la vida.

*

NOTA NÚM. 4: *LA FUGA, EL ÍDOLO MÁS CRUEL*

La Fuga. He aquí otra hermosa fantasía de Araya. Otra quimera... Me consta que, durante muchos años, Víctor Araya permitió que los *ídola* de la Huida, de la pasión errática, determinaran sus más importantes decisiones vitales. Por “creer” en la Fuga abandonó, quizás precipitadamente, todo aquello que había conquistado o que le había sido concedido, los frutos de su esfuerzo y los regalos de la fortuna. ¡Con qué periódica obstinación se obligó Araya a *renacer*, a empezar de nuevo, a abrirse otra vez un hueco en este mundo! ¡Y cuántas cosas valiosísimas para el común de los mortales arrojó alegremente por la borda! ¡De cuánto se desposeyó a sí mismo! ¡De cuánto se privó!

Como en el caso de la Sexualidad Poética, el mito de la Fuga se alimenta en Araya, a la vez, de un criterio político-ideológico y de una oscura inclinación de su carácter —un antojo inextinguible de su voluntad—. En *El Irresponsable* se avanzaba la justificación *teórica* de esta exigencia de la huida, particularmente en el capítulo décimo (del que ya extraje un fragmento en mi primera nota), titulado, con toda elocuencia, “*Huir, el arma*”

Huir, el arma

Esquizofrenia y Corrosión

“Presentimos una verdad que vosotros, pobres ratas,
ni siquiera os atrevéis a imaginar:
Esquizofrenia”.
Eskorbuto

La lucha política *contra la* Institución no puede concebirse al margen de un peligroso proceso esquizofrénico. El Irresponsable se reconoce como Esquizo. Representa un papel

y, al mismo tiempo, representa todos los papeles. Pone en escena una figura y todas las figuras. Alimenta el *teatro* que expresamente niega. Jamás impugna desde *fuera* de su propia representación. Aparece como director, actor y espectador de su obra particular, de la obra de los otros, de *todas* las obras. Espectador fingido de los espectadores, simula incluso dirigir la obra que junto a otros aparenta representar.

El Esquizo escapa. Escapa a toda definición porque, trabajando oscilante y hasta simultáneamente como profesor-policial, profesor-verdugo, profesor-amigo, profesor-cómplice, profesor-ausente, profesor-conciencia, profesor-experto, profesor-payaso, no-profesor, profesor-suicida..., añade siempre un *plus* desquiciante que desborda cualquier modelo y arruina la pretensión carcelaria del prototipo. Solo su movilidad incesante le permite huir, transgredir el Orden de la Escuela hasta el momento de la *quiebra* definitiva.

Mientras el Ingeniero de los Métodos Alternativos se atrinchera en un Modelo presuntamente *progresista* o *emancipador*, convirtiéndose así en un "prisionero de su propio ideal", fácilmente capturable por la empresa legitimadora..., el Esquizo se hace cargo de la *imposibilidad de la coherencia*, de la *inevitabilidad de la traición*, para buscar en la promiscuidad de las Máscaras y en la colisión de los Disfraces la condición profunda de la Corrosión. Sabe que la Escuela siembra la contradicción en la práctica de los rebeldes y prepara luego la ilusión de la unidad como conquista, de la consistencia como propósito, con el objeto de agotar sus fuerzas en una guerra sin enemigos. Sabe que la neurosis espera al reformista desilusionado y pese a todo inquieto, como la esquizofrenia aguarda al irresponsable que no quiere dejar de serlo.

El Esquizo se distingue del Ingeniero en que ha comprendido que la "reforma" es solo un *refugio* y, por ende, nada

menos que una *trampa*. Y en que no reniega de la inconsistencia radical, de la incoherencia manifiesta —hasta ese punto ama Lo Necesario—. Artaud lo vio: “Heliogábalo o el anarquista coronado”. El Irresponsable como contra-profesor *magistral*, como pedagogo de la deseducación o educador en la anti-pedagogía.

El Esquizo huye. Huye de cada figura para caer en todas las demás, para acabar con todas las demás. Es lo que destruye al destruirse, y evita los lugares de complicidad al instalarse en ellos solo por un momento y partir de nuevo hacia ninguna parte. Al borde siempre de cualquier cosa, huye de sí mismo tanto como de los otros: por eso, no se tira de los cabellos, no se queja, desconfía de los que sufren y se entretiene en los desniveles de la risa. “A los que dicen que huir no es valeroso, responde: ¿Quién no es fuga? El valor radica, más bien, en aceptar el huir antes que vivir quieta e hipócritamente en falsos refugios. *Es posible que yo huya, pero a lo largo de toda mi huida busco un arma*” (G. Deleuze).

Esta obsesión (la de “evitar los lugares de complicidad”; la de no tolerar que, en razón de una *permanencia* o de un *enquistamiento*, el Sistema lo “asimilara”), exacerbada quizás por alguna moda literaria o filosófica de la época, o por el retallecer de cierta prescriptiva libertaria heterodoxa, puesta más tarde en cuarentena por el brutal autocriticismo de *Desesperar*, se recobra no obstante, si bien amortiguada y bajo los nuevos acordes de una caución teñida de melancolía, en la *Carta a Fernando Hilador*:

He transformado el *escapismo* en una estrategia personal de la Fuga. Evitar los lugares de complicidad, de connivencia con los sujetos de la opresión política y económica: esa es mi meta. Incapaz de obedecer, negarme también a mandar. Renunciar a servirme del trabajo de otro hombre, ya que no consiento que nadie me explote. Esquivar, por

medio de la Fuga, las cláusulas de solidaridad con el sistema de dominación imperante, sortear los cepos de una aquiescencia culpable ante Lo Dado. Subsistir a salvo del salario y de la nómina no menos que del beneficio empresarial o de la renta bancaria. Que no se me identifique con un empresario, ni se me confunda con un obrero. Desterrar la mentalidad del empleado lo mismo que la del gobernante. Que no se me encuentre *arriba*, ni tampoco *abajo*. Que no se me encuentre. O que se me encuentre *en otro lugar*, *no se sabría decir dónde*. De ahí las cabras, en parte... No es este, por supuesto, un modelo intersubjetivamente válido, un ideal que se pueda proponer a todo el cuerpo social. Pero a mí me sirve. *Me sirve, sobre todo, para acallar, no sé por cuánto tiempo, a mi peor enemigo: esta consciencia mía, desgraciada e inspectiva.*

El discurso de la Fuga resulta, pues, de la sinergia de esas dos instancias que han pesado como una condena sobre la vida de Araya: una consigna política y una disposición de la personalidad, un “arma” y un “talante”. Así aparece en la novela que estáis leyendo y así se presentaba en *El Irresponsable*:

Sin hogar

Nómada, siempre nómada

“Cuando caiga, lloraré de felicidad”.

S. Beckett

Sin Hogar. El Apátrida se declara “nómada, siempre nómada”. Nada logrará jamás detenerle —retenerle—. Nadie lo poseerá. Nunca se convertirá en el siervo de sus propiedades, recluso de la Familia, esclavo de una pasión. Para aprender a huir tuvo que abandonar primero el Hogar de

Sus Padres y, más tarde, Su Propio Hogar. Para enseñar a huir tendrá que abandonar además el Hogar de Sus Gentes —esos amigos “bastante escandalizadores pero monocordes a su manera”, aquellos bares inequívocos, las conversaciones del café rojo, las preguntas exigidas y las respuestas de siempre tan exaltadas como siempre, las ceremonias narcóticas de la Lucha de los Lúcidos y los ritos *tranquilizadores* del Viejo Compromiso... Abandonar el Hogar de Sus Gentes: sin duda, la deserción definitiva, la huida *en* la huida y hasta *de* la huida, la fuga que ya es la Fuga.

“Murió de oscuridad”: eso dicen. Cuando advirtió el Apátrida la muerte de aquel Infiltrado que se soñaba *eterno* (según dicen, murió de oscuridad), redactó de un tirón la *Elegía del Niño de Luto* y empezó a desconfiar profundamente de quienes *permanecen* ENTRE QUEJAS, comenzó a sospechar cada día más de cuantos se deshacen en lamentos pero —pese a todo— *permanecen*, y llegan incluso a consumirse en la desesperación para *permanecer* también de esa forma. Intuyendo de nuevo un Engaño, persuadido de que el Infiltrado murió ciego, por una sacudida de Luz, paralítico (él lo sabe: murió de inmovilidad, bajo el Sol excesivo que te ata a las sombras menguantes —murió de inmovilidad, aferrado a la sombra cobarde del bienestar, secado al Sol de la felicidad mecánica, ciego de tanta Claridad, paralítico por no moverse, por *permanecer* como una roca donde le habían enseñado), decidió bruscamente echar a correr, preparar la más radical de las evasiones, el último viaje, la única ruptura: transgredir de una vez el Orden del Salario, destruir en lo que a él concernía la Prisión del Funcionario, escapar del Trabajo—. “No volver a trabajar y, por tanto, renunciar a la procreación”: así definió su modo particular de saltar sobre el peligro, evitar la compañía de la muerte y prenderle fuego a la Casa para que no continúe forjando cadenas de carne y sangre. Una Ruptura tal no esconde ya

secretas continuidades, no promueve insidiosamente el enmascaramiento de lo Mismo bajo el falso ropaje de lo Inédito. Como Último Viaje (desplazamiento vertical, desprendimiento), borra todas las huellas, arrincona la fidelidad al pasado y transforma repentinamente al viajero —construye al Viajero como negación festiva de cualquier Refugio, de cualquier Hogar, de cualquier Patria—. La Evasión Radical: reivindicación *inactual* del vagabundo, de la intemperie, del cielo proscrito por nuestros techos conyugales y a punto de ser alquilado.

El Apátrida abandona la Escuela porque no puede soportar por más tiempo el Éxito momentáneo de su práctica corrosiva. Suspende la lucha política en la Institución porque no aguanta ni un segundo más la Victoria provisional de su estrategia del sabotaje. Sentirse molesto por arraigar en el éxito, saberse incapaz de instalarse en la victoria: he aquí la señal del Apátrida. “Huyendo a tiempo...”. Solo así conserva la esperanza de que la Máquina no termine *integrándolo* como signo de salud, momento del Engranaje, dinámica reproductora. “Recuperemos el sentido de lo perecedero y echemos a correr antes de que se nos atrofién las piernas —o nos las roben—”: esta es su consigna. “No ve nada duradero. Pero por eso mismo ve caminos por todas partes. Donde otros tropiezan con muros o montañas, él ve también un camino. Y como lo ve por todas partes, por eso tiene siempre algo que dejar en la cuneta. Y no siempre con áspera violencia, a veces con violencia refinada. Como por todas partes ve caminos, siempre está en la encrucijada. En ningún instante es capaz de saber lo que traerá consigo el próximo. Hace escombros de lo existente, y no por los escombros mismos, sino por el camino que pasa a través de ellos” (Benjamin).

Sostengo, en relación con este punto, la tesis de que, si bien Víctor pudo, en un momento dado, “dejar de creer” en la Fuga como panacea política, como estrategia de lucha, y llegó a *desengañarse* de sus propias soflamas, pasando a cuchillo, uno tras otro, todos sus ideales, todas sus ensoñaciones, desde la Sexualidad sin Figura a la Vida como Obra, desde el Suicidio Antiguo a la “fuga que ya es la Fuga”, etcétera —un arrumbamiento de su *armadura mitológica* particular que, curiosamente, trabajaba en beneficio de un super-mito, de un mega-mito, el de la Desesperación, como si este hombre paradójico solo supiera *des-mitificar* para *re-mitificar*, deícida e idólatra al mismo tiempo, “mitóvoro” siempre...—, lo que ya no estuvo en sus manos, lo que en modo alguno logró, fue *dejar de ser en sí mismo un fugitivo*, un implacable “espíritu de la fuga”, aplastar aquel *erizo de la sed de tempestad* que se despertaba de vez en cuando en su cerebro y trashumaba dolorosamente hasta su corazón, incitando a los estragos del abandono repentino y de la partida crudelísima. Y creo que, habiendo *minado* el edificio intelectual de la Fuga, pero recogiendo y guardando casi con veneración los cascotes, esos pequeños agregados de ideas; morando todavía, por así decirlo, entre sus escombros, como si llevara para siempre en el alma las ruinas, acaso irremplazables, de su más soberbia construcción, Víctor Araya *se ha fugado de hecho*, se ha fugado en la verdad palpable de las cosas, en la realidad inmediata y consumada del acontecimiento. Víctor ha sido una vez más *él mismo* y ha hecho *lo de siempre*: romper, tirar, huir... Y siento ahora la tentación de añadir que mi amigo debe haberse fugado, a pesar de todo, *como creyente*, “buscando un arma”, tal el hijo pródigo de una inflexible teodicea de la Huida, gacha la cabeza de arrepentimiento y herida la sensibilidad por un imprudente *exceso de hogar*. Probablemente, Araya “creyó” para “descreer” y, al fin, “volvió a creer” *aunque de otra forma...*

No es mi propósito *polemizar* con el autor de *El espíritu...*, rebatir sus opiniones, medir el calibre de sus ideas. Nuestra amis-

tad se ha basado siempre en la disensión, en la imposibilidad del acuerdo... Debo anotar, sin embargo, que en modo alguno *simpatizo* con todos esos “fantasmas” que pueblan las obras de mi amigo, con todos esos “demonios” de su corazón. Como Araya, yo he consagrado mi vida a la lucha (contra el imperialismo yanqui y al lado de Allende, contra Pinochet más tarde, contra las dictaduras del Tercer Mundo, aquí y allá por la Revolución...); y he luchado *de verdad*, con el cerebro y con las manos, en la edición y en las fábricas, en las aulas y en las calles, sobre el asfalto y sobre el barro, en los suburbios y en las selvas, en las huelgas y en las guerrillas, *hablando y disparando...*, pero sin hacerme, por ello, la vida intolerable, sin complicármela *todavía más*, sin renunciar al disfrute de la existencia, sin mortificarme y causar daño a mis camaradas, sin tirar por el balcón los frutos de mi trabajo, la *cosecha* de mi experiencia, sin abandonar lo que estimo y a quienes estimo, sin obligarme a ir de un lado para otro como un titiritero, sin abusar tanto de una elocuencia vana en su narcisismo, sin tanta ininteligible retórica filosófica (o pseudo-filosófica), sin tantas complejidades metafísicas paralizantes, sin desgarrarme *estéticamente* ante el espejo... Reconozco que vindicar hoy la “fuga”, en este mundo de hombres sedentarios, instalados, aferrados a la conservación de lo que han hecho suyo, *clavados* en sus casas, en sus oficios, atornillados a sus bienes y a sus afectos, tiene algo de atentatorio, de subversivo, de hostigador. Viene a ser como una *denuncia saldada en desafío*. Acaso valga la pena, a ese nivel... Pero *vivir en la Fuga*, constituirse en “fugitivo”, al modo de Araya, me parece ya histriónico, excesivo: es esa, considero, una *senda de espinas* que no lleva a ninguna parte, una extraña *autoinmolación* (sacrificio bárbaro en nombre de no se sabe qué ideal fantasioso), una forma de negarse la felicidad y de hacerse los días todavía más angustiosos, más lacerantes de lo que ya son.

Uno lucha para crearle problemas al Opressor, no para resolverlos ensayando la auto-destrucción y el propio fastidio. Uno va a la

huelga, grita en las manifestaciones, apedrea a la policía, abre fuego horrorizado... pero, allí donde el combate desfallece, cuenta siempre con un pequeño mundo suplementario, el mundo precioso de su gente querida y de sus *otras cosas* amables, un horizonte precario sobre el que se afirma la dignidad de su dolor y hasta de su rabia, y que sería suicida descuidar... Abandonarlo, huir de sus dulzuras tan humanas, se me antoja necio, si no fúnebre. No, por “inhóspita”, por “torturante”, por “desalmada”, la mística de la Fuga nunca ha merecido mi aprobación. Perdonad este excursó...

6)

*En el muro de su indoblegable voluntad de caos
anhelaba producir una fisura, una grieta cómplice
del sol que asañara repentinamente de luz el
pozo umbrío de sus móviles*

Providencialmente, salido de cualquier cuarto de mujeres, irrumpió Miguelón en *La Vaca*. Ante nosotros se cuadró, cual reclamado salvador, uno de esos hombres —testimonio en cuyos rasgos todo un pueblo sometido se venga de los crímenes de sus opresores—. Y, en este caso, como pueblo desfalleciente pero aún vivo, nos agrede con la daga intempestiva de una fisionomía horrorosamente immaculada. Nos tortura con el azabache brillante de sus tupidas cabelleras, demasiado lacias para reconocerse en las nuestras; con el negro ancestral de unos ojos que nunca más nos mirarán de frente (pues aprendieron a llorar el día en que, confiados, nos miraron como amigos); con el perfecto dibujo de sus labios, enormes, casi rojos, profundos y perversos; y hasta con la rara morbidez de sus facciones, rigurosamente imberbes, como de niño perpetuo —rostros por los que parece no pasar el tiempo hasta casi el otoño de sus vidas, y, a partir de ahí, aniquilante, se diría que vuela...—. Quechua orgulloso e irredento, respetado por los latinos acaso por sus azarosos veinte años de vida irregular en el Este o por la circunstancia (insólita en aquel auténtico candelero de la desocupación) de que se ganara el pan con el

sudor de su frente, Miguelón tomó a su cargo lo que ninguno de nosotros se había atrevido siquiera a considerar: la separación de los contendientes...

Y aquel hombretón, macizo como todos los de su raza, aunque singularmente corpulento, tuvo que emplearse a fondo, sin desmayo y con todo género de precauciones, en la reducción de su compatriota chico —tenaz como esa Sierra peruana que, habiéndolo engendrado, resistía en su corazón, indómita y condenada—. El costarricense, sin embargo, malherido, aprovechó la mediación de Miguel para escapar por el corredor, dejando tras sí, como prueba de su derrota, un espectacular reguero de sangre. Más tarde se oyó, procedente del extremo del pasillo, el vago estrépito de un súbito rodar de huesos, seguido por un rumor decreciente de sordos y lastimeros quejidos... Todos intuimos que se había desplomado por las escaleras, pero nadie corrió en su auxilio —y allí quedó, sin recoger, el bulto de un hombre desarbolado—.

Y Miguelón, héroe de batallas ajenas, tras saludarnos de un modo un tanto afectado, como era su costumbre, guardó silencio unos minutos, analizando fríamente la situación, hasta cerciorarse de que, en su flamante posición de Príncipe de la Paz, le era lícito... alardear una vez más de su éxito con las mujeres. Esa sería su recompensa; y nosotros, como signo de gratitud, nos veríamos forzados a prestarle atención, soportando por enésima vez la “crónica”, feralmente verídica (y, en ese sentido, ayuna de temblor poético) de sus interminables andanzas lúbricas...

Afirmó haber “recalado” en el Colegio a las dos y media de la madrugada, citado por *las checas* que se alojaban en nuestra misma planta, imponentes mujeres deseadas por todos y poseídas —enojoso matiz que subrayaba particularmente— “*solo por él*”. Y nos aseguró que, para acudir a la orgía, había tenido que dejar dormida, en su departamento de Csepel, a otra castigadora de hombres: una polaca exuberante con la que se había “*demorado*” (transcribo sus palabras) desde el atardecer. Además, como ínti-

ma confianza, dejó caer desdenosamente que, antes del despuntar del alba, aún debía afrontar un par de “gratos” compromisos: “*echarle una mano*” (otro eufemismo, entre pícaro y cínico, muy del gusto latino) a una “*flaca*” de Sopron que, desde su admisión en el Colegio, “*andaba viendo el modo*” de arrojar por la borda el lastre de su virginidad; y, poco después de las seis, despertar, “*muy dulcemente, ya sabéis*”, a su novia oriental, a punto de partir hacia la capital de la Inocencia Inescrutable, Ulán Bator. Celebraba que “*la china*”, con su retorno anual al redil de la familia, descolgándosele por fin un poco, aumentara —sin proponérselo— su margen de maniobra en el Internado.

Miguelón mostraba, pues, más empeño en agobiarnos con el relato jactancioso de sus aventuras eróticas (una correlación de mujeres y horas, en último término) que en esclarecer el motivo de la contienda. Y solo en mí hallaba al oyente-testigo de su clamoroso narcisismo...

Reconcentrado, Rafo, el pequeño peruano, parecía buscar, en los recovecos de las conversaciones venenosas y en la tangencia de las miradas hostiles, la remota semilla de su propia agresividad, consciente de que antes o después tendría que rendir cuentas de lo sucedido. En el muro de su indoblegable voluntad de caos anhelaba producir una fisura, una grieta cómplice del sol que asañara repentinamente de luz el pozo umbrío de sus móviles..., y murmuraba no sé qué acerca de su enamorada, de su madre, de sus muertos. Como la penumbra era inclemente, había perdido su fondo el silencio y, enfrentándose a la desgastada lima de su imaginación, el muro no se dejaba horadar, Rafo, acosado por un presentimiento siniestro, vacío de color más que simplemente negro, se contentaba ya con “excusar” vagamente sus estallidos. Aludía a desapercibidos insultos, provocaciones simbólicas o dudosas y opacas afrentas; y sembraba a continuación el desconcierto de un silencio cargado de amargura. A la sombra del muro impenetrable que era su cerca, volcada sobre el respiradero de aquel mefítico pozo ciego, la capacidad de comprensión del ator-

mentado hijo de la Sierra se extinguía sin remedio entre la espesura del dolor y al son de los tambores del combate.

Y Miguel, el mexicano, recostado ya sobre el cuerpo medio desnudo de Bety, obsceno en su blancura como el vientre de una anciana y supurante de un sudor denso, casi amarillo viscoso, no se hallaba precisamente en disposición de escuchar a nadie. Brincaba sobre las caderas inmóviles de la húngaro-cubana como un jinete a lomos de una burra decrepita, tercamente desobediente, *plantada* de un modo un tanto estúpido ante el jolgorio de los observadores. Bety, hierática, era un campo de trabajo; y, como aguardan los eriales las rejas del arado, así, para escapar a esa desolación de desierto que se había apoderado de su cuerpo, esperaba, yerma a su pesar, la incisión del miembro del latino.

Rebosante de grasas sebosas y maloliente de alcohol barato, la pareja se entregaba al último rictus de la Carne. No había allí “afecto”, por supuesto; pero aún menos había “sensualidad”. Nada tenía que ver aquel restregar de músculos flácidos, aquel batir de pieles húmedas y velludas, con el mandato del Deseo o con la persecución del Placer: sencillamente, se limpiarían unas cuadras o se ocuparían unos hoyos...

Bogui no entendía nada, como de costumbre; y daba la impresión de que tenía ya bastante con dejarse aturdir por la implacabilidad de aquel espectáculo crepuscular. Así que solo el borracho irrecuperable de Varsovia, de nuevo yacente, como un excremento fósil, y yo, vigía inquieto y receloso, podíamos atender todavía a la cháchara torrencial de Miguelón —el inflexible sojuzgador quechua de las mujeres del Este—.

Mientras, en silencio, me hacía cargo del patetismo de la situación, recogiendo sin método mis cosas, empecé a asaltarme un deseo irrefrenable de huir por todos los medios de aquel herrumbroso matadero —macabro crematorio en el que una comunidad, devastada y expirante, consumíase al fuego lento de la desesperación, aferrada abyectamente al más horrible de los ceremoniales necrófilos...—.

7)

Oficio olvidado de erizar pieles de mujer

No me convenía Miguelón, endiosado sobre el pedestal, mil veces pulido, de sus relatos. O, más exactamente, pensaba que, exagerando (para impresionar a su auditorio), deformaba los hechos y falsificaba la realidad de los afectos en el área socialista. Presumía de tener ocho amantes —lo cual, en el más laxo uso de la palabra “*tener*”, me parecía perfectamente creíble—, educadas todas bajo el comunismo; y de traicionar sistemáticamente a las ocho, manteniendo a cada una de ellas en la vana ilusión de ser su única concubina, la mujer de su vida, su “compañera”... Y ahí se apriscaban mis sospechas. Yo estaba dispuesto a admitir que Miguelón, como tantos árabes y los más opulentos sudamericanos, desempeñara, en el corazón de un montón de mujeres del Este, el papel de aquellas “equis” de Boglarka, e incluso de las “equis” más próximas a la serie de los círculos concéntricos. Y también podía aceptar que para dos o tres de sus mujeres representara *algo más* —identificándose con una de las circunferencias de menor diámetro...—. Pero solo eso. Él, en cambio, reclamando para sí toda la dignidad de los *conquistadores* latinos, arrolladores e irresistibles, aseguraba tener ocho mujeres y ser el único hombre de las ocho. Cada una de sus ocho amantes, añadía satisfecho, le era “*comprobadamente fiel*”, y él, en pago, a todas engañaba.

Sin embargo, a pesar de la desconfianza con que acogía sus palabras, aquel hombre me caía bien. Era uno de esos seres que, en

medio del juego de máscaras de la amistad, se nos antoja, por su extremada simplicidad, enteramente *al descubierto*, indefenso en su arriscada desnudez. Un hombre liso como el olvido, sin pasadizos en el corazón ni trastienda al fondo de la inteligencia. Jugaba a lo que todo el mundo juega, pero no del mismo modo: con las cartas boca arriba, sin marcar la baraja, alardeaba de *aquello* (su suerte) que los demás, avergonzados como ventajistas sorprendidos en el momento de la trampa, o acorralados por la guardia estulta del “qué dirán”, ocultaban diligentemente en los sótanos de su falsa moral, cuando no en las cavernas de subconsciente. Además —y he aquí la indiscutida raíz de su singularidad—, mi amigo, hombre de un solo (y excluyente) Juego, no salía nunca de la misma eterna Partida: todos sus proyectos giraban alrededor de la cuestión sexual, como las aspas de un molino mimado por los vientos. Existía para la cópula; y, en el decir avieso de sus compatriotas, *“vivía como si no tuviera más cabeza... que la del pene”*.

Porque Miguelón era real, se podía creer en la verdad de la erotomanía; y no a la inversa. Quechua empeñoso e incontinente, de natural despreocupado y borrasquero, adornaba su orgullo con los afeites de esa permanente depredación sensual —en todo caso, infinitamente menos nociva que la paz venenosa de las familias—. Y en el mármol frío de las mujeres que se le entregaban (para “*catar*” un indio) labraba su Trono disparatado, monumento a la más irrisoria de las venganzas...

Como por un relámpago de comprensión, viéndolo, escuchándolo, uno era capaz de recomponer instantáneamente su trayectoria: cabeza de familia numerosa, había dejado en Lima a su mujer y a sus hijos; y aquí, en la Budapest promiscua de la sexualidad desublimada (sin cielo ni averno), se procuraba algunos medios contratándose como albañil. No era, porque no lo pretendía, un obrero estable: solo trabajaba lo justo para sufragar los gastos de su vida libertina —nunca más de dos o tres días a la semana...—.

Todo su aspecto proyectaba, por añadidura, las condiciones de esa vida irregular (la vida, amarga en su ligereza, de un “*hombre de mujeres*”): por detrás de sus enormes gafas blancas de ejecutivo, extravagantes en medio del indigenismo floreciente y amenazador de su rostro, asomaba el *fillo* de unos ojos pequeños, de raro pájaro al acecho, como se remarca la punta de la espada en el extremo de su vaina o se deja ver el cañón del revólver por la base de la cartuchera. Su mirada, de serpiente, ligeramente oblicua y en todo momento insinuante, obedecía a un único propósito: “poner la cuestión sexual constantemente sobre la mesa”. Y hacía gala, además, de una forma de bailar que, a nosotros, los profanos de aquel primitivo culto al falo enhiesto y dirigente, se nos antojaba ya sencillamente “*pornográfica*”.

Por todo ello, y al margen del grado de exageración de sus relatos, este hombre daba la impresión de ser sincero en lo fundamental: su existencia era, solo y exactamente, la de un mujeriego —el más puro *amante del amor* que cabe imaginar—. Incruentas y ambiguas “conquistas” (en las que las “*presas*” del día siguiente, deseando convertirse en sus víctimas, se dejaban cazar, y el “*cazador*”, deslumbrado por la ausencia de resistencia, sin poder ni querer contenerse, caía en la trampa de capturarlas) se deslizaban entre los dedos de su memoria como las cuentas de un rosario en pleno rezo...

Miguelón era, pues, solo una pasión, omnívora y solipsista, ventrílocua y charlatana: la pasión de “*rendir*” cuerpos de mujer, tiranizar corazones del Este. Buscaba la relación erótica como las palomas del parque nuestras migajas de pan, incansablemente y con esa sorprendente avidez de devorador inmune al hartazgo.

No sé qué decir de su técnica de la seducción. O bien no la tenía —porque no había necesidad—, o bien hallaba su rasgo definitorio en la singular *transparencia* de las intenciones: se “ofrecía” con todo descaro a las muchachas, del modo más directo, una y otra vez, incesantemente, como los norteafricanos que quieren servir de guía

a los visitantes de sus inextricables ciudades..., y esperaba, armado de paciencia. Antes o después, como el cántaro a la fuente, las mujeres acudían para exigirle que hiciera realidad sus proposiciones y, comportándose a la altura de su osadía, las condujera por las laberínticas callejuelas de su cuerpo. Otras veces, más allá de todo discurso, casi ofensivamente, se dedicaba a acariciar, confiando en su pericia, las zonas erógenas de la futura conquista, ante sus quejas y aparentes enfados, tercamente, a través de la ropa, con la firmeza de un viejo artesano del barro, soportando toda clase de amonestaciones e incluso de insultos, hasta que, finalmente, concluida la obra, la mujer, dejándose llevar, se le entregaba... Para esos casos habría que hablar, mejor, de un arte innoble de las manos certeras y expeditivas, que saben por qué no detenerse y cómo llegar más allá.

Miguelón, como un niño prendido de su único juguete, se encargaba por todos los medios de que a nadie pasaran desapercibidas sus anonadantes proezas. En su desvergüenza, se había permitido, soberbio, grabar para la posteridad, en cinta magnetofónica y como monumento a su capacidad de seducción, una de sus más paradigmáticas “actuaciones”. Siempre llevaba consigo la flagrante prueba de su “maestría”, y no desperdiciaba la ocasión de hacérsela escuchar por milésima vez. A partir de esa grabación, se podía reconstruir la siguiente secuencia, inverosímil a pesar de todo y, no obstante, real como la náusea: en la soledad de un pasillo del Colegio, y en las intransitables horas de la segunda medianoche, se sentaba al lado de una de esas *desconocidas*, insomnes por afición, demasiado semejantes las unas a las otras (estudiantes empobrecidas y desesperadas de cualquier país del Este), que ya no inspiran respeto ni extrañeza —muy probablemente, una mujer sin horizonte, todavía hermosa pero ya marcada por la dureza de los tiempos, a punto de marchitarse como esas flores robadas a la vida que fueron un día la sonrisa de la tierra y afligen hoy nuestros hogares con su fúnebre y efímera belleza de cadáveres frescos—; y, sin pensárselo dos veces, como por un arrebato de pasión, empezaba a acariciarle los muslos blancos latescentes, aga-

rrándola por la cintura con determinación arreacha y apretujándola sin delicadeza —vale decir, *virilmente*— contra su pecho de obrero. La chica, aturdida, manifestaba primero una especie de divertida sorpresa: no se tomaba en serio la ofensiva y reaccionaba como si todo fuese una broma... Pero él, en un instante, brutalmente, como arde un pajar o se inunda una rambla, le hacía ver la radicalidad de sus intenciones, el objeto primordial de sus caricias. O sea, se propasaba... Deslizaba las yemas de los dedos —mil veces curtidas en el oficio olvidado de erizar pieles de mujer— por debajo de su falda, apoyaba la cabeza en sus senos, y colocaba sin vacilar la mano desprevenida de la chica sobre el bulto que su miembro, erecto de vicio y morbo, producía en el pantalón... Tomando inmediatamente conciencia de lo que estaba sucediendo, la muchacha, desconcertada —como quien solo se libra de la oscuridad del túnel para, ante el asalto de un sol cegador, herido de luz, regresar de nuevo a la región de las Tinieblas—, parecía fingir que se indignaba (pues apenas disponía de tiempo para recapacitar sobre la situación e irritarse de verdad), gritaba, se separaba de él, hacía desgastadores esfuerzos por recomponer la escena y descubrir de una vez a qué se jugaba con ella... Y Miguelón, en ese momento crucial, sabía cómo comportarse para que la chica, en lugar de huir de él como de un *violador*, viera en su acoso nada más que una invitación y en sus ojos encendidos simplemente la llama de un libertino sin malicia —una criatura excéntrica y hasta enternedora, adorable en su desatino y, de todas formas, sexualmente disponible—. En un segundo, recaía sobre su persona todo el “aura” de lo Diferente, lo Inaprensible, lo Inexpresable y hasta lo Irresistible. Como, al mismo tiempo, el peruano suscitaba simpatía, y no daba la impresión de albergar perversos objetivos, era comprensible que la chica (que nunca debió tener, para llenar sus noches, nada mejor ni peor que hacer) se dejara cautivar por el enigma y lo inefable de la aventura que proponía: una relación inusitada con un ser desaviado —pero inofensivo— que, al margen de toda ortodoxia de la seducción, ofrecía una sexualidad desnuda, hecha de instante y de silencio,

un oscuro placer del momento, sugerente y escapadizo. Y la joven, que, en aquella ocasión, sin ni siquiera presentirlo, nos estaba procurando la prueba magnetofónica de las habilidades de nuestro amigo, sucumbió tranquilamente a sus deseos, sin estridencias, como se rinde una inmensa y evanescente tarde de Mayo a la ligera noche primaveral. Fue disminuyendo notoria y paulatinamente la convicción de sus negativas, aflojó la intensidad de sus lamentos, modificó poco a poco el tono de su voz y calló..., calló para irrumpir, segundos más tarde, en otra clase de gemidos, ahora ya de puro y asalvajado placer.

Según nos contó Miguelón, en aquel lance lo determinante fue su decisión de colocar la mano de la desconocida sobre la bragueta de su pantalón y, al mismo tiempo, con la otra, bajar enérgicamente la cremallera para enarbolar el miembro. Azogada de nuevo, la muchacha, en vez de retirar la mano, se aferró con todas sus fuerzas a la verga..., y sonrió. Estaba perdida. Desde ese instante, el peruano dejó de interesarse por ella; y en lo sucesivo, durante un par de semanas como máximo, la poseería, cuando no como analgesia, solo por compromiso. Siempre le ocurría lo mismo: *tomaba* a la mujer como quien corta una amapola, por la atracción de su belleza y consciente de que, a partir de ese momento, la relación, como la flor, empezaba a morir.

Como tantas otras “mujeres de temporada”, la chica de la grabación únicamente podría ya aspirar a constituir una página más del voluminoso anecdotario erótico de nuestro Don Juan andino, quien, en pago a su extravío, aún le arrancararía, durante las próximas jornadas, binando la chacra de su victoria, un cierto número de esos codiciados *pequeños orgasmos de urgencia*, imprescindibles para aliviar la ansiedad de aquellas noches vagueantes (en las que ni siquiera la luna conseguía conciliar el sueño; y, por eso, “llena” de espanto, parecía vigilarnos como el ojo, vasto y frío, de una madre aterradora).

*

8)

*En las comarcas donde hasta el mismo Sueño se
duerme —y sueña entonces con no salir nunca de
esa paz sepulcral—*

La simple descripción de esos avatares lograba oprimir duraderamente mi espíritu: me hería con la procacidad de una sexualidad tan descarnada. Su mismo lenguaje, áspero y crudo como la luz matinal del estío, se me antojaba *asqueante*: “hacer el amor” era, por ejemplo, una expresión ausente en el repertorio de mis conocidos, sospechosa para la mayor parte de la comunidad latina. En su lugar, preferían hablar de “culear”, “coger”, “agarrar” o, más generalmente, “*violar*”.

“Violar”... Este término, que no podía escuchar sin estremecerme, adquiriría en aquellos labios otro tono, lúdico a su modo, casi festivo, travieso antes que criminal. Como frecuentaba más las bocas de las mujeres que las de los propios hombres, y se pronunciaba con abromado tacto, delicadamente, uno se acostumbraba pronto, sin oponer demasiada resistencia, a su inesperado nuevo uso; y podría decirse que, por la atracción que en todas partes ejercía, y como al rosal sus espinas, se le acababa perdonando su inseparable horror vejatorio. Moneda corriente e insustituible en la transacción erótico-sentimental, espejo indecoroso del valor del amor, reflejaba mejor que cualquier otro, con su dureza de alambrada, esa disposición atacante, posesiva, del “*macho*” latino —proclividad arcana y traslumbradora que, atrincherándose

en alguna impenetrable región de su alma, le hacía ver en cada mujer *seducida* a una víctima de sus instintos, una presa y ya casi un cadáver—. “Fue *mi* mujer”, “me la *violé*”, “¿te la *culeaste*?”, “¡*atácala!*” ..., así se expresaba su temperamento, ingenuamente guerrero en los tiempos dorados de la más sórdida Paz.

No obstante, mi relación con los sudamericanos me había enseñado a reaccionar con cautela ante ese trasfondo primitivo, casi animal, indiscutiblemente machista, de sus correrías amorosas. Eran tan inequívocas sus intenciones —claras, si no limpias, como la agujijada del hambre—, tan pura el agua quieta del aljibe de sus móviles, que únicamente podían dar rienda suelta a su voluntad de posesión y de dominio ante las mujeres que, por los más variados motivos, aceptaban su juego e incluso jugaban con ellos *a otra cosa*, no sé si inconfesable, de una manera más sutil, más opaca y, por tanto, también más sucia (haciendo del hambre, gula; del aljibe, pantano).

Y mientras ellos, que simplificaban la realidad al interpretar-la exclusivamente en términos de “contienda”, reservándose el papel de invariables vencedores (el Hombre que se coge a una mujer, que se la agarra, que la hace suya, que ha sido capaz de enamorarla), podían caer muy fácilmente en las tenebrosas *redes* de sus presuntas víctimas —sombrias telas de araña, ignoradas y mortíferas, tejidas por las mujeres del Este—; ellas, marionetas de la necesidad, dañinas en su inocencia, descubriendo en los latinos a los hombres más elementales del mundo (seres absurdamente pagados de sí mismos, como niños caprichosos anclados en la fase de la autoafirmación), no desaprovechaban la ocasión de recoger, del árbol del instante, aquellos frutos oportunamente maduros, ya casi pasados de sazón pero todavía apetecibles...

Cuando el latino creía “haber conquistado” a una húngara, imaginándose héroe de encarnizados combates, superador de las más numantinas resistencias o especialista en la fatigosa recolección de mujeres, ignoraba que en el terreno de la sexualidad suce-

de a veces lo que siempre acaeció en el de la literatura, a saber, que “nada es indefinidamente igual a sí mismo”; y que la Seducción, si ha existido en alguna parte, existió solo un momento y, antes de desaparecer, nos legó —rictus patético— la impostura del Amor, disfraz de toda ruindad y de todo oprobio.

Por eso, no había *seducción* de la mujer del Este. Ni aparecía aquella, normalmente, en posición de “conquista”, “presa”, “víctima” —ni de “enamorada” siquiera—. Solo quedaba un juego abstruso de redes superpuestas, que, en lugar de apresar, *salvaban* (de hastíos, desesperanzas y locuras) y, en su crueldad, salvando *herían*. Como únicamente se podía escapar de una para caer en otra, y era forzoso —a fin de conjurar el dolor— saltar de redcilla en redcilla (sintiendo, en cada vuelo, el vértigo de la altura y, con la caída, la caricia protectora de la malla), los latinos, cada vez que soñaban *rendir* a una mujer, ingresaban, adocenados, en aquel humillante universo de las Equis —o de los Círculos— de Boglarka. Y las mujeres del socialismo, que no se equivocaban respecto al sentido de las relaciones, sabían administrar esa enfermedad propensión latina al envanecimiento (es decir, al autoengaño), inyectando a sus compañeros la dosis de mentira romántica o perversa que más convenía al logro de sus objetivos —pues, en su área, toda historia de Amor lo era también de Economía..., y de Angustia—.

Oro, o su deseo, en los corazones; y no siempre corazones de oro. Abarcía de oro. Y la vida, rota.

De alguna manera, pues, las húngaras, que caían sobre los extranjeros como los esparavanes sobre la carne incauta, utilizaban *intestinalmente* a los latinos; y Miguelón el Irresistible, su supuesto vengador, era engañado por todas y cada una de “sus” ocho mujeres —que, como era sabido, se entendían con innumerables árabes y a todos explotaban—.

Aún más, en el fondo de la “infidelidad” del Varón sudamericano, que procuraba emparejarse con una mujer ingenua, sin

experiencia —la futura madre de sus hijos, esclava agradecida del Hogar y campo de tiro de sus más afoscados apetitos—, para, a partir de ahí, constituida la Familia (algo que destruir) y sin el menor escrúpulo, lanzarse a una infinidad de relaciones extraconyugales (ella, mujer de su hombre, y él, hombre de las mujeres de los demás: he aquí el ideal latino); en el fondo de esa vieja Traición, de esa semicautividad de la mujer, discriminada y agredida, era fácil descubrir un substrato de fatalidad y de inocencia.

Lo había percibido más de una vez en mis discusiones con Trevor, mecánicas y extemporáneas como el hábito mismo de contraer matrimonio: yo le reprochaba su infidelidad a Sofía (checa, como le convenía para asegurarse su aislamiento en Budapest, su soledad y su dependencia), la indignidad de la relación que mantenía con ella, sucia de engaño y secreto. Mi amigo le exigía la más absoluta lealtad —que ella, sin esfuerzo y de buen grado, como obsequia la noche su rocío lo mismo a la flor que al rastrojo, enternecedoramente le concedía—; y, a continuación, cubiertas las espaldas de la compañía, la traicionaba con cualquier conocida, anegando ese glacial refinamiento de la crueldad en un cúmulo de bochornosas mentiras.

Frente a su relación, yo defendía una muy socorrida forma de ver las cosas, adornada hasta anteayer con los atributos clásicos del *progresismo* (la corona de espinas, el corazón asaetado y las manos vibrantemente compasivas), una perspectiva que, sin ser del todo la mía, postulaba retadoramente, a modo de desafío, para polemizar con él y castigarlo de alguna manera, como se maneja en el deporte de la esgrima el estilete reglamentario, romo y temible, sin la intención de dañar pero procurando infundir desánimo. Abogaba por una convivencia basada en la absoluta libertad de los amantes y en la radical transparencia de la relación...

Hoy sé que *la transparencia mata* y que la libertad conduce al abismo. Pero, por aquellos días, que me conocieron singularmente contrahecho (aún vacías las alforjas de la experiencia y ya

heridos los pies descalzos de la fuga), todavía se me podía aplicar lo que, clareando apenas la mañana, dicen las hayas insomnes de mi tierra al orgulloso gallo pregonero: “*Si tuvieras los ojos llenos de arroz, no cantarías tanto...*”. Avalaba, quizás por ello, un tipo de relación amorosa ‘revolucionaria’, que no descartaba experiencias sexuales al margen de la pareja y arrancaba siempre de la erradicación de los Celos y de su policial pretensión de vigilancia. Hablaba, en fin, de que me era posible querer a una mujer sin desear convertirla en mi sierva, pues —como tanto repetía nuestro común amigo, el anarquista griego— no se debía confundir el Amor con la Propiedad. E insistía, con ese aire de integridad y rebeldía que caracteriza a los predicadores de las más inadvertidas religiones modernas, en que ningún contrato (civil o eclesiástico) daba derecho a un hombre a juzgar la vida sexual de su compañera o exigirle una vinculación exclusiva.

Y Trevor, intuyendo que mi posición era otra, necesariamente otra, acaso irracional, no tan diamantina, menos dura y brillante pero más humana, ofuscándose, me hacía ver el suelo deplorable y raquítico, lóbrego de oscurantismo y cenagoso de barbarie, sobre el que verdeaba ese bosque denso del supuesto *liberalismo de los afectos*. Decía que yo podía admitir la relación de mis mujeres con otros hombres porque en el fondo no las quería o las quería levemente. Porque me daba igual perder su amor en un momento dado (hasta ese punto mi corazón era un cantal); o porque sabía que, antes o después, por una sutileza de mi maldad, se me entregarían por completo y entonces, enamoradas, renunciado libremente a toda relación paralela, serían ellas quienes buscarían la forma de encerrarme en su territorio erótico y quienes, al no poder ni siquiera proponerlo, dados sus antecedentes y hasta sus ideas, deberían rendirse a mi Dominio —aceptando mi vida permisiva, mis aventuras con otras mujeres, sin desear ya por su parte vincularse a ningún otro hombre. Es decir, por los caminos de la honestidad, alcanzaría finalmente un destino todavía más

ignominioso que el del Latino Sometedor, pues, asegurándome sin aparente coacción la “fidelidad” voluntaria e indefinida de mis mujeres, podría zambullirme, ante sus propios ojos, en las aguas turbulentas de la Promiscuidad —y a ellas no les quedaría ya ni el consuelo de volver la vista...—.

Trevor descubría ahí un juego infinitamente más pernicioso que la sencilla partida latina de la *mentira* a sangre fría. Admitía que pudieran existir relaciones de pareja en las que tanto el hombre como la mujer se desarrollaran libre e independientemente en el terreno de la sexualidad. Pero no era partidario de hablar de “amor” para esos casos —se trataría, como mucho, de formas o manifestaciones atemperadas del sentimiento amoroso, reprimido y coartado por el hacha de la literatura filosófica—. En ese sentido, alegaba que las Ideologías modernas habían preparado, para el amor, los más espantosos campos de exterminio; y era lícito responsabilizar a la Teoría, a nuestra Razón, del espectáculo horrendo de esos millares de *amores mutilados* y de esa afectividad maniatada, procesada, a punto de descuartizar, que encubre hoy su mala conciencia de deformidad bajo los oropeles del progresismo y de la liberación.

Mi amigo estaba convencido, pues, de que el amor verdadero, indeleble (que, por supuesto, “*existe*”, como existen el terror y la risa), atenta contra la libertad y la independencia del ser amado; y de que, por eso, la pasión, extraña ave trágica y nocturna, solo puede reproducirse en un nido de iniquidad y de violencia. De ahí que me diera a elegir, intimidándome con la más grave expresión de su rostro, entre el Amor auténtico y monstruoso (que nos convierte en sus víctimas) y aquel pequeño amor farsante, cobarde, impotente y desmembrado —víctima de nuestros Principios—. Si el primero —añadía— nos mata mil veces antes de que la Muerte nos libere del sufrimiento; el segundo nos enseña a vivir como los muertos, dulcemente, lejos de todo acero afilado y de todo incendio amenazante, en las comarcas donde hasta el

mismo Sueño se duerme —y sueña entonces con no salir nunca de esa felicidad sepulcral—.

Asumía orgullosamente la acusación de “machismo” (“*sí, ya se sabe, ¿cómo no?*”); pero agregaba que hasta la más desgraciada y sometida de las mujeres de su país, dejándose engañar por su hombre, hallaba el modo de ‘mentir’ de alguna forma, de vengarse a su manera, deshaciéndose en trampas, tretas, ofensas y traiciones de otro orden. En definitiva, Trevor no creía en un *amor libre de culpa*, un amor puro, empíreo, sin mancha, ajeno a todo juego de dominación y a toda forma opresiva. Ese amor se le antojaba pensable solo en Otro Mundo —sin duda, en el mejor de los mundos concebibles—. Pero no en *esta* sociedad real, no en *esta* injusta y *causticante* organización de la existencia. Y de igual modo que, bajo la paz de los árboles, cada paso del excursionista, colmándolo de placer, cuesta la vida a millares de insectos; así, en los dominios del amor, la más espontánea de las necesidades de afecto, bajo no se sabe qué inefable yugo sombrío, desencadena una masacre. Tenemos (me sugería) *el amor que nos merecemos* y, a través de nosotros, aman las galeras en que nos consumimos. Como mi esclavitud ama a tu esclavitud, yo también te quiero por tus grilletes y te quiero en tus mazmorras —a mi disposición, esclavo que te esclavizará, prisionero que sabe apresar...—.

Por supuesto, yo estaba de acuerdo con él en ese punto. Me molestaba, empero, que un latino se creyera en la obligación de recordarme (a mí, cabeza teóricamente *ilustrada*) esos detalles, elementales y profundos como el torpor. La Oposición nos la pone dura, y en las vulvas de nuestras mujeres quisiéramos aplastar al Patrón, al Déspota, al Experto —o suplantarlos—. Pero, como quienes definen la Ley rigen el Deseo y al hacerse cargo de la Justicia también se enseñorean de nuestro Falo, patronos, déspotas y expertos se corren con nosotros cada noche, disfrutan repugnantemente de nuestros orgasmos y en las mujeres que (sin pensar en ellos) amamos siembran su pérfida semilla.

“Quien quiera amar y sentirse amado —resumo la teoría de mi compañero, en la que espejeaba, cabrilleante, mi propio pensamiento— tiene que rebajarse a pactar con la Abyección. Y, como solo podemos querernos en el horror, se debería concluir que *la inocencia consiste en negarse a amar*. El inocente no ama: ha vendido su alma a Dios. Nosotros amamos de corazón, aunque nuestro corazón esté podrido —y no sabríamos amar de otra forma *sin arrancárnoslo de cuajo...—*”.

En consecuencia, consideraba demasiado precipitado “condenar” a Miguelón por su comportamiento amoroso. Y, por añadidura, intuía que, en su aparente unidimensionalidad, aquel peruano debía de ser un individuo interesante, secretamente complejo, atormentado como todos los hombres incomparables —que se enfrentan a la vida sin ningún modelo que imitar y a salvo de dobleces e imposturas—. No le resultaría fácil organizar su entera existencia en torno al imperativo sexual, sacrificando, cuchilla en mano, otras pasiones y renunciando conscientemente a cualquier placer no-erótico, cual rígido eremita de la lascivia. En su vocación de *libertino*, se me aparecía como un monje, un fanático o, mejor, un estilista clavado sobre el pilar de su propio miembro —había aplacado la guerra de todos sus deseos, el enfrentamiento de todos sus apetitos contradictorios, para consagrar su vida a una única tarea, a una sola labor: el Sexo—. Y así como hay mucho de “castidad” en el talante del escritor verdadero, que construye su obra a partir de esa tenaza de la renuncia y de la autorrepresión (tenaza que, extirpando cuanto apunta en otro sentido, lo aflige con la “*gozosa herida*” de la Creación), del mismo modo era profundamente casta la vida de Miguelón. En su lúbrica religiosidad, se prohibía todo aquello que pudiera alejarlo de su cometido: de ahí que apenas dedicara tiempo a los amigos (y solo cultivara la amistad para asegurarse un auditorio), que vigilara enfermizamente el estado de su cuerpo, que huyera del trabajo más que del castigo y jamás abusara de la bebida —e

incluso bebiera como quien comete un pecado o incurre en un delito—, que no leyera ni tampoco viajara...

Y se ha de ser, en cierta acepción de la palabra, un hombre “periférico”, extraño, anormal, *complicado* de alguna manera, para poder caminar a través de la hoguera de esa castidad sin otro sustento, refugio, destino o verdad que la defensa de una sola pasión y el aniquilamiento de todas las demás... En mi condición de escritor, y en los tiempos en que la sexualidad perdía la batalla ante lo indecible de la Creación (el más querido de todos los tiranos), me sentía, pues, hermano de Miguelón, como me he sentido, en esas y en otras horas, hermano de todos los santos y, en general, de todos los monomaníacos.

Y no simpatizaba menos con Rafo, el muchacho que se arriesgaba a morir todos los días, ávidamente, en el fragor de absurdas e innumerables contiendas, guiado por una *voluntad* inmisericorde y disgregadora —que sus compatriotas consideraban simplemente autodestructiva, y que yo, su compañero de espíritu, consciente de que no hay más patria profunda que la Fuga, llegaría a definir en otros términos—. Por eso, mientras, con su ayuda, trasladaba mis mochilas hasta la puerta de la habitación, seguido por Bogui, recuperando por momentos —al abrigo de esa mórbida paz que sucede a las masacres— la serenidad perdida desde el día anterior, empecé a reparar en la índole del Desafío. Apiladas mis cosas en el pasillo, agradecí a Rafo su colaboración y me separé de Boglarka para concederme la tregua de una ducha fría. Tras despedirme también de Miguelón, a quien sorprendí por fin callado en medio de la desolación del cuarto, con su mirada resbalando sobre los bultos desnudos de Bety y del mexicano —exhaustos después del amor y ya casi dormidos— y flanqueado por el peruano de Varsovia, hierático en su enajenación, me dirigí presuroso a los aseos, soportando el asedio de una pregunta impaciente que, como a machetazos, abría paso por la selva de mi imaginación hasta la tapera de mi pensamiento.

“¿A qué vine? ¿Qué busco? ¿Por qué me reconozco en la figura, esquivada y tormentosa de Rafo aún más que en la de Miguelón? ¿Persigo, de verdad, el Conocimiento y en los peligros de esa vieja insensata empresa arriesgo mi propia destrucción como “sujeto del saber”? ¿Por qué a lo largo de mi vida, cíclicamente y en las más inverosímiles circunstancias (coyunturas de pasmo y hasta de terror), se repite siempre el asalto de las mismas dudas?”.

*

NOTA NÚM. 5: ¿QUÉ ES “EL ESPÍRITU...”, APARTE DE UN CUARTO TRASTERO?

La ya mencionada “omnisapiencia” (pretendida) de Víctor Araya alcanza, en estos capítulos, su paroxismo. Se acompaña, además, de una absoluta *caída* del ritmo narrativo, de una *cesura* y una *traslación temática* injustificables. Finalmente, la morbosa propensión de Víctor a los *excursos* histórico-sociológicos, o psico-filosóficos, se desata por completo y devora el poco espacio que mi amigo concedía a la verdadera *literatura*. No solo no hay “diálogos”; en rigor, han desaparecido también la “acción”, la trama, el encadenamiento lógico de los sucesos... Estamos, simplemente, ante una *disertación*.

Araya pontifica sobre *la naturaleza de los afectos* en el área socialista y, de paso, sobre *la percepción “latina” de la mujer y de la sexualidad*. Su discurso, orientado hacia un objeto que competiría a la antropología social o a la historia de las mentalidades, se desboca alocadamente, *merodeador* en su insuficiencia, *bucanero* ante las señales del fracaso, en un conciliábulo de la pedantería y la falsa meditación; y se yergue siempre en el *olvido* del relato que estaba trenzando prometedoramente, en el *descuido* del armazón de la novela, de aquella Fiesta de Despedida que habría podido erigirse en su columna vertebral. Víctor “aparca” la narración que llevaba entre manos y se empantana en elucubraciones pseudo-científicas, en esbozos sociológicos y psicológicos fuera de lugar, en apuntes “filosóficos” (¿debería decir, mejor, “filosofor-mes”?) desatinados.

Con ese proceder, mi amigo ha masacrado su novela, vaciándole las entrañas y disecándola insensatamente... *Su escritura ha perdido el norte, se ha extraviado sin remedio y danza ebria de arbitrariedad sobre los temas más diversos, en ausencia de toda “estructura”, de todo “plan”, de todo “sentido”*. Ya no percibimos, en estas páginas, al escritor que recapacita y construye, que *narra* desde la

organización y el proyecto, sino al diletante que amontona opiniones, al sabiondillo que todo lo conoce y todo lo explica... Y estas cosas malbaratadas que nos cuenta Araya, las cuales probablemente se escucharían con agrado delante de una taza de café o en el bullicio de una bodega, aportando muy poco al relato, dañándolo en lo profundo, se leen en verdad con displacer y hasta con enojo.

Víctor presume de ser un hombre ferozmente *autocrítico*; y puede estar en lo cierto, pues en sus escritos se ha descalificado a sí mismo como “historiador”, como “enseñante”, como “científico”, etc. Pero también es sabido que jamás ha aceptado, para *juzgar* su comportamiento, otro tribunal que su propia conciencia... No concedía la menor importancia a las amonestaciones de los demás; se reía de cuantos hablaban bien de él e ignoraba a quienes censuraban sus actos. Era su propio Juez, su único “examinador”: *la opinión del mundo no contaba frente a las secuelas de su imprevisible voluntad*. Ni siquiera ante este asunto, tan evidente, del perjuicio que las *digresiones* causaban a su obra, estaba de acuerdo conmigo y hacía propósito de enmienda. Al contrario, buscaba por todos lados argumentos con que arrumbar mi recriminación y se parapetaba tras las más extravagantes, e incluso chirriadoras, *justificaciones*... Me recordaba, por ejemplo, las “anotaciones” históricas y psico-sociológicas de Balzac, tan frecuentes en *Esplendor y miseria de las cortesanas*; los premiosos “raptos” descriptivos de Proust; los “incisos” sistemáticos de Joyce; etc. Me hablaba de aquellos soporíferos “primeros planos” de Godard en los que un personaje, encarado a la cámara, disertaba sin prisa sobre este o aquel asunto, sobre una u otra materia de orden político o ideológico... A mi parecer, con estas estrategias Araya escamoteaba la discusión: lo que le opongo a él como escritor se lo opondría igualmente a Proust, Joyce, Balzac o Godard, en el supuesto —a todas luces descartable— de que los casos

admitieran comparación. Otras veces, Víctor arremetía contra la idea de una obra “regulada”, y se prodigaba en acaloradas vindicaciones de un texto *discontinuo, invertido, diseminador*, etc. Excusas, coartadas, subterfugios para velar una impotencia, una carencia: el no poder, o el no saber, *construir* una novela, dotarla de *esqueleto*... En una ocasión, mi amigo me espetó que *El espíritu de la fuga* era un trabajo que se había “evadido” asimismo de lo que cabía esperar de él como novela. He ahí una *salida* ingeniosa, pero nada más... Y, en fin, muy a menudo Víctor me confesaba su interés casi excluyente por la “microliteratura”, por lo que ocurría en el interior de cada frase, por la avenencia o desavenencia de las expresiones que se cruzaban por los pasillos de los párrafos, por el codearse de los verbos vecinos, por el *eco* distinto y discernible que en el cerebro del lector provocaba cada contubernio de palabras... Solo por aquí encuentro alguna disculpa al monumental embrollo de *El espíritu*...: que no ha pretendido *configurarse* como “novela”, sino como mera *adición de fragmentos*... Y, sin embargo, Araya sostiene que ha concebido una “novela”, aunque *de otra clase*...

No quiero insistir más en este asunto, al que ya me he referido páginas atrás. Observe el lector el modo en que la escritura de Araya salta caprichosamente, con demencial ligereza, de un asunto a otro, degradando los “nexos” y haciendo de la “transición temática” una suerte de caricatura. Nótese, *verbi gratia*, cómo después de explayarse sobre el *machismo* latino (¿justificándolo?) y las incongruencias de la *liberación sexual* occidental, cambia vertiginosamente de rumbo y aborda todavía una especie de “metafísica” del Reto, una curiosa interpretación del Desafío en tanto gesto desesperado, conjuro contra el suicidio... ¿Cabe mayor disparate? ¿Cómo estimar sinceramente una obra que no cesa de demarrarse? ¿Por qué un escritor ha de rendir pleitesía incondicional a lo azaroso

y gratuito en medio de un trabajo que se postula “literario”?
¿Qué es *El espíritu...*, aparte de un cuarto trastero?

¡Y Víctor sigue alegando que su obra gira en torno a *un* tema, que es *homogénea* a su manera, que tiene *centro*, *corazón*, algo *definible* en el punto de mira!

Fragmento segundo
Las fugas

9) *El Reto*

«¿De qué está hecha la “voluntad de saber”? ¿Y si me equivoco y es otra la voluntad que me guía? O, peor aún, ¿no será esa “voluntad de saber” simplemente una falsa voluntad, una voluntad ilusoria que usurpa el puesto de otras voluntades menos soberbias, no tan orgullosas, *pequeñas voluntades trágicas con nombres sencillos y desgarradores*? ¿Y si lo que me arrastra de un lado para otro, como las hojas que cada otoño se dejan zarandear por cualquier viento, por el más común de los vientos, fueran voluntades tan humildes, y estremecedoras, como la voluntad de mirar, la voluntad de temblar, de llorar, de sentir y, por qué no, la voluntad de sufrir...?».

«¿Fue, por ejemplo, la “voluntad de saber” lo que en la Navidad de 1987 me abocó a una *odisea* desproporcionada, si no absurda? ¿Estuve varias veces a punto de perecer solo por el influjo de esa voluntad?». Sospechaba que no. Cuando me propuse, a finales de diciembre, llegar sin compañía hasta Varsovia, en mi pequeño automóvil, a pesar de los hielos, de las nieves, del temible invierno centroeuropeo, sin dinero e incluso sin conciencia de los tormentos concretos que me aguardaban —pero persuadido de que con mi gesto culminaba un Desafío, un Reto a lo imprevisto y acaso a lo torturante—, cuando me cautivó la idea de penetrar en un país por aquel entonces todavía “duramente comunista”, y hacerlo en la peor estación del año, sin respaldo mecánico ni

suficiente cobertura económica..., era otra, muy otra, la voluntad que me impulsaba.

Probablemente, me fascinaba el gesto por el gesto, un gesto terrífico, descabulado, que no necesitaba en apariencia ninguna razón para materializarse. La arrogancia de aquel Gesto (un decir “ahora hago esto porque sí y a pesar de todo”), desprovisto además de significado y, tal vez, asimismo de trasfondo, “puro” en un nuevo sentido de la palabra, incomprensible, por tanto, me parecía bella en su rareza, seductora en su inutilidad.

Se trataba, pues, de una *bella audacia inútil*. Pero también, como en el reflujó de aquella tempestuosa madrugada empezaba a intuir, de un *gesto desesperado*. Solo la desesperación arranca a un hombre de la cadena de lo necesario y lo arroja al abismo de lo gratuito. Un gesto despótico, puesto que no estaba en mis manos resistirme a su encanto; y que debía responder, de cualquier forma, a velados motivos, profundos y fatales como todo lo incontestable... ¿Qué podía hacer que un hombre medianamente acomodado sintiera (una vez más) la furiosa necesidad de exponerse a inimaginables peligros —y hallara, en ese riesgo, una cierta fuente de placer—? ¿Me movía la “voluntad de saber”?

Saber, saber..., palabra hipócrita, sucia de filosofía, que jamás osó escarbar por debajo de su ruidosa majestad. Hacía tiempo que yo desistía por sistema no solo de “hablar en nombre de los demás”, sino incluso de “pretender hacerme cargo de sus móviles”. Me asistía la certeza de que únicamente podía comprender, y nunca más allá de ese nivel cortical de los propósitos inmediatos, a aquellos que de alguna forma se me parecían, que compartían mi espíritu y, por tanto, quizá también mi destino —es decir, a aquellos *en cuyas luchas lloraba la mía su derrota* y que, como guerreros de un mismo pueblo, reproducían en sus pinturas de ataque los rasgos de mi propio rostro—. Y creía que, ante la crueldad de la Diferencia, para protegerse del silencio y del misterio (armas letales de lo irreductible), nuestra cultura no sabía oponer otro

escudo que el de la interpretación. Pero no me engañaba respecto a sus límites: «interpretar» era leerse a uno mismo, sirviéndose del pretexto de lo extraño —todo acto de conocimiento acaecía entre uno y su escudo—. Y lo extraño permanece siempre en su sitio, sin apelación, radiante, amenazador, imprescindible...

Por eso no podía concluir que me guiase, por aquel tiempo y en su acepción habitual, la “voluntad de saber”. El saber era una mentira conveniente, oportuna, y nada más. Perdura hoy bajo la forma degradada de una manía, una rigidez del intelecto y casi una enfermedad: la obsesión (y ya no la voluntad, ni siquiera la pasión), el *achaque* de la interpretación. Solo los espíritus desfallecientes, heridos de método y rigor, necesitan todavía hoy cobijarse bajo la presunción de comprender a los demás. Solo los ignorantes pueden abrigar, en los tiempos sombríos, el ensueño de saber efectivamente “algo” del Otro y del mundo de los Otros —y en la fantasía de ese saber labran su morada, escondite carcelario, pues nada temen más que vagar, sin rumbo ni coraza, por las superficies desnudas de nuestra *ya agotada Razón*—.

De ahí que prefiriera buscar la raíz de mi gesto en otro territorio, menos consolador, sin duda, no tan amable, pero, al mismo tiempo, desacobardadamente *firme*.

Antes de partir hacia Varsovia, yo había columbrado borrosamente las principales dificultades de mi proyecto: en primer lugar, el invierno y, en otro plano, la falta de medios materiales y la debilidad del vehículo. Pero no hice nada por atenuarlas. No me preparé en absoluto, y corrí al encuentro del peligro con la más dramática de las ingenuidades... Por supuesto, de milagro salvé la vida.

Como salí sin dinero, de nada me servían los hoteles de la ruta; y, con aquellas temperaturas, estaba también descartada la posibilidad de pernoctar en el auto. Así que *¡no podía dormir!* Tenía que resistir dos días y dos noches al volante, y sin detenerme demasiado tiempo para descansar. Nada más atravesar los

Alpes intachables y amonestadores del septentrión italiano, las temperaturas se hundieron en el pozo del bajo cero; y yo, que podía protegerme del frío solo mientras mantuviera el motor en marcha, empecé a notar cómo se me cerraban los ojos, cargados de sueño y fatiga. Estuve a punto de colisionar, por ese motivo, en más de una ocasión... Cuando, sobresaltado, volvía a despegar los párpados, se me hacía inmediatamente consciente que había faltado muy poco para que el sueño me atrapara por completo; y, presa de un punzante espanto, con el coche peligrosamente cerca de la cuneta o en trance de invadir el carril contrario, me frotaba los ojos con desesperación, bajaba la ventanilla para sentir en la cara la cuchillada del relente gélido de la noche o me retorcía y estiraba como un cautivo estremecido por los más fúnebres presagios. Sorprendido siempre de haber despertado “en el último momento”, y tras superar el obstáculo de turno con un brusco giro del volante, tomaba la resolución de parar un rato para quebrar el sueño y, sacudiéndome el cansancio, no tentar más de ese modo a la muerte. En aquellos recesos, sin embargo, me acuciaba de nuevo el presentimiento de la tragedia. Lógicamente, me quedaba dormido en un instante. Pero, al cabo de unos minutos (no más de media hora), una circunstancia, estridente como ese quejido largo y desatentado que, hiriéndonos el oído, mata la música de todas las cosas, pugnaba por despertarme: el Dolor.

Desde lo más profundo del sueño, sentía un dolor desconocido, hormigueante y feraz cual imparable hemorragia, primero en los pies, luego en las manos, más tarde en las piernas, en los brazos... Luchaba contra el espesor del sueño para despertar de una vez y acabar con la causa del dolor, pero percibía la resistencia de los músculos. Desobedientes, mis nervios entregaban la playa nocturna de mi cuerpo a la marea de aquella bullente sensación. Tenía que realizar un esfuerzo atroz, devastador (comparable acaso al de la víctima de un enterramiento prematuro, en aterrorizada rebelión contra las paredes de su féretro), para

lograr abrir los ojos, sepultados por la lápida de mis párpados, y darme cuenta, reo del pánico, de que se me estaban helando los miembros. Como esa situación se repitió varias veces, comencé a albergar un tremendo pavor a morir congelado... Cada vez me resultaba más difícil recuperar la vigilia; y sabía que, si no conseguía despegar los párpados, reaccionar con energía, mover las articulaciones, pellizcarme los músculos y arrancar el coche (para poner en marcha la calefacción), me esperaba una muerte ridícula y anacrónica, como la asfixia en el nicho o el ahogo en la rambla. Se diría, no obstante, que esa muerte absurda me perseguía con pies de paloma; pues, para alejar el espectro de la congelación, me exponía a la insensatez de conducir exhausto, rendido, postrado ante un Enemigo que me obligaba a sostener el combate más allá de toda esperanza (ya que su victoria, que no era solo mi derrota ni se confundía con ella, *quería* mi aniquilación), con los párpados de plomo, o mármol, cayendo criminalmente sobre los ojos.

En terreno polaco las dificultades, en lugar de desvanecerse, crecieron tal un alud sobre la ladera de mi desventura. La indefinida progresión del vehículo, en la que se cifraba mi única garantía de sobrellevar el aterriente helor de aquellas crudas jornadas, se vio amenazada por el racionamiento de petróleo en la zona. Los empleados de los surtidores se negaban a venderme combustible. Pasaban los kilómetros, me mantenía en el límite inferior de la “reserva” de carburante y, unas tras otras, las gasolineras desfilaban ante mis atónitos ojos (ahora abiertos como argollas) o bien fuera de funcionamiento o bien colapsadas por la afluencia nerviosa de incontables camiones. Llegó un momento en que perdí la esperanza de alcanzar Varsovia, pues en ningún rostro vislumbraba el menor asomo de una actitud amigable —y con ello se esfumaba toda posibilidad de obtener gasóleo—. La fortuna quiso entonces, como por un acceso de conmiseración impropio de ella, que recogiera a un soldado autoestopista y que este, en agradecimiento por el trago de pacharán que le ofrecí para limar

su desconfianza, a punta de pistola, obligara al empleado de una estación de servicio a olvidarse de la cola y despacharme inmediatamente el disputado combustible...

Ya en Varsovia, volví a padecer el embate de circunstancias hostiles. Para aquella errática última noche del año no hallé alojamiento en ningún hotel; y me vi forzado a dejar escapar las horas en mi triste utilitario, sin ponerlo prácticamente en marcha para no dilapidar el escaso carburante, y golpeando desmañadamente las articulaciones de mi cuerpo a fin de evitar su entumecimiento por el frío. Ayunos de techo como yo, otros vagabundos, de inquietante aspecto hético, vástagos de la mendicidad o de la demencia, zaheridos de invierno y vodka, corrían por el desierto de las calles entre gritos horrisonos. Me escondía de ellos, y de su algarabía, para que no se acercaran al vehículo quién sabe ya con qué barahúnda de intenciones. Hundiéndome en los asientos como en una oscura trinchera, amedrentado, miraba oblicuamente por los espejos retrovisores: allí estaban, deshaciéndose en alaridos, como informes encarnaciones del extravío y del canguelo. Cambiaba de vez en cuando de estacionamiento, para huir de su curiosidad o por no saber qué hacer con el exceso de duración de aquella insufrible madrugada. Al filo de las dos, paré en las inmediaciones de un pequeño hotelucho, que mantenía encendidas las luces de su recepción. Bajé del coche, conturbado por la titilante ilusión de encontrar allí un rincón donde dormir... Y fui perseguido por un par de desahuciados que blandían enormes botellas rotas a modo de carnívoros rejonos. Se precipitaron tras mí no sé si solo por la diversión de asustarme o impulsados por alguna opaca determinación de la locura. De nuevo obtuve el favor del azar, y pude despistarlos en un cruce de calles subterráneo. El hotelucho estaba cerrado... De vuelta al auto, aún resbaló mi mirada sobre los ojos suplicantes de una anciana herida en el bajo vientre, según las muecas que percibí en su estriado rostro y el modo inconfundible de juntar las manos y doblar la cintura.

En el suelo, casi a sus pies, bañado por un jirón de luz de luna, esplendía el vidrio verdoso de otra botella rota —“bella de sangre contraria, que diría Lorca”, mascullé, salpicado por la degradación del ambiente...—.

Al día siguiente, la policía me detuvo. Fue casi una suerte pasar la noche de Año Nuevo en la cárcel. No entendía a los gendarmes. Pedí un teléfono para hablar con mi embajada, y solo arranqué de su generosidad funcionaria cierto apagado estallido de risa átona, ni cruel ni afectada —simplemente compasiva y con un deje de burla cansada que era casi el reverso de su conmiseración—. Creo que me acusaban de vagar sin rumbo fijo, como un turista. Pero lo que a este se le consentía (deambular de un lado para otro, caprichosamente o en función de las sugerencias de algún folleto) era motivo suficiente para mi arresto y encarcelación. Podían ver en mí a cualquier clase de hombre —un fugitivo, un trotamundos, un pobre loco, un activista político, un traficante... *menos a un turista*—. No conseguí convencerlos de que el mío era un viaje de placer. Para más inri, había transgredido flagrantemente la ley: no constaba en mi hoja de ruta visada el nombre del hotel en el que me había hospedado la última noche (“el hotel, de infinitas estrellas, donde arrumbáis a vuestros hombres rotos”, medité), y era obligación de todos los visitantes extranjeros llevar rigurosamente al día el listado con las señas de los establecimientos en que pernoctaban. No haber dormido en ninguna parte era en Polonia constitutivo de delito —mi delito—. Sin tener nada contra el turismo, lo tenían todo contra el turismo noctívago...

Me enfrenté, pues, a considerables peligros. Y, curiosamente, *como el suicida que hace de las circunstancias su arma*, no tomé ninguna precaución al respecto: salí de mi pueblecito costero del Sur sin el auxilio de ninguna manta, de ningún saco de dormir, de ninguna prenda sólida de abrigo, sin dinero, sin direcciones, sin comida y hasta sin cadenas para la nieve...

Y, evidentemente, no fue la “voluntad de saber” lo que me empujó a ello —es esa una voluntad que se cuida de proteger a su sujeto—. Si recababa en mis motivos de goce durante el viaje, me veía tentado a concluir que me animaba una pequeñita “voluntad de mirar”. Y es verdad que disfruté como un niño al observar un cierto número de detalles, de paisajes, de colores y de formaciones inconcebibles en el Sur del que huía. Recuerdo, por ejemplo, la sorpresa que despejó mis sentidos conforme despuntaba el segundo día de ruta y toda la vegetación, hierbas y árboles, se asomaba al débil sol del Este revestida de blanco pálido —no por la nieve, sino por la extraña escarcha de la noche, que marcaba así el entorno desde muy temprano y hasta la precipitada diáspora de la luz—. Y me impresionó, ya en tierras polacas, la diversidad y riqueza de toda esa gama insospechada de los grises (en los cielos metálicos; en las aguas irreales; en la atmósfera de las calles y de los campos, vaheante, neblinosa; y, si nos dejamos guiar por la apariencia, en el corazón olvidado de las gentes, mustio de hastío y desencanto).

Disfruté de cada aurora y de cada sol poniente, de cada curva del camino y de cada parada, de cada café hirviendo e incluso de cada ráfaga de aire frío. Era, aquel, un viento que me llamaba con un puñal de hielo en la mano. Pero disfruté hasta de sus terribles cuchilladas. “Voluntad de sentir”, pues.

No obstante, supe que latía *algo más* detrás de aquella disparatada Navidad. Y lo comprendí porque, de algún modo, se repetía una vieja secuencia y redundaba en un mismo Reto —ayer como hoy, lo mismo en la Budapest dramática de los fugitivos sin asiento que en la dulcemente despiadada Nicaragua del romanticismo ingenuo y decaíble...—.

En agosto de 1986, animado por fuerzas análogas, al socaire de idénticas voluntades (sentir, mirar, vivir), crucé el Atlántico rumbo a la patria desgarrada de Sandino, aún en guerra y ya posrevolucionaria, seductora y peligrosa tal la Fuga. Trabajé

una larga temporada, junto a otros albañiles ocasionales, en los confines selváticos de Matagalpa, ofreciendo mi labor no-remunerada como signo (suponedor) de solidaridad y cooperación. Y me expuse una vez más a imprevisibles tormentos: no solo al azote de las enfermedades tropicales, que pronto se cebaron en mí y convirtieron mi cuerpo en un *“paisaje después de la batalla”*; sino también a la beligerancia de la Contra, con sus frecuentes y espantosas incursiones por el territorio.

Sabía, con toda seguridad, que no había marchado a Nicaragua principalmente por humanitarismo o compromiso político. La colaboración mediante el trabajo desinteresado y la lucha contra la tiranía, lo mismo que el internacionalismo anti-imperialista y el afianzamiento de la Revolución posible, eran temas fundamentalmente “retóricos”, que adornaban el bello gesto de jugarse la piel en el mismo ojo del huracán centroamericano, bajo un sol de pesadilla, desafiando —entre cantos de sirena emancipatorios— al más inhumano de los Adversarios. Pero jamás el desprendimiento puro y la justeza de la Causa Ajena han logrado que un hombre real (completo, y no el simple portador de una Idea) consienta en cargar a diario con una ametralladora soviética, hacer postas de vigilancia por las madrugadas y dormir todas las noches con el temor de despertar en el estrépito de un combate, en la masacre de un asalto —o no despertar nunca más...—.

No fue el altruismo, la filosofía o el fervor militante lo que me llevó a consumirme durante cerca de dos meses en una abandonada cooperativa campesina, comiendo exclusivamente (tres veces al día) arroz cocido y bebiendo café de posos por la desconfianza que nos merecía el agua de los ríos. Y no padecí un inquietante principio de malaria solo por colaborar en el experimento sublime de la Liberación Social. Inclinaciones menos nobles, móviles no tan esplendorosos, me arrojaron a la tormenta nicaragüense, como me empujaron a la temible odisea polaca o, meses más tarde, me abocaron a los descomunales proyectos de alcanzar, pri-

mero, la India por vía terrestre, de nuevo en automóvil, y, por último, renunciando al amparo purulento de mi condición de “funcionario”, fijar indefinidamente mi domicilio en la entraña de la evanescencia socialista —esta descolorida Hungría, claudicante como un gitano sin jaca ni carromato...—.

Por supuesto, jamás se trató de la vulgar *sed de heroísmo*, ni del tópico *afán de aventuras*. Son, estas, de tan gastadas, palabras que solo sirven para huir. Para iluminar esa oscura región de la voluntad, en la que se incubaba el germen de nuestras más descabelladas empresas, es preciso explorar —con ojos de rastreador primitivo— la naturaleza (abrupta) del Reto.

El Reto, el Desafío, no aparece nunca como una manifestación lineal de cierta propensión a lo épico, a lo dramático o a lo novelesco (la épica sobreviviente hoy, el único drama digno de su nombre y la mejor de las novelas concebibles nos invitarían más bien a “no hacer ya nada”: tomar consciencia de la oquedad de la Acción y, reventándola como si se tratara de una pompa de jabón, fríamente y en consecuencia, dejar de obrar de una vez). Expresa, por el contrario, un determinado e inconfundible estado doloroso del alma, una postración concreta e irremediable del espíritu; y en ese sentido, como he dicho antes, se trata de *un gesto desesperado*. Cabe describirlo con pocas palabras: el Reto, con todas sus ceremonias y todos sus discursos encubridores, con su inseparable aparato formal y ese estremecimiento que lo acompaña de principio a fin, sobreviene siempre, examinado a un cierto nivel profundo (nivel de la sospecha íntima desatendida, del presentimiento borroso y pasajero), como un “*conjuro contra el suicidio*”. Y es la voluntad de huir de nosotros mismos como agentes y víctimas de un único asesinato lo que nos empuja al Desafío, a la Hazaña, a la experiencia del Peligro.

Un conjuro contra el suicidio: es menester tenerle muy poco apego a la vida (soportarla como una impostura y, por eso, sentirse en ella *extranjero*, exiliado de la verdadera existencia) para

decidir jugársela en todo momento, sin ninguna razón y casi por cualquier cosa; pero es igualmente necesario conservar aún una honda e inextinguible voluntad de subsistir para exponerse a la muerte y, padeciendo entonces el temor, el pasmo, el pánico de notarla cerca, de verla dibujarse como una calamidad suprema e ignota, procurar librarse de ella por todos los medios. En ese instante decisivo, en el que experimentamos el “miedo a perecer” y nos domina el deseo de escapar, el deseo de vivir (por lo que desperdiciamos la ocasión de morir), descubrimos también nosotros, espíritus fugitivos, el débil lazo que continúa atándonos a la existencia. Ya no se trata de una Razón, ni de un Ideal, ni de una Certeza. Deviene, simplemente, como un impulso, un reflejo, una minúscula disposición corporal. Y porque comprobamos que ese lazo todavía aguanta, que algo en el fondo de nosotros mismos se resiste a morir cuando con todo ahínco nos arriesgamos a ello (e incluso se diría que trazamos meticulosamente el plan de nuestra propia ejecución), por ese atavismo raro que nos sojuzga en los momentos de Peligro insondable, en el corazón mismo del Reto, nosotros, hombres de la fuga, arrinconamos una vez más la tentación del suicidio, alejamos de nuestro mundo toda su cadena anímica y conceptual (que habla de la muerte voluntaria y oportuna, del absurdo de la escritura y hasta de su patetismo, del sinsentido del dolor y de la mentira del saber, de la atracción del abismo y de la belleza del último gesto...) y nos resignamos a seguir viviendo. El Reto, superado y vencido, nos habrá demostrado de ese modo que, más allá de todas nuestras palabras, de todas nuestras angustias y de todas nuestras miserias, contamos *todavía* con el soporte de un cuerpo que quiere vivir.

Intuimos, sin embargo, que no es esa una determinación eterna (proejando sin descanso contra las aguas bravas del desasosiego, en vano consumiría sus fuerzas y por fin se rendiría). Y sospechamos que, en el sopor de cualquier jornada, el lazo se aflojará, el nudo se cortará, el cuerpo no dirá nada y nos hundiremos sin

remedio en el beso de la muerte. Eso ocurrirá, cabe imaginarlo, en el centro de otro Reto, cuando la cercanía del Término deje de afligirnos y lo que antes nos había empujado a escapar de él nos impulse, como nunca, a buscar el aliento de su boca —pues para nosotros, ruinas de hombres en celo de desaparición, torturados y rotos cual vagamundos del dolor, la Muerte aparecerá entonces como una boca abisal de mujer ansiada y prometida—. Se tratará, tal vez, de un suicidio. Aunque no de un suicidio directo, común, atormentado. Superficialmente, nuestra caída será vista como un fracaso, una frustración, como un error de cálculo... Y se concluirá que la Empresa nos venció, que el Reto fue excesivo, inhumano el Desafío. Pero, por debajo de ese horizonte de la mirada frívola y de la interpretación inmediata, podrá verse el Plan de un suicidio que quiere organizar antes el escenario y los partícipes de su propia materialización; un asesinato que se pone en escena a sí mismo y convierte a su víctima en criminal *y en espectador*. Nos mataremos, pues, delante de un espejo; mas no será el nuestro un espejo liso y obsceno como el de Benjamin, sino un juego concertado de ojos que se miran y revólveres que no se ven.

En esa acepción, el Reto es siempre un gesto desesperado... Y, mientras el agua fría de la ducha me trasladaba al mundo reconfortante de las sensaciones primarias, el tremor de mi propia evocación me impelió a recapitular, entre espasmos de vacío, que, sin esa forma de desesperación, de erosión existencial, de vértigo y fractura interior, nunca habría partido hacia Nicaragua olvidado de vacunarme antes contra las enfermedades tropicales, como tampoco hubiera emprendido la marcha a Varsovia en pleno invierno sin prendas de abrigo, mantas, sacos de dormir, dinero o respaldo mecánico. Por último, sin aquel quebrantamiento del espíritu de ningún modo me hubiese instalado en una ciudad desconocida —como esta zozobante y envenenada Budapest—, condenándome deliberadamente al desgarramiento de la incomunicación más acre. En la resistencia de mi cuerpo contra la malaria,

en la lucha de mi conciencia alarmada contra el sueño y de mis músculos contra la congelación, en mi rebelión salvaje contra la soledad y en mi difícil navegar por las aguas trágicamente encalmadas de la angustia latina, había comprobado, una vez más, que, a pesar del hundimiento generalizado de todos mis móviles, todavía deseaba conservar la vida; y por eso disfruté, como si acabara de renacer, de cada imagen, de cada matiz de color, de cada sonido y de cada vivencia, con una intensidad y un entusiasmo inusitados.

Llega un momento, en el estremecimiento de tanta fuga, en el desgaste de tanta huida, en el que solo a ese nivel ínfimo de las sensaciones corporales, en la sorpresa de una reacción imprevista y determinante, advertimos la naturaleza de los hilos que nos enredan en la tela enmarañada de la existencia y de los vientos despóticos que nos arrastran de esclavitud en esclavitud *como si corriéramos de liberación en liberación*.

No se debe hablar, por ello, de “voluntad de saber”, sino, más bien, de cierta voluntad de asomarse a uno mismo, voluntad de verse, de escudriñarse y constatar (en el experimento íntimo del Reto), como un augur antiguo, hacia dónde se va y si de verdad se va.

A lo largo de mi vida me había expuesto, así, obstinadamente, a esa “prueba” del Reto. Pero también había asistido a los desafíos de los demás, a los retos de mis compañeros de espíritu. Y siempre sorprendí, en el momento álgido del Riesgo, la expresión de alarma y resistencia que posponía de nuevo la hora de la muerte y restablecía milagrosamente la alegría de vivir. Superado el Desafío, el retador de sí mismo regresaba a cierta región perdida de su infancia y podía declararse sencillamente feliz, atrapado entre la pared de la vida y la espada de un placer fácil, instantáneo, cautivador.

Y era aquí, en Budapest, donde protagonizaba, entre las brumas de la duda, por enésima vez, un Reto de esa índole: un reto bárbaro, primitivo, que desafiaba al mismo tiempo a todos los

demonios de lo Extraño y de lo Imprevisible. Me jugaba el futuro (cual moneda devaluada) ante seres diferentes, en un ambiente inaprensible y de un modo fugaz, vertiginoso. Era, aquella, una carta echada a la mesa del destino, como siempre; pero, esta vez, *echada precipitadamente y en una mesa desconocida.*

*

NOTA NÚM. 6: ANSIA DE SEPULCRO, VOLUNTAD DE TÉRMINO, HORA DEL SUICIDIO ANTIGUO...

En la obra de Víctor Araya la idea del *suicidio* ha jugado siempre un papel muy importante. Ha hablado de la “muerte voluntaria” en todos los tonos, en este y aquel registro, poéticamente, filosóficamente, existencialmente, desde la crónica y desde la inventiva, pensando en sí mismo y pensando en otros, como secuela del desasosiego y como embriaguez de la dicha, motivo de pesar o de fiesta, suceso liso y casi trivial o acaecer sumido en la oscuridad y en la excepción. Ha llevado a muchos de sus personajes hasta el extremo de la *sed de término*; e incluso ha querido “suicidar”, en uno de sus últimos ensayos, a la literatura misma. De tan obsesionado por este asunto, ha instalado la expresión “suicidio” en el *nodo* riguroso de algunos títulos: “*La hora del suicidio antiguo*” es, por ejemplo, la sorprendente denominación que eligió para su primera publicación no-científica, en el desparezarse del año 98...

Y también *fuera* de las páginas, al margen de la literatura (aunque en Araya todo es literatura, todo condición de la expresión: “¿Ha sido mi vida un recurso literario?”, se preguntaba en *Desesperar...*), el suicidio ha ocupado, como posibilidad, como tentación, un lugar de privilegio en las inquietudes de este hombre. Ha estado a punto de quitarse la vida de todas las formas concebibles: por la vía más larga y cruel, la puramente autodestructiva, como testimonian los párrafos centrales de *Un trozo...*; de un modo cobarde, pusilánime, *corriendo a que lo mataran las circunstancias*, técnica a la que ha aludido en *El Reto*; a la manera “clásica”, instantánea y brutal, como confiesa en la *Carta a Fernando Hilador...*

¿De dónde esa obsesión? ¿A qué obedece una tan desconcertante *ansia de sepulcro*? Me parece que Araya llega a las puertas mismas del suicidio *solo y siempre* como a empujones del “exceso”: exceso de dolor y exceso de satisfacción. Es decir, tanto por el

lado de una angustia incontenible como por el de una felicidad asimismo irrefrenada.

“La locura me persigue con pies de paloma. Vivo para la lucha. Soy un reo del dolor”, he podido leer en el borrador de la carta que Araya compusiera, mediado el verano del 99, para una vieja amiga de los tiempos de la Universidad. Aludía ahí a una de esas dos andaderas que lo conducían al *bastío de vivir* y a la *voluntad de ocaso*: el dolor —dolor que enloquece, dolor *en* la lucha y *por* la lucha—. Para ser más precisos: la mazmorra de dolor en que se consumía cuando *impugnaba*, nunca sabremos si *desde* la locura o *hasta* la locura, pero ciertamente con todas sus fuerzas, con todas sus armas (armas del pensamiento, armas de la imaginación) el hecho docente, cuando *combatía* la Enseñanza, la infamia de la disposición pedagógica; el penal donde aprendió a *desear la muerte* mientras se revolvía contra su demonio particular, su enemigo mayúsculo —la Educación, el dispositivo escolar, los profesores...—. Si, como cabe interpretar, *Un trozo de hueco* es la crónica de un proceso de autodestrucción —aunque sé que mi amigo no suscribiría esta lectura—, en la base de dicho deslizamiento, en la raíz de esa pasión mortificante, consuntiva, están las sublevaciones *contra* la Escuela, las inverosímiles y casi inenarrables “prácticas” subversivas de Víctor (un des-educador *magistral*, un anti-pedagogo *artístico*, un contra-profesor *ejemplarizante*, un “irresponsable”, como de sí mismo decía), las denuncias, los expedientes, el merodeo de los Inspectores, los escándalos de prensa —el *dolor* de la lucha, en definitiva...—. Víctor se aniquilaba a sí mismo en ese conflicto, se auto-devastaba. Era, el suyo, un combate enloquecido, salvaje, violentísimo, protagonizado en solitario, contra nuestro venerado *principio de realidad* educativo, contra el *sentido común* pedagógico, contra el más endurecido *estado de las cosas* en la Institución, contra *todo* y contra *todos*. Una insensatez. Una temeridad. Una muerte anunciada... La causticidad de *Desesperar* se relaciona también con un “reingreso”, con

el fin de una excedencia (que Araya había planeado *eterna*, pero se vio prontamente abortada por un triste cúmulo de circunstancias) y con la necesidad consecuente de *reanudar el combate*, aunque esta vez por fin sin ánimo, ayuno de ilusión, derrotado de antemano. Por aquellos años, en medio de una lucha tan inaudita, Araya sintió a menudo la tentación del suicidio; y en más de una ocasión lo dispuso todo para despedirse sin demora de este mundo inhabitable. Pero, como apuntó en la *Carta...*, “la muerte *no nos quiso*”. Voy a recoger unos párrafos de esa epístola (texto larguísimo, de más de cien cuartillas, que Víctor probablemente concibiera como “obra literaria”, si bien se remitió efectivamente por correo y no tuvo otra utilidad que la de una simple nota), un fragmento extraño en su serenidad, de una contención palpitante, que me ha emocionado profundamente *acaso por descubrirme en él...*

Los dos últimos años de docencia en Ademuz fueron para mí muy duros. Me faltaban las fuerzas. Poco a poco, por debilidad, me fui alejando del paradigma de *El Irresponsable*, hasta recalar, entre amargo y depravado, en los puertos de la ingeniería reformista. Empecé a estar disconforme con lo que hacía, a tener mala conciencia de mi práctica. Mi docencia seguía intermitentemente fiel a los patrones anti-autoritarios; pero ya no había poesía en mis aulas, ya no había arte, no había creación. Flaqueaba mi verdad... Empecé a detestarme. Compuse *Los filos reseguídos del dolor. Poesía prosaica*. A mi compañera se la veía muy bien. Teníamos dinero, viajábamos... Estuvimos en el Polo Norte... Yo viajaba como ausente, y solo por ella.

Contaba los días que faltaban para mi liberación. Los tachaba, uno a uno, del calendario. Volví a beber demasiado. Creo que las clases de la tarde las daba ya embriagado. Pero no se notaba. Virgilio sufría al verme, lo sé. Atravesé varias *ondas negras*. Soy muy respetuoso con la palabra

“depresión”: sé lo que significa y no la uso en vano. Lo mío era menos grave; y se curaba con el tiempo, sin medicamentos. Ana parecía insensible a mi sufrimiento. Como la veía tan contenta, tan feliz, mantenida por mí, por mi dolor, empecé a considerar que a lo mejor era *mi puta*. Ella no quería que yo firmara la excedencia, no quería que abandonara la Enseñanza. Pretendía que me endureciera, que me hiciera cínico, que pasara de todo y no me creara problemas, que diera mis clases sin meterme en líos, sin provocar conflictos. Sin luchar. Fue siempre contraria a la idea de las cabras. Mi amor hacia ella se fue agrietando de odio. Hemos estado varias veces al borde de la separación... De hecho, ya estamos separados, aunque vivamos juntos. No me acompaña. A veces, se va a Orihuela, a casa de sus padres, con nuestro hijo, y me quedo solo. Luego vuelve... He estado meses solo, absolutamente solo. Cuando regresa, sigo solo. Si continúa a mi lado, ya no es por conformidad, sino por resignación. Me duele verla así. Ya no es feliz. Yo no puedo ayudarla. Ni intento que se quede, ni que se vaya. Cuando fui hospitalizado por brucelosis, estuvo a punto de aprovechar esa circunstancia para vender las cabras y forzarme al reingreso. En el último momento, saliendo del hospital *bajo mi responsabilidad*, pude evitar la transacción. Este último año parece que algo va cambiando en ella. Es como si se diera por vencida, como si hubiera perdido la esperanza de transformarme, de corregirme, y aceptara lo que le doy a falta de ofertas mejores. A mi lado, no trabaja. Puede ir donde quiere y cuando quiere. No me inmiscuyo en sus asuntos. A lo mejor, yo me he convertido en su *mierda chica*; y, ya que no tiene lo que quiere, quiere lo que tiene... Yo acepto esta situación con entereza. Esta vez me he salvado a mí mismo, y a pesar de Ana.

Cuando, a lo largo de los dos últimos años de docencia en Ademuz, atravesaba aquellas *ondas negras*, pensaba

siempre en quitarme la vida. La razón es sencilla: no estaba de acuerdo con lo que hacía, ya no encontraba motivos para quererme a mí mismo, para estimarme a mí mismo. Para un hombre que siempre ha vivido delante del espejo, cultivando un *amor propio* prácticamente ilimitado, eso era atroz, insoportable. Yo llevaba toda la vida enamorado de mí; y, de repente, por no estar a la altura de mis "feroces" propuestas, me detestaba, me despreciaba... Por otra parte, yo ya había vivido mucho, y parecía que me embargaba un *gran cansancio de existir*. A Juan Contreras le ocurría lo mismo por las mismas fechas. Su última esperanza, la de regresar a Chile y recuperar su plaza en la Universidad, se había truncado. Hizo dos viajes a Santiago, pero no logró que le reconocieran nada. Y allí estaba, en la Hungría horrible del capitalismo salvaje, solo, marginado, recién expulsado de la Facultad, que se había ido desembaranzando del profesorado marxista. Sin nada que hacer. Sin mí. Más viejo. Perdiendo memoria... Un día el metro estuvo a punto de atropellarlo. Consiguió frenar en el último momento. Allí, casi abrazado a los raíles, boca abajo, yacía un vejstorio un poco grueso, blancos sus cabellos: Juan Edgardo Contreras Figueroa. Contó a todo el mundo, menos a mí, que se había caído. Que se había caído poco antes de que llegara el metropolitano... Mentira de compromiso, a la que debió recurrir como por inercia, sin ánimo de convencer a nadie... Conmigo se permitió la franqueza.

No somos niños. En nuestro cruce de correspondencia abordábamos fríamente esa *tentación del suicidio* a la que por momentos diríase que queríamos sucumbir. Y procurábamos ayudarnos. Juan: "No me huevees, pues, Pedro. No me seas huevón". Yo: "Ya sabes, Juan, que todas las arañas de mi cuarto de aseo están deseando picar tu culo *mapuche*. A ver si puedes venir este verano". Juan les tenía horror a las arañas, no sé por qué. Y vino un verano, y le picó una araña. Te lo juro. Fue en el estío del 93.

Hablando de sí como de un extraño, y poniéndose en la piel de un *hombre de aldea*, campesino sencillo y sensible (estrategia que Araya usó frecuentemente), mi amigo vuelve a referirse a ese asunto en la misma epístola, ya en las últimas páginas:

Pero triste, triste, lo que se dice *triste*, se le veía a *Tío Pedro* antes, cuando aún no era *Tío Pedro* porque no tenía las cabras y bajaba a Ademuz a dar escuela a los muchachos. Entonces era solo *Pedro*, aunque algunos le llamaban “el Maestro”. Por las tardes, cuando regresaba de Ademuz, salía a pasear con Zadig, el mastín. Daba largos paseos, buscando siempre los sitios más altos, y volvía a la aldea puesto ya el sol. Luís se tropezó con él una vez en *Las Cruces*, y se le figuró que estaba llorando. “¿Qué le pasa a Pedro?”, le preguntó *el Chamorro* a Ana a la mañana siguiente. “Dice que está pasando una *onda negra*”: esa fue la respuesta. La noche que Jesús vio a Pedro encaramado a lo alto de *El Morrito*, mirando hacia abajo, al borde, muy al borde de la cordillera, mientras Zadig, asustado, ladraba como si llorara, este debía estar pasando otra *onda negra*. Pudo muy bien haber sido la última...

Por aquellas fechas llegó a la aldea un hombre mayor, alto, más bien grueso, con los cabellos blancos, que procuraba alegrar a Pedro, pero al que también se le notaba un poco triste. Cuando, ya oscureciendo, regresaban de sus paseos, se les veía, a los tres, con pena: a Pedro, al extranjero y a Zadig. Un día, sin embargo, Luís encontró a Pedro muy divertido, con ganas de broma, y al extranjero no tanto. Regresaban, en la furgoneta, del Servicio de Urgencias de Ademuz. Resulta que al extranjero le había picado un bicho en el culo, mientras se duchaba, y había tenido una reacción alérgica. “¿De dónde es usted, si se puede saber?”, preguntó Luís. Y *Tío Pedro* se adelantó a su amigo: “De un país en el que la gente siempre tiene los huevos en la boca”.

“¡Huevón!”, dijo, para confirmarlo, el hombre del culo hinchado.

Pero los días de las *ondas negras* ya pasaron. Y “el Maestro” se compró un rebaño de cabras y se echó al monte, convirtiéndose en *Tío Pedro*. Y la sonrisa se le pegó, andando el tiempo, a la cara. Y dejó, al principio, que los otros pastores le tomaran un poco el pelo. Y luego empezó él, cada vez que podía, a tomarles a ellos un poco el pelo... “¡Me cago en la virgen torera!”, exclamó Alejandro una mañana, al encontrarse todo el rebaño de *Tío Pedro* en medio de sus avenas. Se las estaban comiendo las cabras, con la mayor tranquilidad del mundo, ya que el maestro-pastor no se hallaba con ellas. Las andaba buscando lejos, muy lejos, de allí... Al parecer, a *Tío Pedro* se le ocurrió una noche seguir el consejo con el que Alejandro intentaba precisamente tomarle el pelo (“tú déjalas, déjalas sueltas a las noches que por las mañanas te las encontrarás en el mismo sitio”). Alejandro sabía que las cabras se movían por las noches y esperaba reírse mucho de Pedro si, por hacerle caso, extrañaba todo el rebaño. Pero *Tío Pedro* estaba ya advertido por Luís, *el Chamorro*, y la noche que dejó sueltas las cabras lo hizo justamente muy cerca de las avenas de Alejandro. Al día siguiente, para disimular, se fue a buscarlas a la otra punta. Y las cabras se comieron las avenas de Alejandro. Y Alejandro, aparte de cagarse en la virgen torera, no pudo hacer mucho más, pues *Tío Pedro* se había limitado a seguir su consejo.

Araya era un dogmático. Tenía, desde luego, sus *propias* ideas; pero vivía prisionero de las mismas... El ideal caduco de la “coherencia”, de la “consistencia”, de la “armonía entre pensamiento y acción”, una quimera filosófica que no ha podido sobrevivir al reconocimiento de la *multiplicidad y contradictoriedad del “yo”*, de la *no-racionalidad del deseo*, de la *escisión de la conciencia*, seguía

extrañamente vigente para mi amigo, siempre empeñado en sujetar su conducta a un criterio político-teórico. Como, en su opinión, la Escuela era un “aparato ideológico del Estado” (por recordar los términos de Althusser), el enseñante uno más de aquellos “funcionarios del consenso” tan detestados por Gramsci, y la pedagogía en su conjunto un sofisticado “artificio para domar”, tal le había leído a Ferrer y Guardia; como el sistema educativo todo servía a los intereses del Capital, perpetuando el privilegio social y la dominación política, e intervenía policialmente en la subjetividad de los jóvenes a fin de modelar su carácter conforme a las exigencias de la máquina productiva y de la organización estatal; etc., etc., etc.; Víctor Araya, *profesor* a pesar de todo, debía revolverse contra su condición, contra su empleo, contra su medio de subsistencia, contra sus compañeros, contra el espíritu de buena parte de sus estudios..., para no “traicionarse” y guardar indeleble fidelidad a la imagen que se había forjado de sí y que difundía ante los otros: la imagen de un luchador anti-autoritario y anti-capitalista, de un *resistente* insobornable. Esa revuelta sin desmayo, esa sublevación permanente, tenía su precio: le costaba la razón, el dolor incontrolable, las ganas de morir, la *inclinación* al suicidio. “La locura me persigue con pies de paloma. Vivo para la lucha. Soy un reo del dolor”: ¡Qué bien se definió Araya en esa oportunidad!

La otra andadera que desplazaba a este hombre en la dirección de la muerte voluntaria tenía que ver, por el contrario, con el exceso de su dicha, con la arrogancia ocasional de su felicidad. Araya solía decir que su corazón, lo mismo que su cerebro, era un compuesto de malditismo, romanticismo, marxismo y anarquismo. En lo que ahora nos concierne dominaba el romanticismo: se había fabricado, para consumo propio, una mítica del “*suicidio alegre*” (al que, por identificarlo —estimo que erróneamente— con el de ciertos filósofos griegos, llamaba “suicidio antiguo”). Se trataría de un suicidio *desde el esplendor*, desde el regocijo por un *triunfo parcial* que se saborea

inteligentemente, desde la cima biológica y moral de la vida; un suicidio que le quiere ahorrar al sujeto, precisamente, la experiencia de la decadencia, el aguijón de una *derrota global* presentida en el reflujó de cada pequeña victoria momentánea, el rodar cuesta abajo por la pendiente insalvable de un tiempo pasador de facturas y cobrador de sus derechos... Un suicidio al que quizás aludió en unos versos de *Los filos reseguídos del dolor. Poesía prosaica*, poemario desastroso que, afortunadamente, nadie le quiso publicar:

Recuerdo la ilusión de Fausto...

Poder decirle a un momento: "¡*Detente, eres tan bello!*";
y después, no importa, morir.

Esta mítica del "suicidio antiguo" encajaba muy bien, no cabe duda, en aquel otro engendro, no menos extravagante, de "la vida como obra": dentro de la *novela* de su existencia, y después de unos cuantos "bellos" capítulos, el suicidio pondría el punto y final para impedir que las miserias de la vejez y de la enfermedad estropearan el conjunto, *afearan* la composición. Solo el suicidio podría aparecer como ese *último grafema* del "hermoso" libro de su vida, pues, en tanto muerte 'voluntaria', designio de la libertad, muerte *pensada, ideada, puesta en escena*, aún conserva como un hábito de la creación y del arte.

Yo estoy convencido de que Araya se quitará un día la vida, pues este hombre extraño es todavía más fiel, si cabe, a los caprichos de su imaginación, a sus manías intelectuales, a sus ocurrencias pueriles y gratuitas, que a sus principios. *Pero ese día no ha llegado...*

En *El irresponsable*, Araya dedicó a su querido mito del "suicidio antiguo" un capítulo esclarecedor. Se refería en él a esta suerte de *suicidio parcial* representado por la "conquista" de la *expulsión* de la Enseñanza: una *expulsión* que sería recibida con júbilo, como la certificación de una victoria mil veces soñada; una verdadera *conquista*, "apropiación" planeada, estudiada, que seguiría a un durísimo ba-

tallar, a un *derroche de anhelo*; una *conquista de la expulsión* que, en tanto “realización” del *suicidio antiguo*, exigiría su celebración como Fiesta —rostros alegres, felicitaciones, augurios de bonanza—.

EL RECORRIDO Y LA QUIEBRA

Sobre la voluntad de muerte del Irresponsable

“Jamás la grandeza es algo fortuito: debe ser deseada”.
Van Gogh

El Irresponsable está llamado a la Quiebra. No es el suyo un trabajo de la permanencia ilimitada, del enquistamiento duradero. Aspira, por el contrario, a concluir un Recorrido —una Fuga—. Desconfía de los Profesionales de la Subversión inadvertidos o respetados, de los Infiltrados Perpetuos que jamás han conocido la Represión, de los educadores *en la Libertad y en la Crítica* consolidados en su “oficio” y a salvo de toda represalia política. No cree en los conflictos incruentos, en las luchas sin término y sin víctimas. Exige del Enemigo una respuesta, desea sentir en la carne la agresión del Adversario para comprobar que no arriesga la razón en un juego tolerado y reproductivo. Opone a la *elasticidad* celebrada del Eterno Infiltrado, la *rigidez* cristalina del Guerrero Suicida. Por eso, no pacta, no transige, no negocia; escapa a la deformación progresiva de los materiales elásticos y resiste como el cuarzo hasta el momento de la fractura definitiva, del estallido final -siempre el mismo gesto y, de repente, la sangre. Y, de repente, la risa.

Nadie sabrá nunca la presión que es capaz de soportar. Mantiene a lo largo de toda la batalla el aspecto extraviado de quien parece alimentarse de su propio dolor. De nada sirve herirle: solo la muerte puede detenerlo. Y, como no se protege, como no se defiende, como en cierto sentido busca

la Caída desde el principio, arroja la duda sobre el beneficiario de la victoria.

La voluntad de muerte del Irresponsable se nutre de una sospecha: la Policía del Instituto no *vence* cuando expulsa brutalmente al provocador beligerante. Padece siempre tal medida como una especie de *disminución*, de *mutilación*, de *amputación* —el Cuerpo masacrado sigue siendo el Cuerpo de la Escuela, su Cuerpo—. Por el contrario, *triunfa* cuando el rebelde encuentra (no sin su apoyo) la forma de “permanecer” en la Institución, trocando el dramatismo de la Guerra por el morbo de la Travesura.

La Policía de la Enseñanza no ha sido diseñada para *manejar el hacha*, sino para “administrar los sobornos”. No tiene por objeto aniquilar la sedición tanto como someterla a reglas segundas y convertir la desobediencia interna en factor de reproducción del Orden de la Escuela. Quisiera tener siempre las manos limpias, evitar los delitos de sangre, que el recuerdo de las torturas y de los descuartizamientos no perturbara más la gestión de los ilegalismos útiles. Y eso es lo que el Irresponsable impide. Por ello, la Policía *derrota* al Reformista, al Ingeniero, al Infiltrado... Y *fracasa* ante el escándalo del Suicida que le reclama en público la más atroz de las muertes, o ante la astucia del Guerrero que se derrumba sonriente bajo sus puñaladas.

Sin embargo, el Irresponsable no se precipita: antes de la Quiebra, el Recorrido. En el principio, el Esquizo y, por tanto, la Fuga, el Fraude, la Huida. El Esquizo. Ninguna escolástica de la revolución, ningún decálogo del sabotaje, ninguna Sagrada Escritura de la subversión *organizará* la heterogeneidad irreductible, la singularidad indomable, de su práctica de la Corrosión.

¿Por qué considero que Araya no se ha quitado la vida, aunque habrá de hacerlo en el futuro? Porque lo imagino, no sé dónde, «componiendo» un nuevo capítulo de la *novela* de su vida, modelando aún

esa *escultura* de sus días, inundando de colores el *lienzo* inacabado de su existencia. Lo imagino huyendo del dolor como siempre, en plena escapada, con una casa ardiendo y una familia rota detrás, pero no desesperado; ni angustiado ni feliz: *en tránsito*; lejos de los dos extremos, de los dos «excesos», que despiertan en su corazón aquel apetito de muerte... No, si Araya no se mató en la Sierra, en la desolación de su combate contra la familia —*su familia*—, no lo hará ahora, por fin liberto. Y, por otra parte, es de suponer que todavía anda herido, desgarrado, afectado por el reverberar de su propia decisión, a años luz de esa *dicha absoluta*, estrictamente *insuperable*, que lo hará «desaparecer» de verdad y para siempre.

Recuerdo los versos finales de *El irresponsable*:

Es la hora del suicidio antiguo,
sin rastro de náusea en los labios,
sin rastro de ira en el fondo de los ojos.

Esté donde esté, Víctor todavía *afilará* de ira sus miradas; concluya lo que concluya, aún arrastrarán sus labios las *máculas* de la náusea. No es la hora de su suicidio antiguo. No es la hora.

10)

Prisión de las cosas cotidianas, de los mundos razonables y de los comportamientos ordenados

Mientras se adormecía la Catástrofe por los pasillos del Colegio y el rumor del hablar latino —un rumor de mares en calma, nostálgicos de tempestades— desvanecía-se ante el sonsonete familiar, odioso y mecánico, de la lengua húngara (pues se poblaba el corredor de gentes circunspectas, que habían esperado al desfallecimiento de los contendientes para, a su vez, con la autoridad y la razón de su lado, armadas de reglamentos y de policía universitaria, declarar a toda la latinidad convulsa y agotada —ceniza de una hoguera en la que ella misma era el fuego, la leña y el motivo para arder— la guerra definitiva), mientras todo ello acontecía, me demoraba yo más de la cuenta, bajo el protector grifo de la ducha, erigiendo aquel inmundo cuarto de aseo en el más seguro de los refugios. Mi cabeza volaba de pensamiento en pensamiento como la abeja que se debate entre flores de todas formas semejantes, entregada a una introspección tal vez inoportuna, fuera de lugar, pero —por alguna causa— inaplazable. Recordé mis conversaciones, en las esclarecedoras bodegas de Buda, con el viejo profesor chileno que me amparaba académicamente ante la Universidad. Y, en concreto, reparé en nuestro primer encuentro, siempre fresco en mi memoria cual herida que no restaña su sangre. Aquella tarde, Juan, “el profesor”, me sorprendió como casi nadie en los últimos años, al arrojar certeramente sobre la tiniebla

cerrada de mi comportamiento y de mi persona un haz de luz demasiado poderoso, acaso cegador; una perspectiva radical que ni siquiera hoy soy capaz de retomar sin sentir la tentación de cerrar los ojos o mirar a otra parte.

Nos hallábamos, como en adelante acostumbraríamos, en el “borozó” de la *Moszkva Tér*, comentando ciertas singulares historias de jóvenes húngaros y latinos empeñados en modelar, con sus propias manos y al precio de una varia (y tal vez saludable) demencia, la escultura irreplicable de su futuro. Ante nosotros, se alargaba la cuenta del vino que no cesaba de alegrarnos, convenientemente acompañado por esas rebanadas de pan con manteca y *paprika* que tomábamos a fin de reforzar las paredes del estómago y, así, prepararlo para las inclemencias de una irrefrenable lluvia etílica.

Yo acababa de relatar mi experiencia de la “posta” nicaragüense, que me reveló hasta qué punto el instinto de supervivencia no era el más determinante en mi comportamiento, sino otros impulsos menos “básicos” e incluso hartamente deplorables: en la noche de mi primera posta, hundido en la trinchera de la cooperativa sin más compañía que la de una tosca y enrobinada ametralladora, tuve que decidir entre la posibilidad de perder la vida, originando de paso la muerte de mis compañeros, y la eventualidad de quedar en ridículo —avergonzado cómicamente—. Y opté por lo primero...

Tal y como exigía el *estado de alerta* en que vivíamos, las postas de vigilancia se encomendaban, para nuestra seguridad, a una pareja de hombres armados, integrada siempre por un brigadista europeo y un campesino “*nica*”. Así lo habíamos acordado, los solidarios, en nuestra intención de participar al cincuenta por ciento en todos los peligros y en todas las miserias del poblado. En la noche que refiero, sin embargo, mi compañero de posta, un *nica* envejecido, acaso enfermo, de ojos tristes y apagados, solicitó cortésmente mi permiso para ir a saludar a su compadre

de no sé qué caseta. Consentí, por supuesto, en el acto, con todos los gestos (falsos) de la autosuficiencia y del valor sobrado. Así que me quedé solo en la trinchera, con un arma que apenas sabía manejar, desconcertado por la peculiaridad de los sonidos de la selva y por la enervante complejidad de la tarea que se me había asignado.

Pasó media hora y mi compañero continuaba sin aparecer... Empecé a inquietarme, y no solo por su tardanza. Mi turno debía prolongarse todavía noventa minutos más, y eran muchas las circunstancias anormales que podían concurrir en tan dilatado margen de tiempo —sorprendiéndome solo, aturdido, paralizado de terror e inexperiencia, en la estrechez de aquel agujero húmedo y lóbrego—. Extremé, no obstante, las precauciones y me dispuse a cumplir con mi misión del modo más digno y consecuente.

Al cabo de un rato, me sobresaltó la percepción de media docena de “reflejos”, destellos lumínicos que parecían provenir de sendas linternas en progresión hacia la cooperativa. Pensé inmediatamente que podía tratarse de un batallón de *la Contra*, pues la intensidad de los rayos azulosos, su disposición paralela y su paulatino acercamiento así lo sugerían. En la brutal negrura de aquella noche sin luna, el furtivo resplandor de los focos de luz no hacía más que presagiar un terrible enfrentamiento, una matanza de pesadilla.

Ante aquel *indicio de peligro*, mi obligación de vigilante hubiera sido esta: disparar al aire, apuntando preferentemente por encima de tales luces, una ráfaga de ametralladora, sonora e ininterrumpida, seguida de otra considerablemente más larga. El estruendo hubiese advertido, como estaba previsto, a los compañeros, y estos se habrían preparado para la defensa: los niños correrían por los fosos de comunicación hasta el río, que aparecía como la puerta misma de una selva mordida de escondites; los brigadistas abandonarían sus camas y, tras los muros de contención de las barracas, esperarían las instrucciones de los campesinos armados;

y los nicaragüenses, por último, acudirían a las trincheras y a las casetas de tiro para proseguir el combate.

Esa debería haber sido mi reacción y así parecían exigirlo las circunstancias. Pero recabé en que, como me hallaba solo, nadie podría compartir conmigo la responsabilidad de desencadenar, quizá sin motivo, tal alboroto. En caso de error, solo yo sería el culpable de tanta agitación, de tanto pánico. Y si el peligro era real, y aquellas luces guiaban a un batallón de *la Contra*, probablemente yo sería uno de los primeros en morir, dada la situación, en arrogante vanguardia, de la trinchera de vigilancia. En el supuesto de que me hallara ante el enemigo (recapitulaba), yo moriría de todas formas, diera o no diera la señal de alarma. Pero si aquellas luces tenían otro significado, si solo mi temor veía en ellas la encarnación de la tragedia, y yo disparaba mi arma del modo acordado, entonces la colectividad de brigadistas y *nicas* me consideraría, respaldos irónicos aparte, como un miedoso, un infeliz o un ignorante. Y a mí me corroería la más abrasiva de las vergüenzas, humillado ante tanto pequeño héroe y tanto luchador irreprochable...

Es seguro que ante la mera hipótesis de la inminencia de una masacre (en la que perderían la vida un centenar de niños y más de una treintena de parejas campesinas, sin contar a los trece brigadistas europeos), cualquier vigilante habría obrado de la manera más sensata, rompiendo el engañoso silencio de la noche con el alarido de una ráfaga de ametralladora. Pero, en aquella tesitura, yo opté por la pasividad: preferí correr el riesgo de morir, junto a todos mis compañeros (a los que, de alguna forma y por no alertarlos, *yo habría asesinado*), antes que exponerme al eventual desprecio de la comunidad.

Si disparaba, me dije en el último momento —como soñando un asidero para la esperanza—, cabía aún la posibilidad (remota) de que, de un modo o de otro, ahuyentando al enemigo o por el despliegue logístico de los *nicas* armados, salvara mi vida y, por

descontado, la de los demás... Pero si la alarma era infundada (regresaba a mí, terca y repiqueteante como un tañer de campanas, la causa absoluta de mi resquemor), y yo abría despavoridamente fuego, caería sobre mi persona, con toda seguridad, la befa o la sorna de cada miembro del poblado. Y nada temía más que esa colectiva vejación... Por lo que no disparé.

Escondí la cabeza, anegada en sudor, entre los brazos entorpecidos por el pánico; y me dispuse a esperar que el Universo entero se desplomara sobre nosotros y no quedara ni una sola prueba, a la vez, de mi absurdo sentido del ridículo y de mi responsabilidad en la muerte de tantos hombres. De aquel rapto infame de inconsciencia, de aquella patética embriaguez de orgullo y de depravación, solo me liberó la mano temblorosa, vacilante, de mi compañero de posta, que, golpeando casi con miedo mi hombro, me comunicaba tímidamente su regreso.

Debió pensar, por mi pose, que me había quedado dormido. Pero no se atrevió a amonestarme. Simplemente, me hizo advertir de ese modo su presencia y se acomodó rutinariamente a mi costado, lanzando su triste y apagada mirada por el horizonte del peligro. Y percibí que no se inmutaba, que no mostraba ninguna sorpresa ante la amenazadora progresión de aquellos inquietantes focos de luz.

—¿Qué es eso? —pregunté de forma un tanto errátil, ya que no deseaba que la voz entrecortada revelara mi susto y me delató precisamente esa necia voluntad de fingimiento...

—Linternas —respondió, clavando sus ojos melancólicos en los míos para escrutar el pasmo que me dominaba, y esbozando, al descubrir su naturaleza, casi con lánguida ternura, una sonrisa ligera y benevolente.

Me desconcertó su parsimonia y el deje de indiferencia con que profirió aquella *palabra*, grávida de terror y de muerte en mi imaginación.

—¿Linternas? —inquirí.

—Sí, linternas...

No volví a preguntar nada. Mi camarada acompañó esa breve expresión con un gesto de la mano que, de repente, aclaró todo el asunto y me devolvió a la calma sombría y subyugante de aquellas noches sin luna. Movié los dedos de su mano derecha como si representaran las patas de algún animalillo gracioso e inofensivo. Enseguida comprendí: lo que me había sobresaltado no era más que una excursión de luciérnagas tropicales, probablemente más grandes y dotadas de un aparato lumínico mucho más poderoso que sus congéneres de Europa. En Nicaragua llamaban “linternas” a las luciérnagas, metáfora suficientemente expresiva en este caso y que contaba, además, para imponerse en el habla cotidiana, con la baza de su simplicidad fonética.

Comprobé, pues, que me había salido bien la jugada. Nadie iba a morir aquella noche. Y yo no sería objeto de la reprobación general. Todo quedaría, así, intacto: mi honor y la vida de los demás. Pero se me grabó para siempre en la memoria el estúpido egoísmo que derroché durante toda la jornada. “Egoísmo”, por supuesto; ya que antepuse a cualquier otra consideración las consecuencias que mi proceder acarrearía exclusivamente sobre mi persona. Y “estupidez” en la medida en que me movió más la voluntad de no manchar mi nombre que el deseo de conservar la vida.

Viví, a fin de cuentas, una de esas situaciones en las que la Casualidad baña de luz la gruta de nuestros móviles de fondo y nos es dado descubrir entonces, en perjuicio de las palabras que custodian intereses particulares, los trazos más groseros de nuestro verdadero rostro —unos rasgos por lo general horriblos, semejantes a aquellos que habitualmente creemos percibir en la faz de nuestros peores enemigos—. El monstruo vive, pues, en nosotros; y de nosotros se esconde más que de nadie. Somos *ese* monstruo.

Mi amigo, que mientras relataba la historia de mi *oprobio* no dejó de sonreír en ningún momento (tal vez más por el efecto de aquel vino que por la peculiar comicidad de mi narración), hizo

el ademán de desear reemplazarme. Se hallaba, por fin, en disposición de referirme la desorientadora historia del “rescate” de la húngara; pero yo le manifesté que todavía no había terminado y que, si me lo permitía, abusaría aún un poco más de su paciencia, forzándole a escuchar la última consecuencia de mi anécdota. Me complació, por una vez. Levantó su vaso vacío en demanda de licor y me rogó, con un gesto inconfundible, que prosiguiera sin dilación. Sin duda, prefería reservarse para el final, persuadido de que su relato no merecía la afrenta de una exposición prematura.

Continué, por tanto, no sin cierto apuro y casi como si el tiempo me oprimiera... He aquí mi interpretación definitiva de la peripecia de la posta: aquel desorden en los móviles y en las voluntades, ese desplazamiento de los instintos y de las pulsiones, no podía responder más que a la *deriva* de un espíritu enfermo, que había sembrado el Caos donde antes reinaba la Norma, ensalzando lo más bajo y hallando cobijo temporal en la corrosión de todo lo excelso, como un amante incomprendido —y hasta involuntario— de la abyección. Mi talante, por aquellos días, era el de un acróbata desquiciado que pierde a cada rato el norte, el relevo, la sincronía; y no sufre demasiado por ello, ya que salta siempre por encima de una red y sabe que esa malla, protegiéndole del suelo, le consiente su desvarío. Y la red sobre la que salté en Nicaragua, la malla que fomentó tanto descentramiento, fue, justamente, mi escaso apego a la vida. Me daba igual morir allí mismo, al cabo de unas horas, que en cualquier otra parte del mundo y a la vuelta de un montón de años, pues “morir” era para mí, por aquellas fechas, siempre lo menos importante. Por eso me jugaba tan fácilmente la vida, a falta de algo superfluo o prescindible entre las manos. Y en este sentido podía afirmarse de mí, fugitivo de la Razón, que obraba como si realmente hubiera sido *engendrado por la fuerza*; y que parecía no vivir más que por inercia, por el encasquillamiento de una rutina: vivir por hábito, por la costumbre de vivir, y nada más...

—¿Y quién no? —Ese fue el lacónico comentario de mi compañero, su único comentario.

Dejó seco su vaso de un solo trago y, sonrosado de alcohol, me convino a que callara de una vez y prestara toda mi atención a la historia que guardaba con tanto celo en su memoria —como esconde un jugador tramposo, debajo de la manga, la carta más valiosa, en espera de que llegue el momento supremo de la partida—. Como apreciaréis, su relato no tenía mucho que ver con el mío, salvo cierto aire de singularidad, de rareza difusa, que lo hacía, a la vez, un tanto inverosímil e indiscutiblemente *real*.

Era, más bien, la historia de una mujer sin hogar, nómada, siempre nómada, que se descubría a sí misma en el centro de una sorprendente aventura. Una epopeya que yo volví a relatar más tarde, demasiadas veces, gustosamente, tal vez para desestabilizar e incluso hundir el *buen sentido* de mis amigos más acomodados y la *sensibilidad feminista* de las pequeñas burguesas meridionales. Se trataba de una fascinante historia de Amor y Economía, de choque con lo Diferente y voluntad de Fuga. Nos enfrentaba al impacto de lo Extraño y a la lógica subterránea (casi imperceptible, pero férrea) que rige la pasión de la Huida.

Imaginad que una húngara sigue, por amor, a un estudiante yemenita hasta su lejano y exótico país. Imaginad que, por razones de cortesía, respeto a las venerables costumbres y adaptación a los usos y códigos establecidos, este joven estudiante (sin duda un *hombre cabal*) se ve obligado a vendérsela a otro yemenita, a cambio de un apetecible rebaño de lustrosas cabras. Parece ser que la húngara, rubia y de ojos azules, de tez muy blanca y considerable estatura, alcanzó por su peculiar imagen (muy diferente a la que era habitual en el país, saturado de pequeñas mujeres morenas, de negros cabellos y ojos oscuros) un precio elevadísimo, no solo en aquel intercambio, sino también en todos los que le sucedieron. Corrió de yemenita en yemenita como el más envidiable de los artículos de lujo, hasta que, no se conoce muy bien de qué forma,

el asunto trascendió y suscitó la irritación de los medios diplomáticos y políticos del «civilizado» país centroeuropeo. Se habló de raptos y de secuestro, de violaciones múltiples por parte de cada nuevo comprador y de bárbara cosificación de un ser humano... Y se entablaron en Budapest conversaciones de urgencia entre los dignatarios de no sé qué ministerio y el cuerpo diplomático yemenita. Se pretendía poner fin inmediatamente a aquella bochornosa mercantilización de una «súbdita» húngara.

Sin embargo, la embajada del Yemen no se dejó impresionar en demasía por semejante cháchara *humanista*. Sus representantes se expresaron tajantemente, con toda la claridad del subdesarrollo: aquella muchacha pertenecía ahora a un ciudadano del Yemen, el cual había pagado un desorbitado precio por ella, obrando en todo momento dentro del más escrupuloso respeto a las normas y a las reglamentaciones vigentes para tal género de transferencias en su quizás demasiado olvidada, y escasamente “moderna”, región. Hasta qué punto aquellas reglamentaciones se hallaban necesitadas de reforma era un asunto interno yemenita, mucho más complejo y problemático de lo que a primera vista podía suponerse. En todo caso, Budapest no tenía derecho a *extrapolar* sus concepciones morales y a *universalizar* su particular sentido de la justicia. No podía arrogarse la facultad (casi “divina”) de definir *por su cuenta* lo que debía considerarse *genéricamente* humano e inhumano, honroso y denigrante, admisible y reprochable. El cuerpo diplomático yemenita no iba a tolerar ese tipo de *“imperialismo” moral y jurídico*. De igual modo que aquella pintoresca región del Tercer Mundo no pretendía convencer a los países del Este de la conveniencia de mercantilizar a sus mujeres, Hungría no debía abrigar la intención de forzar a cada rincón del Yemen a modificar sus más ancestrales costumbres, sus más acatados hábitos jurídicos y económicos. Así que no cabía hablar de “horror”, “infamia”, “crimen” o “delito”, sino, simplemente, de “acuerdo comercial” e “intercambio”, de “negociación” y “contrato”...

Ese discurso, hiriente como el cuchillo que se clava en la misma vieja herida de siempre, suscitó en un principio el estupor y la indignación de la opinión pública magiar. Pero, finalmente, todas esas nobles y legítimas reacciones tuvieron que ceder ante la lógica aplastante del pragmatismo. Se imponía la eficacia; es decir, el realismo amoral y su devastadora asepsia. Había que “rescatar”, de un modo o de otro, a la desdichada cautiva. Y no se podía reparar en la naturaleza de los medios... Cuando Budapest percibió inequívocamente que ese era el único camino a seguir, encargó a la diplomacia húngara del Yemen la continuación de las “conversaciones” (o, dejando eufemismos a un lado, el inicio de la “negociación”).

Cerrado el trato con el último y afortunado comprador de la mujer-objeto, hubo que proceder a la molesta tarea de preparar la transacción. El yemenita exigió que, por la expropiación de una hembra tan hermosa, se le indemnizara por lo menos con una partida de camellos. Después de un arduo regateo, se convino en valorar a la muchacha en una treintena de esos codiciados animales de carga y transporte. No faltó, en el Yemen, quien consideró exagerada la cifra. Sin embargo, la embajada húngara no consiguió, de ningún modo, rebajar la cantidad. Para “humanizar” de alguna forma la operación, y no echar más leña al fuego del escándalo, los diplomáticos procuraron conmutar el valor del rebaño por su equivalente en medicinas, ropas o alimentos, obsequiando al yemenita con un surtido del mejor vino *Tokaji* si accedía a cobrar en esas mercancías. Pero todo fue en vano. Aquel hombre no entendía más que de animales, e incluso veía un intento de fraude en cada reconversión del valor de su mujer. Ni medicinas, ni ropas, ni alimentos... La carne sería pagada en carne, y la chica sería intercambiada por una treintena de camellos o continuaría a su lado en espera de mejores ofertas.

Como la expectación desatada por el caso crecía de jornada en jornada y desde todas partes se urgía a la embajada húngara a

cerrar con la máxima celeridad tan espinoso asunto, la delegación magiar ultimó las gestiones y encargó a indígenas de su confianza la prosaica tarea de reunir los camellos, obteniéndolos a bajo precio en los mercados de las comarcas más deprimidas, y dirigir la expedición, a través de ignoro qué desiertos, hasta el recóndito paradero de la húngara y su propietario.

Cuando el yemenita recibió por fin la esperada partida de camellos, comunicó a las autoridades locales que hacía dejación de todos sus derechos de propiedad sobre el objeto del intercambio y que, en lo sucesivo, a otro incumbía el mantenimiento y la protección de la muchacha.

Fue entonces, solo entonces, cuando por primera vez la húngara creyó oportuno tomar la palabra. Y sembró, con su discurso, el desconcierto y la agitación de los medios políticos y diplomáticos involucrados en su “liberación”. Sostuvo que, como había dejado ya de *pertenecer* al yemenita y la Embajada concebía su “rescate” tal un acto de restitución de sus derechos ultrajados, recuperaba en consecuencia, a partir de ese instante, la *plena soberanía sobre sí misma*. Y, como *dueña restablecida de su persona*, manifestaba su intención de... permanecer en el Yemen. De momento, conviviría además con el campesino que hasta ese día había sido su último propietario —a quien, gracias a la intervención de la diplomacia, se entregaba ahora *voluntariamente*, sin coacción de ningún tipo y de forma gratuita, dispuesta a seguir siendo, mientras él lo deseara, el más suntuoso de sus bienes—.

En su insolencia, la ex-cautiva no permitió que el menor sentimiento de gratitud atenuara la dureza de sus palabras. Se atrevió, incluso, a justificar su postura. Según dijo, prefería residir en aquella primitiva región de un país subdesarrollado antes que *condenarse*, de por vida, al trabajo asalariado y, tal vez, al infierno de la familia tradicional. En el Yemen se sentía “libre”, emancipada de la alienación laboral, de la disciplina de la fábrica, de la atormentante perspectiva de un enclaustramiento indefinido

en lo que llamaba “*presidio industrial*”. Y no se veía impulsada, como en Hungría, a contraer prematuramente matrimonio (“el matrimonio —añadió, citando a alguien— es el fin de la experiencia”) con el solo objeto de obtener algún día, del Estado, las cuatro indecentes paredes de una triste “conejera” suburbial. La circunstancia de que constantemente fuera intercambiada por ganado y pasara de hombre en hombre como de amo en amo, o de admirador en admirador, no le parecía excesivamente penosa: al menos, *se le reconocía un “valor”* y, por añadidura, cambiaba periódicamente de compañero, evitando el aburrimiento no solo mortal de la pareja clásica. Agradecía a Budapest el “bello gesto” de propiciar su manumisión —pues le regalaba la libertad—, pero no se consideraba, por ello, obligada a rendirle ningún tipo de *pleitesía*... Emancipada del trabajo, de la familia y del Estado, se daba al hombre que, consciente de su singularidad, con tanta delicadeza la había tratado. Es posible que, de ese modo, dejara de ser “persona”, en algún sentido de la palabra, para convertirse, tal vez, en lo más parecido a una piedra preciosa o a un signo de distinción. Pero en el Este, y pensaba que también en el Oeste, dejaría igualmente de ser “persona”, en esa misma acepción, para transformarse, sin ninguna duda, en *irrelevante pieza de engranaje*, máquina laboral bien engrasada, indistinta e insignificante como todas las demás.

Comentó, aún, que no había conocido en su país a un solo hombre que tratara a su mujer con la mitad del tacto y de la ternura derrochados en ella por los yemenitas. Y que *ya eran demasiadas las húngaras que, en su propio hogar, vivían en condiciones de putas baratas, entregadas por la mentira (o por el espejismo) del amor, si no por la fuerza de la conveniencia económica, a hombres que las disfrutaban carnalmente a su antojo, como las explotaban sin pudor en tanto fuerza doméstica de trabajo, con todo el beneplácito de la Cultura, la Civilización y el Progreso de una sociedad “desarrollada”. Y si el destino de la mujer era, un poco en todas partes, pros-*

tituirse y humillarse ante los hombres, ella se aborrearía por lo menos la opresión complementaria de la Fábrica y la tiranía del Hogar aniquilador. Todavía habló de otras muchas cosas, lo mismo ante la Prensa que en los mercados, rodeada de embajadores como de campesinos o indígenas... Pero su discurso siguió invariablemente la línea que aquí he procurado trazar. Era la voz, estridente y destemplada, de una *rebelle* y de una *fugitiva*.

El yemenita conservó, por supuesto, su rebaño (pues el trato se había cerrado con anterioridad y en independencia de la decisión de la húngara) y “recogió” con sumo agrado a la chica cuando esta, en ofrenda voluntaria, *abdicó en él de su propia soberanía y de su libertad personal*, regresando así al mundo de las mujeres-mercancías. Declaró no comprender muy bien la complejidad de los códigos de justicia europeos, y quiso ver en ellos más de una huella de ignominia y de perversa inhumanidad. En concreto, se le antojaba inaudito y *demoníaco* que el mismo Organismo Público que acababa de comprar a la húngara, responsabilizándose por tanto de su protección y mantenimiento, la abandonara después, con la conciencia tranquila y como quien arroja un diamante al estercolero más próximo, amparándose en el extraño argumento de que solo a ella incumbía la dirección de su propia vida —es decir, defenderse por sí misma de las amenazas cotidianas, incesantes y devastadoras, y resguardarse, en soledad, de todas las tragedias concebibles y de todos los peligros imaginables—. Pero se sometió a los hechos y, anegando en el silencio todos sus cargos contra los usos jurídicos de los países civilizados, tuvo a bien respetar el deseo manifiesto de la extranjera y complacerla inmediatamente, por lo que la aceptó de nuevo como una de sus más queridas pertenencias...

Budapest perdió, pues, a la húngara que nunca, y en ningún sentido, “poseyó” (ya que “poseerla”, de alguna manera, era un privilegio exclusivo de los yemenitas) y se quedó también sin el magnífico rebaño de camellos que aquilataba, animal arriba o

animal abajo, su valor como joya insólita, resplandeciente por el brillo de su propia y recién extinta voluntad bajo el Sol desesperado de aquellos desiertos de leyenda.

Concluido el relato (sobre cuya veracidad enseguida albergué todo género de dudas), mi compañero volvió a levantar su vaso de vino, visiblemente satisfecho. Solicitó un brindis más, y comprendí que con aquella maniobra procuraba concederme tiempo para que mi aturdida cabeza ordenara algunas ideas y produjera, al menos, el “comentario” exigido por las circunstancias. Sin embargo, como no hallé ninguna relación demasiado significativa entre su relato y el mío, y empezaba a fastidiarme la ambigüedad de la situación, opté por la brusquedad y por la transparencia:

—¿A qué viene eso? ¡Venga, habla! ¿Qué me quieres decir?

Sonrió mi interlocutor de un modo raro, como quien por fin saborea su triunfo, pero quisiera ahorrarse no obstante la molestia de recoger el premio. Y comenzó a hablar muy despacio, esbozando ese gesto de cansancio y decepción con que nos castigan nuestros mejores amigos por obligarlos a describir lo obvio.

—De alguna forma, marchaste a Nicaragua para no tener ya que matarte y para que te mataran. Lo vi claro, desde el primer momento. Y en Nicaragua *temiste* morir, deseaste escapar por todos los medios a la eventualidad de perder la vida. No fue solo un “desorden en los móviles” lo que te arrastró hasta los Trópicos y, poniendo en tus manos aquella vieja ametralladora, te situó también en el punto de mira de *la Contra*, aliada inadvertida de tu taimada voluntad. Pero, escúchame bien, el suicidio te rondaba en España porque naciste para la libertad y donde la libertad no es posible tampoco te es posible la vida. Te mataban poco a poco el horror del trabajo y los vampiros de la familia, la propiedad venenosa y, tal vez, el amor cobarde de las parejas; y por eso veías, con los ojos del dolor y del deseo no confesado, algo parecido a una emancipación bajo lo innombrable del Suicidio: te salvaría de la *lentitud* de la muerte, del espanto de la agonía, para acabar

de una vez con tus cadenas, en un instante, *como se quiebra un tallo y muere la flor*.

»Sin embargo, cada vez que te “preparabas” para morir (y, para no tener que matarte, *corrías a que te mataran las circunstancias*), tu cuerpo descubría que todavía “debía” vivir —porque, guiado por el rayo de la intuición, oteaba, en los menos comunes de los horizontes, espacios inexplorados de libertad posible—. No te movía, por supuesto, el instinto de supervivencia; pero sí la sospecha de que la libertad “*si no era solo una palabra, entonces era mucho más que un sueño*”. Vivías de esa sospecha, para esa sospecha, como vive un lazarillo de la ceguera de su amo y para su amo ciego. Y tu pretendido “desorden en los móviles” desapareció el día en que, al costado mismo de la Muerte y en el corazón secreto del Peligro, te reconociste “*libre*”. La húngara de mi relato se supo “libre” en el Yemen. Desde ese momento, cierto tipo particular de lógica, sombría como el semblante del enemigo, empezó a gobernar sus decisiones. Como tú, tampoco ella soportaba *la prisión de las cosas cotidianas, de los mundos razonables y de los comportamientos ordenados*. Budapest era su inmenso sepulcro. Ya son muchos los que aquí, como en España, al no poder aligerar sus horas, optaron por el enigma del suicidio o permitieron que el alcohol, tan dulce y cruel como la medicina que es veneno, les cerrara los ojos en su propia y premeditada agonía; y murieron sin prisa, entre tinieblas, pero conscientes de que se iban como se va un barco a pique, con toda el aura de un espectáculo no remediado y terrible.

»La húngara de la que te he hablado se aferró a su yemenita como tú a tu viaje a Nicaragua. Buscaba la muerte, sin saberlo. Pero descubrió entonces, al lado de lo Inadmisible, un *imprevisto espacio de libertad*. Y allí arraigó. Para ti aún quedan muchas “noches de las luciérnagas”, jornadas de estupor en las que temerás morir, como un amante vulgar de la existencia. Esa existencia que, incendiadas tus cárceles, y en la medida en que las llamas,

alcanzándote, te abrasen de horror el alma, verá cómo te hundes por momentos en la ciénaga de la abyección... Y abyecto fue tu miedo al ridículo, pues en nada estimaba la vida de los otros. Pero, casi sin darte cuenta, *desearás* vivir, puesto que la vida se te hará posible una y otra vez; y esa hosca libertad de los prófugos (una libertad que no sabrías decir cuándo descubriste, pero que hallaste sin duda en la llaga de alguna noche muda y enloquecida) te reanimará a cada paso, por sí sola y para que aún “resistas”. Encontraste *tu* libertad en el desgarramiento de la fuga, en la ruptura absoluta e inmisericorde, y en la magia incomprensible de un nuevo “nacimiento”.

»Renaciste en Nicaragua, aunque, en sus estertores, el hombre viejo que agonizaba bajo tu piel prefirió acelerar el Fin —y, al no disparar, casi te mata...—. Como mi húngara, tú también has echado raíces en el precario suelo de una “voluntad de huir” inaprehensible pero soberana. Sois, permíteme que te lo diga, *compañeros de espíritu*. Os impulsa, como a la hojarasca el ventisco, una misma irregular fatalidad; y se trata de un sino histórico, concreto, nada metafísico; un sino que todo lo tiene que ver con los Mundos que nos restan y el Tiempo del que no podemos salir. Tal los girasoles, sois, todos vosotros, demasiado parecidos; y perseguís simultáneamente la luz de un mismo astro. Y, también como las coronas doradas de esas plantas (aquel *amarillo furioso* que inventó Van Gogh), sucumbís, todos juntos, a la común tragedia de no poder volar tras el fulgor de un Sol que, cada noche, al abandonaros, os sumerge en el profundo abatimiento de una oscuridad lisa y silenciosa...

Siguió hablando, mi amigo, con un apasionamiento creciente, seguro como un hechicero, firme como el profesor que hubiera querido ser, excesivo y atosigante, hallando sorprendentes conexiones entre mi relato y el suyo, entre mi peripecia y las vivencias de la húngara. Pero hacía rato que una pregunta, una sola pregunta, bullía por mi cabeza, como una pesadilla de repente recordada

y que, por tanto, nos habría torturado en secreto, y quizás más de una noche, con toda la impunidad de lo que escapa a la memoria y hasta a la conciencia:

—Pero, escucha —interrumpí agitado—, *y, si es verdad que se puede Volver A Nacer, ¿en qué se distingue un “tercer nacimiento” de la Muerte?*

*

**NOTA NÚM. 7: ¿ENFRENTARSE AL FUTURO COMO EL
ESCULTOR A LA ROCA, PROCURANDO HACER ‘ARTE’
CON LOS DÍAS?**

Hay otro rasgo en la personalidad de Víctor Araya que tiende también a arrojar alguna luz sobre el carácter de su “desaparición”. Víctor se atenía en todo momento a una concepción de su propia vida como *obra* (y la quería “*de arte*”). En *El cuarto del Peligro* expresó por primera vez esta idea, que reaparecerá después en todos sus trabajos: enfrentarse al futuro como el escultor a la roca; inventarse la propia vida como se inventa un escritor los capítulos de su novela; hacer ‘arte’ con los días; modelarse una existencia *bella*, llena de segundos sentidos, interpretable...

No todos los buenos escritores nos gustan, y hay escritores que nos gustan *pese a sus buenas obras*. Y es que existe también un arte difícil de la Fusión de la Vida y la Obra, un arte abismal en el que la grandeza nada tiene que ver con la calidad de la escritura o con el talento del escritor. Es el arte de enfrentarse al propio futuro como contempla el escultor la roca apenas desbastada y sin embargo ya prometedor —vivir la vida como Obra, persuadido de que no hay casualidad ni destino—. El arte de organizar el sentido de una vida en torno a un Acto irreductible de libertad y creación. Casi más que un arte: forjarse una existencia indomable, y hasta imposible, a partir de un gesto donador de significado. Y en este “*arte de la vida y de la obra*” tú eres verdaderamente grande, más grande que los simples ‘buenos escritores’ del mercado... Debes tu grandeza al cuarto del Peligro y a sus estanterías rebosantes de palabras maniatadas, y no a tu discutible mérito como escritor o al valor todavía más dudoso de tus artículos.

En verdad, no sé por qué Araya le tenía tanto cariño a ese planteamiento, por qué insistía tan a menudo en él, siendo consciente, al mismo tiempo, de su debilidad “teórica”, de su “insolvencia” filosófica: sobredeterminado como está, el hombre no es ‘agente’ de casi nada, no es ‘principio’ fundador, no puede ‘crear’ su vida. “El hombre es una *puesta en escena* de las relaciones sociales”, anotó un teórico marxista. “Las relaciones sociales de producción constituyen la verdadera *naturaleza* del hombre”, escribió Marx. Y el propio Araya había dedicado un capítulo de su tesis doctoral precisamente a *desmontar* la “Leyenda del Sujeto-Agente”. Bajo el peso de las estructuras socio-económicas, de los condicionamientos culturales, de los factores ideológicos, etc., el hombre no es ya, en absoluto, el *sujeto* de la historia; “producido” por esas determinaciones, en rigor ni siquiera es *dueño* de su propia existencia, que se desenvuelve fatalmente dentro de un estrecho ‘cauce’ socio-históricamente delimitado...

Consciente de todo esto, Víctor parecía empeñado, no obstante, en vivir su vida *como si de verdad fuera suya*; en *componerla* a conciencia, igual que se componen las estrofas de un poema; en evitar a toda costa, ya lo vimos, la “continuidad” y la “repetición”, los elementos ‘no-creativos’ por antonomasia de cualquier trayectoria vital; en *llegar a ser varios hombres*, sucesivamente, y en *vivir varias vidas*, una detrás de otra, dentro de un *plan general* por él trazado, con un juego de significados preestablecido. De ahí, entre otras cosas, el carácter “novelesco” de su biografía, su afición a las *rupturas* (fin de un “capítulo”), los cambios radicales de trabajo y de residencia, etc. “*Convertir su vida en una obra de arte*”: esta era, en definitiva, su ambición, desmesurada y chirriante como él mismo... Por añadidura, uno de los *temas* centrales de la *novela* de su vida era “la sed de tempestad”, lo que acentuaba todavía más el carácter *dramático* de su peripecia existencial.

En *Desesperar*, esa obra extraña en la que mi amigo se desdibuja y casi deja de ser él, dando temporalmente la espalda a sus

más queridos “mitos” (el de la Fuga, el de la Vida Irregular, el de la Sexualidad sin Figura, el de la Libertad, el de la Escritura como motor de la Existencia, etc.), algunos párrafos sugieren que también esta pretensión de llevar la propia vida al encuentro de la creación y del arte ha enflaquecido juiciosamente:

Enrollaba Los Billetes Meticulosamente Y Los Introducía En Botes De Conserva Que Luego Esparcía Por La Cambra, Donde La Humedad, El Polvo Y Las Alimañas Se Encargaban De Echarlos A Perder.

He gastado veinte años en alimentar sin descanso un concepto “épico” de lo que mi vida estaba siendo y debía ser. La épica se halla indisociablemente unida a la esperanza: “La grandeza no es algo fortuito, debe ser deseada”, escribió un criminal. Como la desesperación se identifica con la ausencia de deseo (dejar de esperar es dejar de querer), situaba yo entonces mi vida en la antípoda exacta del punto en el que ahora me encuentro. Esperaba ser Hombre, Sujeto, mi propia Obra, Gesto intencionado, mentor de la Epopeya. Esperaba modelar mi vida como el escultor la roca, hacerme y deshacerme bajo la mirada despejada de mi libertad; esperaba llegar a alguna parte, conducirme insomne, aunque también caprichoso; esperaba inventar una existencia propia, más mía que yo mismo, atrozmente diferente. Hallábame henchido de esperanza, rezumante de futuro, tocado de heroicidad. *Y un día tropecé con el hombre de la gallina muerta en la bragadura...*

Orgulloso, parecía brotar de la tierra misma, con el vigor y la majestad de una sabina. El sí que se me antojó, muy exactamente, “una fuerza de la naturaleza”. Fallaba menos que el sol, que las flores, que el invierno. Y no salía jamás de su única, e inconvencible, ley de comportamiento: desde el

alba hasta el anochecer guardar su hatajo de ovejas. Eso, y nada más. Eso, y para nada...

Miseria De La “Vida Intensa”

Cuando los días se suceden iguales los unos a los otros, como calcados, sin nada que reseñar de sus horas salvo que ya han pasado; cuando la vida se compone meramente de un sinfín de jornadas idénticas, siempre en torno a lo mismo, siempre haciendo lo mismo, cabe preguntarse entonces si se habrá errado el camino, si se estará desperdiciando la existencia, dando la espalda a la posibilidad de una vida diferente, martilleada por la novedad, sorpresiva, imprevisible, *en la que cada día podría llevar nombre propio y no se conocería más rutina que el despertar por las mañanas*. Cabe preguntarse si será un problema nuestro, de cobardía, incompetencia o raquitismo de la imaginación, lo que determina esa falta de sustancia, de inquietud, de “viveza”, de nuestra existencia, o si, por el contrario, la vida misma será así de sencilla, monótona, tediosa y maquina, así de ayuna de color, insípida, y no tenemos más remedio que adaptarnos, tomarla o dejarla. Cabe interrogarse acerca de *dónde* está el vacío, el hueco, eso que un escritor de nuestro tiempo ha llamado “levedad”; *dónde* la entraña de lo anodino, el imperio del gris, la esencia del “ya no hay más”, si en la forma de ser de la vida o en la manera que tiene el hombre de vivirla, si en la existencia misma o lamentablemente en nosotros.

La respuesta que doy ahora no la habría hecho mía años atrás, cuando la épica enturbiaba mi percepción de la realidad. Y no la darán quienes todavía se consuman en el teatro vanilocuente de la “vida intensa”. *La vida es este sinsabor*, así de poco pesa, lívida, lisa, descolorida, irrelevante; la re-

petición devoradora, la ingravidez inconsolable, la ausencia de poesía, el hastío que no cesa, forman parte de la existencia misma. Un hombre puede engañarse, recubriendo su existencia con un barniz de aventura, de irregularidad, de frenesí y melodrama, acaso de pulsión heroica; pero, a poco que se arañe la superficie de sus días, enseguida se descubrirá el suelo de torpor abúlico, de delgadez de las cosas y de "¿esto es todo?", sobre el que descansa su aspa-ventoso y afectadísimo devenir. Humo que se disipa bajo la lluvia, resplandor de fuego fatuo, trajín de patio de recreo, la "vida intensa" hiede a impostura y señuelo. Se puede correr tras las mujeres lo mismo que si se huyera de la vejez y de la muerte, saltar de hombre en hombre como de hombre en mujer o de anciana en niño, jugando al desgarramiento pasional y a la incontinencia lúbrica; puede uno drogarse, afiliarse a lo demoníaco, autodestruirse ante el espejo, puede matar, y, sin embargo, no deja por ello de ser trivial su peripécia, no deja de estar vacía, espectáculo vano, nimiedad, fanfarria. Queda debajo de esa falsa tormenta, de ese inflar los días artificiosamente, una misma fisura irrellenable, una carencia definitiva, una declinación de la nada. Tírate a todos los hombres que te dé la gana, siete u ocho cada noche ¿Y qué es eso? Bébetе todas las botellas del bar; llénate de agujeros los brazos, hasta que parezcan colmenas. ¿Y qué? Deja el trabajo, abandona a la familia, sal del país, rompe con todo. Seguro que volverás a empezar. Estarás donde estabas. ¿Qué habrás hecho? ¡Mata! ¡mata! ¿Y eso es *tanto*, carnicero?

Al final, todo se resume en lo más simple: se duerme por las noches, se come cada cierto tiempo, se va de un lado para otro, algo se hace o no, y pasan los años, se vive una vida. Así de sencilla es la existencia de los animales; y el hombre, aunque se haya revelado *el peor de todos*, no tiene por qué constituir una excepción. Y así vive mi perro. Así

son estas cabras, que, aparte de comer, dormir y procrear, se enfrentan con saña, a menudo matándose, enloquecen temporalmente de celo, copulan entonces sin descanso, disfrutan desobedeciéndome, se rebelan, destruyen utensilios e instalaciones..., y no pretenden que por ello merezca el nombre de "intensa" esa vida suya tan apasionada. Así somos. Así vive Basilio, cada día a la cabeza del hato, cada noche regresando sobre su mulo, siempre solo, sin otra cosa en el horizonte de su deseo, sin pedirle más a la existencia, incapaz de engañarse a ese respecto. Y así vive todo el mundo, cada día al pie de la fábrica o del terruño, cada noche persiguiendo el sueño o convidando al placer; a veces, lo mismo de noche que de día, buscando esquinas donde sacar la navaja, clavándose agujas en la vena de la frustración o apaleando sin piedad a la esposa que se pasó de sal en la comida... Así vive el hombre, de paz o de guerra, solo que mintiéndose, poblando su cabeza de fantasmas, aspirando a exprimir de algún modo esta fruta seca de la vida, que nunca dio jugo; exigiéndole a la existencia un vago "algo más", no sé qué brillo, una suerte de doble fondo, ruido y movimiento, *justo lo que no tiene*.

La esperanza que ha depositado el hombre en sí mismo y en cuanto compone su mundo, la esperanza que envuelve al hombre como una segunda piel y por cuya embriaguez se subleva contra su inocultable condición animal, renegando de su propio ser físico, funda también esa ilusión de una "vida viva", de una existencia abigarrada, de unos días repletos e irrepetibles —ilusión de que aún resta un infinito por hacer y por vivir a condición de que en verdad se desee y al precio de la intrepidez, de la fantasía, de la inteligencia valerosa, de la imaginación que inventa caminos—. Desesperado, el hombre toma la verdadera medida de la vida; y puede entonces, si quiere, atiborrarse de sexo, maltratarse entre risas, irse, herir a los amigos, puede matar o matarse,

pero todo ello displicentemente, sin cargar las tintas de la emoción, consciente de que no hay en sus actos ni rastro de epopeya, de que no tienta lo sublime, no acaricia la grandeza —simplemente “*hace eso*”—.

Desesperado, el hombre no se apena de Basilio; no lo considera *insignificante*, reo de limitaciones insuperables, malgastador de la existencia. No percibe en sus jornadas “menos vida” que en las de los demás. Ve en el aldeano, meramente, a otro hombre dedicado a otras cosas. Otras cosas también sin aura, sin halo, sin luz particular. Desesperado, lo mismo da irse que quedarse, estar en un sitio que en otro, cambiar que no cambiar. No dejando lugar a la épica, la vida sin esperanza desmitifica al hombre y lo devuelve a su pavorosa elementalidad animal; limpiando de engaños el horizonte de la existencia, ofrece a los ojos del entendimiento descreído la simpleza radical del vivir. A Basilio, todo esto que escribo no le dice nada que no haya sabido desde siempre. “*Comparando y no igualando —repite—, el hombre y el animal hacen lo mismo*”. Lucidez de la desesperación.

Sin embargo, de la *Carta a Fernando Hilador*, su último texto, composición prioritariamente instrumental, aunque no carente de intencionalidad literaria, se desprende que, uno tras otro, todos aquellos tétricos “mitos” fueron recuperando poco a poco su lugar en el corazón y en el cerebro de Víctor, quien vuelve a defender enérgicamente la Fuga, la Vida Intensa, la Sexualidad Poética, la Escritura como Motor de la Existencia y esta idea, en mi opinión extravagante, de *enfrentarse al futuro como se enfrenta el artista a su obra*. He hallado, en la *Carta...*, un pasaje muy ilustrativo del mencionado *reencuentro* de Víctor Araya consigo mismo:

Habrás percibido que casi todos mis trabajos arrostran un acusado acento autobiográfico. Suelo decir que, o bien

carezco de imaginación, o bien la uso solo para *diseñar* mis días, para *inventar* mi vida. Desde la adolescencia, desde los días del hambre y de los robos, *vivo delante de un espejo*; vigilo obsesivamente mis pasos. Me es inseparable una concepción de la vida como Obra: procuro enfrentarme al futuro como se enfrenta el escultor a la roca, desde una perspectiva *creativa*. Esta pretensión de hacer “arte” con mis días, de construir mi vida capítulo a capítulo, como se construye una obra literaria, da a mi existencia un peculiar carácter “novelesco”. A ello dedico mi imaginación... En estos momentos estoy aquí, en la montaña, releendo los capítulos de la novela de mi vida; y meditando también en relación con sus próximos desarrollos, que habrán de ser *novedosos*. No me permito la ‘repetición’, el retorno. Vivo por ello de paso; de paso por las tierras, por los oficios, por los corazones. Nunca he dejado que una forma de vida me atrape; que me haga vivir *para ella*, como por inercia, consintiendo que el tiempo se escurra y todos los días sean por siempre iguales. Esto no quiere decir que me mueva el “afán de aventuras”, sino que *aborrezco, con toda el alma, la instalación*. Abomino de la instalación, bajo todas sus formas: instalación en un trabajo, en un país, en un pensamiento... Late aquí, me parece, un poderoso aliento anárquico, una anarquía de fondo, de talante, de espíritu, que en ocasiones no se aviene demasiado bien con ese otro anarquismo más inmediato, más comprobable, de la militancia efectiva, de la identificación con unas siglas. Ya sabes a lo que me refiero...

Si no me equivoco, incapaz de justificar filosóficamente su idea de la Vida/Obra, Víctor se aferraba a ella como si se tratara de una “manía” intelectual, un pequeño capricho, casi una travesura de su raciocinio, un “vicio” mental del que no quería prescindir. Y, volviendo a mi obsesión, no resulta infundado pensar que, al fin, el *capítulo* de la Ganadería y de la Vida Familiar pudo antojársele

a Víctor Araya “sustancialmente acabado”, por lo que, *pasando página*, decidió entregarse a la *invención* de los siguientes desarrollos —y está, ahora mismo, *componiendo* un capítulo ‘nuevo’, quién sabe dónde, con quién sabe quién, todos ignoramos hasta cuándo...—. No resulta descabellado concluir que aquel “*erizo de la sed de tempestad*” volvió a removerse en el cerebro de Araya, clavando insoportablemente sus púas en alguna región capital de su conciencia y abocándole a *otra vida en otra parte*.

Esta intuición mía de que el micromundo de la vida ganadera, de la existencia de montaña, hubo de *agotársele* a mi amigo, y de que debió agarrar la “pluma” de la Fuga para escribir otro episodio, se ve avalada por unos párrafos de la “*Carta...*”, que, a la vez, me reconfortan y me alarman —sugieren que Víctor está vivo, pero no demasiado lejos de la muerte...—.

Bueno, Fernando, me parece que ya me conoces. Ya conoces a *todos los hombres que soy*. Soy esencialmente “Tío Pedro”, el doctor de las cabras, pero todavía queda algo en mí de las otras identidades. Queda algo en mí de “Periquillo Loco”, el Intransigente, el “hombre-bomba” de las Universidades. Y queda algo en mí de aquel “Drucho” surrealista que se consumía en las aulas buscando el modo de ‘conquistar’ la Expulsión, el antiprofesor *magistral*. Y algo de aquel “hivatalos kutató” de Budapest, investigador-huesped que reinaba en “La Vaca” entre borrachos y desesperados. Y del más sosegado comedor de paellas vietno-albanesas del apartamento de Újpest. Algo queda en mí de “vándalo” historiográfico. Y de vez en cuando descubro, casi increíblemente, que todavía soy “Zapatitos”: por ejemplo, cuando se me llama, cuando se *le* llama, por teléfono. Entonces me atropello, no encuentro las palabras, me hundo en la confusión, casi tartamudeo, sudo... Por eso “Zapatitos” le esconde *su* número de teléfono a todo el mundo, para no pasarlo mal. A ti te lo da porque ya me conoces y, si decides *llamarle*,

sabrás disculpar *su* ridiculez y mi nerviosismo. Y siempre seré, hasta el final de mis días, aquel niño de clase baja que acompañaba algunas noches a su padre a robar gasóleo porque, habiéndole perdido el miedo al hambre, se lo había perdido de paso a casi todo.

Soy en lo esencial “Tío Pedro”, pero cada vez menos. Me hallo en tránsito hacia una nueva identidad, lo noto. Ya te dije que vivo de paso, de paso por las tierras, por los oficios... Por haber decidido ajustar cuentas de una vez con mi propia obra, y dejar a un lado mi propensión a la lucha individual, solitaria, de francotirador, de *kamikaze*, buscando la manera de salir al encuentro del otro (del otro como grupo, como colectivo, como comunidad), “Tío Pedro”, el ganadero sonriente y silencioso que no veía a casi nadie en muchos días a la semana, en muchas semanas al mes, tendrá que aprender a convivir con otra persona en *mi* interior, tendrá que compartir con “otro” la mesa y el trabajo en mi corazón y en mi mente. Hay, además, una obra que me empuja a ello. Yo me muevo a empujones de mis propias obras, ya que soy *dramáticamente fiel* a su espíritu, a sus propuestas. *El Irresponsable* me arrancó de la Enseñanza. Me despedí de la historia y de la investigación científica con *La policía...* Ahora *Desesperar*, una revuelta contra la escritura, ensayo que abomina tanto de la figura redicha del escritor prestigioso como de la figura lastimera del escritor en celo de prestigio, me invita a enterrar pronto la pluma. Y lo haré. Después de *Desesperar* ya solo escribiré un libro, el último, en relación con el cual hoy lo ignoro todo, pero que habrá de ser muy riguroso y muy cuidado —un libro de senectud—. Para eso aún falta mucho, y tengo todavía por delante aquel “ajuste de cuentas” con mi obra anterior.

A lo largo de mi vida, cada una de mis obras fundamentales me cerraba una puerta, me minaba un camino (la educación, la historia, la escritura); pero porque, en mi opinión, tales puertas daban al horror, tales caminos llevaban a lugares

sombríos. Me parece que con estos tres “cierres”, con el legado de *El Irresponsable*, de *La Policía...* y de *Desesperar*, de alguna forma *se me acaba la cuerda*. Eso no tiene la menor importancia, y es para mí casi una buena noticia. La “novela” de mi vida ha llegado a su último capítulo, que afortunadamente va a ser muy largo. El personaje que en ese último capítulo va a ocupar el lugar de “Tío Pedro” tiene algo de *sepulturero*. Otra buena noticia. Tengo tres cadáveres por enterrar en los llanos de mi sensibilidad y de mi pensamiento: el cadáver de un profesor, el de un investigador y el de un escritor. Están en descomposición, y huelen muy mal. Solo después de que el sepulturero haga su trabajo, y entierre esos cadáveres, los llanos de mi sensibilidad y de mi pensamiento volverán a ser habitables. Y entonces espero que lleguen gentes nuevas a poblarlos. Habrá sonado la hora de mi fusión con el otro como comunidad.

Reivindico el derecho a que en lo sucesivo mis relaciones con el “otro” (como individuo y como comunidad) no estén condicionadas por mi propia biografía.

Una observación final: *Desesperar*, que, como se habrá apreciado, queda en cierta medida *desautorizado* por el tono y los contenidos de la *Carta...*, cala sin embargo perceptiblemente en Víctor Araya. Después de ese libro, *regresa* en verdad a sus “mitos” de toda la vida; pero *regresa trastornado*, debilitado por la intensidad de la experiencia. Es *otro* el Víctor que retorna a sus fantasmas de *uso particular*, a sus *demonios domésticos...* Su *manera de regresar* me recuerda el “viaje de vuelta” del yoyó después de tocar fondo, cuando la cuerda corre a ovillarse: el juguete *hará lo mismo* por segunda vez, incluso por tercera vez, pero como “afectado”, *marcado* por la brutalidad de la primera sacudida. *Desesperar* no es un resbalón, una incongruencia, un mero “desdecirse” del que más tarde el autor también se arrepiente. Tiene algo de paliativo íntimo, algo de severa —aunque inconcluyente— *autocorrección* que todavía no soy capaz de medir muy bien. Volveré sobre este asunto.

II) *Las costas del infortunio*

¿Y, si de verdad se puede Volver A Nacer, en qué se diferencia un “tercer nacimiento” de la Muerte? No hallamos a menudo respuesta, nosotros, caracteres movedizos, a este género de preguntas, intempestivas y viscerales como confidencias de madre, sobre todo cuando nos atenaza el dolor, en su prolífera orfandad, o sentimos el acoso anonadante de lo radicalmente Extraño. Y así me encontraba aquella madrugada, encerrado en los pestilentes aseos colectivos para aplacar a solas, lejos de los ojos del mundo, la fiebre de mi desconcierto –mientras afuera, bajo el vaticinio depresor del tiempo detenido, en la línea de fuego de los pasillos, los latinos se batían a la desesperada.

— “Y tú vales verga, loco. Así que ya te puedes ir quitando de aquí. Vales verga, *hijoeputa*” –oí decir a Miguel, recién desembarazado de Bety, increpando tal vez al profesor, jefe húngaro de planta, responsable del orden del corredor.

Y, al son de un estrépito de objetos que se quiebran, se astillan, crujen y se despedazan (pues, como más tarde supe, Pana se encargaba de arrojar por las ventanas los pocos muebles que habían escapado a la obstinación de los robos y al destrozo de la pelea, con la saña de descalabrar a los bedeles del Colegio, amotinados en el patio en espera de la llegada de la policía), en medio de una tan surreal algazara, evoqué, recordando días no menos desalentados, la espectral marcha del “niño de la vela”, mi fantasma

en la pensión de Valencia... Como un símbolo de lo *hiriente por inexplicable*, aquella ambigua secuencia me asaltaba siempre en las coyunturas de máxima perplejidad y ciega desesperanza.

Hay veces en las que un hombre se ve asediado por un “dolor que sabe esconder su origen” y no puede, por tanto, organizar la defensa. Hay veces en las que fallan todas las tretas y todos los remedios y todos los consuelos; y, como una enredadera monstruosa, una aviesa angustia amenaza con desdibujar los rasgos de nuestro rostro, tiznando de pérdida los labios, de ocaso el fondo de los ojos. Pueden ser momentos de indeterminación, de incertidumbre; momentos en los que solo se espera y apenas se vive. Instantes en los que no es posible decidir, porque no hay nada que escoger o es demasiado pronto. Son momentos flácidos, sin esqueleto, en los que no sabemos *qué* nos arrastra —ni hacia dónde—. Se vive entonces en el túnel, y casi no se lucha. Jornadas huecas, grávidas de vacío, que ninguna esperanza lograría fecundar, ni todo el alcohol del mundo, ni el más grande de los amores, ni el éxito largamente aguardado. Momentos extremadamente peligrosos, ya que no nos reconocen como “sujeto” o “motor” del devenir y hasta se diría que procuran devastarnos sin motivo, estúpidamente, solo porque nada se lo impide... Extrañas crisis sin origen, sin razón ni discurso. Crisis del “fugitivo” —ese hombre en cuyas manos no está resistirse a huir— detenido, arraigando, expectante, apresado. La incertidumbre que el prófugo necesita para seguir huyendo es otra, más radical, más honda. Esta pequeña incógnita de la espera amable, en la que nada terrible puede suceder y nada grandioso cabe conquistar, lo hunde de nuevo, irremisiblemente, en el lodazal del tedio, en el sopor del amarré, de la clausura —quisiera apagar la chispa, ávida de incendio, de su espíritu sin asiento—. Así me encontraba en la pensión valenciana, devuelto ya del “compromiso” nicaragüense y de la absurda odisea polaca, consumiendo dolorosamente las horas tras la frustración de la excursión a la India y a la espera de las fechas

en que, por fin, me sería dado instalarme en Budapest. En el horizonte, a lo lejos, veía el día de mi emancipación (mi marcha); y columbraba que el descubrimiento de la república magiar me restituiría de una vez todo el vigor perdido. Pero, mientras tanto, sobrellevar la simple duración de las semanas, de los meses, me exigía un esfuerzo inhumano, crudelísimo, mortal si nada aseguraba su caducidad, aunque remota. Las horas y los días, y las semanas, los meses...

Y fue entonces, en medio del compás anodino y trastornante del trabajo y del descanso, en la misma ruinosa pensión de mis tormentos, cuando *choqué* con un Signo mayúsculo, irreductible, que desafiaba a un tiempo a todas mis facultades de interpretación y, también a un tiempo, a todas las vencía. Se trataba del inquilino de la habitación de enfrente. Precisamente, el hombre que dormía bajo el título de la escuela de contabilidad y mecanografía (mérito supremo de la casera). Me lo crucé una mañana por el pasillo de la asfixia, y no me llamó en absoluto la atención. Me pareció un hombre de su ambiente, subterráneo, torturado, deshecho. Saludó a la hostelera sin detenerse, en voz muy baja, y se precipitó hacia la puerta como un evadido. Recuerdo que no me miró. Caminaba con la cabeza gacha; y, si bien debió notar la cercanía de un par de sombras, no quiso perder el tiempo en identificarlas. Simplemente, se despidió como todos los días de la sombra de la mujer, buscando con ansiedad la puerta de su liberación. Como yo estaba acostumbrado a esos desplantes, a esa forma peculiar de huir del diálogo y escudarse tras la timidez de un saludo vacilante (poco menos que la señal distintiva de todos los hombres de las pensiones), ni siquiera me molestó su indiferencia. Además, como he dicho, en aquel trance no consiguió llamarme la atención.

Al día siguiente, a idéntica hora, se reprodujo exactamente el mismo cuadro; y esa circunstancia pareció despertar mi aletargada curiosidad. Lo que empezaba a intrigarme no era tanto el

hecho de que mi vecino se comportara siempre de igual manera como la ausencia de reacción en la dueña. Me desconcertaba, sobre todo, que Carmen no intentara, con más énfasis, entablar conversación con aquel desventurado. Comenzaba a preguntarme si únicamente me habría seleccionado a mí para sus agobiantes charlas matutinas, cuando ella, tal vez consciente de mi sorpresa, dejó caer un comentario que me heló de golpe el corazón:

—Lleva aquí toda la vida y solo le he podido sacar ese saludo. Si por mí fuera, lo tiraba ahora mismo.

Como para defenderme de la fuerte impresión, quise pensar que la dueña exageraba (“*toda la vida*” ..., ¿cuánto tiempo será, para una mujer sin ambición, “*toda la vida*”? —me repetía hacia mis adentros, aunque, a la vez, resistíame a salir inmediatamente de la duda, como si presintiese que la respuesta podía impactarme aún más—). Pronto, sin embargo, se fueron abajo mis precauciones. Carmen, satisfecha de haber hallado un tema inédito de conversación con que retenerme esa mañana, se mostraba poco dispuesta a dejar el asunto en la penumbra. Siguió hablando:

—Hace ya más de veinte años que vive en ese cuarto, desde que yo era una cría, y lo único que sé de él es que trabaja en la construcción. Si no fuera por mi madre, que ya se ha acostumbrado...; y porque no tenemos ni un duro, si no..., lo echaba de la casa hoy mismo.

Noté que su rostro se iluminaba. Sin duda, se estaba dando cuenta del poderoso efecto de sus palabras sobre mi abotargada sensibilidad y adivinaba ya que esa mañana, abundando en el tema, podría arrastrarme tras ella como un perro faldero. Me hizo una señal para que la siguiera y se dirigió hacia la habitación de aquel misterioso huésped. El enigma de un hombre deliberadamente “anónimo” lograba cautivarme y la necesidad de hallar alguna explicación para aquel largo silencio de más de veinte años se estaba apoderando de mí, a la vez que desvanecía la sensación inicial de áspera extrañeza. Seguí a la dueña, entre fisgón e incó-

modo. Carmen se cuadró ante la puerta y, con un movimiento de presentador de circo, se hizo graciosamente a un lado y me dejó paso franco, como si un espectáculo imprevisible aguardara desde siempre detrás de aquel vano para provocar la estupefacción del observador. Sonreí por la maniobra, que reforzaba mis impresiones sobre la patética afición al drama de la casera; y, con unos ojos de nuevo amenazados por la rutina (no podéis imaginar hasta qué punto estaba harto de asomarme a aquellos aposentos, cada vez que Carmen se creía en la obligación de hablarme de su vida y de sus títulos), aunque todavía animado por la curiosidad, me dispuse a complacer, y ya no por puro compromiso, a la Señora. Pero no me ocurrió como otras veces...

Percibí “algo más” en el cuarto, y todo mi cuerpo se sintió recorrido por el más electrizante de los escalofríos. Espantado, permanecí unos segundos bajo el arco de la puerta. Aún no sabía *qué* era lo que me estremecía, golpeando tan violentamente el tambor de mi mente, y *por qué* mi cuerpo, adelantándose a la razón e incluso al pensamiento, encendía de esa forma la señal de alarma. Poco a poco, como si superara una migraña o escapara de un mal sueño, empecé a vislumbrar la causa de mi aturdimiento, el porqué de mi súbita conmoción. Me había asomado muchas veces a esa misma alcoba, acompañado también por la casera, pero nunca había reparado en un detalle que, si bien puede ocultarse fácilmente a la mirada de la desidia, de ningún modo pasa desapercibido a la de la curiosidad: *en aquel cuarto no había absolutamente nada.*

Nada encima de la mesilla, nada sobre la cama recién arreglada, nada por los suelos, nada pendiendo de un clavo en la pared (salvo el mencionado título), nada en ninguna parte —ni ropa siquiera—. Aquel hombre llevaba más de veinte años viviendo en la misma habitación y no había dejado en ella ni un solo signo de su presencia. La imagen, casi metafísica, de un ser capaz de existir solo para la muerte, que podía “vivir” sin dejar absoluta-

mente ningún vestigio de su paso por este mundo, me sobrecogió. Era mucho más que la invitación brechtiana a “borrar todas nuestras huellas”: se podía decir que aquel hombre ni siquiera las producía. Vivía liberado de la necesidad de marcar su entorno, emancipado de la voluntad de expresarse a través de las cosas que lo rodeaban... Ni una sola foto, ni un papel, ni un objeto, ni un principio de orden o de desorden, ni una forma fija de doblar la ropa o, simplemente, de arrojarla sobre la cama. Nada... En aquel cuartucho nada hablaba de su morador; no se podía descubrir ni una sola pista de que se hallara efectivamente ocupado.

Carmen, que se iba adiestrando en la tarea, no sé si sencilla, de leer mi pensamiento, se vio impulsada a añadir algunas palabras a tan horroroso panorama:

—No tiene nada, nunca deja nada en ninguna parte... Bueno, sí, mira...

Me llevó de nuevo tras ella hasta el armario empotrado que cerraba la habitación al fondo. Lo abrió sin ningún escrúpulo, evidenciando una vez más su apenas disimulada propensión a espiar a los demás e incluso husmear en sus pertenencias; y señaló triunfalmente, con la punta del pie, un par de maletas, semejantes, colocadas una al lado de la otra, en paralelo, sobre el cemento fino del suelo.

—Y no te creas, esas maletas son de mi madre o, mejor dicho, de mi abuelo, que en paz descanse. Cuando llegó, en mala hora, le pidió a mi madre un par de maletas para guardar la ropa, que llevaba apiñada en un viejo saco de cuerda. Mi madre le dio esas dos, que estaban de pena y no servían para nada. Él las cogió, muy agradecido, y se calló para siempre... Eso sí, te saluda todos los días y se echa a correr como un loco.

Con la falta de pudor que la caracterizaba, y que la hacía odiosa a mis ojos, agarró rutinariamente la maleta de la izquierda, como si no hubiera hecho otra cosa durante los últimos veinte años, y la abrió sin pestañear. No me impresionó, de manera

inmediata, el contenido de aquella vieja “caja” de cartón duro, pues llevaba varios minutos como ensimismado, paralizado por la irrealidad del ambiente y la peculiar rareza de todo cuanto allí sucedía. Hasta tal punto se hallaban colapsadas mis capacidades de asombro, que pude resistir, sin inmutarme, la visión de unos andrajos cuyo mero recuerdo logra hoy calarme de emoción: dos pantalones de tergal marrones, como los que, desde siempre, usa la gente pobre del Sur para tapar su cuerpo sin atender a ningún criterio estético (simplemente, eran los más baratos y, además, se podían encontrar en todas partes); y dos camisones, fruncidos a la altura del pecho como los de nuestros abuelos, similares a los que oí denominar “blusones terrestres” por mi madre cuando, movida por la necesidad, decidió deshacer el ajuar de su esposo... Y punto. No había ropa interior. Ni prendas de abrigo. Sin duda, aquel extravagante albañil vivía con lo justo, o con menos de lo justo.

Carmen me hizo saber que la otra maleta no contenía nada y que el resto del “vestuario” (pronunció esa palabra con una afectación muy desagradable, entre cursi y pomposa: “ves-tu-a-rio”) lo llevaba siempre encima: un par de calcetines negros, imaginaba que algún calzoncillo largo y una guayabera beige, pajiza, bastante raída, “de esas —añadió— que tan bien disimulan la mierda, vamos”. Pensé que una mujer como ella debería cuidarse mucho de no hablar así. El cuarto de nuestro común amigo daba la impresión de no haber sido limpiado en bastantes semanas, y esa era una falta que a él tampoco podía imputársele —a la casera incumbía la limpieza, diaria, de las habitaciones—.

—Esto está muy sucio... —comenté, he de reconocerlo, con la intención de restregarle por la cara su propia inmundicia.

Sin indignarse demasiado, y casi orgullosa de que me hubiera percatado de la circunstancia, se limitó a contestar, con ese insoportable aire de suficiencia que venía exhibiendo toda la mañana:

—El que está para las verdes tiene que estar para las maduras. Yo no voy a perder la cabeza por este cuarto. Total, para que lue-

go ni me hable... Con pasarle la fregona una vez al mes va que se mata. Y si él no está de acuerdo, que me lo diga.

Cansado de soportarla, resolví clausurar por ese día la conversación acerca de «el hombre sin rastro» y recluirme en la soledad de mi pieza para meditar, con más tranquilidad, y sin molestas interferencias, sobre la posibilidad de vivir exclusivamente para uno mismo (o para la desaparición), casi al margen de la opinión ajena y del trato con los demás. Pero, como la dueña continuaba declamando sin desmayo, y sus alusiones despectivas al inquilino de mi desconcierto no me hacían ninguna gracia («a mí que no me digan, este albañil está para que lo encierren..., como una cabra, está como una cabra»), cambié de planes en un instante y, como imitando al hombre que esa mañana tanto me había intrigado, corrí azorado hasta la puerta.

—...y ese no está mucho mejor... —Pude oír, todavía, desde el final del pasillo, pues me demoré unos segundos en atravesar el umbral—. No, si cuando digo que me ha tocado la negra, por algo será...

Ya en la calle, respirando hondo y quizá aliviado por el silencio de las aceras desiertas (era fría la mañana y amenazaba lluvia), me dirigí presurosamente al bar de costumbre: la tasca de la esquina, que tanto frecuentaba por su cercanía y por la atracción que despertaban en mí sus clientes habituales —jubilados que se pasaban todo el día echando las cartas, parados por vocación que parecían huir no sé si más de la casa que del trabajo, macarras en busca de sus litronas, más de un ratero de oportunidad y alguna que otra alcohólica vieja y sabia hablando en cheli con todos y con nadie...—. Y, como otras veces, en un extremo de la enroñada barra, deliberadamente aislado, me refugié en mis pensamientos.

Consideré extraordinario el caso de mi compañero de pensión; y, puesto que ya empezaba a desistir de encontrar una explicación racional a su comportamiento, sopesé la posibilidad de escribir, a su propósito, un cuento. No se me antojaba una tarea

excesivamente ardua: bastaba con insertar la secuencia que acababa de vivir en un relato más amplio, inventando para ello una introducción y, tal vez, un desenlace.

Para el final de la historia, podría suponer, por ejemplo, que una madrugada, armado de valor, cuando ya imaginaba dormido a mi vecino, penetré en su cuarto y registré la guayabera que no se quitaba ni a sol ni a sombra, con la esperanza de hallar algún documento que me hablase de su pasado y pudiera esclarecer el enigma de un hombre que se escondía hasta de sí mismo. Habría tenido la suerte de encontrar en ella una llave —necesariamente, la llave del único mueble de su habitación: la mesilla de noche—. Y en el cajón de la mesilla, que yo abriría con toda la delicadeza de los toperos que tanto amó Genet, descubriría, también como único objeto, una carta aparentemente muy antigua, con dirección y remite ininteligibles, sellada en algún remoto país árabe. Por aquella misiva, se amenazaría a mi desdichado compañero con la más temible de las persecuciones en el supuesto de que no abandonara su terrorífico plan. Un párrafo, en concreto, inexplicablemente redactado en castellano, arrojaría luz, de forma súbita, sobre la profunda oscuridad de la advertencia:

“Te espera la muerte más atroz si la sed de venganza te cierra los ojos y, en tu extravío, arrebatas la vida cruelmente a un ser de cuya inocencia no te puede quedar duda; una criatura a todas luces irresponsable de los crímenes perpetrados, hace ya demasiadas lunas, por sus antepasados (aquella masacre que afligió tu hogar y de cuyo fantasma jamás has logrado liberarte). ¡No derrames sin motivo la sangre de quien, además, bastante castigo tiene con residir, para protegerse de los tuyos, en un país peligrosamente lejano y extraño —como si ya Alá lo hubiera condenado, casi desde su mismo nacimiento, y por la locura de sus mayores, a la soledad y a la tristeza del destierro—!”.

Relacionando aquel mensaje con los datos que la casualidad puso en mi conocimiento esa misma mañana, habría inferido que la inconcebible venganza ya se había materializado y que en algún lugar de España yacía el cadáver de un niño sin culpa, víctima desgraciada de uno de esos ancestrales ajustes de cuentas que todavía se registran entre los descendientes de determinadas tribus arábigas. Su asesino, mi misterioso vecino, habría decidido ocultarse de por vida en un sórdido rincón de una ciudad tan populosa como Valencia, aprovechando el aislamiento de aquella pensión, probablemente no declarada, clandestina de alguna forma —en la que, por añadidura, residían otros tipos tan incommunicativos y anónimos como él pretendía llegar a ser—. Esa sería la razón de su obstinado hermetismo; y por eso se cuidaría tanto de no dejar en el cuarto ningún indicio de su origen o de su naturaleza —excepto aquella carta que, en caso de cumplirse la amenaza, situaría a la policía tras la verdadera pista de sus asesinos—. Podría haber comprado las ropas, nada más llegar, en cualquier mercadillo campesino del Sur (de ahí que me resultaran tan familiares) o, mejor, intercambiado por cierto artilugio exótico que habría traído directamente desde Oriente con el objeto de procurarse algunos medios. Como tantos otros emigrantes, habría encontrado trabajo más tarde en la construcción, beneficiándose del *boom* urbanístico de la época y de la proliferación del trabajo negro en aquel desaprensivo sector de la empresa española.

Por último, y para intercalar una nota autocrítica en el relato, confiriéndole de esa manera mayor envergadura (un cierto aire de denuncia y de juego irónico con las propias debilidades), podría observar que mi perplejidad y mi fascinación de los primeros momentos, mi propensión a *detectar* en aquellos detalles una honda significación metafísica, se derivaba simplemente de una inconfundible disposición “mitificadora”, muy característica de los intelectuales apollillados de Occidente —tan proclives a fetichizar los más irrelevantes sucesos cotidianos, a sorprender

bajo la vulgaridad de la vida corriente insospechados mundos que hablan lenguajes solo descifrables por ellos y a proporcionar de ese modo “sentido” a una existencia, la suya, absolutamente inútil y decadente—.

Cuando ya había trazado, de esa manera, el esquema de la historia, un incidente sin importancia (la llegada de un hombre de mediana edad, enfundado en un mono azul salpicado de yeso, que pidió una cerveza de litro y un bocadillo de tortilla para llevar, y que, al comprobar entre sorprendido y avergonzado que no le alcanzaba la calderilla de su monedero para pagar la cuenta, optó finalmente por renunciar al alimento, aferrándose con gesto pícaro y ansioso a la botella) me convenció de que más valía abandonar el proyecto y, como mucho, relatar algún día aquellos sucesos sin prostituirlos en el lupanar fácil de la ficción. El mundo real, con sus previsible avatares, se me reveló infinitamente más interesante que la mejor de las fábulas inventadas. Y, por otro lado, mi cuento, sobrado de truculencias, dejó de parecerme a la postre (bajo la ola de decepción y pesimismo que empezaba a embargarme), por confusas, aunque contundentes razones, “significativo”. Se me insinuaba sin paliativos su rotunda ridiculez...

Regresé, pues, a la casa, con las manos vacías y la cabeza todavía demasiado agitada. En parte por ello, decidí no asistir esa tarde al Instituto. Como siempre, había dejado la preparación de las clases para el último momento... Por aquellos días me ocupaba de Heliogábalo, el anarquista coronado que *“se deshizo de fiesta en fiesta, de brillo en brillo, de forma en forma y de fuego en fuego, como si corriera de alma en alma, en una misteriosa odisea interior que nadie ha vuelto a emprender después de él”*; y, debido a mis descubrimientos de la mañana, ya no me hallaba en disposición de ánimo, ni me quedaba prácticamente tiempo, para organizar la presentación de un personaje que se merecía, por su gesto, mejor trato.

Tampoco tenía hambre. Desde niño, mis relaciones con la alimentación habían sido un tanto extrañas: normalmente, comía sin hambre, como cumpliendo algún trámite, por la fuerza de la costumbre y la salud del cuerpo; otras veces, en cambio, el hambre me llegaba después de comer, cuando ya había acabado con mi ración. Ese mediodía, ni tenía hambre ni me veía con ganas de satisfacer una rutina útil; así que, para desobsesionarme en la medida de lo posible y forzar a mis pensamientos a caminar en otra dirección, me senté ante la máquina de escribir y me propuse concluir de una vez el relato que me venía “derrotando” desde hacía varias semanas.

Se trataba de la historia de mi tío, Antonio EL CATASTRÓFICO, un hombre singular, excéntrico a su manera, pero, de todas formas, perfectamente comprensible. Su extravagancia, pues, era de otro orden; en nada se parecía a la violenta rareza de mi compañero de pensión. La vida de mi tío se ofrecía a la inteligencia de cualquier observador como un puzzle por recomponer, una escritura en clave que descodificar, un idioma extranjero por traducir. Por el contrario, lo poco que sabía del inquilino del cuarto de enfrente se asemejaba más al grito enloquecido de un desesperado y, como un enigma inescrutable, me recordaba el bello misterio de *“la rosa que, sin porqué, florece porque florece”*.

No tuve suerte. Se diría que, por aquel tiempo, las palabras disfrutaban castigándome. Hacía ya casi diez días que no escribía nada, y me seguía encontrando particularmente mudo ante el papel. Sabía lo que quería decir, pero las palabras no acudían en mi auxilio. Leí una y otra vez el folio ante el que se quebraba, cual esperanza inane, el estilete de mi imaginación. Lo hallaba en lo esencial bien compensado; y cada vez que añadía una frase, o incluso una palabra, el conjunto se venía inmediatamente abajo. Me repetí, como un escolar, cada parágrafo, con la esperanza de que la “música” de aquel relato volviera a penetrarme y me capacitara de algún modo para continuarlo sin degradarlo. Pero de

nada sirvió. Estaba visto que ese día *tampoco* podría componer... No ignoraba que con la literatura había que ser muy respetuoso y que resultaba ciertamente desaconsejable “obligarse a escribir”. Así que, con el temor de haber secado para siempre la fuente precaria de mi inspiración, me tumbé en la cama y releí de nuevo la página de la impotencia —tal si sospechase que aquella iba a ser la última hoja de mi creatividad—. Os la puedo transcribir, para que apreciéis desde qué punto, medianamente elevado, me sentía caer, como un pozal de agua en el aljibe ciego, verticalmente y sin remedio:

“Junto a él, guardándole las distancias, pero siempre a su lado —aunque no lo visite más de una vez al mes y lo aborde ese día con la intención apenas disimulada de acribillarlo con sus interpretaciones—,

Perico EL LOCO, ebrio de historias que contar y falto de oídos como de asiento, atornillado al relato de la huida y, si hemos de creer en sus palabras, a punto de irse como todos sus personajes (irse para no volver o, como el último de sus evadidos, fugarse hasta de la fuga y desaparecer entre nosotros).

Y, ahora mismo, en este instante, mientras EL CATASTRÓFICO entra una vez más en el *cuarto del peligro* con el artículo de la venganza estudiantil entre los dedos del fracaso, EL LOCO concluye por fin su relato sobre el escritor secreto que huyó incluso de la huida para enfrentarse cada día a la más completa de las amenazas:

una obra gigantesca, abrumadora y arrogante, colgada del silencio como pende su vida de la nada (la nada o el vacío).

*El peligro: asomarse, cada día, a la nada (la nada o el vacío)
y no vivir más que de ese asomarse
—no vivir más que para ese asomarse—”.*

Aquel fragmento, a su modo equilibrado, exigía no obstante el complemento de un párrafo final, recapitulatorio, en el que el autor se desdoblase y, al hablar directamente de sí, sembrara la duda sobre la identidad de Perico EL LOCO —en verdad, una parte de sí mismo (yo mismo), pero más como anhelo, deseo de ser, que como espejo íntimo o memoria recobrada—. Sin embargo, y debido a la escalada de mi nerviosismo, empezaba ya a prepararme para la eventualidad de que dicha historia envejeciera en su forma antigua, decapitada para siempre por mi falta de energía...

En esos pensamientos se me fue escapando la tarde; y, cuando se anunciaba el anochecer, sentí unos pinchazos en el estómago, con un redoble de dolor sordo en la cabeza. Comenzaron de forma tenue, casi imperceptible, y no podría decir en qué momento (quizá en una de esas horas que malbaraté emborronando papeles como un poseído); pero, conforme se inundaba el cuarto de sombras y una negrura más densa que la de otros días desdibujaba el título de graduado escolar de la casera —mientras yo me sumergía sin razón en una tristeza desoladora, como un barco que se pierde por la lejanía del horizonte y, de repente, naufraga—, los dolores se fueron haciendo más intensos, casi insoportables.

Pensé que mi cuerpo se estaba cansando ya de tanta reflexión estéril y que me quería bajar de nuevo al mundo de los cuidados cotidianos. Caí en la cuenta de que no había comido nada en todo el día y de que, aparte del café, en muy poco había contribuido a la reposición del “vigor” necesario para afrontar una jornada, por excepcionales motivos, tan agotadora. Decidí defenderme de la debilidad y de la enfermedad incipiente, y bajé a comprar un pollo asado y un par de litros de cerveza. Ese había sido siempre mi remedio contra la depresión, mi conjuro contra las crisis de angustia sin sentido. Nunca me había fallado. Tenía mucho de rito y un poco de liberación: con la serenidad de un cirujano de mí mismo, ingería lentamente el pollo (todo el pollo, parte por parte y hasta el tuétano de los huesos) como si extirpara

la raíz oculta de todos mis males, y daba término, de paso, a los dos litros de cerveza. Acto seguido, tal vez un poco sofocado, me tendía en la cama para dormir una siesta que debería durar lo mismo que mi angustia y que acabaría cuando mi organismo hubiera recuperado, por esa catarsis mágica, todas las ganas y toda la alegría de vivir.

Funcionó, una vez más, la terapia... Al cabo de dos o tres horas, me desperté como por etapas, fatigado aún, con la cabeza plomiza y los huesos doloridos, pero moralmente entero. Como si hubiera reconquistado mi antiguo buen humor, me entretuve perezosamente entre las sábanas, hallando motivo de diversión en el hecho de que un simple pollo fuera más eficaz contra mis recaídas de desasosiego existencial que toda la filosofía activista del mundo. No en balde, Dickens recomendaba, a quienes se veían en peligro de sucumbir a la tentación del suicidio, un buen mendrugo de pan duro por las mañanas, en ayunas, acompañado de una jarra de cerveza —y el abandono de todas sus lecturas—.

Parecía que incluso la sangre de mis venas se había renovado y me impulsaba a exprimir festivamente lo que todavía quedaba de noche. Un montón de planes se dieron cita en mi cabeza. Opté finalmente por ir al cine, pues para esa semana habían anunciado *Ojos negros*, film soviético basado en un cuento de Chéjov —y, sin haberlo leído, imaginaba que debía ser un conmovedor canto a la vida ligera y al libre disfrute de nuestro cuerpo—. Estaba un poco hartado de ese “espíritu de la pesadez”, como decía Nietzsche, que me hundía en la ciénaga de la filosofía impotente y de la meditación desgastadora; y, para librarme de su hechizo, nada me pareció más indicado que una película de corte clásico, aderezada, según las críticas, por una excelente fotografía y una deliciosa banda sonora.

Antes de salir pude observar, sin embargo, el resplandor débil de la lámpara que cada noche consumía la vista de mi vecino de al lado. De no haberme despertado con tan buena disposición de

ánimo, aquella imagen (una ventana sucia que dejaba ver, a través de una especie de cortinilla gris, la silueta de un joven penosamente encorvado frente a la luz amarillenta de su pequeño flexo, leyendo —como ya no se veía, pero estaba en mi conocimiento—, por enésima vez, la Biblia de su triste salvación), aquel cuadro, decía, habría bastado para sumergirme de nuevo en la melancolía enemiga. Se trataba de un apocado Testigo de Jehová, víctima de terribles complejos y de graves insuficiencias, quien, si bien apenas despertaba —por todo ello— mi interés, conservaba de alguna forma el poder de deprimirme con su sola presencia. No me parecía tan fácil de soportar el espectáculo de un hombre que se abraza a un libro para no perecer en la selva de la vida cotidiana, sin duda a falta de una persona que destruir o unos amigos que atormentar...

Alejando aquella imagen de mi mente, me precipité por las tumultuosas calles de Valencia; y me pareció entonces que el aire de la noche era más puro, la soledad menos agobiante y los pensamientos no tan tenebrosos. Me sentía bien; y creo que una ligera sonrisa se dibujó en mis labios, como queriendo expresar el arrebatado de felicidad que reanimaba mi corazón.

La película me fascinó. La encontré encantadora, bellísima y, efectivamente, “ligera”. En particular, me deslumbró el tipo humano representado por el protagonista: un hombre que parecía vivir al margen de todo discurso filosófico, de todo proyecto existencial, de toda necesidad de racionalización y, a pesar de ello o por eso mismo, podía considerarse sencillamente feliz. Me emocionó verlo renunciar alegremente a los privilegios de su clase social, impulsado por el soplo de un capricho pasajero. Y su disparatada odisea por los caminos interminables de Europa en busca de una mujer a la que apenas conocía —pero de la que se sentía profundamente enamorado— venía a demostrarme que todavía era posible convertir la propia vida en un deliberado “dejarse llevar” por los sentimientos inmediatos y por la promesa más concreta del placer.

Yo había consumido ya muchos años en el vano intento de avanzar también por esa senda. Luchaba por soltar amarras y vivir la dicha de la deriva; pero, antes o después, tropezaba con el muro de un obstáculo insalvable que echaba por tierra todos mis pequeños logros y demolía de una vez el edificio frágil de mis más apreciados ensueños de existencia ingrávida. El obstáculo era uno y siempre el mismo: mi propensión a recalar en todas las costas del infortunio, dejándome la piel en cada mansión del dolor y ante cada ser desgarrado. Ya lo había escrito en otra parte: en mi fatalidad, me veía como “*los ojos de un niño, desesperadamente abiertos ante el horror*”. Sufría por mantenerlos abiertos, y sabía que el horror acabaría matándome. Pero ya solo me quedaban los ojos.

Arropado por esas impresiones, fortificado en la plena conciencia de mi destino, regresé a la pensión y me dispuse, con entusiasmo, a retomar la posibilidad de concluir *El Cuento del Peligro*. El imperturbable lector de las Escrituras debía estar ya durmiendo, pues no había luz en su cuarto. Eran más de las dos, pero yo no tenía sueño —debido a mi larga y curativa siesta—.

Empecé a releer el último fragmento de la narración que me proponía desarrollar:

«EL LOCO concluye por fin su relato sobre el escritor secreto que huyó incluso de la huida...».

Y me pareció oír una especie de chasquido proveniente del otro extremo de la casa. No hice caso y continué:

«...para enfrentarse cada día al más absoluto de los peligros...».

Levanté de nuevo la vista, pues ya no me quedaba duda de que algo estaba sucediendo al final del pasillo: alguien intentaba abrir la puerta, y esta se le resistía. Pensé que sería el inquilino de

enfrente y, como había decidido no volver a interesarme por él, esboqué todos los gestos de la indiferencia (queriendo demostrarme a mí mismo que estaba ya muy por encima de mis fantasmas de la mañana) y proseguí la lectura:

«...: una obra gigantesca, abrumadora y arrogante, colgada del silencio como pende su vida de la nada (la nada o el vacío)...».

Como si mi cabeza se hallara partida en dos y una mitad fingiera leer mientras la otra examinaba atentamente la naturaleza de los ruidos, una circunstancia, desapercibida al principio, reclamó de improviso mi atención y logró paralizarme una vez más: no se veía luz al fondo del pasillo y, por eso, quien quiera que fuese, a oscuras, estaba teniendo harto trabajo en introducir la llave por el ojo de la cerradura. Pero ¿por qué no daba la luz? Esa pregunta bastó para sobresaltarme. Sin embargo, y puesto que no me cautivaba la idea de dejarme arrastrar por el más infantil de los miedos, continúe leyendo en espera de que la incógnita se resolviera por sí sola y me sacara en un instante de mi ridículo raptó de temor:

«...El peligro: asomarse, cada día, a la nada (la nada o el vacío) y no vivir más que de ese asomarse...».

Me detuve. No sé por qué camino, un nuevo detalle se había abierto paso hasta mi conciencia: aquellos no eran los sonidos habituales de una puerta a punto de ceder... En el silencio de la noche, el fragor de la llave deslizándose sobre la cerradura me llegaba sorprendentemente más apagado, como una leve alteración en el pulso regular de la madrugada. Reconocí los movimientos, exasperantemente sigilosos, de una mano que no se rendía y que, entre tentativa y tentativa, sembraba el desconcierto de extrañas

pausas. El misterioso visitante, pues, mostrábase muy interesado en no hacer ruido —y en no dejarse ver...—.

Ya francamente asustado, terminé de un tirón la lectura de la página (“no vivir más que para ese asomarse”), como impulsado por un estúpido atavismo que me llevaba a no dejar nunca nada a medias y a concluir en cualquier tesitura la tarea que hubiera emprendido, y apagué la luz de mi flexo. Me desnudé rápida y silenciosamente, y busqué aterrado el cobijo de las mantas. Acurrucado, me limité por unos segundos a esperar el desarrollo de los acontecimientos. Desde crío, se había manifestado en mí esa rara inclinación a desnudarme y esconderme bajo las sábanas en caso de posibles peligros. Y aquella madrugada, a pesar de mis largos veintisiete años, no reaccioné de otra forma.

Como reparé, no obstante, en el absurdo de la situación, y los ruidos persistían, temblando no sé si de frío o de miedo, me lancé al suelo, agarré el cuchillo polaco que siempre me acompañaba y que, para defenderme de imaginarios asaltantes, guardaba muy a mano por las noches (un arma extravagante, afilada con esmero por las dos caras de su enorme hoja dorada); y, arrastrándome, me acerqué penosamente a la puerta de mi cuarto. Estaba entreabierta, pues ni siquiera me había preocupado de cerrarla en mi torpe primera reacción; y aproveché esa circunstancia para, desde el suelo, lanzar una mirada furtiva a lo largo de toda la oscuridad del pasillo.

Habían cesado los ruidos... Deduje de ahí que pronto descubriría la identidad del visitante; y quise pensar también que con ello se esfumaría por fin todo el espanto del momento. En una décima de segundo —como por una erupción de la esperanza— pretendí convencerme a mí mismo, primero, de que se trataría de la casera, movida por su perversa propensión a espiar a los huéspedes y a sorprenderlos medio desnudos a través de las rendijas de las puertas; y, después, de que no podía ser más que el inquilino de la habitación de enfrente, procurando no despertar a la due-

ña para ahorrarse tener que darle explicaciones al día siguiente. Pero fracasé en el empeño: algo me hacía pensar que dentro de un instante habría de asistir, como por la mañana, a un cuadro escalofriante e incomprensible.

Así fue. La oscuridad del pasillo se hizo repentinamente más densa; y, a lo lejos, pude observar cómo una tremenda mancha negra se desplazaba de un lado para otro y, sin razón aparente, se detenía a unos cuantos metros de mi cuarto... Siguieron unos ruidos que me resultaron familiares: el frote de la cabeza de una cerilla contra las asperezas de su caja y ese sonido peculiar (tenuemente explosivo) que sucede a la chispa y antecede a la llama. Se iluminó bruscamente la escena; pero el resplandor, inestable y mortecino, apenas sí hizo visibles la vela de la que provenía y el contorno de dos cuerpos, desiguales, que se acercaban cautelosos. Me horroricé. La oscuridad, el enigma y la ausencia de imagen parecían haberme afectado menos que aquella inaudita visión... Portando la vela, reconocí, por supuesto, al misterioso inquilino que tanto me había desconcertado por la mañana. Pero a su lado..., ¡oh, Dios mío!, a su lado pude ver la silueta y el rostro de un niño pálido, inexpresivo, como ausente, que avanzaba sin prisa hacia el cuarto de su acompañante. No iban de la mano. Ni intercambiaron en todo el trayecto un solo gesto de amistad o complicidad. Simplemente, caminaban uno al costado del otro, casi en paralelo, como fatalmente atraídos por el imán de la habitación desierta.

Cuando pasaron por delante de mi puerta, presa de un terror para mí desconocido y de un pasmo absoluto, cerré instintivamente los ojos y, armado con mi cuchillo polaco, esperé como un infeliz que todo se me viniera encima, que todo se precipitase y yo, descubierto, fuera víctima de los más insospechables sucesos... Siguieron caminando. Pensé entonces que no habían reparado en mí, pues bastante les costaba ya orientarse por la estrechez del pasillo. Cuando noté que se debilitaba el sonido de sus

pasos, volví a abrir los ojos y, bañado en un sudor frío y viscoso, observé que la pareja entraba en la habitación y se perdía tras el cristal de la puerta.

Me tranquilicé un poco y afilé la mirada, como queriendo atravesar el manto de la oscuridad para reconocer alguna figura, algún movimiento, en aquel extraño cuarto. Pero no vi nada. Tampoco oí nada. Es seguro que no hablaron, pues solo tres o cuatro metros separaban mi pieza de aquella estancia y cualquier palabra, por muy en voz baja que se profririera, hubiese sido captada por mi oído vigilante, bien como un murmullo quebradizo, bien como ondulante susurro. No se dijeron nada, pues. Tampoco se debieron mover mucho. Me pareció que aquel cuarto exhalaba el más atroz de los silencios; y que de él procedía la profunda nueva oscuridad que empezó a apoderarse de la casa una vez que, rebasada la puerta por la pareja, se extinguió la llama de la vela. Yo tampoco me moví. Permanecí como estaba, en el suelo, boca abajo, con la cabeza dolorosamente erguida y la mano sudorosa casi oprimiendo la empuñadura de mi arma. Mi imaginación se rendía por completo ante lo que, envuelto en el silencio y bajo la protección de la oscuridad, podía estar acaeciando en la habitación de enfrente.

Después de unos minutos de espera (pues yo había resuelto no cambiar de posición hasta dentro de media hora por lo menos, para asegurarme de que no sería sorprendido), volvió a helárseme el corazón... Percibí otra vez los sonidos familiares de la cerilla contra la caja, otra vez el rumor del fuego en expansión...; y brotó salvaje la claridad que tanto temía. Con la vela en la mano, y sin decir nada, salió el chiquillo del cuartucho, inexpresivo como antes, pálido de muerte, enervante en su serenidad. Me resistí a cerrar esta vez los ojos y, cuando el niño se hallaba por fin a la altura de mi habitación, realicé un desesperado esfuerzo visual con la intención de representarme mejor los rasgos de su cara. Quise captar incluso el brillo de sus pupilas y... ¡Dios santo!, me descubrí en ellas.

Me había visto. Como la vela se hallaba ahora mucho más cerca del suelo —ya que el niño daba la impresión de no sobrepasar en demasía los seis o siete años de edad—, habían aumentado considerablemente las posibilidades de que su resplandor me alcanzase. Y así ocurrió. Noté la súbita dilatación de las pupilas del chiquillo, y el corazón comenzó a latirme a un ritmo vertiginoso, insostenible. Sentí una especie de terrible pellizco que recorría toda mi espalda desde el cuello hasta la cintura, y la inquietante sensación de que la sangre, hecha agua, dejaba de fluirme.

El chico, que asimismo debía saberse observado por mí, apenas se inmutó. No sorprendí ninguna mueca en sus labios, ningún movimiento brusco de su cabeza, ninguna aceleración o desaceleración en su paso... Sencillamente: aparte del cambio de tamaño de las pupilas, el chico no reaccionó. Tuve entonces el presentimiento de que también había sido descubierto a la ida por mi intratable vecino, en el momento en que cerré atemorizado los ojos. Y esa perturbadora sospecha continúa desvelándome hoy mismo, a miles de kilómetros de distancia de la pensión y de su mundo. Lo cierto es que, sin asustarse ni irritarse, el niño prosiguió su espectral marcha por el pasillo, vela en mano, lentamente, con la regularidad de una máquina y el aspecto de un cadáver. Vestía con humildad, era moreno, pelo rizado y, por la blancura de su piel y la expresión apagada de sus grandes ojos negros, diría hoy que de ascendencia árabe. Lo recuerdo con precisión, pues bajo esa misma forma se me aparece, desde entonces, en mis más atormentadas recaídas de asombro profundo.

Todavía hoy no sé qué pensar de aquel enigmático y anodante huésped. Y debo reconocer que no tengo ninguna “interpretación” para los sucesos de la noche. A él lo recuerdo como un Signo mayúsculo, intraducible al lenguaje de nuestra limitada y pequeña razón. Y la aparición del niño por el pasillo me la represento como un suceso puro, bruto, primario, del que nada se puede decir porque nos faltan todos los datos. Jamás

en mi vida me he enfrentado a la emergencia de una Diferencia tan abrupta, ante la cual ninguno de los lugares comunes de la imaginación funciona o deja de funcionar —porque son de otro orden—. Sin embargo, por haber padecido aquel “choque” demoledor, me creo hoy autorizado a concluir que lo Radicalmente Extraño (que, por supuesto, existe; y existe entre nosotros, a nuestro alrededor), igual que derrota a todas las fuerzas de nuestra inteligencia e incluso de nuestro corazón, conserva el demoníaco poder de herirnos hasta el fondo del alma. Y de esa herida, desconcertante como la guerra entre los que se aman, jamás se puede sanar.

Aquellos hechos, en parte (solo en parte) independientes de la vida en la pensión, me impulsaron no obstante a abandonar de una vez todo ese mundo herrumbroso del hospedaje barato y las habitaciones de alquiler. Así lo hice, al día siguiente. Me trasladé primero a un piso compartido con jóvenes estudiantes; y, más tarde, conviví con un viejo amigo, en su confortable departamento pequeño-burgués, hasta que llegó la tan esperada fecha de mi partida a Hungría. El cambio de residencia no consiguió acabar con aquel “dolor que sabe esconder su origen”, pero lo atenuó considerablemente. Solo más tarde, en la paz de una *conejera* húngara, tal y como había previsto, me sentí definitivamente a salvo de mis temibles periódicas crisis de ansiedad. Debo, sin embargo, a mi experiencia de las pensiones un buen número de certidumbres sobre la forma insidiosa en que el alojamiento, según su naturaleza, se adueña del espíritu del morador y lo trastorna. He de admitir al mismo tiempo que no conseguí dominar todos los entresijos de ese mundo y que llegó incluso a aterrorizarme la simple idea de continuar excavando. Y nunca sabré, por otro lado, hasta qué punto “excavar” no es más que proyectar nuestros propios fantasmas sobre el silencio del subsuelo.

Pero lo que sí puedo confesaros es que, a lo largo de mi vida, cada vez que mi radical necesidad de mirar por debajo de la su-

perficie me ha hecho tropezar con un ser, o con un objeto, que no se deja atrapar y sorteando todos los cepos de la interpretación, inmediatamente ha vuelto a mi memoria la imagen de aquel niño castigador que, vela en mano, se alejaba de mis atónitos ojos sin consentir que nada en él me hablara de su Secreto.

*

NOTA NÚM. 8: CONGLOMERADO AMORFO DE ELEMENTOS DISTINTOS Y HASTA DISONANTES, ALGO MENOS QUE UN «CAJÓN DE SASTRE»...

Aunque se trate de una idea muy poco original (pero ¿qué necesidad tenemos de buscar siempre, y a cualquier precio, la “originalidad”, como quizás se le podría reprochar a Víctor Araya?), yo considero que la “armonía”, el “ritmo”, tentado estoy de decir la “redondez”, una cierta impresión de “consistencia”, de “homogeneidad”, de “adecuación” entre las partes, una sugerencia de “estructura”, de “armazón”, de “esqueleto”, como una preocupación por la “arquitectura”, por la percepción del “conjunto”, por la compatibilidad de los “materiales”, etc., son rasgos que distinguen a la gran literatura de todos los tiempos, constituyentes insuprimibles del hacer de los buenos escritores. Y no me agrada tener que constatar aquí la ausencia de los mismos en este *El espíritu...* que debo comentar.

No, no hay en la obra de mi amigo “ritmo”, “armazón”, “estructura”... Me la represento como un conglomerado amorfo de elementos distintos y hasta disonantes; *algo menos* que un “cajón de sastré” —donde, se quiera o no, todo cuanto cabe hallar guarda cierta “relación”, cierto “vínculo de pertenencia”. Tal un “cuarto trastero”, así la concibo, como ya he dicho...

Un buen relato debe ser, me parece, como un buen guiso: no basta con que los ingredientes sean, uno por uno, por separado, de excelente calidad; deben combinarse con maestría (no todos “se llevarían bien” en la misma olla y al mismo tiempo: algunos se excluyen, se repelen, atentan contra las cualidades de los demás). Y hay luego un difícil arte culinario, gastronómico, a que todos se someten, fundiéndose, confundiendo, haciéndose “otra cosa” —“cocinándose”, para constituir el “plato”—. En *El espíritu...* no hay oficio culinario, no hay sabiduría gastronómica, sino una mera “presentación” en crudo, sin cocinar, de “viandas” desigua-

les —malas, buenas, desastrosas o estimables—. Los “elementos” de esta obra se han quedado para siempre en un estado de “ingredientes”; no han encontrado al cocinero. Y se requiere un estómago caníbal, o ser presa de la hambruna, para devorarlos sin indigestión... Por prolongar un poco más la metáfora, diría que *El espíritu...* es como un ajoaceite que no hemos logrado “atar”: con indiferencia de la mayor o menor calidad del aceite, de los huevos y de los ajos, como salsa, por no haber “cuajado”, por no haberse “fundido”, no vale...

Y si, cambiando de plano, buscamos analogías con la música, entonces sostendría que el libro de Araya es puro “ruido”, sonidos en bruto, sin “composición” propiamente dicha, sin armonía, sin melodía, sin regularidad... Ni siquiera *jazz*, donde aún subsiste la impresión de conjunto, la unidad de la composición, la interpenetración de los sonidos y el trabajo solidario, cómplice, de los instrumentos. Puro ruido... Sonidos no del todo aleatorios, pero tampoco “insustituibles”, en una secuencia acústica quebrada.

Víctor tiene argumentos para todo. Es un polemista nato, un “saco de palabras”, como se definió en *Desesperar*. En *El husmo*, otro “pastiche” descomunal, aboga explícitamente por una “escritura de taller”, deliberadamente “sin acabar”, que revelase el proceso mismo de su composición... Si he de ser sincero, diré que sus peroratas solo me parecen “excursos” para justificar la flaqueza de su poder compositor, racionalizaciones para ocultar sus carencias como escritor.

Siempre me ha cautivado la idea de una obra literaria que se resistiera a constituirse como tal, como Obra, y se presentara al lector, no en el momento intermedio de una primera o segunda redacción, sino en la fase —ni siquiera previa o preliminar— del Taller, del acopio de unos materiales que valen ya por sí mismos, liberados de posteriores y falsificadoras elaboraciones, en su dispersión, como un atentado contra toda pretensión de unidad, de discurso homogéneo,

igual a sí mismo desde la primera página hasta la última. *Esa escritura de factoría, de cúmulo, de diferentes lenguajes y de registros diversos, sería capaz, a diferencia de la escritura cerrada y unitaria (y justamente por la dispersión estudiada de sus motivos, por la heterogeneidad rigurosa y en absoluto aleatoria de sus composiciones, por su planeada anarquía, su desorden dentro de un orden descentrado, su fragmentación dirigida y nunca gratuita), de mostrar procesos y sentidos, problemas y desarrollos, que ningún discurso de la homogeneidad y de la coherencia, del tiempo recto y de las palabras hermanadas, podría ni siquiera rozar.*

Especialmente desafortunada me parece una comparación, que le leí en un borrador, donde asemeja su obra a *“aquellos relojes que transparentan su mecanismo”*: en mi opinión, es justamente el “mecanismo”, el dispositivo que relaciona a unas piezas con otras y “pone en marcha” la obra, el que falta en *El husmo* lo mismo que en *El espíritu...* La escritura de Araya, al menos en estos dos casos, “transparenta” un conjunto de piezas sueltas, arrumbadas las unas al lado de las otras; sugiere la imagen de una chatarrería, de un cementerio de automóviles; siempre de algo estático y disgregado, “amorfo”...

¿A qué vienen los “saltos” y las “cesuras” de *El espíritu...*, que igual se ubica en Hungría que en España o Latinoamérica, que lo mismo retrocede en el tiempo que nos instala en el futuro, que cambia de tono caprichosamente, que interrumpe un relato para intercalar otro, que se demora en digresiones filosóficas o histórico-sociológicas de lo más pedantes, cuya acción se acelera de improviso y también de repente se empantana? Un monumental despropósito, a mi entender. Un trabajo sin ritmo, rigurosamente “invertebrado”. Un fracaso de libro...

Para defenderse ante mí, para hacer frente a estas críticas, Araya recurre a su arma favorita: una lista de obras y de autores

—que yo, por supuesto, y en mi aislamiento, no conocía—. Se amparaba en otros que, si hemos de creerlo, habían hecho lo mismo que él, que habían “avalado” incluso su estética (¿“estética”?). Se ubicaba en una tradición literaria, casi en un movimiento, y me hablaba de “obras interrumpidas”, de “textos discontinuos”, de modos “fragmentarios” de componer y hasta de razonar; aludía a no sé qué vanguardias o post-vanguardias, modernismos o post-modernismos, “finales” de la historia o de la literatura... Como ya he anotado, coartadas para no componer, pretextos para no escribir una buena novela, justificaciones de gentes mediocres, de escritores vulgares, de pensadores flojos y de filósofos de tres al cuarto —modas pasajeras, poses, charlatanería no sé si “progresista” o “revolucionaria” o qué demonios—.

“Repencia de escribir una novela, lo mismo que de obedecer. La escritura es obediencia. Qué bien entiendo ahora a Artaud, incapaz de escribir; y a Bataille, incapaz de razonar. Qué bien me entiendo, incapaz de obedecer” anotó Araya en *Desesperar*. Solo por aquí puedo entender la pretendida “opción estética” de mi amigo: una tentativa de desobediencia, de no someterse al “código” que rige la literatura, a los patrones venerados de la escritura convencional; una reivindicación de su libertad absoluta ante el papel en blanco, de no “torturarse” con exigencias externas, de género, de moldes, de “buen tono” literario, etc. *Sin embargo, aunque “desobedecer” está siempre bien, a mí no me parece muy buena esta escritura “desobediente”.*

Se trata, como el propio Araya sostiene en *Desesperar*, de una no-escritura. Y a mí me interesa la “escritura”...

Me había propuesto, alcanzado este punto, llevar a cabo una reflexión sobre el valor de la presente escritura en los tiempos que vivimos sombríamente. Pero mejor lo dejo para vosotros. La cuestión del valor permanece demasiado unida a la de la esperanza. No me interesa. *“Confieso que no ten-*

go el concepto del valor de mis obras”, escribió Pessoa. Por mi parte, *“todo lo que he hecho a lo largo de mi vida ha sido perfectamente inútil; no espero otra cosa de mi escritura”*. Hay quienes escriben para la mayoría; otros, para unos pocos; algunos, para ellos mismos. Yo *no* escribo. Lo que sea esto, no vale ni para importunar al silencio. A mí no me sirve, tampoco a vosotros.

Quizás me haya excedido verbalmente al descalificar la literatura de Víctor. Pero es que a mí todos estos “experimentalismos”, todas estas grandes pretensiones de renovación o de revolución “formal”, me aburren y ya casi me indignan. Amo la literatura con “contenido” que llega a la gente; que se esfuerza, al menos, por llegar a la gente. Y veo en todas estas anti-literaturas, tan del gusto de Araya, en estas “vanguardias” o “post-vanguardias” o “post-escrituras” (¡es tan fácil poner nombres llamativos a lo que quizás sea un desierto, un paréntesis, unas vacaciones de la inteligencia y de la imaginación!), veo en ellas, decía, un mero engendro de intelectuales, abstruso, confuso, incomprensible; un producto de *marketing* filosófico para consumo de minorías ilustradas decadentes; un invento anti-popular, aristocrático, autista, negador de las buenas verdades elementales de siempre: que un libro se escribe para ser entendido, que dice “algo”, que proporciona un “placer” al lector o un conocimiento o un estímulo, que tiene su razón de ser y, hablando del mundo, le habla al mundo...

A veces Araya me ha comentado que “detestaba” la arquitectura, el armazón coercitivo de la novela clásica, y que él era un escritor del detalle, del *destello*, de la frase, de las dos o tres líneas impetuosas, un minimalista de la literatura; y que por eso no ha perdido el tiempo en “diseñar” los marcos de sus novelas, en dotarlas de “esqueleto”. Para no terminar esta nota con demasiado mal sabor de boca, bajo la mala consciencia de hacer sangre a un amigo, dejaré abierta esta posibilidad: que Araya *no quería* escribir de otro

modo... Y que quizás no quepa mirar sus libros con los mismos ojos con los que miramos las novelas de Stendhal o de Flaubert, por ejemplo.

Justificadamente o no, la conciencia de Araya se había ido llenando de cargos contra la escritura y los escritores; y por eso este autor proclamaba no-escribir. Extracto un pasaje de *Desesperar* que ya recogí en mi primera nota:

La escritura desesperada se caracteriza por una absoluta pérdida de fe en sí misma. En este sentido, y por oposición a la escritura dominante —discurso satisfecho de sí, pagado de sí, inebriado de amor propio—, puede concebirse como *no-escritura (...)*. El escritor desesperado (...) escribe por debilidad, por flaqueza, por no ser capaz de callar, acaso por alguna tara, alguna grave deficiencia de su carácter, por enfermedad, por propia miseria espiritual, por no tener nada mejor ni peor que hacer, por vicio, por estupidez, por cobardía. Y su escritura, que cuenta muy poco para él mismo, nada debe valer para el lector.

Como una piedra arrojada por una mano cualquiera, ahí están mis obras, perfectamente inútiles. Como un hombrecillo que trabaja para alimentar a su familia, y un día morirá y se acabará el hombrecillo, aunque no el trabajo ni la familia, aquí estoy yo, absolutamente irrelevante. Desesperado y feliz (...), incapaz de convencerlos de nada, inservible, accidental como la circunstancia de haber nacido, vacío, ligero, hueco, hoja que arrastra el viento, con muy pocas mentiras a las que aferrarme, viviendo por instinto como los animales, *hostil, odiador, enemigo*.

Fragmento tercero
Insistencias

12)

*Cruelles y paradójicos tal el puñal que usaban
los guerreros del Medioevo para dar el golpe
de gracia al enemigo caído —un puñal llamado
“misericordia”—*

¿Y, si es cierto que se puede Volver A Nacer, en qué se distingue un “tercer nacimiento” de la Muerte? No hallé respuesta, en medio de una tan tempestuosa extrañeza y de un aturdimiento ya decididamente cegador. Nicaragua, Polonia, la India y Budapest se me representaban como tentativas, tal vez infructuosas, de “vivir de otro modo” (o “vivir otra vida”), pero no estaba seguro de que, orillando la experiencia ambigua de mi estadía en Hungría, hubiera “renacido”, en cualquier acepción de la palabra, alguna vez.

La prueba decisiva fulguraba en lontananza (el reto que ya es el Reto, más que un Reto, Reto al Reto y a su necesidad, Reto “en” el Reto) y consistía en “fugarme”: mi retorno, tres meses más tarde, a Budapest, tras romper definitivamente con todo lo que me ataba a España y dispuesto a excavar, en aquella tierra nueva, mi última trinchera —como labraban los gitanos andaluces, al pie de las sierras calizas, sus cuevas inmemoriales, hartos de ofrendar la vida a *lo imposible* del camino—. Y, quizás, ese en verdad sería mi segundo nacimiento, mi único segundo nacimiento... Por aquellas jornadas incendiadas, agonizaba (me decía) un hom-

bre viejo, herrumbrado, exangüe por la imparable hemorragia de heridas que solo cicatrizarían como pesadillas, fantasmas del recuerdo, fracturas del corazón... Y mis amigos del Tercer Mundo habrían de rematarme, crueles y paradójicos cual el puñal que usaban los guerreros del Medioevo para dar el golpe de gracia al enemigo caído —un puñal llamado “misericordia”—.

Temblando de indefensión, como un perro vagamundo bajo el diluvio que no cesa, me sequé maquínicamente y, envuelto en una toalla más áspera que el fracaso, salí de los aseos deprimentes para vestirme en el cuarto de Bogui y avisar, como había convenido, a Trevor. Habían desaparecido los latinos, barridos de la planta por el vendaval del “buen sentido” húngaro, salvo Miguel, que, al fondo del corredor, conversaba apaciblemente con Bety, y el peruano chico, sentado en una cama de *La Vaca*, solo y pensativo, con la cabeza entre las manos. Profesores y bedeles habían conseguido clausurar la Fiesta (aplantar la incomprensible y conmovedora sublevación estudiantil), y posponían el Castigo —como quien demora sádicamente una ejecución— hasta el día siguiente. Supuse que Miguelón, Pana y los demás habrían escapado por los pasillos, perdiéndose en la negrura de las calles gélidas o buscando otro refugio para lo que todavía quedaba de noche en la selva impenetrable de los aposentos del Colegio.

Reclinada en su hamaca, Boglarka me esperaba sorprendentemente tranquila, serena como el observador impassible de crepúsculos ajenos que yo hubiera querido ser, preparada ya para acompañarme a la Estación. Me vestí con prisa, y llevé mi mochila y mi bolso de viaje marroquí hasta la puerta del ascensor. Los apilé, justamente, al lado de Miguel y de Bety. La húngaro-cubana me miró compasiva, mientras Miguel masculló algo acerca de Bogui: me prometió que, antes de mi regreso, la haría “su” mujer... Y sonrió repugnantemente. De no haber sido lacerado ya mil veces a traición, me habría dolido aquel gesto como una cuchillada por la espalda. Pero, puesto que mi espalda era entonces todo un

sembrado de vejaciones, apenas reaccioné ante la provocación del mexicano.

Regresé al departamento de mi compañera para recoger el pequeño bolso nicaragüense (fetiche que se soñaba amuleto) en el que siempre guardaba el dinero y la documentación. Besé a Bogui como nunca hasta ese día: con un beso cargado de despedida y fatalidad, viajero como el agua. Quise contarle muchas cosas, pero no hallé el modo. Dejé simplemente una inscripción en la pared: *“Los Mundos Convulsos, Errante el Pensamiento, la Vida Irregular... y ahora Tú”*. Decir que no hay palabras para expresar lo que aquella mujer significaba para mí sería falso: sí hay palabras, pero yo no las encuentro —ni tú, ni nadie—.

De la mano, emprendimos la marcha hacia el ascensor —límite de aquel infierno rigurosamente histórico y puerta de comunicación exclusiva con un “exterior” no menos desgarrado—. Recorrió mi mirada, casi por última vez, aquel largo pasillo de la séptima planta —ancho y sucio, como de hospital, cárcel o correccional, vaheante de cotidianos horrores, de crímenes consentidos e iniquidades premeditadas—; y, cuando vino a descansar sobre mi equipaje, repentinamente, hizo saltar la señal de alarma. Todo mi cuerpo la padeció. No me sobresalté; desperté de una vez. Salí de imaginarias pesadillas para caer en la brutal realidad de Budaörsi. Abandoné el rincón del testigo (sufrimiento de unos ojos que no quieren cerrarse) y subí al patíbulo de los condenados: alguien se había llevado mi bolso marroquí... Pregunté a unos y a otros, pero nada se sabía —y de nadie pude obtener la menor ayuda—. Miguel, no podría decir en cuál de sus particulares universos de degradación, desistió incluso de dirigirme la palabra; y Bety, juguete del alcohol y de las pasiones desaviadas, solo alcanzó a mirarme lastimeramente...

Desperté a Trevor y, con la asistencia de Boglarka, organizamos una “batida” de urgencia por los pasillos, por las escaleras, por las habitaciones. Recabamos información de los bedeles, in-

dignados aún, y supimos así que, en efecto, un latino había sido visto por los alrededores del Colegio portando una bonita maleta de cuero... Buscamos entonces por los patios, por los jardines, por las callejas más próximas. Pero todo fue en vano. Trevor manejó varias hipótesis: podía haber sido Miguel el Mexicano, herido en su amor propio por el hecho de que Bogui me hubiera elegido a mí, y no a él, para compartir su alcoba; o el costarricense agredido por Rafo, en pleno estallido de ira y sediento de venganza —desplazada—; o, tal vez, Miguelón, en busca de ropas, dinero o cualquier objeto de valor con que encandilar a sus mujeres. También cabía la posibilidad de que el peruano de Varsovia hubiera querido “cobrarse” su vodka y despedirse así de sus interesados anfitriones. Y ni siquiera podía descartarse la tesis de que algún árabe, o incluso algún húngaro, hubiese aprovechado el desconcierto y la postración de los latinos para robar el bolso —quien sabe si en connivencia con los bedeles—.

Sea como fuere, había extraviado la bolsa que, no sin intención, solía denominar “De los Trabajos y los Fríos”, con buena parte de mi producción científica y literaria en su interior y casi la totalidad de mi ropa de invierno. Era demasiado tarde para realizar cualquier clase de gestión con la Policía o con las autoridades de la Residencia... Trevor llamó a un taxi; y yo, sin afligirme apenas por la pérdida (sintiéndome liberado hasta de mi proyecto de Tesis Doctoral), zaherido más bien por la asechanza del Vacío, “roto” de antemano, como un boxeador exánime —a merced del adversario y en espera del golpe decisivo que, al noquearlo, dé también término a la tortura del combate—, me eché a la espalda la mochila “respetada” y salí del Edificio como quien se adentra en el corazón de las Tinieblas.

Rafo se unió a la comitiva, despejado y obsequioso, condolido por el hurto y como queriendo hacerse perdonar. Había escapado de su propia noche y, en el nuevo amanecer de su entusiasmo, derrochaba algo semejante a la bondad como un misionero de

viejo cuño, ingenuo y hasta estúpido. Comentó con Trevor los incidentes de la madrugada, las inexplicables pependencias, la amonestación profesoral y la amenaza de los bedeles. Todos sabíamos que el Castigo sería “ejemplar” y caería sobre nosotros como la enfermedad sobre la indigencia. Trevor temía, con todo fundamento, que la Despedida significara la expulsión de más de un latino (quizás también de él mismo) del Colegio o de la Universidad.

Llegó el taxi. La noche era clara, pero profunda, y una luna enigmáticamente llena confería al ambiente cierto aire de subyugante calma, de esencial inmovilidad. El tiempo, el dolor, el deseo y la muerte parecían “detenidos” para siempre. Daba la impresión de que NADA podía ocurrir bajo aquel ojo inmenso, blanco de paz, de la luna indolente. Y se diría que, realmente, bien pensado, no había sucedido *nada* importante. Después de la tormenta, todo quedaba como al principio: nada había concluido y nada se había transformado —los mismos volcanes en el alma, aparentemente dormidos, y el mismo desierto alrededor, a pesar de todas las lluvias—. Aquella luna henchida de sabiduría, redonda como la dicha y la angustia, podría soportar mil explosiones tal la de esa noche; y seguiría así de serena, así de inmutable, fija como la soledad, enseñándonos que todo es imperecedero, bajo formas diversas, y que, por mucho que estallemos, que reventemos, que dañemos o nos hieran, que huyamos o arraiguemos, siempre seremos los mismos y nada cambiará en nosotros —el eterno retorno—.

Nosotros, los espíritus fugitivos, nunca escapamos de nada trascendental, nunca nos evadimos de nada determinante; somos fuga, pero fuga prisionera, y nuestro Penal radica justamente en esa “pasión omnícida del huir” que nos adiestra en el desapego y en la ruptura para impedir que lleguemos a cualquier parte. Como la luna, que cada día es un poco diferente y conoce fases opuestas, pero se mantiene en profundidad siempre idéntica a

sí misma y regresa obedientemente a las mismas eternas figuras; así, nosotros, recorriendo nuestro propio ciclo, permanecemos indefinidamente en el mismo estado (brasas que avivan el fuego al menor soplo del viento) y claudicamos siempre ante la misma Fatalidad: no poder hallar la felicidad en la esclavitud común y no saber disfrutar de las cadenas ordinarias como hombres modernos. Probablemente, no es verdad que se pueda Volver a Nacer. Y hasta es posible que a los caracteres erráticos nos esté vedado “nacer” de una vez y por completo —de ahí que debamos consumirnos en un parto indefinido, inacabable, de algún modo intersticial—. Y, apareciendo al mismo tiempo como la *negación* de la parturienta y de su dolor, del hospital y del retoño, nuestra condena consistiría en no dejar nunca de ser ese alumbramiento suspendido...

Harto de meditar sobre los sucesos de la noche, cansado de recapacitar sobre el significado de la Fiesta, decidí regresar al nivel superficial de la experiencia inmediata y quise halagar a Budapest (la ciudad que parecía entregarse a la lengua del auto en progresión como el amante más fácil y misterioso, cautivando y hechizando en su oscura ausencia de resistencia) con el dudoso presente de mis últimas “impresiones húngaras”.

*

13)
“Borozók”

Budapest: la ciudad que encandiló mis sentidos y colmó de placer mi cuerpo, tiranizándolo, sirviéndose de él como de su reclamo vivo un cazador antiguo, sin conmiseración ni saña; exprimiéndolo cual fruto serondo para que este, mi cuerpo ayuno de mí, presa ya de un triste hastío de amar, se me insubordinase y no me permitiera cultivar con mimo, con el cariño vigoroso de un hombre entero (un hombre con la cabeza en el corazón y el corazón en las entrañas), los abandonados huertos de mi escritura. Si siempre me había debatido entre el aguijón de un cuerpo que vibra por casi nada y vuela precipitadamente tras el deseo (en primer lugar, deseo de saber) y la resistencia de una cabeza demasiado aturdida que a duras penas vigila y raras veces se impone, en los deslumbrantes días invernales de mi llegada a Hungría entraba de nuevo en el tiempo del cuerpo impaciente y dominante; y la cabeza, dejándose arrastrar, disolvía también cualquier resto de serenidad capaz de alimentar aún una escritura consciente de sí misma.

La turbulencia general de mi pasado reverberaba en la exuberancia llana, tersa, casi bruñida, de una ciudad ebria de signos que interpretar, moteada de enigmas clamorosos como de polvo mi mesa de trabajo. Y, ya que la interpretación es siempre lectura de uno mismo, toda Budapest me hablaba del conflicto entre los que se van sin remedio y los que se quedan —aunque sea representando la comedia de la insatisfacción y la queja—, de la lucha contra

las opresiones cotidianas y la opresión de la lucha interminable. Aquella ciudad me justificaba a cada paso: era como tenía que ser para que yo pudiera estar allí.

Un par de detalles, en concreto, me arrojó bien pronto al zarzal de los recuerdos que hieren: de un lado, el espectáculo abrumador de las bodegas (borozók), con aquellos “hombres de mármol” clavados ante las botellas de vino, imponentes y respetuosos —luchadores de fondo, sin duda—; de otro, la promiscuidad cotidiana de los cuerpos y de los anhelos en los pequeños pisos de la periferia (donde se amontonaban hasta nueve y diez personas, repartidas en solo tres o cuatro habitaciones), con todas sus consecuencias sobre la sexualidad y los afectos.

A las bodegas acudí nada más instalarme en Budaörsi, siguiendo el consejo de mis compañeros latinos. Pude apreciar, entonces, el singular carácter del alcoholismo en los países del Este: aquellos hombres no se emborrachaban para buscar, acto seguido y ya sin pudor, la diversión en las calles, ni bebían descontroladamente a fin de superar alguna reciente adversidad... Bebían para seguir, para continuar en la brecha. De lo que se “recuperaban” era del trabajo y de la familia; y bebían para regresar a la familia y prepararse de nuevo para el trabajo. No había mujeres en los “borozók”: según me dijeron, las mujeres se embriagaban “en casa”.

Aquellos hombres, seguros de sí mismos y conscientes de todo, arruinaban pacientemente su organismo solo para soportar el peso de los días, de cada día en particular —hoy como ayer, ayer como mañana, y así todos los días—. Cuando el trabajo se convierte no ya tanto en un derecho como en una obligación y, sobre todo, cuando no se puede ni soñar con vivir fuera de la órbita de la producción (vivir “sin” trabajar); cuando la familia sobreviene no como una opción, sino como una exigencia —y de la circunstancia de “fundar” una familia depende, incluso, la garantía estatal de obtener, antes o después, una vivienda, un pedazo mínimo de techo asignado—, entonces la esfera de la libertad

privada (la libertad que más cuenta) se reduce dolorosamente. Y los nuevos autómatas, a los que durante tanto tiempo se les mantuvieron también cerrados los cielos de la política y del consumo —recién entreabiertos, y no para su bien—, se verán literalmente forzados, para no caer en las redes de la locura o engrosar las filas del suicidio, a congregarse diariamente en las bodegas y rendir el más arriesgado de los cultos a la Embriaguez.

Yo podía reconocerme muy fácilmente en cada uno de aquellos hombres. Sabía que habían echado raíces en el alcohol, a falta de algo mejor o más próximo. Podía verlos allí, anclados, inmóviles, silenciosos, entregados a su tarea ordinaria, uno al lado del otro, uno frente a otro, repartiéndose el escaso espacio de la bodega, pero con el pensamiento muy lejos o en ninguna parte. Llegaban directamente del trabajo, con sus ropas viejas y desgastadas, cien veces zurcidas, sus cabellos sucios, sus manos agrietadas y ese gesto peculiar (hecho de cansancio, leve y perpetua irritación y, sustancialmente, hastío) de quienes se consumen sin esperanza al pie de la fábrica, de la fundición o de la mina. Cada uno de ellos, independientemente, se os aparecería como un monumento, como una escultura perfecta, acabada e irrepetible. Y, sin embargo, cada “borozó” los multiplicaba por veinte, por treinta, los disponía en series y los distinguía sin diferenciarlos.

Creía comprenderlos hasta cierto punto, puesto que estaban aún cerca los días en que yo mismo recaba la ayuda del alcohol para enfrentarme, de alguna forma, a mis “responsabilidades” profesionales. Ni siquiera hoy me avergüenza revelar que asistía normalmente embriagado al Instituto; y que solo esa permanente enajenación me permitía mantenerme a flote en medio de tanta estupidez, de tanta cobardía, de tanta muerte... También aquí, en Hungría, se proporciona una botella de vodka al empleado del depósito de cadáveres encargado de lavar los cuerpos de los desaparecidos. Y, para mí, no era posible concebir de otro modo el trabajo de un funcionario de Educación: asear cadáveres. Solo

que la botella de vodka debía proporcionármela yo mismo, y sabía demasiado bien que al propio Centro de Enseñanza (matadero antes que depósito) incumbía sembrar la muerte a su alrededor...

¿Y qué aguardaba a aquellos héroes del combate contra la desesperación a partir de las ocho y media de la noche, cuando todos los “borozók” de la ciudad parecían ponerse de acuerdo en expulsarlos, casi espasmódicamente, escaleras arriba, como en manadas —largas filas de hombres trastabillantes, ascendiendo cabizbajos, con los ojos inyectados en sangre, recluidas las manos en los bolsillos vacíos de la pobreza y la mirada errátil danzando sobre la hostilidad veleidosa de las aceras—? La Casa.

Mientras me entretenía deshilvanando de esa manera el tejido roto de mis impresiones, el taxi, silencioso como un coche fúnebre (Rafo dormía, Trevor “vigilaba” al conductor y Bogui, aferrada a mi pecho calmo, ahogaba su tristeza en un tenue gímoteo de chiquilla contrariada), alcanzaba ya el centro de Pest. Al cruzar el puente Erzsébet me vino a la memoria lo que, provocativamente, escribí un día en mi cuaderno de notas a propósito de esta ciudad: “La belleza de Budapest *es* un caracol; necesita de un sol sepulturero de las lluvias para manifestarse”. Y, en efecto, de madrugada el Danubio inundaba la retina del observador como una enorme mancha negra rasante, casi una sombra de mal presagio. Solo los escasos días despejados, hirvientes de luz, que suceden a los aguaceros o a las nevadas, nos permiten percibir el encanto y la magia de unas panorámicas ordinariamente semienterradas por el manto de la polución. A la izquierda quedaban los “borozók” de Felszabadulás, estremecedoramente populares, y al fondo pronto se dibujaría la silueta de Zugló (característico barrio proletario), atestado de “conejas” y factorías. La línea 7 del bus recogía diariamente a los *alcoholistas* de Felszabádulas y los arrastraba a sus hogares de Zugló. ¿Qué esperaba allí a estos luchadores absolutos después del torniquete del trabajo y del auxilio insuficiente del licor? La Casa.

La Casa: el agujero que alguien diseñó para apilar a aquellos escombros humanos cuando, a partir de las ocho y media de la noche, dejaban por completo de ser productivos.

No es preciso que os describa con excesivo detalle el aspecto típico (único, exclusivo) de las “conejeras” del Este: sabréis sobradamente que, en teoría, cada húngaro disfruta de una vivienda equiparable en lo fundamental a la de su vecino —pero, también, molestamente equivalente a la de su compatriota del otro extremo del país...—. Sabréis que, sin duda para abaratar costes y como consecuencia de la planificación a gran escala, las mismas plantas, las mismas estructuras, el mismo alzado, la misma distribución de las habitaciones, el mismo equipamiento de servicios, etcétera, se repiten por todas las ciudades del socialismo real (y ya no solo de Hungría); y que, con cáustica frecuencia, nada, a excepción de un número, tal vez alguna maceta o la colada recién tendida y de todas formas semejante, distingue externamente la casa de cada ciudadano estándar de las casas estandarizadas de todos los demás —como en un juego de espejos que reflejara hasta el infinito un calco irreprochable de cierta Edificación Racional, denostada por la gente en su desabrida idealidad—. ¡Y ojalá se pudiera hablar siempre de casa, de vivienda, de piso, como quiere la teoría!

En la práctica, como pronto descubrí, los pisos de la periferia alojaban regularmente a más de dos o tres parejas: eran tan negras las perspectivas, tan largas las listas de espera para acceder a viviendas subvencionadas, que las “nuevas familias” se contentaban de momento con encontrar una *estancia* en un piso colectivo —es decir, una habitación precaria con derecho a cocina y cuarto de baño externo y comunitario—.

Por fuera, pues, soportemos las insulsas masas grises de hormigón, sin revestir y sin pintar, compuestas por adosamiento de enormes piezas prefabricadas, horadadas algunas para admitir grandes ventanales (que se dispondrán simétricamente) y con escasa predisposición a sostener balcones. Soportemos además

los vastos complejos residenciales así constituidos, desprovistos de todo artificio decorativo y sin la menor variación formal: el modo más económico de reproducir la fuerza de trabajo, como se ha dicho, y la manera más *eficaz* de adormecer la Diferencia...

Pero..., ¿y por dentro? Todas las discordias, todas las miserias (todas las pequeñas guerras civiles y todos los grandes odios subterráneos) de las familias tradicionales debían “resolverse” al interior de aquellos minúsculos cuartos. Y las relaciones se arreglaban o desarreglaban poco menos que en público, ante las miradas, tal vez morbosas, de un montón de “vecinos” generalmente impertinentes que parecían no dejar nunca de dar vueltas alrededor de uno y de sus problemas —cruzándose por los pasillos abarrotados, disputándose los escasos fogones de la cocina en las horas puntas del día o mutuamente sorprendidos de encontrarse ante la puerta del baño a pesar de haber madrugado más de la cuenta para adelantarse a todos y no guardar cola—.

Me habían comentado los casos lamentables de los divorciados “condenados” a cohabitar todavía en el mismo apartamento —puesto que el Estado, ubicada la nueva pareja en su conejera, se olvidaba para siempre de sus futuras necesidades—. Y, personalmente, durante un trimestre, movido por la curiosidad, frecuenté uno de esos pisos periféricos, escenario de mis primeras clases de húngaro: en el comedor, por supuesto desamueblado, vivía un matrimonio con su hija; una pareja de antiguos amantes (que, desde hacía tiempo y ante la escalada de un rencor alimentado cada día por la presencia física del otro, habían dejado incluso de hablarse) ocupaba un pequeño cuarto lateral y compartía una estrecha cama “de cuerpo”; y, por último, en la habitación restante, sobre la moqueta, los huesos contra el suelo, pernoctaba, sin compañía, entre libros y ropas, mi profesora de húngaro, que abonaba mensualmente, por tanta incomodidad, un alquiler equivalente al noventa por ciento de su sueldo de secretaria... Ese era el precio que esta joven *rebelde* debía pagar para defender a ultranza su

independencia (no dormir con nadie simplemente a fin de dividir gastos) y su “derecho” a no casarse por mero interés económico —como anoté, el Estado se encargaba de recompensar materialmente a los “fundadores” de nuevas Unidades Familiares—.

Tenéis razón: exagero y callo indecentemente... No he hablado aún de los campesinos y de sus confortables casitas con jardín. Cierto es, también, que las conejeras, por otro lado, se hallan admirablemente equipadas contra los rigores del invierno —calefacción, moqueta, cierres herméticos, etcétera— y exhiben una solidez de construcción que más de un occidental considerará envidiable. Últimamente, además, los pequeños ahorradores (y la burguesía enriquecida) pueden optar por construirse su propia casa, con subvención institucional y determinado género de facilidades. E incluso se me podría recordar que, de todos modos, este Sistema garantiza —junto a la vivienda— la asistencia sanitaria completa y sin pago, la educación fundamental como derecho y la superior casi retribuida, el empleo permanente y protegido a la práctica totalidad de la población, la gratuidad absoluta de todos los espectáculos, de todas las actividades culturales, deportivas o de ocio... Pero yo no estoy ya aquí para prodigarme en alabanzas fáciles; y, persuadido de que lo obvio aburre, prefiero hablaros del lado oscuro de las cosas y referirme en todo momento al húngaro común, habitante de las urbes, que anda siempre falto de medios como antaño de libertades —el húngaro que, con ojos de perpetuo extranjero y hasta de apátrida orgulloso, puedo observar todos los días desde la conejera que ahora mismo me cobija—.

Es probable, por otra parte, que los movimientos graves y acerados de mi pasado hayan dejado en mí, como poso si no como cicatriz, una particular propensión a vibrar descompensadamente, cual cuerda floja de arpa, ante los asuntos de ese orden. Y no me refero ya solo a mi larga confraternización con el alcohol; simultáneamente, mi terco deambular por el mundo opaco de las pensiones baratas y de las habitaciones de alquiler en España me

había mostrado de qué inicua manera la “naturaleza de la vivienda” podía marcar en profundidad los modos de vida, herir desde la sombra la sensibilidad y trastornar criminalmente el carácter.

Divisé a lo lejos, descomunal y pretenciosa como una nación antigua, la Estación del Norte (Marx Tér). Conforme se aproximaba la hora de mi partida, todos los motivos de mi reflexión tendían a desplazarse de Este a Oeste; y los recuerdos españoles comenzaban a imponerse sobre los húngaros. Me continuaba obsesionando la cuestión de la vivienda, pero las terribles conejeras —que me asaltaban por todos los frentes, a través de las ventanillas del taxi— empezaban a antojárseme menos deplorables que las “pensiones” ibéricas, a las que las circunstancias parecían abocarme de nuevo.

*

**NOTA NÚM. 9: DECIR “NO” TAMBIÉN A LO MÁS COMÚN, A LO MÁS EXTENDIDO, A LO MENOS EVITABLE
—EL TRABAJO—**

“Vivo de paso; de paso por las tierras, por los oficios, por los corazones”, había escrito Araya, como vimos, en *La carta extraviada*. “De paso por los oficios”... La rebelión de Víctor contra el trabajo, inútil como todas sus rebeliones, le ha llevado siempre a procurar vivir *sin* trabajar y, ante el fracaso lógico de esa empresa, a *vivir apenas trabajando*, a no arraigar en el oficio. Le parecía tan “culpable” la posición del empresario como la del empleado, la del explotador como la del explotado; y aspiraba a no *caer* en ninguna de ellas, a no *reconocerse* en una u otra.

También aquí, una vez más, se manifiesta el “apocalipticismo negativo” de Araya, su ingenua voluntad de *inocencia* absoluta, su pretensión de decir “no” a casi todo, incluso a lo más común, lo más extendido, lo menos evitable —el trabajo—. Se negaba a dar clases, a fundar una empresa, a contratar mano de obra, a “asalariarse”, a hacer negocios. Se negaba, en resumidas cuentas, a *ganarse la vida*; a sortear los terribles cepos de la precariedad económica, de la miseria, de esa “falta de medios” que le ha acechado desde niño.

Como siempre, esta “laborofobia” de Araya se nutría, por un lado, de un escrúpulo político-ideológico (no convertirse, así lo decía, en un “apéndice carnal” del Capitalismo, en un “resorte animado” de la máquina productiva) y, por otro, de una insuperable determinación de su carácter —aquella imposibilidad de soportar la *estabilidad*, la *repetición*, la *uniformidad* en los días y en los años, la *existencia reglada* de los empleados—. En *Para bajarle los humos a la educación*, entrevista publicada por el periódico *CNT* en agosto del 2000, Víctor explicitó el mencionado “escrúpulo ideológico” contra el trabajo, defendiendo su *empleo mínimo* de entonces, que radicaba en el pastoreo:

Soy consciente de que, en la sociedad capitalista, todos los oficios, todos los trabajos, *están manchados de horror*. Decía Genet que "pedir es más digno que trabajar, pero robar es más edificante que pedir". Me temo que estoy de acuerdo. Me da vergüenza "pedir", pero "robo" todo lo que puedo. Y procuro trabajar *lo mínimo*... Por desgracia, aún no he hallado el modo de "escapar" del trabajo, de poder vivir "sin" trabajar (y, por supuesto, sin explotar a nadie, sin que *otro* trabaje por mí). Conozco a un tipo que se enfada cuando se le pregunta: "¿En qué trabajas?". "Yo no *trabajo* en nada, ¿me oyes? ¡En nada! Soy un busca-vidas", suele responder. Lamentablemente, yo soy un pésimo "busca-vidas"; y tengo que trabajar para subsistir. Mi *trabajo mínimo* consiste en sacar a pastar un rebaño de cabras, lo que — por lo menos— deja mi cabeza en paz y me permite leer o escribir. Pero también esta tarea me *salpica* de horror, me hace cómplice del sistema, me culpabiliza: trabajo para el Mercado, en el cumplimiento más o menos respetuoso de la Ley; cebo a una casta de parásitos (intermediarios, matarifes, carniceros...); extraigo mis medios de vida precisamente de la muerte de otros animales; etc. Creo, no obstante, que hay "diferencias", "gradaciones", un "estar más arriba o más abajo" en la escala de la Complicidad, de la Culpabilidad, del Hundimiento en el Horror. Como cabrero me salpica el horror, y soy culpable; como profesor *administraba* el horror, y mi culpa ya no podía ser más grande. No simpatizo con los médicos, los ingenieros, los periodistas, etc.; y prefiero mil veces la compañía de un pastor a la de un "empleado". Pero detesto, odio, a los funcionarios —y, particularmente, a los funcionarios de Educación—. Nadie puede, en el seno de nuestra sociedad, presumir de *pureza*, de *inocencia* política, de no servir de un modo o de otro a la Opresión; pero, como decía, hay "grados", hay "tonalidades" entre el *blanco* (o, mejor, el *amarillo*) de los "busca-vidas" que ni explotan

ni se dejan explotar, ni obedecen ni se hacen obedecer, y el *negro* absoluto, de noche sin luna, de los empresarios, de los políticos, de los policías, de los profesores... Me parece que, como cabrero, vivo en el *gris*.

Ante la imposibilidad de vivir “sin” trabajar, Araya recurrió a estratagemas disparatas, a iniciativas a veces ingeniosas pero condenadas al fracaso, a expedientes para emplearse “lo mínimo”, para *comprimir* a consciencia su actividad “laboral”: una modestísima “ocupación” autónoma, sin asalariados y sin la menor inversión, casi siempre en la ganadería; la residencia “suelta” en *países baratos*, del Este o del Sur, con intervalos mínimos de trabajo estacional en España; dejarse *mantener* por una mujer, ocupándose él de la casa, tal un doméstico; la obtención de “becas”, “cartas de residencia” y otras prerrogativas en calidad de “investigador”, amparado por esta o aquella Universidad...

A mí, esta existencia miserable de Araya, su búsqueda semi-indigencia, me apenaba de verdad: fueron muchas las posibilidades, de experiencia y de acción, que pasó a cuchillo con su porfía de “no trabajar”; muchos los proyectos que hubo de abandonar prematuramente; muy ancho el campo de las renunciadas que a sí mismo se impuso; harto peligrosas las consecuencias, de cara a su salud y a su vida familiar, de esa pobreza galopante, etc. “Me duele ver cómo te niegas la felicidad”, le escribió una amiga después de leer *Un trozo de hueco*. Yo también le he reprochado, en múltiples ocasiones, que se *maniatara* a sí mismo, que se hiciera cotidianamente el *haraquiri*, que se *auto-mortificara* en nombre de un obsoleto prejuicio político, que convirtiera su devenir biográfico en un constante gravitar sobre la penuria y la tragedia.

Sin embargo, los argumentos nada podían contra la “laborofobia” de Víctor, un *miedo-odio* que atraviesa incólume las distintas etapas de su obra y que se caracteriza igual en todos sus libros,

desde el primero hasta el último. En *Un trozo de hueco* habló del “disparate asesino del trabajo alienado”; y, casi tres lustros después, en *Desesperar*, eligió estos títulos como norte de sus composiciones: *El trabajo embrutece*, *El burdel de los empleos*, *Ética inmundada del trabajo bien hecho*. Voy a recoger aquí un fragmento de esa obra:

La identidad social, esa reducción de un hombre a la condición de instrumento, de herramienta, un tan lamentable prendimiento por un oficio, casi una clausura, subsunción de la multiplicidad de un ser en las arenas movedizas del empleo, de la categoría sociolaboral; toda esa mutilación del hombre y de sus posibilidades (particularmente, de la posibilidad de no-ser-nada, solo hombre), no resulta ni siquiera pensable fuera del ámbito de la esperanza. En la medida en que un hombre deposita su esperanza en una profesión, en un trabajo, la deposita en sí mismo e incluso en la humanidad toda. Esperanza de contribuir a la salud universal, siendo un médico excelente: lo que espero de mí, de mi ciencia, del día de mañana en este mundo. Esperanza de colaborar en la difusión de la cultura, en la divulgación del saber, hasta que el error y la superstición dejen de lastrear el progreso en la Tierra, siendo un buen maestro. Esperanza de un Reino planetario de la Justicia, empezando por entronizarla en mi despacho de juez. Defender la conservación de la naturaleza, yo forestal. Ser un buen profesional de lo mío, la mecánica, y esperar que todos sean buenos en su oficio, por el bien de la comunidad entera. Hacer el mejor pan, yo panadero, y que otros construyan puentes impecables, publiquen libros fascinadores, defiendan celosamente el Orden, gobiernen con clarividencia y magnanimidad..., para que la vida sea más cómoda, más grata la existencia, palpable el bienestar. Esta ideología de la profesionalidad, hundiendo sus raíces en la esperanza (esperanza, en defini-

tiva, de que, siendo la sociedad una máquina, esta funcione bien), concibe al hombre como mero soporte de una práctica, lo encadena, lo diseca, lo succiona.

Como el resto de los animales, el hombre es solo un ser que vive; y no el embrión de un pescador, de un policía, de un magistrado. Proclamar que yo no quiero ser nada equivale a decir que puedo hacer muchísimas cosas, pero que nunca seré meramente un desprendimiento de eso que hago. Entre lo que hago (lo que puedo hacer) y el enigma de lo que soy se abre un abismo infranqueable... Alienante, el trabajo nos cosifica. El empleo embrutece. Ponzoña de los oficios. Quien aduce que trabaja para poder comer da demasiada importancia a la dimensión nutricional de la existencia; y quizás nunca haya intentado en serio vivir sin trabajar. Abundan los hombres que, sin saber lo que es un empleo, encuentran de un modo o de otro la forma de alimentarse todos los días. Queda siempre el robo. Queda la mendicidad. Cabe vagabundear. Menos arriesgado, hay quienes viven de paso; de paso por las tierras, por los oficios, por los corazones. Acordémonos de Bukowski. Otros, como Basilio, hacen las cosas, lo que se supone su trabajo, por el mero placer de hacerlas, sin esperar mucho de ellas y aún menos de sí mismos.

Víctor “no podía” trabajar. El empleo lo enfermaba, lo deprimía, lo asfixiaba, lo animaba al suicidio... De tanto *odiar* el trabajo, incubó, incluso, una desconcertante displicencia (un distanciamiento emocional, al menos) ante las vicisitudes de la clase proletaria, como se refleja en estos pasajes de *El irresponsable*:

“Me han enseñado a odiar al Gran Burgués y, sin embargo, no le temo —apenas me preocupa—. No veo en él más que a un esclavo: explotar al obrero, esa es su forma de servir a la maquinaria capitalista, esa su manera

de perseguir el bienestar y no encontrar más que la desdicha. Como también me educaron en el amor al Proletario, dediqué cierto tiempo a describir su dolor, relatar sus luchas, celebrar sus triunfos y lamentar sus derrotas; intuía que, de aquella escritura, supuestamente explosiva, dependía incluso el Valor de mi vida. Pese a ello, nada que tenga que ver con sus miserias, con su opresión evidente, ha logrado hasta el momento desencadenar toda la irritación de que me creo capaz. Odio, temo, al Funcionario". He aquí la confesión del Libertino, el secreto de su extraña disidencia.

Menos grandiosa, nada apocalíptica, un poco más laica, terrenal de lado a lado, la lucha —sin embargo— *continúa*. Quizás sea ya más exacto hablar de *las luchas*, como sostienen los universitarios que recuerdan Mayo y enterraron "Nanterre". Y es que un nuevo discurso *frecuenta sus bocas*, aprovechando el descrédito del texto marxista-leninista. En cualquier caso, es "otra" la lucha. Y cuenta con "otros" portavoces.

De entre ellos, algunos dirán que la *resistencia* ha ocupado el lugar de la vieja Revolución. Y que ya no podemos reconocer en la Clase Trabajadora al sujeto de una Emancipación Inminente. En parte porque, una vez reducido al silencio el Obrero Abstracto de la Metafísica (no solo lukacsiana), pudo por fin tomar la palabra el obrero real *de todos los días en cada fábrica*; y, ni habló entonces como cabía esperar del futuro Salvador de la Humanidad, ni demandó nada que hubiera de llevarnos repentinamente al Mejor de los Mundos Imaginables. Nos dirán también que es preciso buscar *en otra parte* a los nuevos sujetos empíricos de la protesta.

Mi pequeña esperanza de volver a encontrarme un día con Víctor, de volver a discutir con él, teniendo que soportar sus achaques misticistas, sus fantasías desmadejadas, de volver a cruzar, rozando su hombro, estos puentes de Budapest que tanto admiró, se ve arropada de algún modo por ese rasgo del carácter de mi amigo, una *laboropatía* que muy bien pudo, a partir de un determinado momento, hacerle ver con ojos fríos la atadura de la actividad ganadera, el isomorfismo de todas sus jornadas al frente del hato de cabras, la necesidad de poner punto y final a la experiencia, de partir de nuevo hacia lo indeterminado, de dejarse hipnotizar por el embrujo de lo incierto, por la atracción de lo desconocido, de “volver a nacer”...

Casi un milagro me parece que Víctor haya “aguantado” cerca de ocho años en Arroyo Cerezo, sometido —se quiera o no— a una forma, si bien rebajada, de “disciplina laboral”. Vuelto por fin contra el hato, habrá querido “soltarse” *en otra parte*; prolongar, por otros medios, su absurda batalla contra el empleo...

De esa “negativa a trabajar”, Víctor hacía depender, incluso, la *verdad* de su “condición humana”:

Yo quiero no tiritar a menudo de frío, no padecer un calor de incendio, algo para echarme a la boca cuando el hambre apriete, formas de mujer en que soltar mis miembros, quiero poder calmar la sed a mi manera, *quiero defenderme hasta el punto de no tolerar jamás a un tirano que me exija obediencia o a un patrón que se cebe a mi costa. Nada más.*

Sostengo que el trabajo para otro y la sumisión política son profundamente hostiles, peor que extraños, al hombre como tal.

14)

Frío observador de los mundos váguídos

Desde que abandoné, como escapando de una emboscada, mi excesivamente pequeño burgués apartamento de Las Flores, en Murcia, dando término también, y no sé si de paso, a tres insípidos años de vida conyugal (la casa, la mujer, los bienes..., todo, de improviso, se me representó como una atadura intolerable), los imperativos económicos del momento y la curiosidad sin norte ante la que siempre he claudicado me impulsaron, con toda la firmeza de las fuerzas renovadoras, a buscar alojamiento en las arenas movedizas de las habitaciones de alquiler y las pensiones de equívoca reputación.

Aquella circunstancia, solo en apariencia fortuita, me abriría las puertas de un mundo inexplorado, insospechadamente denso, poblado por extraños y apesadumbrados seres, repleto de vivencias amenazantes en su rareza y de arriesgadas emociones. Era el mundo de la soledad secreta y del dolor desapercibido, el mundo del *sufrimiento que no quiere dejarse ver* —mi mundo, por aquellos días—.

No sabría precisar qué me produjo en un principio mayor impresión: si el patetismo de aquellas ancianas, atterradoramente solas, que —desafiando inmensurables peligros— recibían por temporada a uno o dos huéspedes, absolutamente desconocidos, y poco a poco los convertían en el centro de sus vidas, de sus conversaciones y de sus miradas, de sus reproches como de sus

ternuras; o la estremecedora falta de asiento de sus inquilinos, vagabundos del hospedaje barato y de los aposentos deshechos, “desarraigados” en un nuevo sentido de la palabra y, sobre todo, exiliados fatales del afecto y hasta de la amistad.

El aspecto de las habitaciones parecía una proyección del talante de sus dueñas: viejas, destartaladas, más bien sucias, con muebles tan antiguos y dispares que se me antojaban evadidos del tiempo, y con las paredes invariablemente adecentadas por un papel pintado de tonos grisáceos o amarillentos —que reproducía por doquier la regularidad de unos motivos barrocos tan pasados de moda como el hábito mismo de alquilar aquellos cuartos...—. Normalmente, la iluminación era escasa, las paredes se hinchaban y agrietaban por efecto de la humedad y de los años, las puertas chirriaban casi tétricamente y el resto de la casa no hacía más que prolongar aquella sensación de tristeza e incluso de asfixia, de ahogo y vida enfermiza, que parecía emanar de cada objeto o de la acumulación, sin regla ni orden, de todos ellos. Las dependencias sorprendían por su raquitismo, y no aseguraban de ningún modo la intimidad o, al menos, la tranquilidad necesaria para organizar una vida centrada sobre algún proyecto.

Si en la casa “cohabitaban” varios huéspedes, las relaciones entre ellos no alcanzaban siquiera el nivel mínimo de la “buena vecindad”: daba la impresión de que se escondían desfavoridamente los unos de los otros, de que evitaban por todos los medios el intercambio de palabras. Y hasta en los encuentros casuales por los oscuros pasillos o por las abandonadas y decrepitas escaleras parecían hallar un motivo de enojo e incluso de inquietud, como si se ocultaran de su propio mundo y temieran mirarse en el espejo roto de sus semejantes; o presintieran de alguna manera que su existencia no había sido hasta ese día más que un penoso cúmulo de humillaciones, traumas, mezquindades y frustraciones —por lo que más valía sobrellevarla en silencio y hasta en secreto, recluyéndola como un fardo vergonzoso entre las agobiantes cuatro

paredes de sus sórdidos cuartuchos—. Intuyendo tal vez que los demás huéspedes, por compartir en cierta forma el mismo lóbrego modo de vida, podían *descubrirlos* en cualquier momento, de nadie se guardaban más que de ellos; y cabe afirmar que vivían con el horror de saberse escrutados hasta el fondo del alma por los ojos (harto incisivos) de sus compañeros de desventura.

Otro carácter asumía la relación con las dueñas —poco dispuestas a desaprovechar la ocasión de sentirse acompañadas...—. En el otoño de sus vidas, nada les costaba tanto como resignarse de una vez a una soledad tan desgarradora. Evitarlas era imposible. Aparecían cuando menos se las esperaba, sin preocuparse demasiado de buscar el amparo de un buen pretexto y con la evidente intención de charlar —sin prisa ni límite— sobre *cualquier* cosa. Los inquilinos se instalaban de un golpe en el corazón de su pequeño y opresivo mundo, de repente iluminado; y las ancianas terminaban dependiendo de aquellos ratos de conversación, de aquellas imágenes robadas por la rendija de una puerta, del trato con aquellos “reclusos del dolor”, en definitiva, para llenar el espantoso vacío de sus días. Erigían a los huéspedes en el objeto único, en el *blanco* privilegiado, tanto de su necesidad de afecto como de su capacidad de odio. El ambiente de la casa se enrarecía entonces peligrosamente, se cargaba de acusaciones inarticuladas y de ambiguos reproches; y las relaciones entre sus moradores atravesaban todas las fases de la tensión inexplicable y del histerismo sin motivo hasta desembocar en el desconsuelo de un riguroso desquiciamiento. El desenlace, salvo excepciones, rayaba en la violencia: la expulsión del inquilino o su marcha voluntaria.

Pero, en la medida en que logré trabar amistad con algún compañero de hospedaje, pude comprobar que la casera se convertía asimismo en el eje infrangible de sus pensamientos, en la sustancia fija de sus más íntimos fantasmas; y que aquella guerra cotidiana de la pensión jugaba también un importante papel en la existencia apagada de los huéspedes. Los inquilinos se aferraban a

estos problemas de la convivencia con las ancianas para alimentar la ilusión de que efectivamente vivían algún tipo real de vida —la “última” ilusión—.

La pensión, finalmente, se me aparecía como un navío a la deriva; y las relaciones de los huéspedes con las dueñas se asemejaban demasiado, en mi imaginación, a las de la tripulación con la oficialía (dependían unos de otros para soportar alguna adversidad extraña y permanente: la amenaza, si no la certidumbre, de un naufragio que puede llegar en cualquier momento, o que está llegando, que tal vez ha llegado ya y nadie se atreve a dar la voz de alarma).

También yo fui expulsado, de mi primera pensión, por la casera, una mujer de setenta años, soltera y olvidada por su familia, que se enfrentaba cada día al reto de vivir sin más soporte que unas cuantas habitaciones por limpiar y dos o tres huéspedes que perseguir. No pudo tolerar, según parece, el “escándalo” —en sus palabras— de mi mala vida; pero, hasta el instante de la expulsión, se mostró vivamente interesada por mi Leyenda, orgullosa de haber acogido a un ejemplar que, en relación con su reducido mundo, consideraba “muy excéntrico”: borracho, loco, anarquista y escritor... Me espiaba de día y de noche; y me buscaba a todas horas para hacerme pagar la variación de sus estados de ánimo (que dependían, en gran medida, de la humedad y del frío) y para hablarme sin fatiga de su juventud bajo el Franquismo. Supe así que, contra toda apariencia, aquella mujer —enjuta, de escasos, largos y desgreñados cabellos rubios, nariz poderosa y exageradamente aguileña, boca torcida, dientes irregulares con alguna que otra falta, labios delgadísimos, como prensados, y mirada siempre nerviosa— había sido, por comparación con las jóvenes de su tiempo, una “luchadora” admirable: fue capaz de negarse a ingresar en la Sección Femenina y recibió más de una amonestación por no asistir a los Desfiles Patrióticos... Quería hacerme creer también que se mantuvo soltera por libre decisión, aun sabiendo

que con ello “rompía el corazón” de sus mejores pretendientes (un médico, un molinero y un converso del falangismo que más tarde se hizo famoso en la ciudad por “ejecutar” a sus antiguos camaradas comunistas y arrojarlos tranquilamente al río). Pero yo no la veía de ningún modo cómoda en su papel; y las fotografías de su madre, expuestas casi con devoción por toda la casa, me hablaban de una subordinación absoluta, de una dependencia excluyente. Pude imaginar, a grandes rasgos, toda la secuencia: María —así se llamaba— habría sido el único bastón de apoyo de su enfermiza madre; y como esta, a pesar de sus innumerables achaques, debió morir *demasiado tarde*, no le dejó tiempo a su hija para forjarse una existencia propia, centrada sobre sí misma. Hoy comprendo, y hasta disculpo, su patetismo (“patetismo de necesitar una ventana, y algo al otro lado para usar los ojos”, como escribí por aquel entonces). Incluso recuerdo con simpatía cómo recorría las calles del barrio con unas enormes gafas negras de actriz neurótica en decadencia y un andar, a la vez, sorprendentemente rápido y de alguna forma vigilante —quería mostrar una agilidad que ya no era la suya y que luego, rendida, pagaba en la cama, y caminaba siempre con la secreta esperanza de cruzarse con un rostro amigo al que saludar “jovialmente” —.

La misma suerte que yo corrió mi compañero de hospedaje, un joven estudiante traumatizado por su destino de hijo de alcalde, entregado a una carrera técnica que le exigía más de lo que él podía dar, tocado hasta cierto punto por la locura y con la cuestión sexual aún sin resolver (en uno de sus sueños, y según me confesó, violaba brutalmente a la pobre anciana, repetidas veces y por detrás, en el infecto cuarto de aseo y ante la mirada complacida y concupiscente de su padre). Aunque opuso una empedernida resistencia a mis primeros afanes confraternizadores, finalmente se decidió a brindarme su amistad; y adquirimos el hábito irresponsable de reunirnos por las noches para cenar juntos y cambiar impresiones hasta el amanecer. Sé que me buscaba para asomarse

al mundo —y todavía hoy me escribe extensas cartas, inevitablemente centradas en sus obsesiones sexuales, como si no hallara a nadie más próximo que le sirviera, por solidaridad o compasión, si ya no de panóptico, sí por lo menos de escucha—.

Diferente fue mi experiencia de la pensión valenciana, en la que conocí a aquel desconcertante albañil emancipado de los siglos. Al lado de mi pequeña Murcia natal —soy un hijo del Sur cutre y desarreglado—, Valencia era una *gran ciudad*, populosa y “moderna” como pocas en España. Y, con ello, se diría que aumentaba también la escala de la desesperación, de la ruina existencial y del dolor. Debo a esa ciudad “imágenes” que continúan sobrecogiéndome cuando, como ahora, acuden a la cita de la memoria —sucesos que, en su día, me impresionaron hondamente y que aún hoy consiguen herirme si los reanimo sobre el papel a fin de remendar ese tejido de mi vida al que, por momentos, se le están escapando todos los puntos—.

En primer lugar, la pensión... La dueña, más agraciada que María y, como esta, soltera por méritos propios, atravesada en la cuarta década de su vida y con la losa de la madre todavía sobre sus espaldas, parecía consumirse en la ambición de llegar a ser, algún día y por cualquier motivo, una mujer “pública”. Había *marcado* los cuartos de los huéspedes con signos selectos de su biografía, seguramente para que ningún inquilino se permitiera la insolencia de vivir una sola jornada sin reparar en las virtudes de su casera. De la pared, parcheada y grasienta, de mi habitación pendía, majestuoso como el más distinguido de los trofeos, su título de graduación escolar. En el cuarto de enfrente se dejaba ver, no menos imponente (realzado por la ausencia absoluta de decoración), una especie de certificado de haber cursado estudios de mecanografía y contabilidad. Y una vieja foto de sí misma, rodeada por sus compañeras del Coro de Valencia, resplandecía en la habitación contigua, colocada de tal modo que podía percibirse sin esfuerzo desde la puerta...

Aunque había más habitaciones al fondo del lúgubre e interminable pasillo —pues la pensión ofrecía un aspecto acaso más industrial, cual un telar de desdichas o una máquina de daños—, yo nunca rebasé la frontera de esas tres estancias. Tenía bastante, por otro lado, con “sufrir” la desmoralizadora visión de mi cuarto, preparado para cerrarse por fuera con candado, como una celda de manicomio, con las paredes a punto de desconcharse, el suelo casi terroso y los muebles fabricados personalmente por la casera, a base de cajas de fruta, puertas destronadas, tornillos enrobinados y púas de segundo uso (mi mesa, un taburete y el camastro).

Todos los días me cruzaba con la dueña, deseosa de repetirme la misma insulsa historia de su vida: que tenía estudios, que sabía contabilidad y mecanografía y que cantaba en el Coro catedralicio, con el que había viajado una vez a Portugal. Solía madrugar más que yo, para montar guardia frente a la ventana de mi cuarto (que daba a un absurdo patio de luces por donde nunca asomaba el sol) y despertarme, en tal que se aburría, con toda clase de falsos ruidos —haciendo como que limpiaba, moviendo trastos, tirando pinzas...—. Azogado, brincaba del camastro y, dando la espalda a la ventana, me vestía precipitadamente, ya que podía sorprender su mirada ávida atravesando sin pudor el espesor débil de los visillos. Cuando oteaba mi carrera hacia la puerta, con la intención de escabullirme hasta la noche, me abordaba rauda con cualquier excusa y hallaba siempre la manera de recordarme las “glorias” de su vida y, acto seguido, mis *deberes* como huésped de la casa y las normas mínimas de convivencia en *su* pensión.

Aquella mujer consiguió acabar con mi serenidad de frío observador de los mundos váguidos. Soportaba muy mal su temperamento mosconeo; y no descubría en su conversación, monótona e irritante cual zumbido de chicharra, ni siquiera el encantador detallismo de María —quien gustaba de explayarse en la descripción de los personajes que conoció, como si, junto a su evidente

necesidad de comunicación y afecto, subsistiera también en ella una saludable inclinación al retrato y a la crónica—. Carmen, mi segunda casera, hablaba por el contrario de forma soez, secamente y como indignada con todo el mundo. Si era la nostalgia lo que impulsaba a María, a Carmen no la animaba más que el resentimiento —la voluntad de venganza—. Y se vengaba en nosotros... Como el mundo parecía no tenerla demasiado en cuenta, se encargaba cuidadosamente de que su presencia pesara como un gobierno sobre la vida de sus huéspedes. Era el centro de la Casa —allí *esplendía*—. Vivía para regentarla, imponerse a los inquilinos, doblegarlos, zaherirlos y hasta humillarlos si concurrían las circunstancias. Mientras la pobre María vivía “por instinto”, Carmen existía “para agredir”... Me la represento hoy como el *kapo* vulgar, y ni siquiera odiado (víctima culpable), de esos campos cotidianos de concentración —inadvertidos pero aniquiladores— que tanto abundan en vuestras sociedades, modernas y democráticas.

Se detuvo el auto. Adelantándose, y como último gesto de amistad, Trevor pagó el importe del paseo. Dejó propina incluso, a pesar de la precariedad de sus medios. En presencia de una mujer, no podía comportarse de otro modo... Fatuo como un buen latino, se despidió cortésmente del taxista y despertó a Rafo sin violencia. Echaron a andar por delante, cargando con el mínimo equipaje. Procuraban facilitar mi inminente separación amorosa, concediéndome la intimidad que (a su parecer) *tan delicado trance* requería.

Sin embargo, preferí no añadir nada a lo que Boglarka ya debía saber —o pronto descubriría—. Caminé en silencio, meditabundo más que simplemente triste, con el pensamiento resbalando desvaídamente sobre otro asunto. Reparé en que, como nadie me esperaba en España, me resultaría arduo encontrar alojamiento. Y no podía predecir de ninguna manera por qué mundos laberínticos arrastraría mi curiosidad, ni en

qué insospechados paraderos descansarían mis huesos. Tampoco me preocupaba demasiado... Mi vida había sido siempre un incierto saltar de lecho en lecho, de habitación en habitación, de compañía en compañía. Y, con el tiempo, esa interminable y corroyente mudanza (un tránsito así de imprevisible, vertiginoso como una avalancha de hielo en el corazón) llegó a convertirse en insuprimible señal de identidad de mi espíritu. Mi Casa era el camino, y no reconocía más “patria” que la Vida Nómada. Como un fugitivo destemplante, inebriado de orgullo (Baudelaire: “orgullo, esa defensa frente a toda miseria”), solía aludir a mis *cuadernos de notas*, hundidos en la hambruna de ruta de mi mochila al hombro, con estas palabras:

“Tremolantes, naciendo de la espalda,
mis alas son un hogar”.

Aborrecía la instalación aún más que al patrón o al policía; odiaba los techos definitivos —que no nos dejan ver el Cielo— y las camas perpetuas (adormecedoras de la Pasión). Y era ese un odio exultante de Ira y Asco... Ya sabía lo que eran, y a *qué* empujaban, el apartamento burgués, inundado de sudores ajenos; la pensión mugrienta, en la que incluso el dolor se pudre; el colegio universitario, hueco y orgiástico como un sermón dominical; el piso compartido, donde cada día se libra una batalla; la acampada salvaje de los refugiados, aforismo de eternas persecuciones y horrores racionalizados; la chabola en plena selva, digna en su indefensión tanto como en su pobreza... Y en ningún lugar, de ninguna forma, me había sentido “cómodo”. Mi dicha consistía en trasladarme, partir —ayuno de ataduras— hacia lo Inseguro, soportar el enigma de cada noche y resolverlo sobre la marcha. Así que, pacientemente, fortalecido por la convicción de ser fiel a mi naturaleza, escalaría de nuevo las peñas de lo Desconocido, ansioso de respirar aires más puros, divisar

horizontes más amplios y tiritar de frío ante la inclemencia de inviernos más rigurosos.

Atrás quedaban unos meses de perplejidad en la Residencia Estudiantil, el conmovedor engendro de *La Vaca* y unas semanas de enclaustramiento amoroso en el cuarto de Bogui. Y, por delante..., la Incógnita. A fin de cuentas, lo que determinaba mi “emplazamiento” nunca era el interés económico o la conveniencia laboral, sino algo más oscuro, afoscado y desasosegante: la voluntad de explorar, uno a uno, todos los mundos realmente existentes. Ahí radicaba también la condición de mi escritura: “escribir” era para mí recoger los jirones de mi ser atarazado por los senderos, seguir el reguero de angustia que se confundía con la huella de mis pasos y ayudarme a recomponer la figura y escapar a tiempo de cada Recinto del Dolor en que mi ánimo, extrañamente, buscaba la verdad y hallaba la palabra —su sustento—.

Puesto que toda Literatura profunda se enhebra a una temeraria odisea espiritual (asalto a entenebrecidas dimensiones de nuestra alma, ascensión catártica de otros sufrimientos y otras felicidades), en el pecho de cada escritor verdadero debe latir el corazón de un fugitivo, cruel y despiadado consigo mismo. Y puedo hablaros hoy de Budaörsi Kollegium, de los “borozók” o de las pensiones insalubres porque, sacrificando “este lamentable bienestar, este sucio disfrute” del funcionario enmohecido —y arriesgando la Razón, dudoso aliado—, en cada uno de esos escenarios me he abierto las venas una y otra vez, necesariamente y sin compasión, como se deja la piel un tuareg sobre el desierto o ve morir sus hijos por la ribera de los ríos la tribu de gitanos carreteros.

La Vida Errante: exigencia del vivir —porque así lo quiere mi corazón—, del saber y del escribir... Es decir, no hay más que una opción *decisiva* para nosotros, que nos desesperamos en la fuga: Huir o Callar. Y, como el silencio solo se distingue de la muerte

en que le sirve de disfraz —y, al encubrir la muerte, vive de ella y la ratifica—, podemos concluir que a nosotros, desde siempre heridos (raras flores del instante, marchitas desde siempre), no nos atañe más elección que esta: Escribir o Morir. Huir o Morir. La escritura, por ser fuga, nos afirma en la existencia. Y, fuera de ella —nuestro pulmón y nuestro oxígeno—, todo es cobardía, silencio, impotencia todo, todo muerte...

NOTA NÚM. 10: *¿LA ESCRITURA COMO “MOTOR” DE LA EXISTENCIA!*

La escritura como motor de la existencia... ¿Dónde se ha visto idea más absurda? ¿Cómo pudo Víctor Araya, un hombre que a ratos nos pareció lúcido, incluso extremadamente lúcido, pretender que la literatura, con ese lado miserable que tan bien conocía (el lado del mercado, de la vanidad, del servilismo político e ideológico), se erigiera verdaderamente en el patrón de la nave de sus días? ¿Cómo pudo aferrarse a esa “ocurrencia” y defenderla en todas sus obras?

La existencia, sabido es, no tiene motor; nada, ni un partido, ni una creencia, ni una fe, ni una pasión, ni la Causa más sublime, nada, absolutamente nada, puede regir nuestra vida, gobernarla como un tirano, sojuzgarla. Solo mediante la violencia, mediante la auto-represión, la auto-tortura incluso, puede un hombre encuadrar la multiplicidad inabarcable de su ser, la heterogeneidad irreductible de sus deseos, el desorden irreparable de su voluntad (el caos de su espíritu, en definitiva) y aceptar que algo o alguien componga y recomponga inflexiblemente la música y el color de sus jornadas. Los sacerdotes, los monjes, los fanáticos saben de esa violencia; y también los pobres infelices que no pueden vivir sin abrazarse a un sucedáneo de la divinidad —una Patria, un equipo de fútbol, una secta religiosa, una disciplina científica, una vocación artística, una ideología luminosa...—. Pero ¿qué necesidad tenía Araya, un hombre descreído, escéptico, en ocasiones insoportablemente crítico, de *idolatrar* la escritura, de enclaustrarse en ella, de levantar otra “mítica” inhabitable, riesgosa, y serle luego testarudamente fiel?

No recuerdo dónde, Víctor había escrito que la única “libertad” que le quedaba al hombre, bajo la Modernidad, era la de “*elegir con frialdad sus cadenas*”, la de atarse soberanamente a una cosa o a otra, la de escoger a conciencia una prisión. ¿Quiso entonces encadenarse a la escritura, convertirla en su presidio, como en un

ejercicio de la libertad? ¿O fue mi amigo, simplemente, uno de esos tristes diablos que no saben vivir sin dios, sin un *repuesto* de dios, la Escritura en su caso? Sea como fuere, Araya concedió de verdad a la escritura el privilegio de administrar su vida, de conducir su existencia. “*Para escribir, vivo porque escribo*”, solía decir.

Al menos de dos maneras, la literatura *guiaba* las jornadas de este hombre: como casi toda su producción era autobiográfica (“*gasto mi imaginación —alegaba— en el «diseño» de mis días*”), el “querer escribir” le *forzaba* a tener experiencias, le *obligaba* a insuflar dramatismo —y a veces poesía y a veces tragedia— a su peripecia vital, a ir de un lado para otro, a no acomodarse, no pacificarse. Por aquí enlazaba con su mística de la Fuga y con su fantasía de la Vida como Obra: su vida era una novela *escrita* en la realidad y su literatura esa misma vida definitivamente *apresada* en el papel; y, entre capítulo y capítulo de vida, como entre relato y relato, la pasión de la Fuga marcaba el momento de la Cesura, de la Discontinuidad, de la Apertura a lo Nuevo. Por utilizar un término puesto de moda en la crítica literaria más pedante, diré que Araya componía un “biotexto”...

La segunda forma en que la escritura gobernaba la existencia de mi amigo es más inquietante y todavía más absurda, más caprichosa: Araya se atenía escrupulosamente a lo escrito; convertía en “realidad”, en “verdad”, en “suceso”, todo aquello que *anunciaba* en sus páginas. Escribió que se iría a Hungría, y lo hizo; anotó que abandonaría la enseñanza, y así fue; advirtió de que un día se quitaría la vida, y no cabe duda de que, más tarde que pronto, al menos lo intentará... Desde luego, esto es ya el colmo de la sinrazón, el capricho de los caprichos, la manía más maniática que he conocido: “*vivir, a cualquier precio, lo escrito*”. ¿Por qué?

“*Lo que no puedo negar es que las riendas de mi vida han estado siempre en manos de la escritura*”, reconoció Araya en su último trabajo. Y ya en el primero, en *Un trozo...*, se definió como “*el esclavo de las palabras*”. En la *Carta a Fernando Hilador* aludía,

además, ya lo he referido, al “*último capítulo*” de la Novela de su vida, que habría de corresponderse con su “*última obra*” y del que no daba demasiados detalles...

Sabedor de que Araya concede a su escritura una función “profética”, de que lleva a la práctica todo cuanto desata sobre el papel, de que solo escribe sobre lo que ha vivido y vive siempre aquello que ha escrito, he repasado sus textos impresos y no impresos con la esperanza de hallar alguna indicación del sentido de su *desaparición*, algún “anuncio”. Y me he topado con dos relatos muy distintos, uno más reconfortante que el otro; uno, para mi sosiego, menos enigmático. Empezaré recogiendo *el otro*, el que me alarma, hermético y equívoco:

TRES LLUVIAS DESPUÉS

(Elegía del Niño de Luto)

Desencajada sonrisa de otro niño de luto,
perdido en la inmensidad de la tristeza
como un perro
encharcado
en medio de la noche.

El niño balbucea palabras de dolor enfermizo
mientras contempla atormentado
la mentira de su cuerpo
y la hipocresía de su cuerpo.

Por dos veces agachó su corpacho
dolorido
para arrojar piedras sin camino
a un camino
tan próximo
como distante.

Por dos veces brilló su costado desnudo,
exhalando hedor a trabajo
en porquería.

Miró a un lado y a otro,
en demanda de un pedazo
maldito
de pan, de ayuda o de aire puro;
pero solo encontró el estiércol
de todas las horas,
en el mismo lugar de siempre,
con la amenaza de nunca.

Embarró sus pies
y embarró sus piernas
con la delicadeza de un cerdo sofocado,
y restregó por el muladar de su rostro
unas gotas brutales de agua
sucia.

Levantó la cara al sol del infierno
y cerró los ojos al peso del cansancio.
Quiso andar hacia alguna parte,
pero nada ni nadie le esperaba.

Lo comprendió al observar el salto
viejo
del gato
y se arrodilló descoyuntado para besar el suelo,
de donde lo recogieron
tres lluvias después
por enterrarlo.

Tres llluvias después me acompaña desde que fuera escrito en aquella embriagadora habitación hace ya más de siete años. Desde entonces, aparece en todos mis trabajos. Su introducción no requiere más justificación que esta: todavía no ha saltado el gato, aunque el niño haya perdido ya su antigua sonrisa desarreglada.

O, de otra forma:

Tres llluvias después le acompaña desde que fue escrito en aquella habitación hace ya más de siete fustigadores años. Desde entonces, aparece en todos sus trabajos. Durante su envenenada vida no ha hecho más que esperar el salto del gato. Y el gato, tan viejo como lo imagina, debe saltar un día ante los ojos de su rendición porque así lo ha escrito. Porque así lo ha escrito. Se reconoce dueño de su destino desde la noche en que se soñó besando el suelo humedecido por la lluvia venidera. A partir de ese momento, con la Elegía debajo del brazo, se le ha visto dirigir sus pasos por los más insospechados parajes. Vigila sus pasos. Y la Elegía es su único mapa, su único libro, su único futuro. Al componerla, inventó su porvenir. Sabe hoy que no solo al escritor le ha sido otorgado el privilegio de determinar su suerte. Pero nadie como el escritor puede atar el destino al carro de las palabras.

Apenas le queda descubrir bajo qué figura desplazada se esconderá el gato, qué falsa apariencia asumirá para despistar a los curiosos..., y qué gesto, qué maniobra, qué guiño desplegará como metáfora del salto. Metáfora de un arrodillarse para besar el suelo como lo único digno de ser besado. Aguantar la caricia de tres llluvias hasta que sus contemporáneos pierdan el tiempo en enterrarlo. Preferiría sin duda que despedazaran meticulosamente su cuerpo, y se lo dieran de comer a los cerdos. Pero no confía ya en el valor de sus semejantes. Nada cabe esperar de aquellos que, hasta ahora, incapaces de luchar, se aferran a

la muerte continua de seguir costumbres. Y él, en cambio, harto de vivir como navegante perpetuo en un mundo sin costas a las que arribar, decidió un día describir la forma de su muerte para hacerse así obedecer incluso por su muerte. No solo al escritor le ha sido concedido el don de hacerse obedecer por su propia muerte. Pero nadie como el escritor puede cursar la orden con la inutilidad de las palabras. La inutilidad de las palabras.

¿Ya habrá saltado el gato? ¿Qué gato? ¿Se habrá arrodillado, mi amigo, para besar el suelo humedecido? ¿Qué suelo? ¿Lo habrán recogido “por enterrarlo”? Pero ¿quién? ¿En qué sentido?... No, no me gustan estas comparaciones, deliberadamente oscuras, acaso “fallidas” como alegorías. Me quedo, sin más, con esta explicitación de la voluntad de Araya: “*atar el destino al carro de las palabras*”, convertir la escritura en el motor de la existencia.

El segundo texto, menos confuso, abona por el contrario mi intuición de que Víctor está vivo y de que su “desaparición” ha sido solo una *escapada*, una *fuga*, la condición de *otra* etapa de su vida (vale decir, un capítulo *más* en la novela de su existencia) y también el *requisito existencial* de otra obra, la última, que se estará escribiendo en estos momentos. Es este, que recogí en otra nota y que no me importa reiterar en parte, perteneciente a *El Irresponsable*:

SIN HOGAR

Nómada, siempre nómada

“Cuando caiga, lloraré de felicidad”.

S. Beckett

Sin Hogar. El Apátrida se declara “nómada, siempre nómada”. Nada logrará jamás detenerle —retenerle—. Nadie

lo poseerá. Nunca se convertirá en el siervo de sus propiedades, recluso de la Familia, esclavo de una pasión.

Sentirse molesto por arraigar en el éxito, saberse incapaz de instalarse en la victoria: he aquí la señal del Apátrida. “Huyendo a tiempo...”. Solo así conserva la esperanza de que la Máquina no termine integrándolo como signo de salud, resorte del Engranaje, dinámica reproductora. “Recuperemos el sentido de lo perecedero y echemos a correr antes de que se nos atrofién las piernas —o nos las roben»—: esta es su consigna.

Y en *Desesperar*, por último, he encontrado lo más parecido a un “anuncio”, que me fortalece en mi sospecha, pues Víctor no puede permitirse “traicionar” una frase suya. He aquí la profecía, que inserté también en mi tercera nota:

Seguiré con ella, cuidando de nuestro hijo, hasta que el tiempo, si no la muerte, nos desgarré. Nos parta en dos. O en tres... Hasta que un porvenir convulso, inimaginable hoy, separándonos brutalmente, nos devuelva a la indefensión de vivir en uno mismo. Acaso dulce dolorosa inútil indefensión.

15)

Me había dejado arrastrar por las aguas del socialismo declinante como un barco de papel arrojado al río por un niño desavisado —yo era ese niño, el barco y la mirada llena de horror que ve cómo se aleja para siempre el nimio objeto de su alegría—

Frente a un andén repleto de viajeros del Este, inconfundibles por su vestimenta (signo de una pobreza sostenida, muy distinta de la miseria y casi más parecida a un sórdido y raquíico bienestar elemental), se hallaba, severo en su decrepitud, el tren que habría de llevarme a Trieste, puerta de servicio de un Occidente decepcionante y desahuciado. Aquella mole ennegrecida, sucia, aherrumbrada, perfectamente útil e incluso insustituible, como todo legado del socialismo real, que me recordaba sin embargo a los expresos de España (los nocturnos “borregueros”, en los que viajar era, muy exactamente, *aventurarse*, tutear al infortunio y por fin familiarizarse con él), tomaba ya para mí el aspecto de un inopinado aliado maquínico, un artefacto liberador —el garante de mi salvación, la posibilidad de huir de Budapest y dejar de comportarme como un desmazelado juguete de las circunstancias, víctima escogida del lado demoníaco de mis amigos—.

Subí presuroso a un vagón de segunda. Me siguió, sin vacilar, el terceto de la funesta Despedida. Reconocí, en ese instante, mi

desprotección ante una comitiva tan engañosa, especie de embajada de la ansiedad y del peligro: Trevor, mi mejor —y más temido— amigo; Rafo, el hombre de la absoluta variabilidad, de la sorpresa facciosa; y Boglarka, una completa desconocida a pesar de todo, la mujer más incomprensible que jamás había amado, puro y cavernoso misterio. Me sentía inerme ante aquellos ahe-rojantes camaradas, solo y perdido como el soldado que, horrorizado por la brutalidad de sus compañeros, por su injustificable crueldad, decide disparar también contra ellos y, por tanto, debe huir no menos de sus compatriotas que del enemigo. Y ya no había nada “heroico” en semejante flaqueza, un tan bajuno pavor.

Esa sensación de “ausencia de resistencia”, de entera disponibilidad (como un blanco de tiro), se repetía periódicamente en mi vida. Tomaba entonces consciencia de una endeblesz estólida, de la imposibilidad de soportar lo que todo el mundo soportaba —y a partir de lo cual construía su vida—. Sentía la dificultad de vivir bajo el yugo de esa fragilidad. Sabía que se quería disfrazar, que la quería disfrazar; y que prefería representarme como el héroe de no sé qué combates contra Enemigos Objetivos (el Trabajo, por ejemplo), cuando en realidad el Enemigo era yo mismo y el arma de ese terrible antagonista mi propia debilidad. Sabía que las cosas más pequeñas podían herirme de muerte, aunque fuese capaz de superar las más espantosas desgracias. A menudo me sentía “tocado”, raro, invadido, como destemplado, por una nimiedad —y no podía salir de ese túnel—. Vivía, pues, a un paso de perder la cabeza por cualquier avatar, bajo la tiranía de las dudas del enloquecimiento, con un punto de intemperancia, de imprevisibilidad, de tormenta (quizá ya un punto de locura), que hacía a los demás “gravosa” su relación conmigo. Reconocía en los ojos de los otros, en sus silencios, incluso en el ambiente que se estaba gestando en aquel extraño vagón, ese “algo” de respeto y de estupor que los encuadraba, recelosos, a mi servicio, siempre en guardia, dispuestos a ayudarme (como Trevor, como Rafo)

vigilantemente. Adivinaba en su obsequiosidad una sombra de prevención que la corrompía. Y me asistía la certeza de que jamás terminarían de fiarse de mí, de que siempre me temerían de algún modo, porque también ellos sorprendían en mis silencios, en mis ojos, ese “punto” (tal vez de locura) que me erigía en un peligroso polvorín, un toro dudosamente amansado, ave de presa en los corrales. Y, por último, era plenamente consciente de que yo también me respetaba, me temía y me vigilaba por esa índole; de que vivía con el terror de saberme capaz de herir —sin pretenderlo ni lamentarlo— y de que una región de mi alma lindaba confusamente con el Extravío. ¿No había sido ese descentramiento, esa ciclónica inestabilidad, lo que finalmente me había arrojado en los brazos de aquellos ambiguos amigos —insólitas maderas a flote, providenciales y castigadoras, en un océano de desolación—, salvándome de algún mal indecible e intratable?

Es probable que, a lo largo de mi vida, haya entrado y salido varias veces por las puertas de la locura. No se vive mal en ella, pero solo a condición de desterrar toda compañía —licor exigente, el Desatino se saborea “a solas” o daña en profundidad—. Uno se debe reconocer “loco” cuando experimenta las dudas del enloquecimiento o el filo de un dolor *que sabe esconder su origen*. La raíz de toda locura reside en la fragilidad: no poder soportar la vida que los otros viven, la vida que todo el mundo soporta. Pero, para mitigar una aficción tan torturadora, no disponemos de otra terapia que el escape, la fuga, el cambio de vida... “Adaptarse” es ya más que enloquecer —hundirse en la neurosis—. Y “huir”, instalarse al borde de la esquizofrenia: danzar sobre los derrocaderos de uno mismo y no precipitarse. Las mentiras (tristes lacayos de la Impotencia) acuden cuando magnificamos nuestra existencia hasta el extremo de la Epopeya; cuando travestimos nuestra debilidad de fortaleza, y queremos hacer creer que tenemos el Valor, el Coraje, o la Sabiduría, de romper con la vida usual, anodina, “de los demás” y de esculpir —con nuestras pro-

pias manos— la Obra de nuestro futuro. En realidad, es nuestra flaqueza la que rompe, la que huye, la que nos protege; y es solo ella la que inventa nuestro porvenir. Los fugitivos nos labramos el camino..., con las rejas de un precario “no-poder”; la Obra de nuestra vida se talla, sin modelos, sobre el material del Desvarío y con las manos de la Fragilidad.

Hasta tal punto me hostigaba la ganzúa del desconcierto, que los episodios más “gloriosos” de mi estridente pasado empezaban a desdibujarse, como los tilos de las llanuras nevadas en el lento perecer de la tarde, asumiendo otro aspecto, etéreo y fantasmal, otra vaporosa dimensión. Y el hombre temerario que se había lanzado de cabeza al abismo del comunismo decadente y de la sensualidad sin palabras daba paso a un humilde guiñol de la necesidad, una apagada marioneta de los intereses y de los deseos ajenos. Comenzaba a pensar que aquella claudicación de todas las cosas, aquella rendición de las instituciones y de los cuerpos de mujer, que había seguido a mi alojamiento en Budaörsi Kollegium, nada tenía que ver con mis supuestos dones, con mis pretendidas cualidades; sino que se desprendía mecánicamente de un cúmulo de circunstancias y condiciones históricas. Esa sombría influencia de lo real-social habría pintado, en torno a mis afanes, un falso paisaje de éxito, tétrico oropel con que disimular la evidencia de mi profunda sumisión al orden de las expectativas nacionales y de las intenciones privadas.

Uno de los capítulos más inexplicables de mi zascandileo húngaro —la noche de la “Fékete Virág”— tendía a esclarecerse en aquel viejo vagón, aprovechando quizá el silencio de mis amigos (adormilados) y el aletargamiento amoroso de Bogui, quien, apoyando su cabeza sobre mi hombro, renunciaba ya al esfuerzo inútil de la comunicación. Como ninguna palabra interfería el libre curso de mis pensamientos, pude alcanzar, aquella última madrugada magiar, una desazonadora conclusión: durante tres meses ininterrumpidos había estado prostituyéndome a la lógi-

ca del socialismo evanescente, lo mismo al frecuentar (como un adicto) los departamentos de la Universidad que al saltar lúbricamente de lecho en lecho.

La historia de la Flor Negra (“Fékete Virág”) había alcanzado cierta popularidad entre los estudiantes sudamericanos de la capital y figuraba —hasta esa noche— como el compendio extravagante de mis más destacadas “proezas” eróticas. Todo transcurrió del siguiente modo...

Llevaba ya más de dos meses en Budapest, fascinado por la heterogeneidad y complejidad de aquel revuelto mundillo universitario y procurando “justificar” (ante las autoridades educativas) mi estancia en el Colegio y los privilegios que, como investigador-huésped, demandaba y fácilmente obtenía —relativos al alojamiento, a la manutención, a la complicada prórroga del visado, etc.—. Para ello, me recluí unas cuantas horas por las mañanas en la Biblioteca General, empeñado en trazar el perfil de la historiografía húngara contemporánea y con la sólida intención de dar respuesta a un interrogante: ¿Existía un esfuerzo original, húngaro, coetáneo, de actualización filosófica e histórica marxista? ¿Se trabajaba, en alguna parte, en beneficio de una *renovación* del socialismo o los pensadores del Este derivaban la crítica del estalinismo hacia la aceptación, sin más, de la democracia burguesa? El tema me interesaba sinceramente, aunque no constituía más que el “pretexto” de mi residencia en Hungría. Y disfrutaba en la Biblioteca tanto como en los corredores del Colegio. Juan, el profesor chileno que habría de convertirse en uno de mis más entrañables amigos, me rescataba periódicamente de la lectura y me “perdía” (con él) en la espesura de cualquier tumultuoso “borozó” de Buda... Sin embargo, quedaba todavía un asunto pendiente —o, mejor, “suspendido”: la sensualidad o el afecto—.

Sesenta días sin nadie a quien amar como yo había amado a las mujeres (de una forma turbia, casi deshonesto, francamente cerril), sin un rostro que recordar en aquellos momentos flácidos de la

tarde en los que se diría que hasta los perros pasean melancólicos..., era este un lastre de plomo que a duras penas podía ya arrastrar. Se rebelaba el corazón, latiendo fuerte e inmotivado, tal vez para sacudirse el polvo de tan injusto olvido. Se resentía el cuerpo, plagado de telarañas. Y el ambiente de intensa promiscuidad, de impresionante trajín erótico, de la Residencia agravaba aún más mi difícil situación... A lo largo de aquellos dos meses había considerado que el problema del lenguaje (mi desconocimiento absoluto del húngaro) me dejaba automáticamente fuera de juego por el momento; y que solo al cabo de algún tiempo —medio año, por lo menos— podría entablar someras relaciones con las estudiantes húngaras. En función de tales argumentos, “posponía” la cita con la sensualidad. Sin embargo, el cuerpo, que atiende poco a razones, “veía” las cosas de otro modo —y me lo daba a entender a su manera, turbando la paz de mis noches y tiñendo de ansiedad mi mirada—. Y llegó el día en que, en medio de una borrachera salvaje (inducida por Juan, mi compañero de desorden), tuve que soportar, y aceptar, la triunfante sublevación del organismo: mi cuerpo tomaba las riendas de la persona entera y la empujaba a buscar la compañía de una mujer.

No os descubriré nada si os digo que soy un hombre extremo, aficionado al derroche y al hartazgo —amo las lluvias torrenciales y, en su ausencia, los soles incendiarios—. Pues bien, mi consustancial “radicalismo” (un no poder detenerme antes de alcanzar el límite e incluso trascenderlo) me llevó, aquella noche, a proponer a todas las mujeres que el azar colocaba en el campo de tiro de mi hambruna de goce una relación erótica integral. Como no dominaba el húngaro, tuve que ampararme en el buen oficio de unos cuantos “traductores” latinos... En lugares distintos, y en el corto espacio de un par de horas, “invité” a cuatro mujeres desconocidas a hacer el amor inmediatamente —hasta ese punto vivía *al otro lado de lo real*—. Ante mi asombro, ninguna de las muchachas se enfadó conmigo; al contrario, reaccionaron con toda la serenidad concebible en ese momento. Tres de ellas inten-

taron explicarme que para hacer el amor era preciso conocer, en cierta medida, a la persona “elegida”. Y que esa circunstancia no concurría en mi caso. Yo procuré convencerlas de que el proceder más inteligente era, justamente, el inverso: hacer el amor con el enigma para empezar a desentrañarlo. Pero mi éxito fue escaso. Recuerdo, con toda nitidez, las cuatro tentativas. Las tres primeras se desarrollaron como acabo de anotar; la cuarta, desatentante e irrepetible, sirvió de fundamento a la leyenda, grabada al rojo vivo en la memoria, de “La Negra Flor”.

A las nueve de la noche “asalté” a una húngara de inquietante aspecto —largos y envedijados cabellos castaños, mirada extrañamente fija e inexpresiva, movimientos de exasperante lentitud— que paseaba con su novio (oriental) por el séptimo corredor. Me acompañaba un estudiante cubano recién llegado de Moscú, que me brindó sus conocimientos de ruso para, en esa lengua, comunicar a Marty —la húngara— mis intenciones. El novio reaccionó antes que ella: en un inglés tan deplorable como el mío me hizo saber que la chica no estaba libre (“*No free, no free. She is my woman. You know?*”). Le respondí en el acto, quizás un poco desafiadoramente —pero revelándole, con una sonrisa traviesa, la naturaleza festiva, por no decir frívola, del Reto, y mi deseo de hacerme perdonar—: “*No problem for me, no problem. I only want to make love with this girl. She is not for me. She is for you, only for you. But I want to make love with she*”. Sonrió, divertido, el indio; y se limitó a añadir: “*OK, try, you try...*” Y, tras guiñarme un ojo, no sé si en son de burla o en señal de franca complicidad, nos abandonó. Aproveché la ocasión para insistir en mi ofrecimiento, creándole al “traductor” más de un problema: “Dile que en el Sur lo hacemos de otra forma, que se lo tome como una experiencia antropológica”. Pero Marty no aceptó. Se fue tras su indio, dejando caer —como despedida— una sentencia que pronto corearía, maliciosamente, la tribuna latina: “*You are crazy, you are Mr. Crazy*”.

Sin desanimarme, agradecí al cubano sus “gestiones” y corrí en busca de Trevor para repetir la operación con una mujerona de Pécs que él conocía bastante bien y de la que solía decir, tal vez en broma, que “andaba todo el día *arreacha* por mí”... Como tenía examen a la mañana siguiente, la chica se había acostado pronto (quería estudiar de madrugada); y fue especialmente engorroso para mi amigo explicar el motivo por el que irrumpíamos a deshoras en su cuarto y la despertábamos sin la menor consideración. Yo me senté a los pies de la cama y me limité a asentir con la cabeza a lo que, en húngaro, mi compañero procuraba exponer. Me había cruzado con esa chica un par de veces y en la segunda oportunidad se había ofrecido generosamente a enseñarme la fonética de su lengua —o, al menos, eso deduje—. Sin irritarse, y casi sin sorprenderse, la húngara abundó en que aquella proposición estaba fuera de lugar, pues únicamente nos conocíamos de vista y apenas podíamos comunicarnos. No perdí mucho el tiempo. Me despedí con una afectadísima reverencia de bufón y, ya por mi cuenta, solo, como queriendo dar rienda suelta a toda la locura que bullía en mi corazón, emprendí la búsqueda de otras mujeres.

Me encontré, en el pasillo, con una muchacha rubia, de baja estatura, pero muy proporcionado cuerpo. Jugaba con un conejo. Me senté a su lado, en el suelo, la espalda contra la pared. En inglés, le pregunté su nombre, qué estudiaba, su edad, de quién era el conejo... Hablaba el inglés aún peor que yo, pero pude entender lo fundamental: tenía dieciocho años, estudiaba derecho y el conejo era un regalo de su novio. Se llamaba Boglarka. Inmediatamente, le dije que me gustaba su aspecto, que me interesaba su modo de “no” ser hermosa, que por algún motivo ni siquiera podía considerarse atractiva, que viniera un día a cenar a mi cuarto y que mis intenciones eran inequívocas: hacer el amor con ella, mejor o peor, antes o después. Como a las anteriores, pareció agradecerle mi insolencia. Intentó explicarme que en Hun-

gría no se hacían así las cosas: primero había que “conocerse”. Yo repetí que hacer el amor era una estupenda forma de iniciar ese conocimiento. Sonrió provocativamente. Como no vi clara la situación, me incorporé y, sin añadir nada, me encaminé hacia La Vaca. Tras andar unos pasos, volví la cabeza: Bogui seguía jugando con su conejo. Había algo enfermizo, demencial, en aquella manera de acariciar a la mascota —como si frotara una lámpara maravillosa o practicara sobre ella, con los alfileres de sus dedos, la magia vengativa del vudú—. Me sentí el objeto, desplazado, de tan punzantes caricias, la víctima lejana de aquellos hirientes sortilegios satánicos.

Borracho “de acostar”, penetré en mi habitación para concederme una tregua. Saqué de la nevera una botella de vodka y, calmoso, me bebí cerca de un cuarto de litro. Debió de transcurrir más de media hora, en esa “ceremonia”. Al filo de las once, volví a salir del departamento, sediento de caos, de crisis, de término. “Es mi Deseo la tormenta que revienta los sepulcros, el rayo que quema las lápidas”: me dije una y otra vez. Y, ávido de acción verdadera (pura, sin sentido, inefable), mi osadía alcanzó, entonces, uno de sus puntos culminantes, se elevó hasta una cumbre que solo conocen ya los malditos, los criminales sin piedad y sin perdón: descendí dos plantas, caprichosamente, y entré en la primera habitación que la fortuna colocó delante de mis ojos. Era un cuarto de mujeres. Tres chicas dormitaban en sus estrechas camas de cuerpo. No conocía a ninguna de las dos que, por haberse tendido de lado, dejaban ver sus rostros desde la puerta. La tercera se removía boca abajo, en el catre de en medio. Aunque era invierno, la calefacción del Colegio permitía yacer sin mantas, ni sábanas, casi al desnudo; y pude demorarme en la “selección” de la muchacha que me interesaba. Escogí a la más hermosa, alta, blanca, delgada, de azabache sus cabellos como muy pocas, exuberante a su manera. Además, su lecho daba a la ventana y, en ese rincón, al fondo del recinto, podría actuar con menos sigilo. Me

desnudé tranquilamente, entré en su cama y le repetí al oído la “única” frase que, por incomprensibles motivos, había aprendido del húngaro: “*Vigyasz mogodra, Fékete Virág!*” (“¡Ten cuidado, Flor Negra!”). Debido a mi insistencia, la chica despertó, me escuchó sin sonreír y sin asustarse, notó la tensión de mi cuerpo, el deseo que, aún en la oscuridad, brillaba en mis ojos; y empezó a amarme con una serenidad y una delicadeza incomparables.

Una de sus compañeras —la que dormía boca abajo— abandonó también su frágil letargo. Se revolvió y nos miró. Reconocí, en la penumbra, las desgredadas guedejas de Marty, la horrible inmovilidad de sus pupilas de piedra. Cambió lentamente de posición y se acomodó para conciliar de nuevo el sueño, viendo —entretanto— a nuestros cuerpos enlazarse. Como su cama era la más próxima a la nuestra, me resultó un tanto “extraño” amar a mi enigmática flor sintiendo el cosquilleo de aquellos ojos inexpresivos resbalando sobre mi nuca, prendidos a mi talle, percibiendo incluso la respiración —ora sosegada, ora agitada, siempre excitante— de la intrusa y, en algún momento, juraría que hasta el agua de sus dedos sobre mi espalda. No me molestó contar con un testigo. Tampoco lo agradecí. No entendía nada y me entregaba a la acerada ambigüedad de un placer desconocido, inexplorado, con el candor aventurero de los niños o de los locos.

Al terminar, mi misteriosa amante regresó sin dificultad a la región de los sueños. Permanecí un rato a su lado, intentando hacerme cargo de la situación. Pero creo que fracasé en el empeño. Me incorporé y me vestí, aún aturdido. Antes de salir, “tropecé” con los ojos de Marty, rara e intrigantemente exánimes. Me dirigí a su cama y le repetí la frase de la magia: “*Vigyasz mogodra...!*”. Sonrió. Intenté besarla y giró el rostro. Me separó violentamente y, con un ademán expeditivo, me rogó que saliera del cuarto. Así lo hice. Miré por última vez a la hermosa mujer que —no sabía si por caridad o desesperación— me había ofrecido el bálsamo de su cuerpo. Dormía plácidamente, con una expresión dulce y casi

mórbida en su cara de porcelana. Me pregunté si aquella insólita flor sería tan “la noche” para los demás como lo había sido y lo estaba siendo para mí... Regresé, caviloso y pletórico, a mi habitación, dispuesto a dormir la más inaudita de mis borracheras. Había volcado todo mi pesar sobre la piel de aquella chica, deshecho la ansiedad en sus recovecos; y, por eso, ya de madrugada, pacificado y redimido, como si hubiera expulsado al diablo de mi cuerpo (o, mejor, como si hubiese desterrado a algún dios mezquino e irresarcible), mi catre solitario me pareció tan acogedor como el regazo de una madre.

Por la mañana, y tras escapar de un sueño pesado, casi doloroso (que había caído sobre mi conciencia tal una losa de remordimiento), me sentí enormemente avergonzado, cohibido por el “exceso” de mi audacia en la noche anterior. Parecía como si llevara grabada en mi frente, inscrita en mi mirada, toda la infamia de aquella depravada jornada. Los latinos ya estaban al tanto del primer episodio de mi devaneo: Trevor y el cubano habían hablado. No sabían nada de la historia de la “Fékete Virág”, pero yo mismo les conté lo sucedido. Me creyeron por la abundancia de detalles con que relaté la experiencia y la descripción sucinta del cuarto en el que había penetrado. Manejaron varias hipótesis sobre la identidad de la mujer que tan indulgentemente me había asistido, pero todavía hoy sigue el asunto sin descerrajar. No pude reconocerla, en los días ulteriores. A pesar de la singularidad de su aspecto, no era la primera joven que se teñía de “negro china” sus cabellos racialmente claros. Por otra parte, comprobé que en el departamento allanado solo dormían habitualmente dos muchachas —Marty y una chipriota rubia, pequeña, retraída y timorata—. La tercera, mi amante, había sido una “invitada”. Marty no desveló su nombre y la otra afirmó no haberse enterado de nada...

Para mi estupor, en los días siguientes, las tres muchachas a las que había abordado en mi impetuoso rapto de embriaguez acudieron a “La Vaca” (en momentos distintos, como si hubie-

ran concertado un calendario), exigiendo que me comportara a la altura de mis proposiciones: *tuve que amarlas*. Establecí con ellas relaciones de desigual duración: Marty me desagradó por su fastidiosa propensión al sadomasoquismo y no quise repetir la experiencia (durante varias semanas, y convirtiéndome en el hazmerreír de los latinos, mis brazos, que más parecían desolados campos de batalla, exhibieron las “marcas” de su furiosa sensualidad); la mujerona que quería darme clases de húngaro se convirtió en mi amante eventual —y, en efecto, tuvo ocasión de introducirme en la fonética de su lengua—; y, finalmente, la muchacha del conejo, Boglarka, la última húngara que visitó “La Vaca”, se erigió, desde entonces y hasta mi primer regreso a España, en mi inseparable compañera.

Tardé mucho tiempo en esclarecer el significado de aquellos encuentros. Todo me resultaba demasiado abstruso. Mi primera y casi espontánea reacción consistió en atribuir lo sucedido a la “idiosincrasia” de la Mujer Húngara (particularmente libre, despreocupada, quizá frívola). Más adelante, mi orgullo se complació en caracterizarme como un atípico, pero eficaz, “seductor”... Y aquella noche, en el vagón de segunda, empezaba por fin a buscar el sentido de mis dudosos éxitos en el dominio incierto de lo Social —aprovechando cuanto creía haber descubierto, a propósito del comunismo estancado y de la historia de Hungría, después de tres meses de residencia en Budapest—. Con una metáfora prolongada, tal vez ya un apunte alegórico, había descrito, en la Navidad de 1989 (año de los hechos que sirven de hilo narrativo a este estudio), la naturaleza profunda —el rostro sin enjalbegar— del socialismo decadente, tal y como se desnudaba día a día ante mis ojos y en cuyo contexto cosechaba mi vanidad sus victorias sobre las mujeres:

«Asistí a las exequias de un difunto. Pero no identifiqué el cadáver: no era, aquel, el anciano venerable que había venido a des-

pedir —¿dónde estaba su expresión serena y bondadosa, y dónde su frente despejada, y el muy leve rictus de la sabiduría?—. Ni siquiera había muerto el respetado viejecillo que llamábamos “socialismo real”, “socialismo” a secas o, como habría que anotar, Socialismo Mágico. Desconocía al fallecido, y su visión solo alimentaba mi espanto —debió ser tan horrible en vida, tan monstruoso en su vejez, que ni la misma muerte lograba ya afearle—. Lo que sí pude percibir era la abisal rareza del ambiente: en torno al difunto gravitaban las acechantes figuras de los familiares o de los amigos. Y no había ni sombra de aflicción en sus rostros. Nada lamentaban... Me pareció, incluso, que los envolvía la atmósfera de una no confesada celebración. Y como celebraban la muerte, como se regocijaban ante el féretro, no pude por menos que pensar que aquellos eran también sus asesinos, sus verdugos —y quizás asimismo sus herederos—. No me mezcle, de momento, en el asunto. Ni me indigné por el crimen —hasta tal punto me desagradó el aspecto del cadáver—. Pero tampoco me sumé a la Fiesta... En el rostro de los asesinos sorprendí ese “aire de familia” que los *emparentaba* a unos con otros y que tanto me repugnó en el desaparecido».

La Hungría de aquel tiempo no reproducía, en modo alguno, el cuadro (romántico) de una lucha popular en demanda de “libertades”, derechos democráticos o reformas económicas radicales. Era esa, precisamente, una ficción tan grata como útil a los enemigos seculares de todo romanticismo. Existía, por el contrario, un interés, arraigado en la misma Nomenclatura, en propiciar cierta transición a la economía de mercado que permitiera, a los dominadores y a sus allegados, “disfrutar” de la inmensa fortuna amasada mediante el usufructo de la gestión política durante ya demasiadas décadas. Es decir, el propio Aparato del Estado promovía la espectacular transformación que sus hombres-resorte reclamaban para disponer libremente de unas rique-

zas largo tiempo ocultas, forjadas al fuego de la corrupción y del fraude, y que solo ahora, con la falta de pudor que caracteriza a los burócratas y a los tiranos, se atrevían a exhibir —construyéndose pomposos “castillos” de tres y cuatro plantas en las colinas de Buda o adquiriendo carísimos autos de importación, burla y agravio de los tradicionales, humildes e igualitarios *Wartburg Trabant* de madera plastificada...—. Los mismos “administradores” comunistas que antaño cerraran todas las vías de acceso a una auténtica democracia popular de base ansiaban ahora el pasaje a la democracia capitalista, habida cuenta de que su potencialidad económica los erigiría en burguesía dominante, clase hegemónica de la futura Hungría post-socialista. Los obreros de la ciudad y del campo, los trabajadores, los campesinos, convenientemente “despolitizados” por el estalinismo y objeto de una cuidadosa manipulación —casi al modo occidental— por los sucesores de la Dictadura, nada oponían a unos cambios que, por otro lado, tampoco demandaban. Su papel había sido “dictado” desde arriba y aprendido por la fuerza de las necesidades materiales y de los pequeños descontentos cotidianos: el papel de unos observadores distantes, fríos, impotentes e ignorantes, vagamente partidarios de las reformas, pero ni siquiera esperanzados.

Y, cosida con hilos de oro y sangre al destino de la minúscula burguesía comercial y protofinanciera —vale decir, atada a ese colectivo por una retícula de negocios sucios y de entrecruzamientos familiares—, la Nomenclatura preparaba ya su inminente travestismo: abandonarían sus puestos en el Aparato del Estado para controlar el poder desde sus posiciones en el Aparato Productivo. De su seno saldrían los partidos liberales, demócrata-cristianos, nacionalistas, inclusive monárquicos... Con su dinero se pagarían las campañas de prensa del anticomunismo, el marketing pro-capitalista, la publicística liberal y la desorbitada invitación al consumo desde los principales medios de comunicación. De ahí la flaqueza de la “resistencia” al asombroso viraje político-econó-

mico que se avecinaba, la debilidad de una Represión que actuaba como parodia de sí misma —para cubrir las apariencias y con el firme propósito de “no” ser efectiva—, la facilidad con que se desmoronaba el Viejo Orden (minado a conciencia desde dentro) y el ritmo trepidante de una Transición que rodaba, cuesta abajo, sobre las inevitables, y muy oportunas, cabezas de turco de unos cuantos “tardoestalinios” acorralados.

Y en ese contexto enrarecido (que sugería la imagen de un sabotaje, un envenenamiento, un suicidio inducido; y nunca la de un naufragio sin supervivientes, un fracaso anunciado o un eclipse de la Nación), en el apogeo de una actitud despreciativa ante el legado revolucionario, al que se odiaba con un entereza agrietada de amor, desfalleciendo los valores del socialismo bajo el látigo restallante del mercado, se producía la invariable “claudicación” de los habitantes de Budapest ante los emisarios ocasiones del Capitalismo. Ese fue mi caso y así se explica mi inesperado recibimiento. Revestidos de una falsa “modernidad” ciudadana, prosaica y ramplona, hostiles a todo retallecer del espíritu campesino y penosamente encandilados por los afeites de la sociedad de consumo, los hombres y mujeres de la capital sesgada por el Danubio gravitaban como aves de carroña sobre la prodigalidad (ingenua y arrogante) de los visitantes occidentales —turistas y vagabundos aunados por un desconocimiento atroz de la situación, que era casi parte de su ingenuidad y de su arrogancia—.

Lo veía con toda claridad, por primera vez en aquel trimestre. Había tardado demasiado en comprenderlo, aunque en más de una ocasión se había cernido sobre mí el presentimiento de ese oscuro cariz de mi “suerte”... Mi relación con Boglarka, quizá por su continuidad y duración, había estado a punto de revelarme, en diferentes momentos, la verdadera índole de una tan sorprendente “seducción” —y la realidad profunda de mi servilismo, de mi lamentable esclavitud—. Cada vez que entraba en su cuerpo sentía como si ella se aferrara compulsivamente a un pedazo de mi mundo. Tenía la im-

presión de que no me amaba a mí, un infeliz sin patria ni fortuna, sino al mundo del que procedía. Creo, con toda la sinceridad que tolera la escritura, que no era yo, sino Occidente, quien la excitaba y la poseía; y que, al recibir mi miembro, no era por mí por quien se sentía penetrada, sino por las playas de España, la moda de París, la ociosidad burguesa, el culto posmoderno al cuerpo, la ostentación del Capital. Creo que me disfrutaba, que me gozaba, no como a un ser físico, sino como una especie de anticipo, vaga muestra o señal confusa de todo aquel rutilante bienestar, de aquella dicha sin parangón, que —según una opinión muy extendida en el área— Occidente derrochaba entre los suyos. Yo no era, en esos instantes, un hombre de carne y hueso, en su segunda o tercera juventud, tal vez desesperado, sino el resumen, la puerta, el regalo, de una Tierra próspera, mágica, deslumbradora. Boglarka se entregaba a mí porque, al hacerlo, sentía que se abrazaba a Europa —el esplendor del Mundo Libre. Y amaba cuanto yo conservaba de europeo (ese poso vergonzante que siempre padecí como un anatema), cuanto retenía de pequeñoburgués indignado, de hijo revoltoso del Capitalismo. Y, al aprisionarme bajo su cuerpo, al acorralarme encerrizada e ingobernable contra las sábanas, le parecía pisar ya el umbral de un tan inmediato Paraíso. No solo soñaba con que, a fuerza de desearla, yo la liberaría del Este y la entronaría gentil en mi país: amarme era ya, en su locura, participar de lo Desconocido Sublime. Sentía, pues, por mí el interés que suele suscitar la momia de un faraón egipciaco: nos atrae el tesoro que, junto a ella, y aquilatando su valor, envejece en el sepulcro, y el aura de otra tierra, de otro tiempo, de otro mundo, que a pesar de todo late en el cadáver. Lo mismo podía haber sucedido con Marty, con mi profesora de fonética... Por todos lados hallaba indicios de que esa era la escondida razón del sometimiento de las húngaras a los apetitos miserables de los occidentales —y, en general, de que así había que entender la “abdicación” de las instituciones, de los organismos y de las autoridades ante las exigencias desmedidas de los visitantes acomodados—.

En relación con la Negra Flor de mi desconcierto, me perseguía sin embargo una duda: *¿y si aquella madrugada la extraña muchacha, presintiendo la verdad, me amó como quien se asoma a una ventana, queriendo contemplar la noche desalmada, insufrible, sin estrellas y sin luna, de mi supuesto mundo rico, libre, feliz —el mundo decadente, ruinoso, que en mis torpes palabras, en mi embriaguez, en mis ojos de enfermo y en mi absurda audacia veía condensado (y “condenado”, añadiría)—?*

No había sido, en definitiva, mi fortaleza, mi resolución, el temple de mi carácter, la libertad de mis instintos, lo que había “cautivado” a aquellas mujeres y las había erigido en sirvientas diligentes de mis deseos. Se hacía preciso invertir la secuencia: mi debilidad, mi inconsciencia, mi talante fatuo e irreflexivo, la oscuridad en la que me debatía, el dolor que me cegaba, la ansiedad de la que era galeote, todo eso —mi fragilidad, en suma— me había convertido en una desgraciada baratija de las necesidades y de los deseos de los demás, incluso de las bajezas, frustraciones e ilusiones patéticas de los demás. No había recuperado en Budapest —como durante un tiempo imaginé— las riendas de mi voluntad, el gobierno de mi persona; no había restablecido la influencia sobre mi futuro. Al contrario, yo sí que había “abdicado” (uso el término, esta vez, en un sentido nada metafórico) de mi soberanía, de mi poder sobre mí mismo, en beneficio de los otros, latinos o húngaros, hombres o mujeres, profesores o estudiantes, amantes, amigas o compañeras. Me había dejado arrastrar por las aguas del socialismo declinante como un barco de papel arrojado al río por un niño desavisado —yo era ese niño, el barco y la mirada llena de horror que ve cómo se aleja para siempre el nimio objeto de la alegría... Desde mi llegada, en lugar de dominar la maraña de aquel país, de “dominarme” en aquel país, “serme” y torcer el rumbo de las cosas, me había dejado esclavizar por sus condiciones, sus gentes, sus imperativos —su ley y su desorden.

Abandonando el deprimente discurrir de mis pensamientos, miré el reloj, deseoso de que marcara la hora de partida y, con

ello, el sombrío ferrocarril me liberara de la “compañía” de mis amigos. Faltaban diez minutos. Desperté a Trevor y a Rafo:

—El tren va a salir enseguida. Más vale que vayamos despidiéndonos.

—Carajo, la que me espera mañana —exclamó el primero, mientras se desperezaba, aludiendo a la respuesta profesoral y a su complicada posición como representante de los estudiantes sudamericanos.

—Me lo cuentas por carta. Y a ver si encontráis la bolsa....

—Descuida... ¡Ese tico de mierda!

Casi adivinando el sentido de nuestra charla, Bogui se separó de mi brazo y se apresuró a prometerme que ella se encargaría personalmente del asunto:

—*Tomorrow, I... I... Tomorrow... No problem..., I...*

—*Birstoszg, birstoszg* («seguro, seguro») —interrumpí, en un húngaro piafante, para aliviar sus dificultades de comunicación.

Se percibía por el pasillo y por los andenes el tráfago inconfundible de un tren a punto de partir —gentes corriendo, despedidas, ruidos de maletas y mochilas apiladas...—. Trevor se levantó, indicando a Rafo con la mirada que ya era hora de regresar. Boglarka siguió la muda consigna de la pareja. Me besó y se incorporó.

—*Ciao, La Vaca* —se despidió Trevor, insinuando (cabría pensar) que, de algún modo, yo había sido el promotor de aquel peligroso engendro y, por lo mismo, podría considerármese responsable de su horrible final. Sin querer decir exactamente eso, mi amigo dejaba claro que no veía en mí simplemente a una víctima de la maldad, o de la locura, de los latinos; y que tampoco concedía demasiada importancia al alboroto, las riñas, el robo...

—*La Vaca...*, así que tú tienes la culpa de todo —sentenció irónico Rafo, que había captado al vuelo la intención de su compatriota. Como Trevor, no suscribía el significado literal de su observación, pero pretendía indicarme que, por razones que ninguno de los tres hubiéramos sabido formular con precisión, yo mismo me había buscado en parte mi desventura, arrastrando en la caída a la vulnerable comunidad sudamericana. Sonreí equívocamente.

—Nos vemos. Os escribiré. Gracias por todo —añadí a lo que, con tan pocas palabras, había quedado ya de manifiesto en aquel compartimento, más por el brillo y la luz de las miradas que por el rigor del lenguaje.

Bogui aguardaba en el andén. Pronto se reunirían con ella Trevor y Rafo, que la seguían a distancia, como acechando, y parecían resistirse a darle alcance. Yo la miraba a través del cristallillo, curioso más que entristecido.

—Te quiero —musitó en un irreconocible español.

Asentí con la cabeza, mientras mi mirada, incisiva y un tanto oblicua, delataba a todas luces mi incredulidad. El trío echó a andar desganadamente, dándome la espalda sin más ceremonias. Veía a Boglarka muy tranquila, casi divertida, en animada conversación con los peruanos... Me pregunté si, a continuación, y como último acto de la Fiesta, celebrarían mi marcha con una pequeña orgía a tres bandas. Sentí herida esa región de mi ser, lapídea e inarrasable, en la que el instinto de posesión se confunde con el miedo a la soledad. Me hacía daño pensar que, muy probablemente, Bogui cerraría aquella noche de desorden y de despiadada libertad compartiendo su camastro con Trevor, mi mejor amigo, o con ese endurecido gallo de pelea que, como si mendigara unas migajas de afecto, se hacía llamar Rafito por sus allegados.

Nunca podría comprobar tal extremo. Me constaba, sin embargo, que en lo sucesivo mis amigos de Perú no cejarían en el empeño de “culeársela” —como solían decir—. Aunque no podían competir en ese terreno con ningún occidental, en el exotismo de su bello país (es decir, en la promesa estratégica de una “invitación” para conocerlo), en la singularidad de sus rasgos faciales, veladamente indígenas, y en su bien ganada reputación como amantes primitivos y tremebundos hallaban recursos de excepción con que imponerse en la batalla cotidiana por la depredación incruenta de las húngaras. El aire de tragedia, de precipicio interior, de extravío definitivo en alguna opaca aventura de fondo, que adornaba sus biografías y casi sus semblantes, les confería además un inapresable atractivo, un demoledor poder de seducción que se cobraba sus piezas más comunes entre las universitarias asediadas por la levedad y el hastío. Y yo sabía muy bien que Boglarka no era inmune a esa jorguinería.

Para enjuagar el malestar que empezaba a embargarme, decidí rememorar las jornadas vividas durante el último verano con la muchacha que me esperaba en España: la única mujer por la que me sabía franca, profunda y transparentemente amado; la única mujer a la que amaba sin ambigüedad, sin claroscuros, con toda el alma. Era tan límpida mi relación con aquella chiquilla, tan puro y elemental el sentimiento que nos unía, que contra nosotros nada podía la conspiración del tiempo y de la distancia. Y así como la nieve trabaja secretamente en favor del primer verdear de los campos, mostrando en el deshielo el vigor de la primavera que incubaba, así también bajo la losa de frialdad que había entumecido mi consciencia en Budaörsi (y como si la alegría se alimentara de dolores suspendidos) palpataba ahora un corazón sonriente, aún bostezante, ansioso de borrar hasta el recuerdo de su anterior aletargamiento.

*

NOTA NÚM. 11: *LOCURA EXCEPCIONAL Y ORDINARIA* *LOCURA EN LA VIDA DE ARAYA*

¿Está loco Víctor Araya? Son muchas las personas que así lo consideran; y, ciertamente, él ha dado motivos para suscitar la duda sobre su salud mental... Significativamente, mi amigo casi nunca se ha defendido de esa imputación. Solo en una ocasión, registrada en *Un trozo...*, se revolvió iracundo contra quienes lo estimaban “demente”:

Por fin se ha dado curso al Informe autojustificativo que escribí un día “Para uso de Inspectores y otros policías de la Enseñanza”. Saltaron los padres, y encontraron el apoyo de buena parte del profesorado conservador. Desconcertada la Inspección, me convoca a una reunión ante las figuras represivas del Director y del Jefe de Estudios. Percibo ahí la señal de mi peligrosidad. Y no voy a desaprovechar la ocasión... Se me acusa de atentar contra los principios religiosos, de desatender mis obligaciones docentes y tutoriales, de no seguir el temario y desvirtuar el sentido de las calificaciones... Sobre todo, se duda de mi salud mental. “No soy yo el loco, vosotros sois los necios”: así responderé, a la menor insinuación.

Dejando a un lado esa excepción, Víctor ha admitido, en casi todas sus obras, las estrechas y ambiguas relaciones que mantiene con la locura. En *La Carta Extraviada* abordó esta cuestión de un modo franco y certero:

Entre la razón y la locura hay un tabique muy fino. Nunca me importó estar de un lado o de otro. A menudo, me he sentido exiliado de ambos mundos. Pertenezco al reino de los que, sin estar locos, no pudieron ser cuerdos.

A Araya no le importaba que lo consideraran “loco”, porque lo que él despreciaba, lo que él combatía, aquello de lo que huía conscientemente, era lo que comúnmente se conoce como “normalidad”, como “equilibrio mental”, como “cordura” —aquello que, invirtiendo los términos, él designaba “ordinaria locura”: la *ordinaria locura* de las gentes que se consumen en las mazmorras del trabajo, que no saben disfrutar si no es “consumiendo”, que fundan familias como por inercia, se encadenan a sus propiedades y a sus signos de poder y pasan por la vida sin dejar otro rastro que el de las pisadas de una oveja en medio de las pisadas de todo el rebaño—. Esta “ordinaria locura” de los *trabajadores-esposos-padres-propietarios*, de los *buenos ciudadanos demócratas* también, fue señalada por Víctor en todos y cada uno de sus textos (recuerdo, por cierto, el título, muy elocuente, de una de sus composiciones: “*La Razón de un lado, de otro la Dicha*”); y de ella procuró defenderse, inmunizarse, permanecer siempre a salvo. *Ordinaria locura* de los empleados, de los funcionarios, de los profesores...

Contra esta “locura de todo el mundo”, Víctor Araya no encontró mejor antídoto que la protección y el mimo de sus extravagancias, de sus rarezas, de su carácter “descentrado” (la expresión es suya), de sus innumerables manías, de su *singularidad*, en suma. Ya en *Un trozo...*, hablando de sí como de un extraño, sugiere que esa *defensa* del “desajuste” de su personalidad ha de convertirse en la bandera de toda su existencia:

Aun así, aquella habitación le permitió mantener la extravagancia natural de los solitarios hasta casi la frontera de la madurez impuesta o, por lo menos, ahuyentó de su carácter las secuelas de esa juventud policial tan devastadoramente implicada en el exterminio de la voluntad de diferencia. Y hoy, a sus veintiséis años, puede todavía demorarse ante la encrucijada que el destino levanta para los extraviados de la senda de la madurez. O bien insistir en el intercambio y

en la promiscuidad social, aprovechando la temible eficacia subyugadora de su descentrada subjetividad —con lo que se labraría toda una historia de almas rendidas y cuerpos abiertos—. O bien evitar de nuevo la compañía del rebaño, y la asistencia del rebaño, para preservar el desajuste actual de su personalidad y arrojar una vez más al desgarramiento indefinido de la escritura —el mejor modo de hacerse amar por su viejo inspirador: “Yo amo a quien quiere crear por encima de sí mismo, y por ello perece”—.

Un poco más arriba, en ese escrito (que tituló *La habitación*), explica, además, cómo se forjó ese carácter *descentrado*, esa personalidad *desajustada*, aquel ingreso en el “reino de los que, sin estar locos, no pudieron ser cuerdos”:

Como no había conocido las ruinas de la juventud, pudo conservar el espíritu de la niñez hasta casi el mediodía mismo de su vida —la pendiente hacia los treinta años—. Como nunca se había abierto a los demás, pudo sorprender más tarde a los extraños con la riqueza insospechada de un mundo interior forjado al fuego de la más salvaje de las soledades. Y se movió entonces entre sus conocidos con la cautivadora libertad de un ser desprovisto de intenciones, a salvo de cualquier proyecto y en plena deserción de todo lo que os amarra. Evadido de su propio futuro, sin horizonte ni esperanza, al margen de toda ilusión y ante la quiebra de sus últimos soportes, recuerda hoy su desconcertante adolescencia, jugando a encontrar la clave de un presente inusitado que no retrocedería a la hora de estrellarlo contra la pared de una escritura amenazante y, por lo mismo, tal vez impracticable.

Recuerda aquellos años de reclusión elegida en una vieja habitación, huyendo de la familia que lo perseguía al interior de la casa y de los amigos que no tenía pero que lo

andaban buscando desde fuera. Largas tardes de verano inclinado sobre una mesa, escribiendo, como todavía hoy, acerca de la angustia ("fértil, más vital que el hastío") y contra los cuerpos que lo rodeaban. Huir de los grupos, de las pandillas, de los bares, de las discotecas, de los cines, de las playas... por no saber qué hacer con esa gente ni cómo comportarse a lo largo de todos esos ambientes. Solo hallaba seguridad en su oscuro cuarto. Nada sabía de las mujeres. En realidad, nunca había salido de las páginas de un libro, de las páginas de miles de libros. Y, por extraño que os parezca, la lectura, en lugar de aniquilar la inocencia de su niñez, le resguardó del peligro de la juventud culpable. Leía como un niño: es decir, leía en serio. Y así escribía, con la seriedad de los niños al jugar... Porque escribía, pudo mantener los ojos desesperadamente abiertos ante el horror.

Por más de una razón, debe estar agradecido a la segunda década de su vida. Podía permanecer encerrado frente a aquella mesa porque la realidad se encargaba de buscarlo, e incluso de asediarlo, día tras día. Mientras quemaba su primera adolescencia, contempló el enloquecimiento de su madre y de uno de sus hermanos, la epilepsia galopante del menor y la depresión permanente de su padre. El mundo entraba en aquella casa ávido de dolor, y se cobraba la salud de los cuerpos que pululaban por los pasillos. Detrás de cada frase delirante de su madre latía toda la iniquidad, toda la verdad inadmisibles, del Orden ante el que había sucumbido. Detrás del menor gesto alucinado de su hermano se dejaba ver la crueldad toda de una Sociedad represiva hasta la muerte. Detrás de la mirada apagada de su padre se escondía la antigua inmundicia de la Familia de siempre, como detrás de su andar fatigoso asomaba el disparate asesino del Trabajo alienado... No necesitaba nada más para saber que debía protegerse, ponerse a cubierto de un mundo que nunca sería el suyo.

Por otro lado, tampoco vivía absolutamente a salvo de las inclemencias del exterior: los cinco primeros días de cada semana, durante siete de los doce meses de cada año, consumía cerca de ocho horas por jornada en beneficio de la máquina escolar. De tanto deambular del brazo de la locura, su ánimo había adquirido esa peculiar disposición escéptica de los caminantes sin motivo y hasta sin camino. De ahí que desconfiara no menos de los “luchadores” empeñados en la reforma del aparato educativo que de los conservadores atrincherados en las posiciones de anteaer. Admiró, sin embargo, y cree hoy que tal vez llegó a envidiar, la combatividad gratuita de los guerrilleros ácratas de la contracultura. Pero eran otros los puñales hambrientos de su carne, otra la cuchilla pendiente de su cuello y, por tanto, otros los remedios que debía buscar a tientas en la oscuridad del temor infranqueable. De todas formas, la exigencia de sus salidas diarias le sirvió también para comprobar la futilidad —y el peligro— de la media docena de papeles dictados que regían las relaciones de los jóvenes de su edad. Continuaba resultándole tan absurdamente nociva la sucesión de poses y representaciones en que se fundaba aquel teatro, que anhelaba cada tarde el momento del encierro en la soledad de su cuarto como si de ello dependiera la conservación de su dudosa singularidad. Solo la sensación de autenticidad que le proporcionaba el hecho de no tener nunca nada que hacer allí para los ojos de los demás, lograba detener la escalada de su angustia. Y, pese a todo, sospecha hoy que ya por aquel entonces se miraba de arriba a abajo, de adentro a afuera, con los ojos de los demás y solo con los ojos de los demás: ¿han existido alguna vez más ojos que los de los demás?

Víctor tenía, pues, una consciencia muy exacerbada de su no-normalidad, de su in-ejemplaridad, de su “locura” —en la

acepción *simpática* de la palabra—; e intuía que para no hundirse en la neurosis, para no arraigar en la depresión, para no volverse “loco” de verdad —ahora en la acepción *dramática* del término—, habría de defender con todas sus fuerzas aquel “descentramiento”, aquel “desajuste” de su carácter, huyendo siempre de los lugares en los que la *normalidad* se fragua, se forja: los trabajos, las familias, los mercados...

Araya, que había visto enloquecer a su madre y a su hermano, que en ocasiones se supo cautivo de la esquizofrenia, *temía* la locura; y, de algún modo, se reconocía “buscado” por ella (“*la locura me persigue con pies de paloma*”, le confesaba, por carta, a su amiga Isa). Y, vagamente, tendía a decirse a sí mismo que “evitar el sufrimiento” era la única prevención, la única vacuna, contra el virus de la enajenación mental. Daba así por supuesto que su sensibilidad era extrema, y que no debía exponerse a *situaciones de dolor*. De ahí la fuga, la ruptura, la huida... “Huir, el arma”, apuntó en *El irresponsable*.

Subyace, asimismo, a todo esto, un temor a *contemplar* la locura, a reconocerla en los demás, a ver cómo se apodera de los seres que estima. De Ana amó también, se podría decir, su irreductibilidad a la locura (“Una mujer así, salta a la vista, jamás se volverá loca: eso me gustó de ella, desde el principio”, le confesaba a Fernando Hilador en *La Carta...*).

¿Está loco Araya? Padece, sin duda, una peculiar “manía persecutoria”: se siente perseguido por la locura; vive obsesionado con la idea de que puede enloquecer en cualquier momento, de que el mundo *normal*, la sociedad *establecida*, han sido elaborados para que él pierda, en su seno, la razón... Pero ¿es eso locura?

También es verdad que vive enclaustrado en un universo mágico, mítico, fantástico, diseñado a conciencia para no anhelar salir nunca de él: el universo de la Vida como Obra, del Suicidio Antiguo, de la Escritura como motor de la existencia, etcétera. Mas, ¿es eso enfermedad?

¿Ha estado loco Araya? Parece que sí, como casi reconoce en sus últimos escritos. Se diría que la esquizofrenia lo atenazó en su andadura docente, por los años de Orihuela. A ello se refiere, con interrogantes, en la *Carta a Fernando...*

¿Psicosis del combatiente? ¿Paranoia de la lucha que nunca acaba? Esquizofrenia, ¿pero de quién? ¿Del supuesto perseguido que persigue de verdad o del perseguidor desganado al que persiguen sin cuartel?

Y en *El irresponsable*, ya lo vimos, la esquizofrenia es concebida como una consecuencia indefectible de la lucha *contra* la Escuela y *en* la Escuela: «La lucha política contra la Institución no puede concebirse al margen de un peligroso proceso esquizofrénico. El Irresponsable se reconoce como Esquizo (...). Sabe que la neurosis espera al reformista desilusionado y pese a todo inquieto, como la esquizofrenia aguarda al irresponsable que no quiere dejar de serlo».

Un poco más arriba, en esta obra deshilvanada que me ha correspondido comentar, admitía ya sin reservas sus periódicas transacciones con la demencia:

Es probable que, a lo largo de mi vida, haya entrado y salido varias veces por las puertas de la locura. No se vive mal en ella, pero solo a condición de desterrar toda compañía —licor exigente, el Desatino se saborea "a solas" o daña en profundidad—. Uno se debe reconocer "loco" cuando experimenta las dudas del enloquecimiento o el filo de un dolor que sabe esconder su origen. La raíz de toda locura reside en la fragilidad —no poder soportar la vida que los otros viven, la vida que todo el mundo soporta—. Pero ante una afeción tan torturante no hay más cura que el escape, la fuga, el cambio de vida... "Adaptarse" es ya enloquecer

—hundirse en la neurosis—. Y “huir”, instalarse al borde de la esquizofrenia: danzar sobre los derrocaderos de uno mismo, y no precipitarse.

¿Ha sido la locura lo que ha impulsado a Araya a “desesperar”? ¿Ha perdido la cabeza y lo ha arrojado todo por la borda? ¿Está loco ahora mismo? Yo creo que no, y a este punto pretendía llevaros...

Sostengo que, una vez más, ha sido el miedo a enloquecer, el pánico a la “depresión”, lo que ha empujado a Víctor lejos de nosotros. Terror a la “ordinaria locura” de su vida *normalizada* (trabajador, padre, esposo, propietario) y también a la locura verdadera que el veía insinuarse bajo la capa del dolor, del sufrimiento nervioso de los últimos años —problemas en la relación con su compañera, precariedad económica, sugerencias de que debía “re-ingresarse”, etc.—. Víctor ha querido salvaguardar, como antaño, el *desajuste* de su personalidad, el *descentramiento* de su carácter, protegerse de la “homologación”; y estará ahora mismo viviendo una vida incomprensible, inaudita, donde menos lo esperemos, en el lugar más absurdo. Y habrá deseado también conjurar el peligro de la depresión, de la locura, huyendo de las fuentes de su dolor, de las causas de su sufrimiento —la pareja, la familia, el enclaustramiento laboral...—.

¿Estará en *El espíritu...* el aliento de un hombre que teme perder la razón, que considera “ordinariamente loco” a todo el mundo; y que no halla otro modo de salvaguardar su salud, la *cordura* de su “extraordinaria locura”, que redundar en la conmoción de la huida, en la ruptura traumática, en los desgarramientos del fugitivo?

Fragmento cuarto
Pérdida

16)
¿A dónde van los perros?

El viaje de regreso confirmaría, de modo patético, mi avanzada disgregación. Travesaban por mi cabeza, como niños cercados por las verjas de un patio de recreo, imágenes de la noche anterior (escenas sangrientas; aquella marabunta de borrachos a mi alrededor; la húngara perseguida y violada; la inmolación latina en nombre de no sé qué ideal; el robo; la traición de los amigos; el dolor del “anarquista” y la crueldad de su horrible compañera; los suelos encenagados por las vomiteras; el impúdico Miguel y la triste Bety, con sus enormes senos al descubierto, desparramados sobre su propio vientre; la brecha en la mejilla de Pana, su mirada perdida y su canturreo mecánico...), entremezcladas con intuiciones sobre el futuro inminente (el encuentro ritual con los amigos; las difíciles clandestinidades de las “citas” con mi amante, una mujer de otro; el retorno a la docencia, sufrido como un arresto; la búsqueda barriobajera de un alojamiento; la ruina probable de mis padres...) y recuerdos de otros años, de los cursos pasados — un sinfín de caras conocidas, a punto de disolverse en el olvido; la persecución en los Institutos; mis no demasiado perseverantes tentativas literarias; mis absurdas enfermedades, señal de un nervioso padecimiento; la plaga de los acreedores; la angustia y el deseo de huir por todos los medios; los consejos de mis antiguos profesores, incitándome a una fuga “razonable”; la embriaguez permanente y desesperada...—.

Debía resolver, por añadidura, una cuestión inaplazable. En Milán, según mis anotaciones, el tren se detendría media hora para cambiar de máquina, por lo que los viajeros podrían bajar si lo deseaban. Había previsto esa salida, y me preguntaba qué debía hacer con la mochila “salvada” del naufragio húngaro. No sabía si dejarla en el compartimento o cargar con ella en previsión de un nuevo robo. Decidí, sin mucha convicción, seguir el ejemplo de mis compañeros de vagón. No veía la razón por la que actuar de un modo distinto: un exceso de suspicacia, en los asuntos de ese orden, siempre me había parecido enfermizo, casi paranoico. *“En la vida irregular (me decía) hay que echar por la borda el lastre de todo temor primario. Los verdaderos peligros, voraces como militancias, no se ciernen sobre las gentes convocados por lo elemental del hurto, de la agresión, de la pérdida; se cifran, por el contrario, en la erosión del espíritu, en el resquebrajamiento del ser, en los monstruosos descubrimientos íntimos, en las degradaciones secretas, en la irremisible escisión y en la náusea”.*

Al llegar a la Terminal milanesa, observé que la mayor parte de los viajeros bajaba tranquilamente del tren, dejando sus pertenencias sobre los asientos y llevando consigo tan solo las pequeñas bolsas de mano. Hice como ellos. Coloqué la mochila en la repisa del compartimento y, con la bolsa de Nicaragua colgada del hombro, me dirigí al bar de la Estación. Estaba abarrotado de gente. Preferí deambular por las adormiladas callejas y entrar en alguna cafetería de las inmediaciones... Pedí una cerveza. Luego, otra. Y, finalmente, un vaso de vino. No había comido mucho, por lo que la avalancha de alcohol hizo mella en mi ánimo. Me tranquilizó, de algún modo. Empezaba a ver las cosas desde una perspectiva “cómica”, distante, divertidamente estoica. Por un segundo, me sentí “privilegiado” incluso por haber padecido la *humillación* de mi Fiesta. Me había sido concedido mirar por una rendija prohibida, escarbar en el subsuelo de mis amigos, respirar el aire viciado de las tapiadas trastiendas de sus corazones. Parecía

como si la emoción del saber, el placer de escudriñar, compensara sobradamente por las heridas sufridas en la empresa. “*La Vida Irregular, Errante el Pensamiento, los Mundos Convulsos...*, y *Nada Más*”: me repetí como quien murmura, retador, una consigna guerrillera.

Pagué la cuenta y, reanimado, con mejor disposición de espíritu, emprendí el regreso a la Estación. Mi talante, quizá un poco descarriladamente “novelesco”, me empujaba a descubrir, en las afiladas esquinas, detrás de las ventanas carcomidas y desconchadas, en los profundos rellanos de las escaleras, al fondo de los tenebrosos soportales, sobre los bancos de las sucias glorietas, “signos” elocuentes de la podredumbre occidental, de la perdición irremediable de sus gentes. Buscaba mi mirada alguna prostituta deshecha y orgullosa, apilamientos de mendigos, ojos incordiantes de delincuentes y degenerados, vagabundos paupérrimos durmiendo al calor de las hojas de periódico... Pero solo encontré un perro negro que, como si algún negocio lo requiriese en determinada parte (cierta fastidiosa obligación o quien sabe si una lujuriente cita amorosa), cruzó presuroso la calle casi a mi altura. A modo de saludo, volvió la vista con una expresión de indiferencia y siguió su camino. Le silbé, pero no se detuvo: aceleró más bien un poco el paso, tal vez molesto por la falta de disimulo de mi mirada. Creo que le importunó mi entrometimiento. No debía soportar la curiosidad de las gentes, y por eso aceleraba la carrera cada vez que alguien reparaba en su aspecto de animal muy ocupado. Recordé, sin que viniera a cuento, una de las frases favoritas de mi viejo profesor de arte —otro escritor a duras penas sostenido por los pies de barro de una Obra silenciada: “Si todas las noches te cruzas con un perro negro en tu ciudad, cambia de ciudad o mata al perro”—. Acudí también a mi memoria, esta vez con más fundamento, el sugerente *El Spleen...* de Baudelaire: “¿A dónde van los perros...? Como nosotros, se han levantado temprano y marchan a buscarse la vida o a divertirse”. Quizás por

eso, nunca me pareció tan mala la vida de los perros —su vida es, simplemente, la nuestra, ni mejor ni peor, una Vida Perra—. Y ¿a dónde iba yo...?

Se diría que habían evacuado a todo el gentío de la Estación: el bar estaba desierto y varios muelles de la terminal se hallaban desocupados. Todos los trenes se me antojaban iguales... Intenté localizar el mío por las indicaciones de los paneles, pero en ninguno se hacía referencia al expreso procedente de Budapest. Había, en efecto, un tren que, según el anuncio, partiría en breves momentos hacia Francia (Ventimiglia-Montpellier). Sin embargo, no parecía tratarse del oxidado borreguero en el que yo había llegado. Para cerciorarme, subí a un vagón de segunda; y, atarantado, recorrí todos los compartimentos de esa categoría, uno tras otro, en busca de mi mochila. Comprobé, para mi desesperación, que aquel tren no era el mismo: no había equipajes en las repisas, ni bultos, ni maletas, ni mochilas, nada de nada.

Pregunté a la policía de ferrocarriles... No sin dificultad, comprendí lo que había sucedido: en Milán, los viajeros del Este debíamos cambiar de tren, y no el tren de máquina, para continuar la ruta hacia Occidente. La información que me habían suministrado en Hungría era errónea. En esos momentos, mi mochila estaría dando tumbos por cualquier rincón de Italia, rumbo a Trieste, de regreso. Si en alguna estación se hallaran mis pertenencias, se me deberían enviar a España por vía consular... Como adiviné al instante, había perdido *para siempre* mi segunda (y última) valija. Con ello, en conjunto, extraviaba mi Tesis, los primeros capítulos de esta novela, un libro de cuentos aún por revisar, toda mi ropa, mi cámara fotográfica, mi viejo saco de dormir... Todo, literalmente “todo”.

Un día después llegaba a España. Y ya en Murcia, mi ciudad natal, se me vio bajar del tren sin absolutamente nada en las manos, como un viajero sombrío y maquinal. Caminaba tranquilo, sin carga alguna —solo la bolsa de Nicaragua, con el dinero y los

documentos, milagrosamente salvada del percance, colgaba de mi hombro—. Me sentía “libre”, sin bienes que proteger y que, ante los ojos de los demás, aquilataran mi fortuna; sin signos a través de los cuales se me pudiera “averiguar” tal un acertijo o una adivinanza andante; sin textos que me ataran a antiguas palabras... Así llegué a casa de mis amigos: con las manos escondidas en los bolsillos, la bolsa al hombro del desdén y sin más rastro (prueba, índice, testimonio) de mi estancia en Budapest que el nuevo cansancio de mi mirada desengañada. Una idea me rondaba, obsesiva y mordiente como un arrepentimiento: la suntuosa fisura entre, de una parte, un ser “desvalijado”, que merodeaba como una Sombra y como un Silencio (un pedazo de vacío, palpitante oquedad), sin más constancia de sí mismo que la derivada de su identificación policial —unos números, una foto, unas fechas y cierta toponimia irrelevante en el pasaporte—, y, de otra, una mochila sin portador saturada de señas de un espíritu, secretos íntimos redactados en más de una noche de fiebre escrutadora o nervioso insomnio, vertiginosos descensos al horror de las pasiones sin nombre, frutos desgarradores de un trabajo penoso y enfermizo —una mochila impregnada de tragedia, rebosante de dolor y de esperanza, expuesta a la curiosidad ocasional de cualquier gendarme, de cualquier ladrón o de cualquier empleado...—.

Me sabía “desposeído” de mí mismo, privado de la cosecha de mi libertad y de ese renuevo de mi pasado que no había obedecido a otro *señor* que a mi Capricho y a mi Pasión de Escribir. Pero, extrañamente, esa profunda alienación no me hería en lo más mínimo: me sentía “redimido”, emancipado de mi obra, de lo que había hecho (estaba haciendo) con mi vida. La parte indómita de mi alma, que ama lo indeterminado y se complace en borrar, juguetona, todas las huellas de mi esfuerzo, se hallaba satisfecha. La parte “reducida” (sofocada) de mí mismo, orgullosa de encontrar en mi conciencia descentrada su norte y su guía, parte sumisa, disciplinada, *servil* de alguna manera —parte que construye, que

edifica, que escribe efectivamente—, sufría sin embargo el extravío fatal de sus logros como un cruel atentado contra su cometido y mi esencia. Y yo, en conjunto, caminaba como un ex-presidiario, grave, aunque vacilante, con el pesar y la felicidad perdidos entre los restos de un ayer ajusticiado (un pesar y una felicidad cadáveres), sin alegrarme ni apenarme, dejándome llevar por el viento cálido de algún recuerdo pasajero e intrascendente y con una mueca —fósil— de derrotado absoluto, de víctima infinita y *agradecida* por semblante.

*

NOTA NÚM. 12: LA SOLEDAD SECRETA

¡Qué soledad tan terrible, la del desventurado Araya! Solo ante mí, acaso su mejor amigo; solo ante su esposa, ante sus conocidos, ante sus padres y su hijo... La soledad de Víctor no es del género más común: la soledad trivial del hombre que no habla con casi nadie, que ve a muy pocas personas, que carece de amistades. Es, por usar sus términos, una “soledad secreta”, una soledad que se nota más que nunca en medio de la gente, entre el calor de sus allegados, abrazado a su mujer, conmigo risueño en una bodega... Soledad del hombre que no tiene compañeros, que se sabe incomprendido por todos (o incomprensible, lo mismo da), que transita por un camino desierto, sin duda fanático de sí mismo, sectario de su corazón, egotista a la máxima potencia. Soledad de quien no quiere convencer a nadie porque casi nada de los demás le convence; que no se procura discípulos por no haber admitido jamás un maestro; que, *descreyendo* por sistema, solo puede confiar ya en sí mismo; que no sigue otra luz que la de su conciencia oblicua (¿una conciencia de loco?).

Me espanta pensar en la soledad de Víctor Araya, en la incommunicabilidad de sus sentimientos. Podéis imaginarlo en los Institutos, desafiando monstruosamente la ley, buscando la expulsión, ante los ojos atónitos de todos, sin un solo “colega” que le dé una palmadita en la espalda, que lo comprenda, que lo apoye. Podéis imaginarlo en la recogida de la almendra, peón miserable, rodeado de viejos, niños e inmigrantes, con su doctorado debajo del brazo, su plaza de funcionario llena de telarañas, objeto de la irrisión de los demás. Podéis imaginarlo en la Hungría tardosocialista, con sus gentes perdiendo la cabeza por disfrazarse de “occidentales” y él presentándose como un fugitivo del Capitalismo, un damnificado por el Mundo Libre, un “refugiado existencial” —solicitante de “asilo” por no poder respirar más, alegaba, el “aire impuro” de las democracias—. Podéis imaginar-

lo en Arroyo del Cerezo, con su rebaño de cabras, criticado por todos y, en el fondo, despreciado por todos. Podéis imaginarlo, también, de tertulia conmigo, un “marxista” como aquellos que lo intoxicaron en la Universidad y que lo denunciaron en los Institutos; un “profesor” como la mayor parte de las “víctimas” de su escritura; un hombre “acomodado” ante él, espíritu sin asiento. Y podéis, en fin, imaginarlo al lado de su esposa, una mujer que le reclama más dinero, “viajes de placer” de vez en cuando, el retorno a las aulas, cordura y “buen sentido”. Se me olvidaba algo: podéis imaginarlo ante los editores, desconcertados por una escritura “autista” que solo puede interesar a algún lunático, a algún *hombre en la ruina* (moral y psicológica), a algún “extraviado de todas las sendas” como Araya mismo —que se confesaba “detestador declarado de la lectura”, para más inri...

¿Podéis imaginarlo? ¿Podéis imaginarlo todo el día en el monte, sin más compañía que un rebaño de cabras, casi tan solo como en una cena de amigos? ¿Podéis imaginarlo retocando sin descanso textos indigeribles, sin referente psíquico ni social? ¿Podéis imaginarlo pensando en sí mismo, enhebrando y volviendo a enhebrar sus galimatías de la Fuga, el Paradigma de la Irresponsabilidad, la Sensualidad Poética, el Suicidio Antiguo, la Vida como Obra, el Motor de la Escritura, etc.? De no haberlo conocido (soportado/padecido), yo, sinceramente, no podría...

Extrañamente, Araya nunca procuró atenuar su aislamiento; nunca le plantó cara a su soledad. Antes, al contrario, la defendió como si se tratara de un *don* (una cualidad, un privilegio). Se esforzó en todo momento por salvaguardar su auto-reclusión, orgulloso de enclaustrarse en sí. En *Un trozo de hueco* lo vemos retroceder aterrado ante la mera posibilidad de la compañía:

No sé cómo valorar mi relación con A. —inquilino de la habitación de al lado—. Me espera para comer y cenar, y con su conversación de circunstancias hace más soportables las

horas flojas del día. Pero amenaza con sumirme en una nueva fase de bienestar relativo. Y empiezo a echar de menos la dureza de la vida sin soportes. Sé que me necesita para no hundirse en su inútil soledad de estudiante absorbido por la vorágine de los exámenes. Que habla conmigo como quien respira aire fresco, y que me busca para asomarse al mundo (...).

Advierto cómo, pese a todo, mi compañía le sienta bien. Pero últimamente tiendo a pensar que mi extraño pudor, mi terca timidez (ese “estar siempre a medio camino”), puede alimentarse precisamente de la nueva armonía introducida en mi vida. Desde que comemos juntos, mi existencia ha perdido dramatismo. Y sin dramatismo no podré escribir nada con verdadera fuerza —perderé de vista lo insobornablemente serio—. Por otro lado, sin el encarnizamiento de la soledad jamás superaré la absurda moderación de las últimas semanas.

Quizás deba reorganizar urgentemente mi vida. Cabe la posibilidad de que tanta conversación me haya alejado de la zona fronteriza. Y me horroriza la idea de verme de nuevo acompañado. Mi situación debe “empeorar”, si quiero recuperar la Gran Salud de que hablaba Nietzsche.

Esta misma idea (la necesidad de proteger su soledad) reaparece en la *Carta a Fernando Hilador*, al aludir a su compañera: Víctor confiesa que esa muchacha le gustó por no tener nada en común con él y por manifestar una indiferencia máxima ante las cuestiones que a él obsesionaban. Vio en ella, declara, “la posibilidad de salvaguardar la soledad *también en la pareja*”.

Y, a la inversa, en las muy escasas ocasiones en que mi amigo tropezó con un ser en quien alguno de sus rasgos parecía reflejarse (un “semejante”), hizo enseguida lo posible por evitarlo y huir de él:

También debo defenderme de G. Su sombra es ancha como mi sombra, hecha de locura y noche como yo mismo. Nos entendemos puntualmente bien. Compartimos todas las sospechas decisivas. Vibramos ante los mismos textos. Cabe comparar nuestra tragedia, confundir nuestro destino. Su apariencia es la mía... Considero a G. una de las personas más interesantes que conozco; pero a mí nadie puede interesarme más de lo que yo mismo me intereso. Me aburre como me aburro. A veces pienso que su singularidad es prestada (y la toma de mí). Otras, que también él lleva el caos dentro de sí y —desde su anarquía— solo puede comunicarse abiertamente conmigo, su compañero de desorden. Pero me cansa. Y huyo de él. Siempre lo veo como el eco de mis palabras, el eco de mi dolor y hasta de mis remedios. Ante él, a cada paso corro el riesgo de convertirme en un “profesor de mí mismo”: cuando hablamos, hablo conmigo y me digo lo que ya sé, lo que ya sabe, lo que ya sabemos.

¿Por qué? ¿De dónde esta porfía en vivir sin compañeros? ¿Cómo explicar ese apasionado “culto al aislamiento”, esa mística (una más) de la Soledad Secreta? Se deduce, de las páginas de *Un trozo...* que, como referí en la nota anterior, Araya tenía una acusada conciencia de su singularidad, del desacoplamiento de su carácter, de su personalidad extravagante; y que cifraba en la conservación de esa “rareza”, en la preservación de esa “anomalía”, tanto la condición esencial de su labor escritora como la garantía del *valor* de las obras en que esta se concretaba. Es como si nos dijera que *la “normalidad” escribe mal* y que solo alumbran buenas obras los extraños seres que se consumen en la soledad. Otro mito, como he sugerido...

Recuerda aquellos años de reclusión elegida en una vieja habitación, huyendo de la familia que lo perseguía al interior de la casa y de los amigos que no tenía pero que lo andaban

buscando desde fuera (...). Aun así, aquella habitación le permitió mantener la extravagancia natural de los solitarios hasta casi la frontera de la madurez impuesta (...). [Y puede hoy] evitar de nuevo la compañía del rebaño, y la asistencia del rebaño, para preservar el desajuste actual de su personalidad y arrojar una vez más al desgarramiento indefinido de la escritura.

Este texto, que he reiterado a conciencia (si bien extractándolo y editándolo), pues funde la “soledad” y la “locura” como el anverso y reverso de una cinta de Möbius, decisivo para comprender el “antifamiliarismo” de Araya, así como su aversión al trabajo o a las diversiones “juveniles”, arroja también luz sobre una cuestión capital, en la que ya he incidido: el “desdoblamiento” de la psicología de Víctor, su componente “esquizofrénico”...

Y, pese a todo, sospecha hoy que ya por aquel entonces se miraba de arriba a abajo, de adentro a afuera, con los ojos de los demás y solo con los ojos de los demás: ¿han existido alguna vez más ojos que los de los demás?

Curiosa forma de revelarnos que incluso su soledad, su aislamiento, tenía, por así decirlo, un carácter de “representación”, una naturaleza “teatral”. El *desgarramiento* de su soledad exigía, en efecto, un público que lo contemplara, un auditorio, unos espectadores; estaba pensado, hasta en los detalles, “para los ojos de los demás”, los *únicos* ojos existentes, según la extraña fórmula de mi amigo, y que son, a la vez, “los ojos de Araya” —¿el único hombre existente?—. Todo cuanto Víctor Araya (que presumía de no tener en cuenta la opinión ajena, que nunca quiso poner su pie en la huella dejada por otro, que parecía escribir de espaldas al mundo, etcétera) *hizo de sí y con su vida* —se nos confiesa— debía necesariamente ser *observado* por los demás, como si “cultivara” una imagen en soledad para, a continuación, propagarla,

difundirla. Araya se examinaba a sí mismo, se contemplaba, cabe concluir, desde la perspectiva de esa comunidad que era su público, de esos “demás” que erigía en sus espectadores. Estaba en sí y fuera de sí; sus ojos no eran *exclusivamente* suyos; su conciencia aparecía *también* como la conciencia común, anónima, general, de la sociedad...

Bien pensado, la mítica de la Vida como Obra *demandada* también al espectador, al destinatario de esa creación; y la “novela” de la vida clama por un lector, un *lector todos los lectores*. Tiendo a ver en este desdoblamiento, en este amor y odio a la opinión pública, en esta “soledad que exige testigos”, en este auto-examen con ojos prestados, una dimensión *esquizofrénica*, como ya argumenté en la nota anterior.

De todas formas, y para ser sinceros, hay que remarcar que el Víctor Araya de la *Carta...*, su última composición, ha empezado a dejar en la cuneta el mito de “la soledad secreta” como condición de una escritura valiosa y requisito mayor para la conservación de la idiosincrasia, de la “diferencia” en el carácter. Su insistencia en “salir al encuentro del otro”, así lo prueba. El repaso de su correspondencia, particularmente de las cartas que envió meses antes de su desaparición —mi amigo siempre conservaba una copia de las mismas, si no el borrador—, testimonia igualmente una voluntad de “conectar” con colectivos, entidades y organizaciones de diversos signos, prestándose a colaborar, a integrarse incluso, a sumar esfuerzos. De forma explícita, alude aquí y allá a su intención de enterrar de una vez su pertinaz “individualismo”. Y así se lo traslada a Fernando Hilador:

Decía Nietzsche que “en la soledad se puede encontrar todo, salvo la cordura”. Yo no estoy de acuerdo... Hay muchas cosas que no se pueden hallar en la soledad; y se constata, por otro lado, una triste sensatez en no pocos solitarios.

Para mí, ha llegado la hora de salir al encuentro del otro como comunidad. Es lo que deseo, porque lo necesito: el otro como comunidad.

Me digo por esto, en ocasiones, que quizás Víctor haya optado por vivir un tiempo en alguna comunidad “liberada” o “autónoma”, bajo control no-estatal, de América Latina. Ahí podría “reeditar” su experiencia nicaragüense, en un nuevo contexto; ahí podría “enlazar” con la lucha de los jóvenes *solidarios*, brigadistas europeos, gentes *arrojadas* a esos conflictos, como acaso él; ahí podría componer un capítulo “novedoso” para el libro de su vida, un capítulo en el cual el protagonista por fin abominaría de la soledad, capacitándose para “luchar” en compañía, para “fundirse” con el otro como comunidad.

17)
La Barricada

Subsiste en el Regreso una “derrota” que fue su víspera y será casi su afrenta. Por eso me aturde la reiterada intuición de un “eterno retorno”: sugiere la idea de un fracaso infinito, insuperable, mil veces consumado. Y yo, capaz de luchar hasta el estertor de lo concebible, me he sentido derrotado demasiadas veces —he regresado, sé del regreso—. La parábola del hijo pródigo resumía para mí, en aquel desazonante nuevo rumbo a la Península, toda la miseria del Retorno: era esa “vuelta al hogar” del fugitivo reducido e implorante la que le confirmaba como *hijo* (perpetuo) y sancionaba la necesidad del Padre. A través de ese Restablecimiento de los Vínculos, padecido como una condena, se fortifica, cual arcano venerable, el despotismo del Origen —Origen que no significa ya “lugar de procedencia”, pues se parte de una infinidad de puntos sin tiempo ni geografía, sino “momento al que se ha de regresar”...—.

Regresaba, así, como una marioneta estropeada, aunque todavía obediente, a la España estéril del “hastío que desconoce su causa”, de la mentira sin motivo y sin grandeza y de la paz entre sepulcros. Una España que había dejado de representarme como “legiones de personas, explotadas y tiranizadas, sobre un determinado pedazo de tierra”, y que avizoraba cada vez más como el bastión inexpugnable de *mis amigos*. Me dominaba, a este respecto, una certidumbre oriental: como se esconde la noche en el

sonrojo de la aurora, así también se camufla un enemigo bajo la resplandeciente bondad del amigo —el más temible, el peor, el enemigo de fondo—. Por eso, las verdaderas victorias se hacen (sin concesión ni encarnizamiento) “sobre los amigos”.

Me esperaba, pues, la España inhóspita de los amigos empaquetados, en trance de procreación o de infidelidad, reclusos en Casas que yo continuaba percibiendo como siniestras mazmorras o profundos ataúdes, y abrazados (por humillantes razones, entristecedoras e inexorables) a trabajos viles, oprobiosos, infamantes —ocaso de las ilusiones que habíamos compartido, epitafio de toda juventud, de toda libertad y de toda alegría—. Por pensar así, me tildaban de “intransigente”, de “incomprensivo” y hasta de “inhumano”. Pero también por no poder juzgar sus vidas de otro modo, por no buscar la forma de abstenerme de juzgar, se me reconocía “incorruptible”, extraño y ajeno como un fanático de viejo cuño.

Por mucho que se extraviara el ideal de la Emancipación — como desaparece de la faz del desierto la consoladora flor efímera, embriaguez y derroche de las superficies desnudas—, sostenía ante ellos, con una seguridad de inquisidor, que solo en el fulgor de la lucha indefinida hallaba la Belleza su raíz y su secreto. Y que en la penumbra fría de estos tiempos intoxicadores había cambiado asimismo el perfil infrecuente del “luchador”: desarraigado de las siglas y de los partidos, vagabundo de las ideas y de las consignas, el hombre de la lucha que no cesa se entregaba a la irrepreensible pasión de “construirse a sí mismo como modela un escultor la piedra o inunda de colores un pintor el lienzo”. Por su boca hablaban los caminos que todavía no habían sido hollados, las sendas que quedaban por trazar, los pueblos no descubiertos y las tierras sin nombre... No había lucha en la instalación vulgar —ese cobarde anclar en la soledad común de un mar pacífico y doblegado, donde la tempestad, conocida y predecible, sosiega ya más que la calma—.

La lucha, pesadilla de los mundos ordenados, se definía hoy como “perseverante obstinación en la Diferencia” —así pensaba—. Por eso anhelaba, con un ardor inenarrable, punzante como una puñalada y doliente como la herida que esta abre en el pecho, que mi Vida, concebida siempre como Obra, hija del deseo y de la irremediada libertad, afincara en lo rigurosamente Imprevisible —no obedeciera a ninguna lógica preestablecida, ni remedara la existencia excepcional de ningún ser identificado—.

Podría suponerse, no obstante, que lo que me unía a los demás (la cifra de mi debilidad) era esa desconcertante propensión a “regresar” —visitar, escribir— a los amigos. Es probable que los necesitara como el actor a su público, y que mi vida solo fuese un teatro patético condenado al fracaso; pero me asistía la certeza de que la vida de los otros había fracasado ya desde el principio de los tiempos, y su repulsiva comedia, solo una y siempre la misma, corriente e insípida como la lluvia de los trópicos, abocaba a la más trivial de las ruinas.

Regresaba, de cualquier modo... Posiblemente, nadie como Van Gogh, el pintor de la dificultad de vivir (y de vivir *qué* vida), haya captado, en toda su complejidad, el significado de la “barricada” que nos separa de nuestros amigos, la necesidad de ese Hermano contra el que combatir y a quien tanto estimar, y el misterioso origen de las balas que, a un lado y a otro del parapeto, siembran la muerte entre aquellos que se requieren mutuamente, que dependen los unos de los otros como el cazador de su presa. No disparamos contra nuestros amigos —hasta ese punto los estimamos—; pero abrimos fuego contra la barricada que los protege de nuestra ansia destructora. Y los herimos sin duda, a veces de consideración, ya que esa improvisada barrera defensiva solo está hecha de distancia, cambio de vocabulario, sensata prevención o disparatado arrojo... Lo que funda la necesidad de la barricada, lo que identifica a quienes, a un lado y a otro, se empecinan en reconocerse como adversarios, no es ninguna Idea, ningún Pro-

grama, ningún Manifiesto. Lo que instituye la barricada se percibe mejor como una vaga disposición del espíritu, una cierta decantación del talante, una fijación específica del ser: a un lado nos ubicamos “nosotros”, los fugitivos, siervos diligentes del Peligro y señores forzados del Vértigo y de la Locura; a otro se apriscan quienes constituyen nuestro exacto reverso, los caracteres sedentarios, hombres de pensamiento en regla y corazón organizado. Y en medio, severa como una diosa de la fatalidad, se levanta una acumulación inopinada de objetos que protege a las dos formaciones y delimita el terreno del enfrentamiento.

Llega un instante en la vida de toda persona en que, para tomar conciencia de su identidad y de su lugar en el mundo, habrá de declarar la guerra a sus amigos, iniciar las hostilidades y acogerse a la milenaria protección de las barricas: no se fortifica una criatura a fuerza de amar o ser amada, sino en función de su propia capacidad de ira dirigida. Dependemos de la barricada para que *no* se nos confunda; y para descubrir al individuo que, como un animal puro, se guarece en nuestro ser. Erguidos sobre los acantilados de nuestra condición, patria profunda, desafiaremos entonces (ebrios de orgullo) a las amenazadoras huestes de la alteridad.

Bajo el estruendo de los combates, se registran desertiones sin número, cambios de bando, juicios sumarios y hasta voluptuosas traiciones, pues todo viviente, de un signo o de otro, padeció alguna vez esa inconcluyente guerra de los espíritus en su interior; y su corazón, escenario de la batalla, conserva aún las brasas de aquellas naves que su osadía quiso quemar y los restos de esos oscuros campos privados de concentración donde recluyó un día sus más temidos fantasmas. Y atañe al conflicto de afuera, que lo expone a la saña de sus conocidos, clausurar las réplicas de esta lucha interior, alineándolo definitivamente en uno o en otro frente.

Nos definimos, pues, por una toma de posición ante la barricada, a un lado o a otro, y por una desigual actividad militante. Si

la barricada se viniera abajo, o si el enemigo se dispersara milagrosamente, la guerra de los caracteres daría paso a una conflagración plenamente omnícida —y nunca nadie sabría en lo más mínimo quién se oculta en su cuerpo y en nombre de qué soporta su ser las agresiones del amor, la indiferencia, el odio o el deseo—. Pero parece fundado pensar que la barricada es eterna, imperecedera como las lacras de que se nutre. Y mientras subsistan en el mundo el dolor, la miseria, la explotación y el conflicto, se reproducirán, como el llanto o el hambre, los encerrizados contendientes —se sucederán los enfrentamientos—. No aguarda este guerrear un desenlace apocalíptico: su esencia consiste en escapar del tiempo... Y, del mismo modo que siembra la muerte, cultiva la vida —más aún, procurando una destrucción sin límite hace germinar la más bella rosa de la existencia: rosa que, por fin, gozará del derecho de ser del color que quiera—.

En cada “regreso”, en cada visita a mis amigos, se libraba, así, una batalla. Nos reuníamos, en definitiva, para combatir. Se trataba, por supuesto, de un horror amable, de una disputa enmascarada; y su munición podía ser el silencio estratégico, la sonrisa ambigua, una mirada compasiva o la conversación de circunstancias. Pero cada encuentro, cada carta, cada saludo, reanudaba las escaramuzas y profundizaba las diferencias, alimentando nuestras más beligerantes singularidades. Extraña índole la de una pugna que, para fortalecernos, hería a quienes más queríamos —y así los endurecía—.

Regresaba por añadidura, si bien solo para “despedirme”, a la indecencia del Trabajo. Si subyace algo común, permanente e indistinto, tras la desbordante heterogeneidad de los espíritus fugitivos, ese núcleo definidor —perceptible a poco que se rasque la roña ególatra de nuestros discursos autojustificativos— radica en la *imposibilidad de trabajar*. Las subjetividades erradizas no conocen traición más profunda a su propia naturaleza que la adscripción a la máquina laboral. En esa venta de una persona a otra, o

a un aparato, en esa promiscuidad de homúnculos envilecidos en recintos de sudor o de hastío, sitúa el fugitivo integral la raíz de todas sus pesadillas, el eje absoluto de su terror, su más siniestra cámara particular de torturas. Como se arruina la belleza de un rostro y se turba la paz de un espíritu bajo el sol desesperante de los banales, así se degrada sin remedio la nobleza de un fugitivo en la villanía del Trabajo. En rigor, el Empleo no constituye para los caracteres nómadas tanto una “condena” como una “ejecución”. Ninguno de nosotros puede sobrevivir a un solo año de rutina laboral, a ese humillante mimetismo de todos los días, a la embrutecedora rotación semanal de las tareas y de los afanes. No hay espectáculo más deprimente para los peregrinos de la libertad que el de un fugitivo “trabajando”. Bajo esa imagen horrenda de una persona forzada a exterminar su singularidad, encarnizándose contra sí misma en beneficio de la Norma, “martirizada”, en este sentido, por la sociedad, se descubre siempre una Derrota Insufrible, un Fracaso Insoportable —nuestra Tragedia: la derrota del ser que se soñó verdaderamente *actor* y, como todos sus semejantes, fue criminalmente despertado por La Más Sombria Organización (su mundo)—. El fugitivo, un insumiso enfrentado a su mundo, presente a veces que su lucha es un triste simulacro de la Rebelión, una bufonada con que entretener a cualquier Príncipe, pura mascarada. Y cuando sucumbe a ese presentimiento, o bien cuando el garfio de las circunstancias por fin lo aferra, se convierte en un “trabajador” —perece como fugitivo—.

Ni siquiera mi “regreso” se asemejaba al de los trabajadores habituales. Sobre mi cabeza pendía insólitamente, como la afilada hoja de una guillotina *elegida*, la carta de autodenuncia que, sin haber propiciado mi expulsión, sí me había allanado el camino de la fuga. Me esperaba el “último” (así lo quería) trimestre de prostitución educativa. Tres meses de docencia a la sombra de una carta que podía interpretarse como suicidio frustrado o certificado de impotencia política, rastro de una Revuelta inútil o Gesto

indeclinable e imprescindible. Allí donde el Capricho me llevara, siempre guardaba cerca de mí una copia perfectamente legible:

AL ILMO. SR. DELEGADO TERRITORIAL DE LA CONSELLERÍA DE EDUCACIÓN Y CIENCIA DE LA GENERALITAT VALENCIANA EN ALICANTE

“Entre los invitados, profesores todos, tomó asiento un asesino”.

Th. De Quincey

Desde vuestra perspectiva —y como si fuera uno de los vuestros—, me veo forzado a denunciar el mantenimiento de un ambiente de profunda corrupción, irregularidad sostenida y prolongado ilegalismo en el I. B. “Gabriel Miró” de Orihuela. Denuncio, en concreto, la gestión del Director del Seminario de Historia, del jefe de estudios del Nocturno y del director del susodicho Centro, “encubridores” ambiguos de uno de los más radicales ejercicios políticos de la Corrosión en la Enseñanza que hasta el momento he tenido la oportunidad de protagonizar e incluso concluir.

Solo aprovechando la relajación permanente de los hábitos administrativos y la violación mayúscula de las principales figuras legales en este laberíntico Instituto del Sur, me ha sido posible transgredir de forma progresiva, concertada y sistemática —hasta donde alcanzaba mi imaginación y sin el menor escrúpulo— el Orden de vuestro nefasto Aparato Educativo (temario, evaluación, asistencia, disciplina...). Cabe además la posibilidad, y escribo esto con especial satisfacción, de que semejante clima de extrema permisividad y más que honda dejadez me haya servido de refugio y escondrijo para incurrir en una persuasiva apología de eso que tan desacertadamente de-

nomináis “terrorismo” —a saber, la lucha del pueblo vasco por su plena emancipación social y nacional—. Finalmente, solo el hundimiento generalizado de la normativa legal en este extraño Centro me ha permitido exhibir ante mis alumnos, sin esconderme de nadie y desde la más absoluta impunidad, un comportamiento decididamente inejemplar, deliberadamente irresponsable —“causando un considerable perjuicio a los estudiantes y lesionando gravemente los intereses legítimos de los padres”, como dirán aquellos que nada saben del significado político de la irresponsabilidad consciente...—. En cualquier caso, tanto el jefe del Departamento de Historia como el jefe de estudios del Nocturno o el propio Director tenían conocimiento (los dos primeros desde hace ya casi dos años, y el último desde el inicio del curso) de mi escandalosa insumisión a la legalidad e incluso a la lógica docente —vuestra lógica—.

Solicito, pues, la apertura de una investigación rigurosa. Y, habida cuenta de que el inspector D. Juan M. Gómez Menor se hallaba informado de mi desajustada práctica desde principios de año (fecha en la que le remití la justificación teórica de mi estrategia de la desestabilización), denunció también su “complicidad” por posible incompetencia y su desconcertante “pasividad” ante el deterioro de la situación.

De la investigación que reclamo espero todavía un último resultado: que se identifique a aquellos que han desencadenado contra mí un proceso estrictamente “kafkiano” (sucesión de advertencias anónimas a través de Jefatura de Estudios, chantaje implícito en diversas ocasiones con el objeto de que no permanezca en Orihuela un curso más, intermitente amenaza de denuncia por padres que mantienen su identidad en secreto...), culminado por una actuación de la Inspección del más puro corte “arqueo-fascista” —interrogatorio máximamente concreto en el que apenas se me concede la oportunidad de preguntar por el sentido de la reunión o de explicar los fundamentos generales de mi op-

ción metodológica—. Proceso, en fin, desarrollado al amparo de la más completa desinformación y del más impenetrable secreto.

A vosotros, máquinas o resortes de máquinas, hombres de la ley y de los poderes, atañe arrojar luz sobre lo que está sucediendo en este insospechado, apenas real, Instituto. A mí, hombre de la anarquía excesiva y del desorden sin límite, me corresponde obstruir festivamente vuestra práctica e incrementar hasta el final vuestros problemas. Y, aunque presiento que lo vuestro (la policía de la Enseñanza) no ha sido diseñado tanto para manejar el hacha como para administrar los sobornos, mantengo todavía la esperanza de que me recompenséis con el estímulo de una noble lucha. De lo contrario, abandonaré la Educación persuadido de que la vida se ha fugado de este infernal “criadero de carne de salario y alma de tuerca bien engrasada” —y en su precipitada huida no ha dejado tras sí, para el que la persigue, más rastro que la osamenta residual de los últimos reformadores—. La Enseñanza: un trozo de hueco, y el descuartizamiento programático de la subjetividad aún libre.

Pedro García Olivo

*

NOTA NÚM. 13: ANTI-PROFESOR

Víctor Araya se ha presentado siempre como un “anti-profesor”. Recuerdo que, con intención polémica y capturado por su afición a la paradoja, solía declarar que, en realidad, no tenía “nada” contra la Escuela: lo tenía “todo” contra los profesores. Y que una Escuela *sin maestros* le parecía absolutamente perfecta. ¿Una Escuela sin maestros?

La lucha contra la Enseñanza salpica todos los trabajos de Araya; y se condensa en *El Irresponsable*, su obra más polémica y más extraña. A mí es la que más me gusta...

Araya no podía “obedecer”, era incapaz de someterse a una *disciplina* —un reglamento, un horario, un programa, la exigencia de tener que hablar, el imperativo de la calificación...—. Su temperamento, su carácter, era incompatible con el acatamiento de fondo y la aquiescencia general que se le supone a un docente. Por otra parte, a lo largo de su vida se había ido cargando de argumentos político-ideológicos contra la organización escolar, extraídos unos de la teoría marxista y de la crítica anarquista, otros de la literatura.

Se representaba la Escuela como un “aparato ideológico del Estado”, que decía Althusser, con una función de adoctrinamiento y de sujeción del carácter. La vinculaba a la empresa de reproducción del Capitalismo, como una institución opresiva y forjadora de opresores, socialmente discriminatoria, anti-popular por esencia, etc., etc., etc. Contra ella, postulaba una estrategia delirante de lucha “desde dentro”, que recomendaba el crimen, el ludismo, la poesía, los sabotajes, la “conquista” de la expulsión... Presentó este “paradigma de la irresponsabilidad en la enseñanza” en varias conferencias, en no pocos artículos, aparte del libro citado, llamando siempre la atención, sorprendiendo, inquietando. Una circunstancia concurría para que no se descalificara su propuesta precipitadamente, para que se le tomara en serio a pesar

del radicalismo demencial de sus palabras: el hecho de que hablaba *desde la experiencia*, de que había llevado personalmente a la práctica su estrategia criminal, suscitando un escándalo tras otro, dando pie a una infinidad de denuncias. Concitaba en sus artículos el rigor, la erudición, la fantasía... y la locura: y era, esta, una mezcla curiosa, fascinadora, que no se podía suscribir, pero que seducía por sí misma. Como era notorio que, finalmente, había abandonado la educación, viviendo en adelante de la explotación de un pequeño rebaño de cabras, ese gesto de insólita coherencia, de inaudita honestidad intelectual, le confería, además, un halo de respetabilidad, de incorruptibilidad, que él sabía explotar muy bien. “Explotar muy bien”, he dicho; pero nunca “en beneficio propio crematístico” (jamás aceptó dinero por sus charlas o artículos, ni “derechos de autor” por sus libros), sino para asestar mejor sus golpes, para hacer más daño a esa Institución que odiaba con toda el alma.

Yo he sido toda mi vida “profesor” y, no ignorando lo que se espera de la enseñanza bajo el sistema capitalista, he procurado, en lo posible, hacerla servir a la causa opuesta. He aprovechado mi presencia en las aulas de la Universidad “burguesa” para difundir justamente las ideas enemigas de ese modelo de sociedad; y he querido despertar siempre en mis alumnos el amor a los libros, el hábito de la reflexión y el espíritu crítico, inconformista. Para Araya, esto no significaba nada; peor aún, constituía solo un expediente para “no mirarme, no verme *en* el mundo”, para “lavarme las manos” y “tranquilizar mi conciencia”, mientras me dejaba utilizar, como un *vendido*, por el Poder y el Capital... Yo encarnaba la figura que él más detestaba: la del profesor “progresista”, “crítico”, “contestatario”, un *modernizador* de la represión, en su opinión, un *déspota* de guante blanco, un vil *reformista*. Por este motivo, he tenido que soportar no solo sus objeciones a mi labor, sino incluso sus insultos. ¡Cuántas veces, después de cenar, en su departamento de Ujpest, a donde acudía como invitado, y

ante los postres, me espetaba sin más que yo era una fascista, un estalinista, un domesticador...!

No os miento si os digo que me gusta *El Irresponsable*, que he disfrutado con sus metáforas, con sus alegorías, con su elegante escritura... Pero su contenido, sus ideas, sus proclamas, no tienen, a mi parecer, relación con la realidad, con la verdad, con este mundo “concreto y palpable” en el que vivimos; solo guardan relación con los demonios y fantasmas de mi amigo, solo remiten una y otra vez a ese espacio-tiempo del alma de Víctor Araya. Este hombre ha vivido siempre en una “realidad” inventada por él, como Don Quijote, una realidad enloquecida e inhóspita; a esa realidad horrificca, que solo ve él, en la que solo vive él, se refiere *El Irresponsable*, con sus teorías anti-escolares. Lo peor de todo es que ajustó siempre su actuación, su obrar, a esa percepción de la realidad, a ese mundo de pesadilla, irrespirable, asfixiante. En *Un trozo de hueco*, por ejemplo, lo vemos alegrarse sinceramente por la inminencia de su expulsión:

Por fin voy a ser expulsado de la Enseñanza. La Inspección no tendrá más remedio que abrirme un expediente. Empezaba ya a desesperar: temía que nunca nadie se tomara en serio mi lucha —presentía que entre todos lograrían debilitar la dureza de mi práctica hasta anularla como simple insistencia en la travesura—.

Pero no ha sido así. Por fin se ha dado curso al Informe auto-justificativo que escribí un día “Para uso de Inspectores y otros Policías de la Enseñanza”. Saltaron los padres, y encontraron el apoyo de buena parte del profesorado conservador. Desconcertada la Inspección, me convoca a una reunión ante las figuras represivas del Director y del Jefe de Estudios. Percibo ahí la señal de mi peligrosidad. Y no voy a desaprovechar la ocasión... Se me acusa de atentar contra los principios religiosos, de desatender mis obligaciones

docentes y tutoriales, de no seguir el temario y desvirtuar el sentido de las calificaciones... Sobre todo, se duda de mi salud mental. "No soy yo el loco, vosotros sois los necios": así responderé, a la menor insinuación.

No me defenderé. Aceptaré todos los cargos, todas las imputaciones, como signo de distinción, motivo de orgullo. Asumiré el expediente como reconocimiento a mi largo batallar contra la Institución, premio a tres años de corrosión progresiva, meditada y sistemática. Y denunciaré la complicidad por ignorancia, incompetencia, desidia o cobardía, de todos aquellos que han cerrado los ojos a mi constante transgresión de la ley y, desde sus puestos de responsabilidad, han tolerado un ejercicio del fraude que no debería haber durado más de un mes. Lo inadmisibile para el aparato educativo no será tanto mi opción política y metodológica (me amparo en cierta tradición teórica: el pensamiento genealógico) como el ambiente de corrupción, de irregularidad sostenida, que me ha servido de refugio y escondrijo.

Demasiadas cosas van a estallar antes de que acaben conmigo —y, cuando me aniquilen, nadie sonreirá como yo...—.

Pero es, sin duda, en las páginas de *El Irresponsable* donde mejor se trasluce ese carácter onírico, averno, ese aire de irrealidad, de ficción monstruosa (¿psicótica?, ¿paranoica?), que envuelve las tesis de mi amigo *contra* la Escuela:

La Policía de la Enseñanza no ha sido diseñada para manejar el hacha, sino para "administrar los sobornos". No tiene por objeto aniquilar la sedición tanto como someterla a reglas segundas y convertir la desobediencia interna en factor de reproducción del Orden de la Escuela. Quisiera tener siempre las manos limpias, evitar los delitos de sangre, que el recuerdo de las torturas y los

descuartizamientos no perturbara más la gestión de los ilegalismos útiles. Y eso es lo que el Irresponsable impide. Por ello, la Policía derrota al Reformista, al Ingeniero, al Infiltrado... Y fracasa ante el escándalo del Suicida que le reclama en público la más atroz de las muertes o ante la astucia del Guerrero que se derrumba sonriente bajo sus puñaladas.

Sin embargo, el Irresponsable no se precipita: antes de la Quiebra, el Recorrido. En el principio, el Esquizo y, por tanto, la Fuga, el Fraude, la Huida. El Esquizo... Ninguna escolástica de la revolución, ningún decálogo del sabotaje, ninguna Sagrada Escritura de la subversión organizará la heterogeneidad irreductible, la singularidad indomable, de su práctica de la Corrosión.

Araya no podrá *volver* a la docencia. De palabra y por escrito se había definido como un “anti-profesor”, y no querrá *traicionarse* con un reingreso. Era, ese, un camino que se había cerrado a sí mismo, una posibilidad que excluía sin descanso. ¿Qué puede estar haciendo ahora, sin dinero, vuelto contra su condición de profesor, negándose a enseñar? ¿Cómo se ganará la vida? Yo sospecho que debe de haber buscado un país “barato”, probablemente sudamericano; uno de esos lugares, no exentos de interés, donde “lo casi nada” que conserva todavía signifique “un poco”. Y que, paso a paso, irá descubriendo el modo de subsistir, me temo que miserablemente, comiendo mal y durmiendo en cualquier parte. Más o menos, lo que hizo en Budapest, también después de una “fuga”... Intuyo que se habrá interesado por el mundo indígena, por las comunidades; y que algo querrá vivir y escribir allí... En una de sus últimas cartas me hablaba de “La Nariz del Diablo”, en Ecuador: “Tengo que vivir allí, ya que se llama así”, me dijo. ¿Literatura? ¿Locura?

18)

El cebo y la presa de una inmunda trampa de ratas: un pedazo de queso podrido sobre una página impregnada de pegamento, y la alimaña que, siendo fiel a su instinto, a lo que siempre ha sido, parece adherida al papel

Antes de reintegrarme al privilegiado tormento de la docencia (que en adelante solo podría soportar del brazo del alcohol, sabio aliado), volví a recorrer la Bahía de Portmán, los eriales de El Llano y la playa de Calblanque. Se trataba de una ruta que periódicamente “me hacía suyo”, colmándome de estupor, irritación y felicidad.

Sobre la Bahía (principal “punto negro” del Mediterráneo) recaía el dudoso honor de haber sobrevivido a un ataque centenario —crimen interminable, inconcluso terror—. Un paraje ayer deslumbrante, remoto y espectacular como las joyas verdaderas, que todavía conservaba un cierto halo de grandeza fascinadora y de inapresable encanto (recordándome el rostro cautivador de aquellas ancianas extremadamente inteligentes que retienen aún el aura de una belleza serena, pura y despejada, a la que jamás han sucumbido), se veía hoy sepultado bajo un hediento manto oscuro de vertidos mineros —vómito execrable de una compañía multinacional, suficientemente arropada por la mendacidad del Gobierno y el poder difuso de Los Lobos, etérea y temible mafia

sureña—. Ininterrumpidamente, día y noche, lo mismo bajo los rayos castigadores de un sol incrédulo que ante la mirada inescrutable de la despreciativa luna, unos tubos de enorme diámetro —horrorosa cicatriz de la montaña— derramaban sobre la playa, copiosamente, una repulsiva sustancia lodosa, extendiendo por la ondulada costa la insalubridad de las ciénagas y envenenando sin remedio las aguas del ultrajado mar.

Aquel mar impetuoso, vasto y profundo, que estrellaba rencorosamente sus olas contra el pie de un imponente paredón rocoso (mar marinero de pescadores y estraperlistas), dibujando una “uve” soberbia, una incontenible lengua azulada que parecía lamer lujuriosamente la falda de la altiva montaña, se estaba convirtiendo, desde hacía más de un siglo, en un descomunal pudriero. Y el lugar de la espuma insurgente, índice de tumultuosas orgías submarinas e indefinibles perversiones secretas del agua en las rocas, estaba siendo ocupado por el chapoteo incesante de inalterables gaviotas —amantes viscerales de toda podredumbre—. Resistía aún la seducción de la Bahía; pero, en tales condiciones, ejercía excepcionalmente su influjo sobre seres ambiguos, desajustados, sospechosos. Y yo, quizá entre ellos, acudía a Portmán para indignarme terapéuticamente, disfrutar de una inútil oposición al curso de las cosas y al signo de los tiempos... Ante aquella imagen depravada de un crimen secular, de una agresión insondable, fluían de mi corazón todos los selectos licores de la rebeldía y del inconformismo; y desvaneciase, en esa embriaguez de una conciencia exaltada, el sentimiento de la insuperable opresión cotidiana.

Pero Portmán no era solo un exponente de Naturaleza masacrada, un testimonio de la moderna indiferencia (mercantil) ante los valores de la Belleza espontánea. Reflejaba también, de modo admirable, el desconcierto general de las luchas y la agonía del Ideal Emancipatorio. En efecto, en marzo de 1988 una aguerrida “embajada” de Greenpeace *desembarcó* en la Bahía para tatar sin

más la boca de las minas, obstruir los tubos del horror y acabar así con la desgracia inmemorial de los vertidos. El ecologismo manifestó en la zona la determinación de su insomne conciencia crítica, su resuelto activismo..., y la candorosa ingenuidad de sus adeptos. Una enfurecida cuadrilla de atezados mineros (brazos robustos, pulmones enfermos, carteras vacías) atacó brutalmente a los jóvenes barbudos de la organización verde, en quienes veía —a pesar de su aspecto: un híbrido afortunado entre el desaliño hippie y la “informalidad” de los intelectuales de izquierdas— una amenaza para la conservación del puesto de trabajo, el enemigo travestido de su lucha contra el torniquete de la Precariedad... Si se cerraban las minas, si quebraba la Empresa (o lo alegaba), ellos irían en masa a la calle, engrosando sin pena ni gloria las filas anónimas del Paro. “Socorrer” al modo de Greenpeace la Bahía —quizás un muerto, sin esperanza de resurrección— era atentar directamente contra su más inmediata subsistencia. Y la mafiosa alianza de políticos, patrones y magnates del Delito se regocijaba sin pudor ante ese deprimente espectáculo de un enfrentamiento entre obreros (que defendían a sus explotadores) y ecologistas. La tan citada —y soñada— convergencia de unos y otros encontraba en Portmán una cruel refutación, inapelable como el antojo de un tirano. Despiadada e insalvable, la aniquilación progresiva de la Bahía atestiguaba sin ambages ese extravío terrible de la praxis, ese caos de los compromisos y de las resistencias —estertor de liberaciones contradictorias y, sin embargo, “necesarias”—.

A cuatro kilómetros de la Bahía, El Llano del Beal, olvidado poblacho de la sierra, ofrecía una historia diferente, inverosímil y casi inextricable como la razón profunda de la condena del Sur. Protagonizaba una batalla impactante, absolutamente extemporánea, radical e inusitada, justamente contra la Empresa carroñera que asolaba el Litoral. El Llano, amenazado en su supervivencia como pueblo por localizarse sobre un considerable “núcleo” de riqueza mineral, defendía su derecho a no desaparecer en benefi-

cio de un paisaje degenerado de pozos, yacimientos a cielo abierto, balsas inmundas, dramáticos respiraderos y galerías tortuosas. Tras pasear su Causa por todos los foros y todas las instituciones (desde la Comunidad Autónoma hasta el Parlamento Europeo), solo obtuvo el significativo apoyo de la organización “terrorista” vasca y de los partidos “abertzales” que la contorneaban. Por ese motivo, los lugareños habían enarbolado, en la terraza más alta del pueblo, un par de banderas extremadamente reveladoras de la naturaleza de su lucha: una enseña pirata ortodoxa —con sus tibias cruzadas y su calavera en blanco sobre fondo negro— y el estandarte de Herri Batasuna (sinónimo, para la clase política, de la máxima *provocación* concebible). Los habitantes de El Llano, en su arrogante insumisión a una legalidad que los condenaba al desalojo, habían padecido ya varios “asaltos” en armas por parte de las Fuerzas del Orden —conocían, pues, las calamidades de la represión arbitraria, de las detenciones injustificadas y de las torturas—. Habían instalado una “caseta” en la principal entrada de la aldea, empapelada con recortes de prensa y panfletos diversos alusivos a su muy romántico levantamiento; y montaban guardia ante ella, día y noche, para alertar a los vecinos en caso de despliegue policial e informar a los visitantes (curiosos o solidarios) de la marcha de su lucha...

En aquella ocasión me recibió El Rata, un jornalero mellado y miope que ese domingo se había hecho cargo de la vigilancia y de la “presentación” de la barraca. “Mire usted, la cosa cada día va a peor... Esto tiene muy mala cara; aquí no va a haber ya misericordias...”, así inició su alegato. Según me contó, en el último enfrentamiento con la policía las gentes del Llano habían abatido, con sus piedras, palos y azadas, al menos a cuatro guardias civiles... Pero se podían contar ya por decenas los manifestantes que, al cabo de una u otra reyerta, habían tenido que pasar por el hospital y, acto seguido, por la comisaría. La Asociación de Vecinos había empezado por fin a reunir armas y municiones, en espera

de un agravamiento definitivo de la situación. Y se estaban “decorando” las calles para ese supuesto de una gran contienda que precediera a la ocupación del pueblo por las Fuerzas de Seguridad —por todas partes se podían leer pintadas apologéticas de ETA: “ETA ven aquí a cargarte a Pandehigo”, “ETA, máталos”...—. Nadie confiaba ya en los “recursos” interpuestos por los abogados comunistas, pues una y otra vez la Justicia se pronunciaba en favor de los de los intereses de la empresa. Mientras tanto, los “minados”, salvajes mordeduras de la Sierra, se acercaban peligrosamente a la aldea. Y a esa destructora labor de los dinamitazos seguía el acordonamiento policial y la puesta en explotación de los nuevos yacimientos.

Me impresionaron, en particular, un par de carteles, colgados sin gracia en el muro frontal de la Caseta: “El orgullo de ser de El Llano” y “¡Dejad en paz a este pueblo enemigo de las minas!”. Como me confirmó El Rata, no había forma de evitar los altercados con los trabajadores de la Empresa (Portman Golf), que cada vez se prodigaban más en sus desafiantes “batidas” por los alrededores de la localidad. Los habitantes de El Llano, que solo en una insignificante proporción vivían del peonaje en las canteras, nada tenían que ganar con la arrolladora expansión de las explotaciones; y por ese motivo habían unido su causa a la de los ecologistas maltratados en la Bahía. Esa lucha ciega entre obreros de diferentes ramos —que en ocasiones desgarraba familias, enfrentaba hermanos y originaba temibles vendettas— resultaba, para mi interlocutor, aún más lamentable que el apaleamiento de los “verdes” de Greenpeace.

La fatalidad de El Llano se nutría tanto de su desgraciada ubicación como de su economía particular: una comunidad de jornaleros del campo y de los servicios que había arraigado casi sin quererlo, como hunde un árbol sus raíces, sobre un pequeño tesoro mineralógico. Las gentes del pueblo se ganaban la vida en los complejos turísticos próximos de La Manga y Cabo de Palos

—mundo hipermoderno, indiferente a todo este primitivo *penar*, que se extendía al pie de las montañas, configurando la antítesis exacta, rigurosa, de la desolación de los cerros— o con una mísera agricultura de secano, precarizada y decadente. Y ello las oponía a otras poblaciones de mineros, asediados por el desempleo casi desde la crisis del sector a finales del siglo pasado. Para estos, en la prosperidad de Portman Golf, en la extensión de los pozos y de las galerías, en la explotación integral de los yacimientos (en la “muerte” de El Llano), residía la única esperanza de trabajo en la zona. Y su tradicional baja cualificación, su elevada tasa de analfabetismo, los dejaba rápidamente fuera de juego a la hora de competir por un contrato en la Costa o en la industriosa ciudad. En el Paraíso de unos (un paraíso mezquino: buscar el pan bajo la tierra y no hallar más que la enfermedad) situaban los otros, amigos de la superficie cercada, como los frutos del campo, su Infierno absoluto.

Por lo menos una vez al mes acudía a El Llano para seguir la pista de su lucha, solidarizarme (inútilmente) con los rebeldes de la Barraca y reconocerme, como ante un Diario de Juventud, en la épica de aquellas gentes. Su bandera pirata, festiva y burlona, ondeando al viento de la travesura, sus pintadas etarras (espanto de las miradas severas), el anacronismo de una búsqueda de rifles y munición en pleno siglo XX, la insolencia de declarar la guerra a todo un Estado, el abatimiento jactancioso de cuantos guardias civiles se arriesgaran a penetrar en el pueblo..., en todos esos detalles, insólitos como la sabiduría meridional, sublimes como los ojos de los pobres, mi ánimo encontraba motivo para una rara dicha. Y, a pesar de la premonición de una derrota final, en aquellas batallas perdidas, en aquellos enfrentamientos insensatos, mi “esperanza” (pequeña y avergonzada de sí misma, no sé si fea) hallaba su sustento, mi pensamiento vagabundo su propio territorio de errancia.

Y, casi harto de tanta humanidad convulsa, de tanto entramado social, también en aquella ocasión, como en todas las an-

teriores, corrí a Calblanque en busca de la soledad y el silencio, de la naturaleza plena y desnuda, del campo sin cultivos, la playa sin bañistas, las rocas sin dueños, las planicies sin viviendas y los horizontes immaculados. El placer de atisbar una lejanía vacía, sin rastro del hombre, amplia y despejada como el mar abierto o el cielo estrellado, me reintegraba a la simpleza primordial de mi tarea (mi misión elegida): “vivir”, sencilla y radicalmente; abrir los ojos, respirar, defender todos mis caprichos y todas mis manías; escribir, por tanto.

Aquel itinerario invariable, que me arrastraba desde la indignación de Portmán hasta la felicidad de Calblanque, pasando por la solidaridad y la esperanza de El Llano, tenía más que ver con los movimientos íntimos de mi espíritu —una necesidad anímica vaga, pero irrefragable— que con la casualidad de una ruta o el accidente de un recorrido. Saltar de la Indignación a la Felicidad, atravesar todos los grados intermedios del espanto, la lucha, el compromiso y la autodestrucción, deviene hoy como un extraño peregrinaje interior del sentir fugitivo. No se trata de ansiar la paz, de perseguir un bienestar fácil, una felicidad de funcionario (el fugitivo es un ser que muy difícilmente puede sobrevivir a su propia felicidad). El recorrido del que hablo —espanto, lucha, compromiso, autodestrucción—, que puede abocar a una minúscula dicha concreta y problemática, deriva de una toma de conciencia de la complejidad del mundo y de los determinantes esenciales del espíritu de la fuga.

No somos seres “aterrados”, no anidamos en la irritación (ritual apocador); pero sí reconocemos, y hemos aprendido a padecer, lo Intolerable. Nosotros, los espíritus de la fuga, no existimos *para* la lucha —moral alternativa y aún servil, religión de la modernidad descontenta—. No necesitamos ampararnos en la entereza de los fuertes, asegurar para el camino la asistencia de una Luz solidaria y guerrillera. Pero incluso cuando nos atenaza la más estremecedora de las soledades, y en medio de un

aislamiento clamoroso nuestra voz recuerda la estridencia de los locos, hasta en esos momentos de inquietante extravío, hallamos la forma de perseverar en una inefable lucha social, menos oscura que profunda, metafísica como el pesar del universo y el sucio disfrute de unos pocos. Y, sin pretender convertir nuestra vida en un drama amargo y desazonador, secretamente necrófilo, nos complacemos no obstante en cultivar el arte del suicidio parcial, de la autodestrucción selectiva e inteligente —disciplina de una mortificación que ya no salva, nunca ha salvado, pero cura hoy a quien la practica y la sufre...—. Nos liberamos así de arcaicas identidades, tercas poses atávicas, rancias ataduras, palabras del pasado —el cebo y la presa de una inmunda trampa de ratas: un pedazo de queso podrido sobre una página impregnada de pegamento, y la alimaña que, siendo fiel a su instinto, a lo que siempre ha sido, parece adherida al papel—. Conservamos, por eso, el poder de sorprender, e importunar, a un observador acostumbrado a juzgar la vida de los otros como lee el periódico por las mañanas —por aburrimiento y para cerciorarse de que nada cambia en ninguna parte—.

Víctor Araya
Arroyo del Cerezo, último día del estío de 2001

[FIN DEL MANUSCRITO DE VÍCTOR ARAYA]

*

NOTA NÚM. 14: *DESESPERACIÓN, LUCHA Y LIBERTAD*

Aunque he puesto título a cada nota, esta reclamaba, si cabe aún más que las demás, un nombre propio: “Desesperación, lucha y libertad”. Porque en relación con el aspecto que aborda (la reivindicación de un “desesperar” absoluto por parte de Araya) se ordenan y aclaran casi todas las ideas que he procurado ir desgranando desde el principio de este libro.

Víctor se caracteriza por una voluntad radical de crítica, por un afán infinito de “desmitificación, paradójicamente acompañados de una propensión, casi un *achaque*, re-mitificador. Niega todos los “ídolos” del pensamiento moderno, todos los hábitos y todas las instituciones de nuestra sociedad, para fundar, extrañamente, una nueva idolatría, un *credo* de reemplazo. En algún momento de su vida, esta paradoja, esta contradicción, debió hacerse sensible; y de la pretensión de “unificar” su discurso, de devolverle la coherencia y la armonía perdidas, nació *Desesperar*, su trabajo más desconcertante.

En *Desesperar*, y después de combatir uno por uno todos nuestros ideales, una por una todas nuestras costumbres, nuestra forma entera de vida, etc., Víctor se vuelve contra sí mismo y atenta también contra los soportes de su mítica *personal*, contra los pilares de su mundo fantástico: la Fuga, la Vida Intensa, la Sexualidad Poética, la Escritura Soberana, el Arte de la Vida y la Obra, el Suicidio Antiguo... Nada queda ya en pie ante este criticismo integral de Araya, ante este anhelo de “no engañarse”, de no alimentar quimeras, no someterse tristemente al patetismo de la Ilusión. La “desesperación”, concebida como “ausencia de toda engañifa”, deja por un momento *desnudo* a Araya, en un caer súbito de máscaras *ante los ojos de su conciencia*: se compara entonces con el más anodino de los pastores, el más “desesperado” de los aldeanos, y se considera “inferior”. Hace de Basilio, el protagonista de su relato, algo más y algo menos que un antihé-

roe: un anti-intelectual, un hombre absolutamente “descreído”, a salvo de las falacias de la Modernidad. Y proclama querer seguir sus pasos, avanzar por esa senda del anti-idealismo visceral...

Se diría que Araya “desesperó” de todo, se “desengañó” hasta de sí mismo; y se dispuso a “enterrarse” para siempre en la aldea, viviendo como Basilio, como los animales, atendiendo “solo al cuerpo”. Pero, una vez más, incluso en ese instante de “desenmascaramiento” *vertical*, de “deposición” de todos los disfraces, de enfrentamiento a la propia mentira vital, *constituyente*, Araya sucumbe a su pasión mitificadora y construye un universo irreal, sublimado, fantasmático: el de los hombres-solo-hombres, seres a salvo de toda patraña ideológica, “superhombres nietzscheanos” por su apego absoluto a la tierra, proyecciones de Diógenes, “animales humanos” que viven de espaldas a la mentira, a cubierto de la cultura emponzoñadora... Araya levanta un super-mito, el de la Desesperación, al que encarga la crítica y demolición de todas sus ilusiones pretéritas. Desmitifica para mitificar; o, mejor, desmitifica desde el super-mito... En un pasaje de *Desesperar*, Víctor deja entrever que, de algún modo, era consciente de esa operación:

¿Y en qué punto me hallo ahora, con este Desesperar sobre la mesa? ¿De nuevo me engaño? ¿De nuevo construyo un mundo épico? ¿Mitifico? ¿Qué forma de esperanza me impulsa? ¿Continúo presentando mi vida como epopeya y a mí mismo como héroe? ¿Apesto a vanidad? ¿Desesperé? ¿Así como no me conozco, conozco a Basilio? ¿Desesperó? ¿Existe el concepto del valor de estas páginas? “No sé. Pienso en otras cosas”. Indignidad de todo escribir.

Además, la auto-crítica de Araya se detiene siempre ante dos “ideales” demasiado importantes para él, dos mitos “fundadores”, casi la “raíz” de su personalidad: la lucha y la libertad. En relación

con la lucha, he aquí la composición en que esta “detención”, esta “supresión” de la crítica, mejor se explicita:

¿Desesperar de la Lucha?

Como se habrá observado, una de las fuentes más importantes de contradicción en mi discurso radica en lo movedizo de la relación que el eje de mi sensibilidad (se llame corazón, cerebro o de cualquier otro modo) sugiere y no establece entre “desesperación” y “lucha”. ¿Es la Desesperación todavía una forma de lucha, acaso menos “política”, ya casi “metafísica”, y, por tanto, de mayor calado? ¿O, teñido de esperanza todo el concepto de Lucha, exudado de la falacia, sería preferible prescindir de él? ¿Es el hombre desesperado un luchador de fondo, casi abisal, o son todos los luchadores, desde la raíz misma de su práctica, servidores de la engañifa? ¿Será la Desesperación un concepto ideológico tendente a la rendición, a la entrega de armas, a la claudicación absoluta del individuo? ¿Será administrado este “desesperar” por el propio Sistema para neutralizar eventuales recidivas de la lucha? ¿Es grato mi concepto del hombre desesperado a los poderes económicos, políticos y culturales enfrentados siempre a la figura del luchador?

Es, esta, una cuestión que no tengo resuelta en absoluto. Me gustaría ser visto en todo momento como un luchador y, si fuera posible, un luchador desesperado. Pero igual que atisbo algo de “ilusión”, de “falso consuelo”, en la idea misma de la lucha como motor de la existencia, percibo un tufo de pasividad, de conformismo y hasta de complicidad en el desarrollo lógico del concepto de desesperación. Siéndome ambas ideas muy queridas, ya no sé si desesperé de la lucha o si lucho a la desesperada. Probablemente, desesperé de algún tipo superficial de lucha; y ahora me aboco a un combate interior, a una pelea trascendente en la que está

todo de una vez en juego. Quiero creer que no hay lucha de hondura, gravedad de la lucha, sin un previo desesperar. Denunciante infatigable de todo enemigo fantasmal, de todo simulacro del combate, la desesperación despejaría así la senda de la lucha, acabando con la obstrucción de las más diversas ideologías apaciguadoras. Nos llevaría al lugar exacto del enfrentamiento y ante el adversario verdadero.

Pero no puedo descartar las posibilidades restantes, opuestas a esa problemática reconciliación de mis dos estimados conceptos: que desesperar equivalga a deponer las armas de la transformación social y que la lucha sea estéril al fundarse en un sucedáneo de la esperanza.

Luchador. Desesperado. Cambiar la vida. Defenderse. Rebelarse. Emanciparse. Transformar la sociedad. Ausencia de toda engañifa. Resistir. Oponerse. Desesperar de la lucha. Falsa Consciencia. Ideología. Misticismo. Opresión. Estado burgués. Lucha desesperante. Desenmascaramiento. Legitimación. Discurso peligroso. Creyentes. Aprender a callar. Tiempos Sombríos. Siniestra organización. Lo Que Sea La Realidad. La paz del cementerio. Y ESOS SON LOS IMPRESCINDIBLES. Una mano que es invisible y que mata. Gallinas muertas, en el cerebro. Superficies desiertas... No sé de qué manera atar estas palabras, no sé qué hacer con ellas; ellas me hablan. ¿Y esto es lucha? ¿Esto, desesperación? ¡Saco de palabras! Ni lucho, ni estoy desesperado. Solo escribo.

—¿Solo escribes? ¡Solo! No digas eso, por Dios.

Y el tema de la libertad se recupera, como arista de un triángulo que lo une a la lucha y a la desesperación, en el último capítulo de ese libro. Paralizada la crítica, la duda recobra sus derechos...

Encadenarse a la lucha lo mismo que a una rendición perpetua

“Retoños de la mentira, los objetos de nuestra esperanza nos esclavizan. Esclavizados, nos incapacitamos para la lucha”. “Solo le queda al hombre la pequeña libertad de elegir por sí mismo sus cadenas. Puede encadenarse a la lucha lo mismo que a una rendición perpetua, amarrarse a la esperanza como si se condenara a la desesperación”. Entre estos dos enunciados, profundamente contradictorios, se debate hoy mi escritura tanto como mi vida. Lo que pueda ser la libertad, me inquieta. Pienso a veces que se trata solo de una sensación. Y que, atados, podemos sentirnos libres. Eso significaría que nos auto-engañamos, y que no hay nada censurable en ello. La sensación de vivir en libertad justificaría la mentira interior de no reconocernos galeotes, prisioneros sometidos a trabajos forzados en un navío sin puerto al que arribar. Pero, si disculpo esa engañifa, ¿qué tengo en contra de la esperanza? No admitiéndola, rechazándola como quiere un auto-conocimiento temerario, ¿en virtud de qué contrapartida la repudio, en nombre de qué ventaja? ¿Y qué hay de bueno en ser sincero con uno mismo cuando esa franqueza interior no ayuda en absoluto a soportar mejor la existencia? Necesito sentirme libre, consciente de que no lo soy. La mentira de esa sensación, ¿en qué se distingue de la que instituye la esperanza? Y si no es distinta, ¿en razón de qué la tolero cabizbajo, como no hago con la otra? ¿Por qué cultivo una ficción, aunque sea a regañadientes?

No puedo responder. Escriba lo que escriba mi mano, y alumbre lo que alumbre mi cerebro, mi organismo en pleno se ha rebelado con estrépito ante el menor ataque a esa sensación de libertad. Si rompía, si emprendía la fuga, era porque algo ponía en peligro dicha sensación. Este trabajo se inició en una de esas coyunturas, cuando mi compañera

denigraba mi comportamiento como si, cabía sospechar, anhelara corregirlo. Atentaba así contra la sensación de libertad que me producía actuar desatendiendo los dictados de la lógica, desoyendo el mandato del sentido común. Sensación de libertad que me embarga al incumplir arrogante mis obligaciones y, sobre todo, al manifestar mi torpeza, mi muy emprendedora impericia, ante cualquier empresa vital. Ella tenía razón: yo no hacía nada a derechas, y se diría que por capricho. Me reprochaba además que, seducido por la Desesperación, me internara tan alegremente por una senda "autodestructiva", abominando de la enseñanza, de la investigación, de la literatura, de mí mismo... Quise dejarla, huir de nuevo, partir. Luego mi cabeza empezó a ejecutar su trabajo y esta mano mía irresponsable a escribir sus conclusiones, aplastando entre ambas la rebelión del organismo, que ya deseaba acabar con todo. Y no me fui. Permanecí a su lado, al lado del niño, a cargo de la granja. Un montón de palabras, contradictorias como todas las mías, diluyeron la impresión de que se había atentado contra mi libertad; y me permitieron seguir aquí, ni libre ni desesperado. Engañándome. Y sin luchar.

Si fuera capaz de pensar, si creyera en el pensamiento, intentaría conciliar de una vez estos tres terribles conceptos, imprescindibles para mí, de la Lucha, la Desesperación y la Libertad. Armonizándolos, por fin tendría un modo propio de ver las cosas, algo que decir sin desdecirme, una teoría, no sé si una forma de vida coherente y defendible. Detestador del pensamiento, acaso porque no adivino en qué consiste, ni cómo se practica, mantengo sueltas las tres ideas, bullendo en mi cabeza, asietándome el corazón, desgarrándome. Desesperación, Lucha y Libertad. ¡Ojalá hablar de una fuera hablar de las tres, y no pusiera cada una de ellas una bomba de relojería bajo los pies de las otras dos!

Basilio no se plantea este problema. Sus sensaciones son más concretas, y no dejan lugar para el autoengaño. "A veces, siento frío; a veces, siento hambre; a veces, estoy cansado... Pero no sé qué es eso de sentirse libre. Luchar, luchar, sí: uno pelea con los animales". Blindado contra las palabras (quizás la libertad no sea más que una palabra, al igual que la desesperación o la lucha), Basilio no padece tormentos como los míos. No experimenta la necesidad de situarse en el campo de tiro de un concepto, como nosotros. Yo, que quiero inscribirme en la órbita de la libertad, de la desesperación y de la lucha, que quiero incrustarme en cada uno de esos tres territorios, me desgarró. Basilio, que no busca la sombra de las palabras, vive tranquilo bajo el sol de la desesperación. Desabrigado, lejos del cobijo de los conceptos, cruza el desierto de no esperar nada. De tan callado, por la hondura de su silencio, ni siquiera llega a mentirse. Diría que el habla es un instrumento exclusivo de su cuerpo, de su ser físico, y que usa esa facultad lo mismo que sus ovejas el balar: para comunicar realmente algo, para vivir apegado a la tierra, y para nada más.

Por estas dos razones, porque Araya era consciente de las aporías de su empresa desmitificadora y porque sabía de quimeras que, en el fondo, deseaba salvar, el programa de la "desesperación" tenía sus días contados y se hallaba condenado al fracaso. Araya percibe que no "puede" vivir sin engañarse, que no "quiere" vivir sin ninguna mentira a la que aferrarse, que no "sabe" criticar sin canonizar... Y, después de un tiempo, *regresa* a todas sus fantasías de ayer, a todas sus viejas elaboraciones idealistas. Pero regresa "de otra forma", "con otro temple", para siempre *marcado* por las secuelas de su transitoria e incompleta "desesperación". El prólogo de *Los filos reseguídos del dolor*, quizá lo único estimable de dicha obra, contiene el reconocimiento de esta inevitabilidad de la mentira:

No me cuento entre los que dedican su vida al “restablecimiento” de la Verdad, al coleccionismo de las pequeñas innumerables verdades del pasado. Me temo, más bien, que la Verdad, toda verdad pretérita, prostituyéndose al Poder, trabaja asimismo para la Policía. Y yo no quiero inficionar mi aliento tratando con una u otra, con la policía social o su verdad aherrojadora. Las cosas habrán sido como nuestra abyecta Organización pretende que fueron, pero sobre lo que yo digo de ellas ya no impone su égida más que mi proyecto insumiso... Entre Literatura y Verdad solo subsiste una relación de higiene, un vínculo de salud pública: la rata de la verdad cae en el cepo de la escritura, muerde su queso y allí muere.

Araya “regresó” a su idea de la Fuga, pero sin valorarla ya como la llave de la transformación de lo social; volvió a vivir delante del espejo, “escribiendo” la novela de sus días, pero sin tanto ruido y sin necesitar ya muchos lectores de ese relato, muchos “espectadores” de la *obra* de su existencia; retornó, me parece, a la Sexualidad Poética, pero simplemente asqueado por lo trivial del erotismo doméstico; volvió a padecer la tentación de suicidarse al modo de los antiguos, a escribir para no matarse, a “luchar” de verdad y en varios frentes, a defender su espejismo de la libertad como el único espejismo digno de ser defendido... Como hizo notar en *La Carta...*, recuperará todos esos “mitos”, pero un tanto “desacralizados”, “terrenalizados”, como por un guiño de ojos al porvenir.

Estimo, por último, que la vida en la montaña, la actividad ganadera, el pastoreo hosco y solitario se corresponden con esa fase de la “desesperación” transitoria e incompleta de Víctor Araya, con aquella poética de la “ausencia de toda engañifa” forjada en la amargura de un reingreso de excedencia (punto y final de lo que llamó “el *zascandileo* húngaro”) y casi como proyecto, como programa, para el “día de después” de la misma, cuando su definitivo abandono de la docencia. El hombre que recorre Portmán, El Lla-

no y Calblanque en las vísperas de su “regreso” a las aulas empieza a forjar una mística de la desesperación que alcanzará su cima más tarde, cuando huya de nuevo de la enseñanza para “sentirse libre” entre riscos y animales, libre en la soledad de la montaña.

Consumada la experiencia rural-marginal, saboreada la desesperación y habiendo adquirido conciencia de sus insuperables contradicciones, de su debilidad intrínseca como teoría, de su esterilidad en el plano de la vivencia, de su *inhabitabilidad* tal vez, Araya retomará sus consignas de siempre (que he sometido a crítica en mis notas) y no encontrará ya razones para permanecer en su “sepulcro” de montaña, en su “concha” ganadera... Mi amigo tenía que “desaparecer”, que plegar las tiendas y emprender una nueva Fuga. Y es, en mi opinión, lo que ha hecho. No otra cosa...

¿Qué es hoy Araya? ¿Quién es? Es, desde luego, un fugitivo; y, además, un luchador, un perseguidor de la libertad. En *La Carta...* se presentaba como un insurrecto, un “luchador libertario”, si bien centrado en el modelo de Antonin Artaud (anarquista espiritual, existencial, “de fondo”) y no en el de Anselmo Lorenzo (hombre de la doctrina y de la organización); y esgrimía la Fuga —entendida como abandono de todas las posiciones de complicidad, de connivencia, con el Sistema Capitalista— en tanto modalidad privilegiada de esa insurrección.

Un fugitivo, un luchador, un amante de la libertad y un hombre en gran medida desesperado: este es el Víctor Araya que “ha desaparecido”.

Pedro García Olivo
Aldea Sesga, Ademuz—46140, Valencia
www.pedrogarciaolivo.wordpress.com

